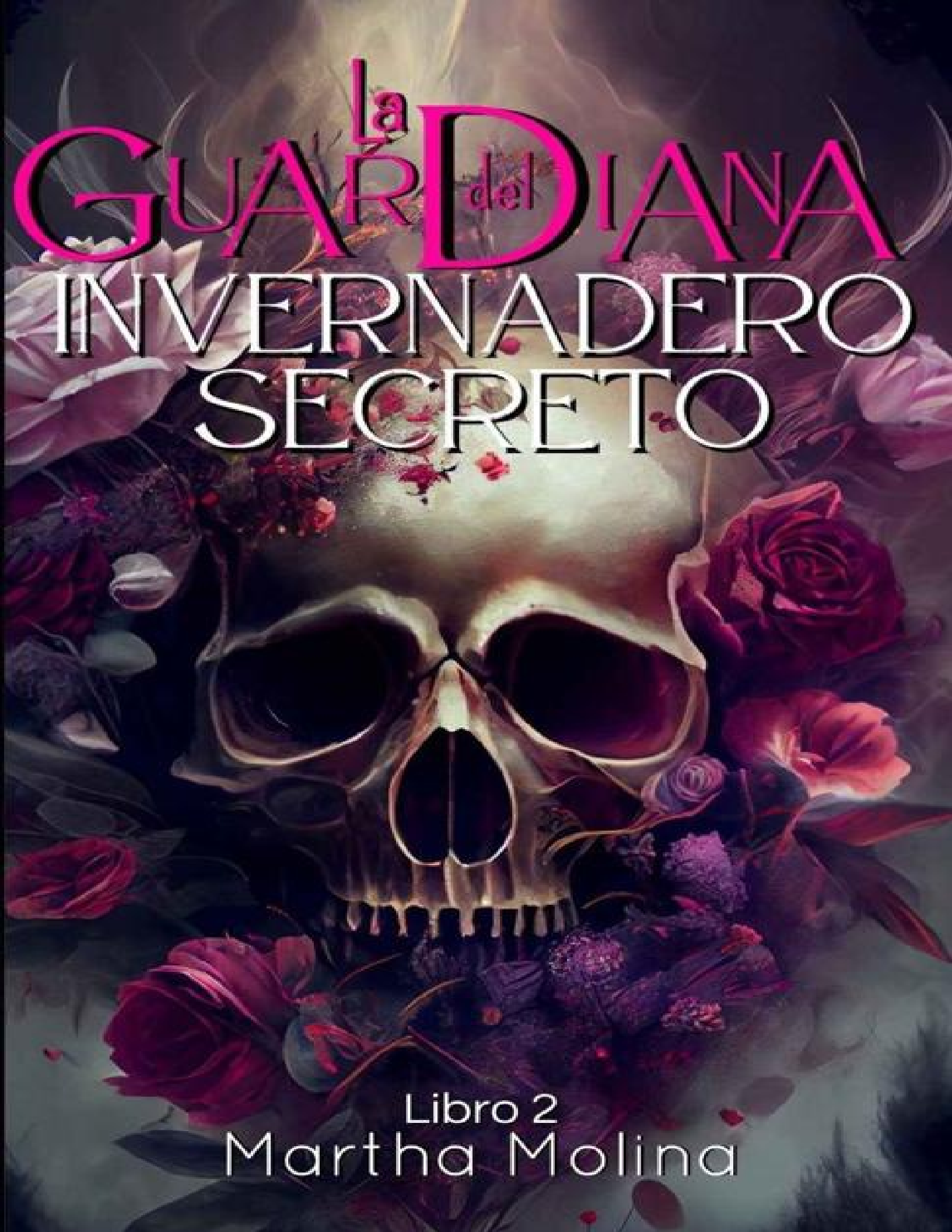

la Guarda del Diana
Invernadero Secreto
Libro 2
Martha Molina

# Sinopsis

Sobre los hombros de Aidan Fitzgerald ha caído la responsabilidad de velar por la manada de Kinnitty, férreos creyentes de leyendas ancestrales. Susana conoce su secreto y el de su familia, y, aun así, permanece a su lado, consciente del riesgo que implica su humanidad junto a hombres lobo hambrientos y volátiles. La relación que ambos sostienen es del desagrado general, los consideran incompatibles, del cual no deben unirse por el bien de las futuras generaciones que el alfa engendre con su compañera. Las leyes establecen que la sangre de los metamorfos jamás se mezclará con ninguna otra especie inferior para garantizar la supremacía de los clanes.

Pero ¿qué pasa cuando el líder es híbrido y de un poder arrollador? ¿Aceptan a la humana o la rechazan hasta que otra hembra de linaje puro ocupe su lugar?

La segunda opción es la más viable.

# Derechos de Autor

La Guardiana del Invernadero Secreto
© 2025 Martha Molina
Amazon Primera Edición eBook, 06 marzo del 2025.

**Portada y contraportada:**
Imagen No. 556041855 /Autor: Anna Hoychuk /Adobe Stock
Fuentes en la portada a través de Canva.

**IMPORTANTE:** Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación auditiva o visual, u otro método sin el permiso previo del autor.

# Prólogo

El aullido de los lobos se expandía a través de las montañas. Los habitantes de las aldeas cercanas se estremecían estupefactos por lo que escuchaban; eso no podía ser real, sus sentidos auditivos los engañaban, aquellos que resonaban intimidantes en la lejanía eran producto de una imaginación alimentada por las supersticiones y las historias contadas por generaciones de los residentes del condado de Offaly.

Las puertas y las contraventanas se cerraban de golpe, los postigos se deslizaban sobre los travesaños de las ventanas para impedir que ningún animal traspasara la seguridad de sus hogares. Los niños lloraban, las madres y las abuelas rezaban por la imperante oscuridad, los hombres se hacían de sus armas o vigilaban nerviosos el entorno. La tormenta afectó las líneas telefónicas y la electricidad. A pesar de que nadie se atrevía a salir para alertar a la garda, los cañones de sus escopetas apuntaban a través de los resquicios que les permitían tener un ojo puesto hacia el exterior, pendientes de lo que por ahí merodeara, pues estaban siendo invadidos por lobos. Ni una bala era disparada, para espantarlos, las siluetas cuadrúpedas se resguardaban de ser avistados en medio de la noche; el intimidante coro lanzado a la superluna llena indicaba que estos eran miles.

¿Desde cuándo repoblaron Slieve Bloom? Hacía siglos se libraron de esas bestias carnívoras que diezmaron sus rebaños y cazaron al pobre que se encontraron en el camino.

En contra del temor generalizado, los *gardaí* del comisario patrullaban por Kinnitty y las áreas boscosas desde donde provenían los aullidos. Parecía que las puertas del infierno se hubiesen abierto, el miedo doblegaba hasta los más valientes. Aun así, para la opinión de sus ciudadanos, los *gardaí* eran valientes, pero no estúpidos. La vigilancia se hacía desde el interior de sus vehículos, las luces de los faros barrían las oscuras calles; la neblina confería un toque espectral a la noche. Los espíritus de los animales extintos se levantaron de sus agrestes tumbas con el único propósito de vengarse por la sangre derramada en aquellos bosques malditos.

# Capítulo 1

Los primeros rayos de sol traían consigo los cambios que habría en adelante. Aidan era consciente de esto al igual que Susana, observándolo ella desde el descanso de las escaleras de la casa. Ambos ataviados de ropas para estar presentables al antipático del hermano de este y de la gente que seguía afuera limpiando los estragos causados por la furia del nuevo alfa que los comandaba. Aidan se mantenía ensimismado, mirando a través de la ventana de la sala, de lo que hacían sus subalternos. Niall se hallaba a su lado, tomando café y en una atribución autoimpuesta de ser su mano derecha; le daba consejos de liderazgo, como si él tuviese experiencia en lidiar con la volubilidad de los metamorfos, y apenas gerenció la sucursal de una empresa que terminó en bancarrota.

La emoción de lograr los objetivos se reflejaba en los ojos verdes del rubio de estampa refinada, el cargo cedido a Aidan era un salvavidas de lo que ellos estaban a punto de sufrir tan pronto la prensa dublinesa descubriera las pésimas finanzas de los Fitzgerald. ¡Cuántos señores poderosos conocerían! Las élites se relacionaban con otras élites; por lo tanto, habría más oportunidades de grandes negocios. Aunque si Niall lograba sacarle información a Aidan, *sobre lo que guarda la llave*, jamás volverían a postrarse ante otros para subsistir con dignidad.

El perfume suave de la joven llegó hasta las fosas nasales del pelirrojo, quien rápido se volvió hacia Susana, y le sonrió afable en una alegría genuina de verla esa mañana, pero que se diezmaba por el acelerado correr de los hechos. Durante la pasada primavera cada uno lidiaba con sus propias preocupaciones de sus trabajos y vida cotidiana; un giro lamentable del destino lo cambió todo y los obligó a unirse para afrontar lo que su abuelo les heredó.

Dos pensamientos masculinos diferían en ese momento. Niall, por su parte, se había percatado de la presencia de la muchacha, solo porque su hermano la captó primero; esbozó una mueca desdeñosa y retornó la vista al exterior, donde era más interesante observar la presteza de los pobladores que relacionarse con una inculta humana. Sin embargo, Susana no se amilanó del desaire de Niall; más bien, le devolvió la misma sonrisa tenue a su amado, mientras ella bajaba las escaleras, con un deje sensual. Zeus prefirió mantenerse en el tope de la balaustrada, en su pose majestuosa de mini «pantera» robusta, desconfiado como siempre de los extraños, el rubio le desagradaba. Susana se alisó su cabello corto, procurando mantener una imagen impecable, a fin de evitar críticas por parte *del que le dio la espalda* para no saludarla. Su vestido y sandalias de tacón medio la hacían lucir casual. Fue al encuentro de Aidan que se acercaba para abrazarla cariñoso, con el recuerdo fresco en ambos de lo que hicieron en Síorai. Sus labios se juntaron e intercambiaron un casto beso que les erizó la piel; las mejillas de Susana se encendieron ante la mirada ardiente de su novio. Ella no necesitó que él se lo dijera, quería revivir lo disfrutado en el invernadero: las lenguas de fuego envolviéndolos, los cuerpos sudorosos, sus genitales unidos en movimientos impúdicos, los gemidos… El orgasmo.

—¿Por qué sigues levantada? Debes descansar —Aidan le expresó en esa actitud protectora de velar por ella. Tras la aceptación del liderazgo, las horas nocturnas trascurrieron en un pestañeo; los pobladores celebraron con vítores y estruendosos aullidos hasta que él consideró debían guardar silencio, o *los que no eran como ellos* huirían despavoridos del condado.

La otra hizo un mohín.

—Con todo lo que está pasando, ¿quién puede dormir? —respondió, socarrona, pero que en el fondo de su ser le causaba zozobra. Hasta hacía unos meses la señora Lynch la increpaba por la amistad que sostuvo con el bueno de Dugan, ya que era la chica que hacía los oficios de mantenimiento en el ancianato. Ahora Susana era pareja de un hombre lobo, viviendo en una vieja mansión y en medio de tierras mágicas, cuyos vecinos pertenecían a la misma especie con el que ella compartía la cama.

—Hablando de dormir: ¿cuál será mi habitación? Espero sea una bastante amplia —Niall explotó la burbuja que se formó entre los dos jóvenes, provocando que Aidan lo mirara con un gesto de «¿qué coños acabas de decir?».

—¿Dormitorio? —Aún sus oídos le zumbaban por la tontería escuchada—. ¿Piensas pasar aquí la noche? No necesitamos de tu compañía —ni de sus «sabios consejos que lo tenían hasta la coronilla»—, estaremos bien.

En una magistral muestra de frialdad, Niall sorbió de su café, para ocultar el enojo; por nada del mundo permitiría que lo hicieran a un lado, él también tenía derecho a todo lo que ese idiota había heredado. No se iba a conformar con el viejo Mercedes-Benz de 1957, del cual tuvo que mandarle a revisar el motor, para obtener después un buen dinero.

—Discúlpame que te contradiga, pero *sí* me van a necesitar —replicó jactancioso de sus habilidades para administrar bienes y empleados—. Además… —dejó la taza de café en el alfeizar de la ventana y se aproximó para dar más peso a sus palabras—, Moninne forma parte de *nuestro legado familiar*, me complacerá habitar esta hermosa propiedad. Me recuerda tanto a los abuelos…

¡Qué hipócrita!, Susana se tragó la furiosa exclamación que la quemaba por dentro. Dugan, en el tiempo en que estuvo recluido en Juventud Prolongada, jamás fue visitado por ese payaso de traje y corbata, ni por la engreída de la esposa.

—¿Con el permiso de quién? —Aidan le inquirió molesto por la desfachatez de su hermano.

—No necesito permiso de nadie —se hizo el ofendido—. También es nuestra casa. ¿Por qué te ríes? Aquí crecí y… ¡Deja de reírte! —Su réplica provocó que Aidan se carcajeara sin dar crédito a sus oídos.

—El desvelo te sienta mal, Niall —espetó—, al parecer te causa amnesia. ¿Acaso olvidas *a quién le pertenece* la casa? ¿O te *restriego* los documentos en la cara?

—Claro que me acuerdo, no es para que te pongas de esa manera tan grosera —dijo, y su aliento contaminado con el líquido aromático le pegó en la nariz a Susana—. Pero *nuestra nueva posición* amerita una vivienda que represente la superioridad sobre los demás. La bienaventuranza de tu cargo, supone que tendré un grado de importancia beta.

Ante tal muestra de soberbia por parte de este, Aidan y Susana intercambiaron miradas estupefactas, *¿se habrá fumado algún porro?* Ellos aportaron hasta el último centavo de sus ahorros para devolver la belleza a Moninne, del cual se enfrentaron al cuestionamiento y discriminación de los residentes de Kinnitty, como para que algunos parásitos –como Niall– se aprovecharan de ellos ahora que estaban acomodados.

—Agradezco tu *desinteresada* muestra de apoyo, aunque no es necesario que cambies de residencia —Aidan replicó contenido—. Me parece que, donde vives, es una zona céntrica y exclusiva, como para importunar a Fiona y a tus hijos que están acostumbrados al urbanismo que a lo campestre. Las montañas no son para ellos, mucho menos para ti, que no soportas ni los mosquitos ni estar sin señal de internet por unos minutos. Susana y yo nos las arreglaremos aquí, *solos* —confirió más fuerza a la última palabra para resaltar lo que expresaba—. ¡Además!

—elevó la voz para impedir la protesta de Niall, visiblemente molesto—, es prudente que se mantengan alejados, mi cargo no los elevará de estatus. Para *aquellos*, ustedes seguirán siendo híbridos.

—También lo eres, Aidan —escupió avinagrado y en ese momento una abeja revoloteó cerca de su cara—. Ahora que… —lanzaba manotazos para alejarla—. Ahora… A... ¡Quítame este maldito bicho de encima! —gruñó mientras que Susana se contenía de reírse, le daba la razón a lo expresado por Aidan, de ser incapaz de desenvolverse alejado de la civilización.

De un rápido manotón, Aidan atrapó a la abeja en el aire para que su hermano no la matara.

—Ahora que eres un alfa, ¿reniegas de tu familia? —Niall terminó de comentar lo que tuvo en mente antes de ser interrumpido por el molesto insecto volador con intenciones de aguijonearlo. No sentía ninguna afinidad por el éxito del menor; eso mismo sucedió con los Brennan: tan pronto uno de ellos, levantó cabeza en los negocios, se olvidó de los que seguían en las sombras.

Las pequeñas alas de la abeja se agitaron de inmediato tan pronto Aidan abrió sus dedos para liberarla en el abeto del vestíbulo. A través de las ramas dentadas podía ascender hasta el hueco del techo y salir por allí con facilidad hacia su panal, o seguir polinizando las rosas o las gardenias del jardín.

—No lo hago —contestó él, de regreso a la sala, sin que ninguno de los tres quisiera sentarse en los sillones—, sé lo que soy y lo que son ustedes, por lo que no es conveniente alterar el orden de las cosas. De momento, nos cuidaremos de nuestras acciones hasta tener la seguridad de la lealtad de los demás.

—¡Te cedieron el cargo!

—Por temor, no por lealtad.

—¿Y qué más da? Impondremos autoridad sobre los que por tantos años nos discriminaron.

Negó tajante con la cabeza.

—Hay que ser cautelosos —dijo mientras que Susana se cuidaba de cometer una imprudencia de comentar algo que hasta el día anterior se mantuvo en la ignorancia—, el comisario Bell y sus hombres no son lobos de obedecer a los que son débiles. Los destrozarán si no respetan su lugar.

¡¿Qué majadería son esas?!

Lo dicho por Aidan fue un insulto para Niall, quien ya había planificado qué función asumir dentro de la manada. Su propia sangre lo obligaba a seguir postrado ante esos greñudos malolientes que gruñían a todo lo que se les acercaba.

Como si fuese un burdo jovenzuelo, masculló unas cuantas palabrotas ininteligibles, a causa de la frustración, provocándole descargar su ira contra el feo mobiliario de la sala e incendiar la casa por el egoísmo de su hermano que quería el poder para él solo. ¡No lo iba a permitir!, ¡él era el mayor!, debió haber heredado todo por cuestiones de nacimiento y no tener que rogar por limosnas.

En medio de sus irritados pensamientos, meditó del porqué el comisario, que es un sujeto grande y fuerte, se hincó ante un inseguro muchacho de origen híbrido. Si bien, la complexión de Aidan es fornida, a un líder se le exige casta, la pureza de los genes se refleja en una condición anatómica superior a sus congéneres. Entonces, ¿cómo hizo él para que aquel no le arrancara la cabeza? ¿Lo amenazó con un lanzallamas? A Niall no le pasó por alto el generador de luz que tenía un aspecto de haber explotado y los cuerpos calcinados que vio al llegar la noche anterior. La sumisión del comisario y los pobladores, teniendo como testigo a una

humana extranjera, fue inverosímil.

Todo apunta a un hecho.

Aidan halló lo que abre la llave.

—Qué conveniente para ti dejarte a solas con *esta*… mujer. Disfrutarás a tus anchas del cargo, mientras nosotros, *¡tu familia!*, pasaremos necesidades.

—Pues, comes y vives muy bien, por lo que pude apreciar en mi última visita a Cadamstown —replicó a la vez en que Susana estaba por estamparle un bofetón a Niall, por mencionarla de un modo tan despectivo—. Corriste con suerte de no vender tu apartamento y tus costosos autos para pagar a los acreedores.

—Desde esta casa daremos mejor imagen.

—No.

—¡Tu deber moral te obliga a ayudarnos!

—¡¡Mi deber fue hacia mi abuelo, no hacia ustedes, que de inmediato quisieron despojarnos de su herencia!! Esta casa es mía y de Susana, y todo lo que hay a mil kilómetros a la redonda. ¿Quieren disputar de nuevo la herencia? Les garantizo que ganaremos en los tribunales o en el campo donde deseen llevar la batalla legal. Pero les advierto que deberán buscarse los mejores abogados, porque les daremos pelea.

—¡Mal hermano! —Niall exteriorizó la animosidad acumulada en su corazón—. Alcanzas la gloria y nos das la espalda. Vergüenza has de sentir por lo que nos haces.

—No les daré la espalda, aunque sí los quiero lejos —replicó sin remordimientos—, y esto lo impongo por la seguridad de todos. Apenas estamos conociendo el entorno por el que nos movemos. Aún ignoramos si los otros clanes me reconocerán como alfa, porque, en caso contrario, nos liquidan para apropiarse de las tierras y de las manadas del sector.

—¡HABLA CON SINCERIDAD!, ¡NOS QUIERES FUERA DE TU RADAR PARA SER EL ÚNICO CON ACCESO A LO QUE GUARDA LA LLAVE!

El gruñido amedrentador de Aidan, motivó a que Niall sellara los labios y retrocediera unos pasos para protegerse de un posible zarpazo. La envidia lo corroía porque el más inepto de la familia fue el que logró exteriorizar los genes lobunos que durante más de cien años permanecieron inactivos como si ellos fuesen unos inmundos humanos.

La llave… ¡Tenía que apoderarse de esa condenada llave para desarrollar también su propia fuerza!

Pero… ¿cómo lo consiguió?

*El demonio de las montañas*…, pensó en lo que leyó en la prensa, del animal que destrozó a unos sujetos hacía unos meses. Se comentaba que el sobreviviente esparció el rumor de haber sido atacados por un lobo gigante de tres metros que escupía fuego.

Escupía...

Fuego…

Jadeó. ¿Acaso…?

—Tan grandecitos y siguen comportándose como cachorros.

Aidan y Niall se volvieron hacia la imprevista llegada del patriarca. Susana, que hasta ese instante optó por no interferir en la discusión entre los dos hermanos, lanzó una increpación para sus adentros al ver a ese señor que no tuvo escrúpulos de encerrar en el ancianato a su propio padre, para apropiarse de sus bienes.

Desmond entró a la amplia sala, con su actitud soberbia. Abrazó a Aidan, sin el paternal calor afectivo; más que todo lo hizo como un reconocimiento de los logros conseguidos. De sus hijos

y nietos, él confió en que el más rebelde sería el que vencería la maldición que cargaban desde el amanecer del Siglo XX. El ataque que Aidan sufrió en su niñez, despertó sus esperanzas de gozar lo que sus ancestros fueron en un principio. En aquellos recayó el peor de los castigos por enamorarse de humanos, cuando lo correcto era el matrimonio arreglado entre sus semejantes.

Ni se molestó en mirar a la compañera de su hijo que se hallaba un tanto apartada, pues a Desmond le llamó más la atención la restauración empleada dentro de su antiguo hogar de la infancia. Aprobaba satisfecho la recuperación de los espacios, la integridad arquitectónica y la estética original de Moninne como si el tiempo no la hubiese afectado; no se respiraba humedad ni había telarañas colgando de las vigas del techo; la escalera de cedro parecía recién construida y los cristales de las ventanas reemplazados y pulidos.

Aunque el decorado no era de su gusto personal, muy moderno y barato para una mansión clásica anclada en las montañas, él habría comprado muebles de estilo autóctono de la firma de Orla Reynolds o Joseph Walsh, cuyas piezas son únicas y de alta calidad. Pero su hijo y ese *esperpento* de mujer optaron por sillas y mesas vendidas en tiendas de mayoreo.

—A Aidan se le subieron los humos a la cabeza. Lo eligieron Alfa, y nosotros ya le damos vergüenza —Niall se quejó con el recién llegado que seguía estudiando en silencio el mobiliario y el abeto que creció dentro de la casa.

Los ojos del hombre –de un verde vibrante igual a los de Aidan– se posaron sobre las fotografías colgadas en la pared a espaldas del sofá, y esbozó un mohín despectivo. Qué mal gusto el de su hijo, de exhibir su trabajo vulgar como si fuesen obras de arte, y era una oda a la mediocridad: sonrisas de viejos arrugados y desdentados, primeros planos de vasijas de barro, perros pulgosos de alguna calle mugrosa de los países tercermundistas que peregrinaba, rostros de niños desgreñados y sucios, casas ruinosas, tribus de humanos, la fachada de la casa con una puesta de sol como fondo… Faltó la humana en esa grotesca exhibición.

Deberían hacer una hoguera y quemarlo todo.

Hasta a la humana…

—Tonto serás si no te rodeas de los tuyos —increpó por la tendencia de Aidan de rodearse de piojosos—. ¿Qué sabes de las intrigas que se manejan entre los súbditos?

*Mucho*, pensó Aidan.

Podría publicar un libro, narrando sus propias experiencias con los que se ofrecían a «sostenerlo en el trono».

—Velaré por un pueblo, no por un reino —se esforzó de no sonar alterado por el enojo—. Sabré lidiar con dichas situaciones.

—*¡Pueblos!* —Desmond le aplicó el plural a lo que este regentaría—. El cargo del comisario abarcaba el condado de Offaly, no un pueblo. La responsabilidad es más grande.

—Y más peligrosa para ustedes que son casi humanos.

—¡No nos ofendas! —Niall pugnaba por darle un puñetazo a su hermano, a ver si mediante el golpe le quitaba lo estúpido.

Con la mirada enojada, Desmond reprendió a Aidan, y levantó la mano para que Niall se mantuviera en su sitio, poco tolerante a las comparaciones con la despreciable subespecie. La luz de la lámpara de la sala incidía tenue sobre los mechones platinados que comenzaban a dominar las sienes de la abundante cabellera rubia-rojiza del elegante hombre. Por fin lograron alcanzar un hecho que jamás pensaron conseguir ni sacrificando lo que más aman, y este pretende echarlo todo a perder por sus tonterías.

—¿No eras tú el que expresaba demostrar a todos que nuestro linaje no sería impedimento para triunfar entre los clanes? Esta es nuestra oportunidad para cerrarles *el hocico* a los que nos han criticado por años.

—No arriesgo de sus vidas, papá.

—¿Eres o no un alfa, Aidan? —Se carcajeó con tal ojeriza, que Susana comprendía del porqué su novio tuvo tantos problemas durante su niñez: son de los que critican y exigen, y jamás brindan su ayuda para superar dificultades—. Los alfas tienen la autoridad suficiente de cambiar ciertas leyes para facilitar su mandato.

—Con aprobación del Alfa Mayor.

—En este caso, no: somos tus familiares. Tu clan debe respetarnos por los lazos consanguíneos que nos unen a ti. El poder nos eleva de categoría; puede que…, por la escasa fuerza, seamos «omegas», pero por cerebro y dinero, nos besarán los pies.

—Betas para ser más exactos —Niall paladeaba de antemano el triunfo a punto de conseguir de su padre.

—¡Son híbridos: menos que un omega! Jamás los mirarán como tales.

—Y tu compañera es humana, del cual está mucho más abajo en los escaños al que tú tanto te empeñas en señalarnos. ¿Crees que a ella la respetarán por acostarse contigo? Solo la verán como a una servidora sexual.

La boca de Niall sangró por el demoledor derechazo propinado por el hermano.

Desmond increpó a Aidan por su impulsivo comportamiento, yendo a recoger a su hijo agraviado que cayó patas arriba en el piso. Susana no replicó al avinagrado comentario de Niall, sino que cruzó a zancadas la sala hacia las escaleras, para dirigirse a la planta alta. Ese par tenía una percepción de la realidad bastante distorsionada, eran odiados por su propia gente a causa de su genética, y estos a ella la detestaban por lo mismo.

Inaudito. Marginados que son marginadores.

—¡Fuera de mi casa o les borro la memoria! —Aidan exclamó en un acceso de rabia por cómo ellos siempre trataban a Susana.

La fuerza hipnótica del muchacho casi golpea la voluntad de Desmond y Niall, quienes rápido esquivaron la mirada, pues no resistirían la clase de orden que los pondrían a caminar idiotizados. Abandonaron Moninne, sin replicar ni levantar objeciones. Niall comenzó a mascullar en cuanto cruzaron la puerta principal; afuera permanecían algunos kinnittienses que se aprestaron a podar el césped del perímetro. Estos se hacían los desentendidos de los que aquellos discutieron, las voces airadas del alfa, les llegó hasta sus oídos, tenía razón en que esos seres de mestizaje impío se mantuvieran a distancia, eran despreciables e inferiores al linaje puro de los metamorfos.

—¡Es un egoísta, lo quiere todo para él!

—*¡Shit!* —Desmond calló a Niall para evitar que siguiera con sus sandeces, muy consciente de las orejotas que estaban cerca—. Quéjate con tu mujer, bastante que fuiste imprudente al no medir tu lengua. —Perdieron la oportunidad de manipular a su antojo a Aidan—. Tendremos que esperar a que se le pase el enojo. Tuviste que insultar a su amante…

—¡Es una puta!

—Lo sé. Nada valioso hay en ella, pero nos amordazaremos la lengua hasta apoderarnos de lo que guarda la llave. Dugan no me va a vencer desde la tumba.

Se subió a su auto, mientras que Niall estaba que lanzaba al aire una increpación. No tuvo más alternativa que seguir a su padre desde su propio vehículo. Asumía que continuarían la

discusión en Cadamstown, allá vociferaría a sus anchas. Los echaron de la mansión como si fuesen intrusos.

# Capítulo 2

Los brazos de Aidan envolvieron el fino torso de Susana, mientras ella perdía su mirada en el exterior desde la ventana de su dormitorio, observando a lo lejos los dos automóviles que abandonaban la propiedad privada. Zeus yacía tendido en medio de la cama, una pata encima de su cabecita, en una incómoda posición para acicalarse con la lengua, el pelaje de las caderas; la compañía que le brindaba a su ama era constante, le gustaba estar con ella, lo mimaba y le daba de comer cada vez que él le maullaba. Detuvo su aseo personal cuando Aidan entró de manera silenciosa y se pegó cariñoso a la espalda de Susana. Ella se estremeció por el calor abrasador que de repente la envolvió, su imagen se reflejaba en el cristal de la ventana. También necesitaba que la mimaran, dolida por el trato tan vil de ese espantapájaros oportunista.

Suspiró apesadumbrada y recostó su cabeza hacia atrás contra el pecho de Aidan, bastante pequeña con respecto a su estatura; daba la impresión de que él hubiese crecido unos centímetros más, a ella le costó llegar a sus labios las veces en que esa mañana lo quiso besar. Tal vez se debía a una ilusión «óptica» por su lánguida postura o sus tacones eran muy bajos; en todo caso, ni esto lo comentó ni se quejó de Niall, ya aquel recibió su merecido, del cual le quedaría la boca hinchada por unos días. Permanecía quieta, dejándose querer por su pareja. Sus pensamientos volaban hacia Venezuela, donde extrañaba a sus padres y hermanas que vivían en condiciones precarias. Qué grandioso sería traerlos a este país en el que ella ahora vivía, nunca más sufrirían por comida o por cortes prolongados de electricidad o agua. En Moninne estarían bien, disponían de habitaciones libres para hospedarlos de manera indefinida; su papá podría trabajar en el pueblo o Aidan le ayudaría a encontrar un empleo acorde a sus experiencias. Su mamá se encargaría de la preparación de los alimentos, es una excelente cocinera; su abuelita tendría una parcela detrás de la casa, para cultivar flores, y sus hermanas continuarían sus estudios universitarios que dejaron abandonados por carecer de incentivos, ya que una buena preparación académica en un país destrozado por la ambición de otros, no era recompensado.

Ellos no hubieran permitido que, Desmond y Niall, a ella la pisotearan. ¡Se habría formado la de Dios!

—No se darán por vencidos…

—Yo tampoco —primero él quemaba la casa y se iba a vivir al templo que convivir con ellos. Mucho padecimiento al respecto.

—Están empeñados en vivir aquí —Susana hacía referencia a las exigencias del imbécil que renegaba su parte humana—. ¿Y si consiguen los medios legales para ocupar la casa? —De ser así, le compraba los boletos aéreos a su familia y los traía en el próximo vuelo. ¡Y que se formara el zafarrancho, Maldonado *vs* Fitzgerald! A ver quién gana. Su abuela Milagros es la mejor guerrera: les daría de escobazos.

—Les *quemaré* las ganas.

—No más muertes, Aidan —se volvió hacia él—. No de tu familia, eso sería… —abominable.

Él bajo la mirada hacia ella, en sus dos irises verdosos se patentaban la determinación de impedir que lo agobiaran como lo hicieron desde que era un niño. Y más cuando tenía que proteger a la mujer que amaba.

—Solo los espantaré —sonrió perverso—. Un fogonazo en las patas, y asunto resulto.

—Aidan…

—Ellos no son conscientes de los problemas que nos causarán si no detengo sus planes desubicados —explicó tras ensombrecerse su semblante—. En los próximos días sabremos si nuestra estadía en Slieve Bloom es viable o tendremos que luchar para conservar nuestro hogar.

*Que sea lo primero*, meditó Susana mientras se refugiaba en los brazos de su lobo. La casa, las montañas, Síorai…, era mucho lo que debían defender. El hecho de que se los quieran arrebatar por considerarlos que no son aptos como guardianes de los dos mundos era inconcebible para ellos. A Susana tendrían que matarla para sacarla de las montañas.

—¿Es imposible la convivencia de metamorfos y humanos? Porque en el pueblo no he visto nada fuera de lo normal… —Se cohibía de comentarle su deseo de traer a sus padres y hermanas, pues terminaría siendo increpada por las mismas razones que Aidan les manifestó a los dos odiosos sujetos que se marcharon. No haría concesiones a nadie mientras anduviesen en la cuerda floja.

—Es posible —contestó, y esto a Susana la alivió—. Siempre y cuando, los que sepan de la existencia de los metamorfos, guarden el secreto y sepan su puesto.

—El cual sería…

—Obedecer.

Ella deshizo el abrazo y alzó los ojos hacia él. Muy arriba.

—¿Sirviendo? —¿Cómo traer a su familia si serían tratados con displicencia?

—Las normas —aclaró—. Los humanos en el pueblo y en otras localidades son libres de ejercer el trabajo que se les antoje. Pero el conocimiento de la existencia de mi raza les exige que deberán tomar precauciones para evitar que los lastimen.

La mente de Susana fue bombardeada por imágenes sangrientas, de hombres desmembrados por zarpazos y el tripero desperdigado en las calles.

Sus piernas perdieron fuerza para sostenerla, por lo que tuvo que sentarse a los pies de la cama, abrumada por todo lo que debía asimilar para relacionarse con los que podrían *convertirla en la cena*. Ahora comprendía la magnitud del problema si ignoraban las advertencias establecidas por esa gente: una discusión, un enfrentamiento sería catastrófico para ambas partes, los humanos acabarían como abono para las plantas, mientras que los metamorfos tendrían que dar muchas explicaciones a sus superiores. Y quién sabe si también a la Justicia de los que aquellos despreciaban.

—Tendrán que decirme cuáles son esas normas, para no meter la pata. —Así ella se los explicaría a su familia cuando fuese oportuno traerlos. Ya se lo imaginaba: «Ni se les ocurra decirle “pulgosos” a los que nos visiten, sobre todo al *caradeculo* de Niall», sus hermanas solían tener un apodo ácido a cada persona que se ganaban su enemistad.

—Son pocas. —Se acercó, su rostro ladino era una mezcla armoniosa de rasgos definidos y atractivos—. De momento, debes saber una.

—¿Cuál?

Puso sus dedos sobre los hombros de Susana y la empujó suave para recostarla en el colchón.

—Complacer a tu alfa.

—¿Mi alfa? —inquirió como si el tono autoritario de Aidan la hubiese indignado, mas no era así, la encendía que la sedujera haciendo gala de su esencia masculina.

—Sí, *tu alfa* —repitió a su oído, y su perfume nubló los sentidos de la joven—. Tu amigo y

amante apasionado que se muere por estar otra vez *dentro* de tus húmedas cavidades. Hoy vas a aprender unas cuantas lecciones que son muy importantes para nuestra convivencia.

—Ya veo. —La erección de Aidan era un hecho factible de que hablaba en serio—. ¿Y qué me vas a enseñar?

Su sonrisa perniciosa le puso a ella la piel de gallina.

—Muchas cosas sabrosas…

El maullido enojado de Zeus, resonó en el pasillo, luego de que Aidan lo sacara del dormitorio y cerrara la puerta detrás de este. Susana sintió pena por el gatico, pero lo que ella y su novio harían no era para que su mascota lo presenciara. Invitó a Aidan a posarse sobre su cuerpo para que le diera *las debidas lecciones* a seguir; ella siempre se ha caracterizado por ser aplicada; si debía aprender alguna labor específica, ponía todo su empeño para ser la mejor.

¡Fuera ropas! Aidan se despojó rápido de su camisa. Sus zapatos deportivos volaron hacia los rincones del dormitorio, sus vaqueros cayeron sobre el sillón cercano a la ventana. Susana le pidió cerrar las cortinas para entrar en más «ambiente». El peso de Aidan la aplastó enseguida, sus labios repartían besos cortos por su cuello y hombros, mientras ella trataba de quitarse el vestido. Él la ayudó y también con el sujetador; la dureza de su miembro se percibía a través de la ropa interior que ambos aún usaban. Sus respiraciones se agitaron, sus manos ansiosas por el contacto se deslizaban atrevidas por encima de la tela que cubría la entrada al cielo.

—Primera lección —indicó él enronquecido; los mechones de su cabello tenían la longitud suficiente para ofrecer un ligero desenfado a su semblante enmarcado y salpicado por diminutas pecas en el puente de su nariz—: olvidarse de los pudores. —Para gozar habrían de comportarse como si fuesen otras personas en la cama, porque los deseos primarios saldrían a flote y los orillaría hasta la locura.

Benditas lecciones eróticas, ¡claro que los olvidaría!, pensó Susana, ahogada en deseo carnal.

Los labios masculinos la colmaban de besos que iban en descenso hacia su vientre. El calor la invadió enseguida, el rubor tiñó sus mejillas, su braga se deslizó de sus piernas y se perdió en medio de la penumbra de la habitación. Aidan emitió un gruñido bajo que le hizo saltar el corazón a Susana, la olisqueaba de arriba abajo mientras ella permanecía bocarriba, apreciando la tonicidad de su musculatura, la simetría en cada tramo de su cuerpo y en la extensión de su virilidad. Le provocó tocarlo todo, emanaba una energía magnética que era una combinación de encanto y peligro irresistible. Lo atrajo hacia sí, al acunar su rostro. Lo sintió caliente, pero Aidan no daba muestras de estar enfermo, así era él, la hoguera donde ella se quería quemar.

Un repentino fogonazo encendió las sábanas.

*¡Upa!* ¿Qué acaba de pasar? Susana y Aidan se sobresaltaron y se levantaron enseguida de la cama. Aidan golpeó las sábanas con sus manos para apagarlas, y estas cobraron más incandescencia. Susana tosió y luego corrió hacia el baño para aventar agua con lo que sea que hubiese allí para transportarla.

—¡Trata de calmarte, vas a quemar la casa! —exclamó de vuelta cuando observó que la conflagración se desató también en las cortinas al pretender él abrir la ventana.

—Estoy calmado. Tú cálmate. —Las cortinas ya estaban en el piso, siendo arrancadas de un jalón del cortinero. Las apagó rápido con sus pies, y, al instante, con estas mismas las aventó enérgico contra el colchón que era una llamarada. Entre toses estentóreas, Susana abrió la ventana y permaneció con su cabeza inclinada hacia afuera para tomar bocanadas de aire, el humo salía por los extremos de la abertura; uno de los agentes –los llamados *gardaí*– del comisario se percató de lo que ocurría en la planta alta de la casa y dio la voz de alerta a sus

compañeros de vigilancia. Se apuraron en ingresar, unos convertidos y otros en su forma bípeda.

La puerta del dormitorio se fue abajo ante la entrada abrupta de los agentes.

Susana cubrió inútilmente su desnudez con sus manos.

—¡Señor! Oh, lo… lo siento —el *gardaí* se volvió para no ver a la compañera del alfa. Ambos desnudos en una aparente interrupción del coito por un accidente que debió ocurrir con algunas velas…

Aunque no veía ninguna por ahí.

Avergonzados por el mal rato que acabaron de pasar, a Susana y a Aidan se les desinflaron las ganas de continuar retozando. El olor a tela chamuscada y la tenue capa de humo que cada vez se disipaba por la ventana y el umbral de la puerta derribada, les presagiaba que esto se repetiría si no tenían cuidado por sus ansias. En el templo no hubo contratiempo ni fuera de este, donde después lo se amaron bajo el cielo oscuro y rodeados de árboles, entregándose a una pasión que a los dos los consumió por completo.

A media mañana, la señora Adara, miembro importante del culto: Hijas de Licaón, fue amable en traerles varios juegos de cortinas y sábanas de la tienda de artículos para el hogar. La puerta fue reparada por los mismos que la derribaron, el colchón logró sobrevivir casi intacto, aunque Aidan comentó que era mejor cambiarlo más adelante. La anciana se contuvo de preguntar por lo ocurrido, ya había escuchado los rumores del poder inmenso del joven Fitzgerald. Conner y sus amigotes probaron de primera mano lo que es «tocarle las pelotas» a un demonio terrenal, no hubo manera de salir librado ileso de ese enfrentamiento.

—Le aconsejo quemar un poco de incienso para aromatizar el dormitorio, señorita…

—Susana. Y, no gracias, suficiente con quemar…

La mujer no supo cómo interpretar la mirada pensativa de la morena; aparentaba estar preocupada, pero ¿quién no estaría en igual circunstancia si el amante escupía fuego como un dragón? Ella lo estaría.

Aidan y Susana se sentían extraños en su propia casa; de un día para otro, contaban con una servidumbre no solicitada. La señora Adara preparó el desayuno, haciendo de oídos sordos a la negativa de la joven que intentó batir los huevos para hacer tortillas. En vez de esto, Susana observaba el enorme pollo guisado servido en la mesa, con una guarnición que los dejaría satisfecho hasta la cena. Era mucho para ella, cuya primera comida del día no era tan calórica como acostumbraban a comer esos residentes que se convertían en lobos. Aidan no tenía objeciones, sus mejillas llenas y las comisuras de sus labios, untados por la salsa, daba la aprobación por tener el plato rebosante de comida.

Pese a que procuró engullir lo que le sirvieron, Susana dejó la mitad de su desayuno. No disfrutó de la intimidad hogareña con Aidan, pues la señora Adara se autonombró cocinera oficial del Alfa de Offaly, atenta a lo que este necesitara. Mientras tanto, en el patio posterior, el comisario Bell aguardaba; traía noticias y se contuvo de informar en consideración a los comensales.

Aidan captó su aroma y alzó la mirada a través de la puerta abierta de la cocina; le hizo señas al comisario para que entrara. La señora Adara montó agua en la estufa, prepararía té para el «repentino» malestar estomacal «a causa» de «susto» que la joven pareja le hicieron pasar.

—De no ser importante, no los habría importunado —Tyrone se disculpó por su presencia, a la vez en que alisaba su grueso bigote para ocultar el bostezo que le causaba el deleite de los aromas que expelían los alimentos servidos en la mesa.

—¿Es por alguna protesta? —Aidan asumía que las voces airadas de los que no están conforme por su cargo, comenzaban a escucharse por la región.

—Mi señor goza de aceptación general, por eso no se preocupe.

—Y, entonces, ¿por qué debo hacerlo?

—El Soberano —respondió, y Aidan dejó de comer—. Le ordena viajar a Dublín y ponerse en juramento ante su presencia.

—¿Para cuándo? —Se puso en pie. Los cubiertos sobre el plato semi vacío.

—De inmediato.

La ordenanza real le provocó náuseas a Aidan. Ni siquiera se hincaría ante el Alfa de la Provincia de Leinster, como es lo acostumbrado para los alfas de los doce condados que lo conforman; ni el Alfa Mayor, que es un rango superior con respecto a los Alfas de las Cuatro Provincias de la Isla, sino con la Cabeza Principal de los Metamorfos de media Europa. Tendría que presentarse en la casona Trí Aingeal, donde el Soberano en raras ocasiones la ocupaba por cuestiones de tratados con los vampiros.

¿Por qué allá y no en Nephin Beg donde tenía erigida una fortaleza que repelaría cualquier enemigo?

—Informa que acato la orden: estaré allá para el mediodía.

Tyrone se reverenció y luego se giró sobre sus talones, para marcharse de la casa, por la misma puerta por donde ingresó. Aidan perdió las ganas de repetir otro cuadril de pollo, se disculpó con Susana y se dirigió hacia las escaleras. La joven lo siguió al igual que la señora Adara, quien aceleró sus pisadas hasta el abeto interno, impresionada por el interés que el muchacho despertaba en el monarca. Ni el comisario Bell ni los machos alfas anteriores a este fueron solicitados por *aquel,* para que se hincaran a sus pies, esto solo correspondía al representante de Irlanda, encargado de controlar los clanes asentados en el país.

—¿Qué pasa, Aidan?, ¿quién es ese sujeto? —Las pisadas aceleradas de Susana iban detrás de este en la medida en que saldaban cada escalón hacia la segunda planta.

—El Soberano es el Rey de Europa Occidental.

—¿De los hombres lobo? —pregunta tonta, pero tenía que formularla.

—Sí. Quiere asegurarse de que soy leal a él.

—¿Debo hacer maletas o retornamos el mismo día? —La distancia en auto entre Dublín y Kinnitty, apenas era de hora y media.

—¡¿Una humana ante el Soberano?! Absurdo… —la señora Adara expresó sin que nadie le pidiera su opinión; más bien, la mirada de Aidan desde lo alto de las escaleras, la obligó a enrollar su lengua y a enfocarse en los quehaceres de la cocina.

—Ah, en ese caso…, te ayudaré con las mudas de ropa, capaz y solo empacas vaqueros… — No hubo tensión en el tono de voz de Susana, ni esbozó malas caras. Si al papá y al hermano, Aidan les impidió la estadía en Moninne para evitar futuros altercados con los otros seres, ¿qué se podría esperar de una humana en un castillo o palacio repleto de hombres lobo? ¡Los despedazarían! Ella por estar en un lugar que no debería y a él por llevarla.

Aún parada desde el abeto del vestíbulo, la señora Adara aguzó los oídos para escuchar algo más de lo que el amo le diría a la humana, pero el silencio se instaló o fue precavido en conducir a su pareja a la privacidad del dormitorio que compartían, para que *oídos indiscretos*, no escucharan lo que él haría en la capital.

Aidan consideró que no era necesario empacar ropa, estaría en Dublín por unas horas, y en cuanto estuviese liberado de sus obligaciones con el Soberano, retornaría a su amada.

Rechazó el ofrecimiento del comisario, de custodiarlo junto con sus hombres hasta Dublín; aún le incomodaba ese tipo de consideraciones, siempre se ocupó de sí mismo a donde fuese que viajara sin importar en qué condiciones. Además, a él y a Susana les convenía que todos se marcharan de los terrenos de Moninne, él la llevaría a cuestas hasta el invernadero, prefería que ella estuviese allá, refugiada en el templo, ya que confiaba más en Xylon que en la manada de Kinnitty.

Zeus se posó en los brazos de la joven, a la vez en que Aidan a esta la cargaba; lo bueno de Susana, no protestaba. Fue precavida en guardar en su morral algunos víveres y su cuaderno de apuntes, pretendía aprovechar el tiempo para clasificar las plantas que faltaban por identificar. La conversación no fluyó durante el camino a través de las montañas, Aidan corría como una veloz gacela, los minutos transcurrían en su contra para llegar a la hora acordaba con *los que esperaban* por él. Evitó que Susana recorriera el trayecto por sus propios medios, podrían seguirla o atacarla, y él no estaría cerca para protegerla.

—Te pasaré buscando al llegar —comentó en el instante en que la dejaba sobre sus propios pies frente a la cortina de hiedras—. ¡No salgas para nada! —elevó la voz en cuanto ella intentó replicar, conocía su mirada de «yo puedo volver solita, conozco el camino»—. Así pases la noche aquí… —Descorrió las hiedras y aguardó a que Susana introdujese la llave de bronce en el cerrojo del picaporte herrumbroso—, al otro día esperas por mí. ¿Entendido? No sé qué inconvenientes se presenten.

Hizo un mohín.

—¿De qué va ese juramento? —la inquietó las medidas que él tomaba—, ¿deben cortarse las venas o luchar para ganarse la confianza del rey?

*Confianza*…, Aidan cada vez se sentía más preocupado por habérsele requerido en la Corte. Si no era capaz de inspirar ese sentimiento al Soberano, quizás por ser de origen híbrido, después no tendría clan que comandar.

—Solo le tengo que jurar lealtad; lo más «violento» a lo que estaré sometido, será a estar un buen rato de rodillas frente al Soberano.

El greñero alborotado, la camisa arremangada y arrugada, el pantalón pidiendo a gritos una buena lavada… ¡Oh, dios qué desastre de hombre!, la mirada crítica de Susana se deslizaba de arriba abajo por la indumentaria de Aidan, meditando que de la puerta del castillo a él no lo iban a dejar pasar por lucir como ebrio amanecido después de una alocada fiesta.

—Y tú con esas fachas, no quisiste empacar nada… —comentó sin ánimo de ofenderlo, pero de hacerle recapacitar de su aspecto personal. Tenía que devolverse a Moninne y cambiarse de ropa, y, desde allá pedir un taxi o aceptar el aventón del comisario, porque no debía presentarse de esa manera, ofendería a esa gente de modales refinados y etiqueta estricta.

—Pasaré por casa de mis padres, allá tengo algunos trajes que me sacarán del atolladero.

—Entonces, nos vemos más tarde. Pásala bien. —La gruta que da acceso a Síorai, permanecía abierta, aguardando por su visitante.

Él acunó el rostro de Susana y pegó sus labios con los de ella, para dejar sobre estos el amor que le profesaba. Serían horas del cual estarían separados, y, para Aidan, comenzaba a sufrirlo como si le hubiesen impuesto que debían ser días. Apenas disfrutaban de las mieles de estar juntos como pareja y de aspectos íntimos que otros jamás tendrían oportunidad, porque la conexión física y espiritual solo se daba entre los dos. Por desgracia, tuvo que interrumpir el beso cuando Susana deslizó su pecaminosa lengua hacia el interior de su boca para hacer más candente el momento. Aidan casi cede al deseo, pero recordaba reticente que debía partir

antes de que el sol se posicionase en lo alto del firmamento.

—Espérame. —Se prometía que la haría suya un millón de veces más, y esto sería poco, su energía sexual era inagotable.

Las bisagras rechinaron y la puerta bloqueó la visión de Susana, en cuanto ella la cerró de manera lenta; con un deje nervioso alojado en sus intestinos, Aidan le esbozaba una sonrisa acartonada como despedida, y del que a ella no la convencía. Él también tenía esa silente inquietud con respecto a ese sujeto que portaba corona o lo que fuese que lo destacara frente a los que le rendían sumisión; si aquel se sentía amenazado por los rumores que seguro llegaron a sus oídos, la cabeza de Aidan rodaría por aquellos pisos lustrosos.

*¿Por dónde salió ese hijo de puta?*

Tyrone Bell masculló para sus adentros, enojado por haber perdido con anterioridad el rastro del joven Fitzgerald.

Tras abandonar la mansión, los persiguió junto con sus hombres, por la curiosidad del porqué este se llevó a la humana a las montañas si tenía un deber que acatar de inmediato. ¡Ni al gato dejaron! Y esto de nada les valió, perdieron el rastro por un buen rato hasta que lo vieron emerger veloz de la nada como un espíritu de los bosques. Notó que no cargaba a la compañera ni al puto gato, los había dejado abandonados en alguna parte, a merced de los elementos.

Sus cuatro patas y las de sus centinelas, no pudieron darle alcance al muchacho, que se esfumó en un abrir y cerrar de ojos. Elevaron sus narices para captar su olor en el aire, pero a sus fosas nasales de animal solo llegaba el aroma húmedo y floral de los brezos y de las ramas dentadas de los abetos también cargados de la llovizna caída en el amanecer. Desistieron de seguirlo, ¿cómo hacerlo si era como perseguir un semidiós o a un demonio? Ni se veía a lo lejos ni se percibía; la brisa de la montaña veraniega, lo perseguía, en vez de soplar en sentido contrario para ayudarlos a captar; más bien, barría la estela que el Alfa de Fuego dejaba a su paso.

Mediante gruñidos, el comisario ordenó a su equipo de desplegarse.

La humana se hallaba por ahí, sola, quizás escondida en alguna cueva del que ellos aún desconocían, salvo la leyenda del invernadero secreto.

Estaba seguro que Aidan Fitzgerald, allá la había llevado, alimentándose de los frutos terrestres que aquel lugar ofrecía y contando las monedas de oro y usando las invaluables joyas que los antiguos piratas dejaron en grandes baúles de madera.

Si daban con la humana…

Daban con el tesoro.

# Capítulo 3

El cepillo de cerdas blandas barría toda pelusilla pegada en la parte trasera y las mangas de la chaqueta de botonadura simple del muchacho. Melva procuraba que Aidan estuviese impecable cuando se presentara en la Corte; qué orgullo para ella que su pequeño causara buena impresión desde un principio; las estrellas comenzaron a brillar para él, al momento de su estirón a los quince años; se hizo más fuerte, más guapo, saludable e independiente… Rompió con el molde defectuoso de los Fitzgerald y va encaminado a conseguir el éxito que ha eludido a su esposo y Niall.

Del despacho salió Desmond en cuanto Melva le pidió que subiera a la habitación de Aidan, habiéndole ella contado a través del móvil. El secretario personal y Phiala –el ama de llaves– quedaron petrificados por las zancadas extraordinarias del Lord Mayor al subir las escaleras hacia la planta alta. El corazón le saltaba emocionado, ¡el Soberano! ¡El Soberano le ordenó juramento! No era una obligación expresa para los nuevos machos alfas de la isla, y menos que sean de linaje mixto, que, por cierto, Melva rogaba a Dios no fuese el principal motivo por el que requerían su presencia. Los clanes irlandeses no eran adeptos a las mezcolanzas de sangre; para ellos, se contaminaban los genes de los hombres lobo.

—De modo que es cierto —el progenitor jadeó complacido al cruzar el umbral del dormitorio. Aidan no se decidía qué corbata usar, si la *Hermès* estampada en diminutas nubes grises o la *Ralph Lauren* de tono vinotinto para que combinara con su traje azul marino. Después de dejar a buen resguardo a Susana, descendió a toda velocidad la ladera de la montaña, lo que le valió que el barro y el follaje se le pegara en las perneras de su pantalón y en su camisa. Sus zapatos embarrados terminaron sin zuelas, y fueron a dar al cesto de la basura, donde Melva ordenó a una de las empleadas a que los desaparecieran de inmediato de su vista.

—Tan incrédulo como siempre, Desmond —le reprochó sin estar enojada con él; al contrario, sonrió igual de orgullosa por su muchacho—. Ya está: ¡perfecto! —Terminó de eliminar la última pelusilla en el traje.

—Aún no. —Desmond se acercó y eligió por Aidan, la corbata que este debía de usar: la *Ralph Lauren*—. ¿Preparaste lo que dirás al Soberano? —inquirió mientras se tomaba la libertad de acomodar la corbata en torno al cuello de la camisa blanca de su hijo y ayudarle a hacer el nudo-Pratt para que luciera intachable en esa ocasión formal; las manos de Aidan temblaba ligeramente y las percibía con altísima temperatura corporal.

—«Juro lealtad y acataré cada regla impuesta bajo su reinado, Majestad» —respondió, su vista clavada en el espejo, observando el desastre de su cabello rojo; no hubo tiempo de pasar por la barbería, tendría que presentarse un poco greñudo. Al menos se rasuró en el baño los pelitos que oscurecieron por unas horas su rostro.

Desmond esbozó un mohín y no por el nudo de la corbata, que le quedó bien hecho, sino por la simpleza del discurso que Aidan expresaría frente a toda esa gente en *Trí Aingeal*.

—Debes ser más agradecido y resaltar tus cualidades, como el apellido de la familia.

Puso los ojos en blanco.

—¿De qué me servirá? —lo miró a través del espejo—. Ya saben que soy fotógrafo de profesión y que soy un Fitzgerald —*en bancarrota*—. Al Soberano solo le interesa que yo no sea de los que den una puñalada en la espalda.

—*¡Shhhht!* —Desmond lanzó miradas paranoicas hacia la puerta que permanecía abierta de la habitación, en prevención de que hubiese espías en su casa—. Nos acusas de ser imprudentes y tú eres peor. ¡Cuida lo que dices! —lo reprochó en voz baja. Melva asintió en apoyo de su esposo; este la puso al tanto de la discusión que hubo en Moninne—. Bien… —Evaluó que no hubiese nada en la apariencia de su hijo que después lo criticaran, y asintió complacido— ahora enfoquémonos en cómo te comportarás allá, es una pena que tu presentación carecerá de sobriedad. Fotógrafo…

—Tomo fotos muy bonitas —le fregó la paciencia solo para ponerlo de malas pulgas, le daba igual si criticaban su profesión. Él mismo se enorgullecía de serlo; por más que su padre quisiera que el jefe de Protocolo del Soberano, anunciara rimbombante su llegada como: «Aidan Fitzgerald: Guardián de Síorai, Protector de las Montañas de Slieve Bloom y de la Portadora de la Llave, Amigo Cercano del Arbusto Dragón, Alfa del Condado de Offaly, Alfa de Fuego…

Lo más sensato era no presumir de ello, lo despojarían de todos los títulos de un disparo al corazón.

De la encimera del baño donde los artículos de aseo personal han permanecido en el mismo lugar desde que Aidan se marchó de la casa, Melva tomó el perfume de este y le atomizó dos veces las manos para que él esparciera el aroma por sus mejillas y la chaqueta sastre. Desmond le hizo un gesto a su esposa para que no repitiera el proceso porque en cuanto Aidan entrase al palacio, más de uno estornudaría. Los olfatos de allá son muy sensibles.

—Espero no le digas eso a Kane Saighead, porque me matarás de la vergüenza —su sentido del humor nulo—. Cuando estés frente a él, ten seguridad al hablar y no lo mires a los ojos.

—Lo sé.

—Tampoco hables de primero y ni lo interrumpas.

—Lo sé…

—Sé agradecido, pero no le beses el culo.

—¡Desmond! —Melva se escandalizó de su lenguaje soez, pocas veces lo escuchaba expresarse de esa forma, como el día en que el abogado Blaine leyó el testamento del loco de su suegro. Aún le daba rabia el comentario sobre los pijamas…

—Tendrán que ponerme un arma en la cabeza para que lo haga. Y ni siquiera…

—Por nada del mundo demuestres indignación por lo que te digan, Aidan. Son unos malnacidos provocadores; si caes en su juego, te linchan.

—No sucederá eso.

—¡Sucederá! —Desmond reafirmó enérgico su advertencia. A él le pasó en un par de ocasiones, en el que lo utilizaron como motivo de sus burlas y del que terminó azotado por decirle «idiota» al primo del Soberano. Corrió con suerte de que Dugan gozaba de buena amistad con allegados a la familia real, porque si no…, él ni habría podido tener su propia descendencia—. Así que te aconsejo, cuida tus palabras y soporta con aplomo las burlas; de seguro sucederá… —Híbridos en la Corte: mil chistes malos por contar.

—¡Oh, hijo! —Melva se regocijó del porte majestuoso del menor—. ¡Luces tan guapo! Causarás buena impresión, eres todo un Fitzgerald.

Un mohín que denotaba incomodidad se reflejaba en el rostro desaliñado del joven.

El humillante recuerdo contado con inquina por parte del padre, en sus años mozos, a él lo mantenía con los pies pegados en el piso. De no haberlo padecido, Desmond estaría preparándose junto con Melva para acompañar a Aidan a Trí Aingeal. Sin embargo, la propia bocaza de este le acarreó la prohibición de pisar cualquier propiedad del Soberano, a menos

que prefiriera morir decapitado. Aidan tendría que pasar solo el trago amargo del escrutinio de esas víboras.

Lo acompañaron hasta la puerta principal de Mansion House, que, como Lord Mayor, el Ayuntamiento de Dublín le cedió a Desmond mientras esté en funciones. Afuera aguardaba el Rolls-Royce Oficial; Aidan se negó rotundo, pero Desmond insistió que demostrara desde el instante en que entrase a dichos predios custodiados por los más fieros lobos, de que, para los Fitzgerald, no era impedimento ser exitoso, pese al linaje híbrido.

*****

El móvil no tenía cobertura. Susana miraba la pantalla por largo rato, con los audios enviados a Aidan sin que a este le llegaran.

El dispositivo electrónico fue a dar de vuelta en el bolsillo externo del morral. El botellín del agua le aplacó la sed y el emparedado, el hambre que sintió. Consultaba la hora, de tanto en tanto, y se sorprendía de mala manera del lento correr de los minutos. Clasificó algunas plantas que no eran propias de la zona, según lo que ella ha investigado de la fauna y flora de Slieve Bloom. En esa parte oculta de las montañas germinaban plantas que se conseguían en América del Sur o del Norte; pues, a pesar de la alcalinidad de los suelos montañosos, en el invernadero era apta la cosecha de los sembradíos.

Su morral estaba atestado de manzanas, hierbas de todo tipo, previamente fotografiados y apuntados en el cuaderno. Los que no conocía, los guardaba para investigar en su ordenador portátil. Le habría sido más fácil preguntarle a Xylon: ¿cómo se llama esta?, ¿para qué sirve? Y este respondería: «se llama *la que sonríe*, y es buena; no la lastimes mucho al quitarle los racimos».

En ese aspecto, Susana procuraba cortar lo menos posible, y recogía las frutas que han caído al suelo para alimentarse.

El plato con una ración moderada de croquetas satisfacía el apetito de Zeus, se ha portado bien en lo que iba del resto de la mañana, la seguía a donde ella concentraba sus actividades, y empleaba su arte de cacería con los insectos que hallaba entre el follaje o la grama. El santuario oculto era un patio de recreo para él, trepaba árboles, saltaba al suelo, volvía a trepar y después saltar… Uno que otro grillo atrapaba para llevárselos a sus pequeñas fauces, dándose el gusto de tragárselos casi completos. Su ama lo regañaba, pero él la desoía, los grillos de allí eran más deliciosos que los cazados por las inmediaciones de la casa.

La mullida pata negra del gato movió el platico para extraer las últimas croquetas que faltaban por masticar. Miró a Susana y esta esbozó una expresión de «eso fue todo por el momento», no podía darle la ración que trajo para él, de un tirón, porque vomitaría. Lo ha visto llenarse la panza con lo que revolotea por ahí. Acarició su cabecita negrita y dejó que se posara sobre su regazo, ella se tomaba un descanso en las amplias escalinatas del templo; los pavorreales machos abrían su cola en un abanico de *mil ojos* hacia la hembra que pretendían conquistar; no se alteraban por la presencia de la muchacha que, desde su sitio junto con su mascota, los observaban en su baile de cortejo. A Susana le recordaba las llamas que envolvieron su cuerpo junto con Aidan, ambos desnudos y excitados por el deseo.

El parloteo chillón de las guacamayas que revolotean entre las copas altas de los cerezos, la sacó de su ensoñación y esbozó una medio sonrisa porque dichas aves fueron testigo de su propio apareamiento con su novio. Zeus saltó de su regazo para corretear a los pavorreales y de

esto Susana ni cuenta se dio. Las baldosas a unos metros de allí llamaron su atención, fue donde Aidan la depositó y la abrió de piernas para introducirse en ella. Le palpitó el clítoris al pensar en la virilidad de este, friccionando entre sus labios vaginales hasta que la hizo alcanzar el orgasmo.

Quería meter la mano dentro de su panty y tocar su centro, sentía ganas de autosatisfacerse mientras pensaba en Aidan. Pero no era el lugar, no era lo correcto. Lo de la noche anterior fue por una conexión mística que debió establecerse entre los dos para sanarla a ella y fortalecer el invernadero.

¡Ay, lo que él a ella le haría cuando llegase!...

Tendría que tomar vitaminas porque la dejaría molida.

Las guacamayas parecían que libraban una batalla por ocupar espacio en las ramas, esto capturó la atención de la joven, que no había cuestionado hasta dónde llegaban los límites de Síorai; según lo que su visión alcanzaba a apreciar, carecía de murallas y rejas que impidiera el paso a animales y extraños; lo más lejos que ella ha logrado recorrer fue hasta los hayedos, donde Xylon les pedía no traspasar.

Lo pensó.

¿Era no cruzar los hayedos o no cruzar más allá de los hayedos?

—Siempre se te olvidan las cosas cuando estás nerviosa —se reprendió. ¿Qué debía hacer?

Sus pies poniéndose en marcha.

¿Qué habrá más allá? Preguntarle a Xylon, de nada valdría, era muy misterioso para dar respuestas. Y, aunque fuese una frontera, con lo que sea, peligroso, dudaba que Aidan allí la hubiese dejado sola.

¿Él qué sabía al respecto?

—Lo mismo que yo. —Un carajo.

¿Y si no había nada peligroso, sino más bien… mágico?

—¿Será? —se preguntó a sí misma—. Soy la que heredó la llave, debería estar al pleno conocimiento de todo, ¿no? —Ya cruzaba los manzanos, Zeus abandonó de fregarles la paciencia a los pavorreales y corrió detrás de su ama, su cola levantada y apuntando como una antena receptora hacia la muchacha; un metro más y ambos llegaban a los linderos de los hayedos.

El gato maulló consternado, incapaz de adentrarse a ese terreno. Susana lo miró, pero no lo obligó a seguirla. Más bien, meditaba qué hacer, pues el morral y el cuaderno los dejó en las escalinatas. Esperaba no cayera un aguacero, porque perdería su trabajo recopilado.

A su derecha, la estela de humo blanquecino se alzaba por sobre las ramas torcidas de dichos árboles; Xylon estaba apaciguado como descansando de su inyección de vitalidad al millar de árboles y arbustos que crecían por el entorno. Pugnaba por pedirle permiso para introducirse al bosque que tenía frente a ella y del que se ha cohibido de recorrerlo en obediencia de su amigo místico.

Alargó el cuello, para explorar con la mirada, no le parecía que fuese peligroso; no escuchaba el rugido de fieras salvajes ni siluetas sospechosas que la hicieran correr despavorida.

—Si tuviste sexo con un hombre lobo, que te envolvió en fuego y no te quemaste, puedes recorrer los hayedos. —En caso de que algo le causara temor, retrocedía sobre sus pasos y se olvidaba del asunto.

Se envaró, ni que fuese a cazar leones, solo exploraría un poco, era su deber como guardiana.

Un paso precavido.

Luego otro.

Echó un vistazo y se detuvo por si Xylon la increpaba.

*Nop*… La estela de humo casi extinta, el arbusto seguía en su sueño reparador.

Avanzó un trayecto más, sus ojos rodando de un extremo a otro, por entre los hayedos, y elevándolos en prevención de que nada le saltara encima. Miró por sobre su hombro hacia Zeus, este le maullaba como la veces en que algo lo inquietaba; por supuesto, era un gato precavido que solía mantener las distancias a todo lo que le causara desconfianza.

El chillido de los monos capuchinos la sobresaltaron, Susana los vio en las ramas de los manzanos detrás de ella y los chiteó para que se callaran; estos esbozaban risas nerviosas que a otros los desanimarían de su aventura, mas no a la joven movida por la curiosidad.

Logró adentrarse más de lo que antes fue capaz de recorrer; al traspasar la zona límite, se detuvo un instante y aguzó sus sentidos. Un vistazo por aquí, otro por allá. Oídos atentos a ruidos o quiebres de ramas al ser pisadas… Por allí no se escuchaba ni a los monos ni a las guacamayas; ni siquiera los insectos que están en cada rincón del cielo botánico. La manera en cómo llamaban a toda esa arboleda y sembradíos aún le parecía gracioso, porque generalmente…

Su frente y cuerpo chocaron contra algo que le impidió el paso.

Adolorida, Susana se sobó la frente y luego se enfocó en lo que estaba atravesado, pero nada había allí que la haya detenido.

¿Con qué chocó?

Alargó la mano hacia adelante y jadeó.

Apenas posó las yemas de sus dedos en lo que parecía ser una barrera invisible, se activó una especie de trazos luminosos azulados que se deslizan con rapidez en todas direcciones hasta formar un inmenso domo, que, por un segundo, fue visible a los ojos atónitos de la muchacha.

—¡¿Qué es esto?! —Según lo que observa, Síorai se halla dentro de un campo de fuerza que lo protegía.

En el instante en que Susana pretendía tocar de nuevo la barrera invisible, la tierra bajo sus pies comenzó a vibrar.

El movimiento telúrico la hizo tambalear; extendió los brazos para apoyarse del tronco de uno de los hayedos cercanos a ella, y se paralizó al notar que las raíces de los árboles emergían del suelo de manera violenta como si hubiesen sido invocados por algún conjuro maléfico. Los hayedos cobraron vida; las raíces –largos tentáculos mortales– se azotaron hacia ella y la atraparon. Susana gritó con todas sus fuerzas, incapaz de librar sus piernas; la arrastraban hacia las profundidades de la tierra, *por tocar lo que no debió tocar*, o por desobedecer el mandato del Alma de Síorai.

*****

Los lomos de los lobos cuadrúpedos se erizaron tan pronto el visitante de cabello rojo descendió del Rolls-Royce. La fuerte vibra que este emanaba los mantenía a cierta distancia, había algo en el sujeto que a ellos les hacía removerse nerviosos en sus sitios estratégicos para la vigilancia. No expelía intimidación ni inspiraba desconfianza, tampoco aparentaba ser de los que ofrecían sus billetes para comprar títulos nobiliarios o le concediesen favores a cambio. El joven metamorfo, elegante en su porte y con una complexión física poderosa, indicaba que muchos se habrían de inclinar a sus pies, si este pretendía escalar un peldaño más alto en la

cadena de mando de las especies lobunas.

El corazón de Aidan retumbaba de un modo tan inquietante que de inmediato se llevó la mano al pecho para controlar sus palpitaciones. Las piernas le temblaban como si presintiera que debía marcharse de allí a toda carrera hasta que no hubiese más civilización de por medio. Se reprendió en su fuero interno, porque no era temor lo que sentía; su propia piel comenzaba a quedarle pequeña a su ser; no se hallaba cómodo ni con la ropa que usaba ni estando ahí, al inicio de las escalinatas que lo llevarían al interior de la casona. Aun así, empleó toda la voluntad que se requería para no perder la compostura, notaba siluetas moverse por entre los arbustos que rodean la edificación, y captó sus aromas. Había un buen número de guardias apostados en el tejado y ojos clavados en él desde las ventanas de los pisos superiores. Aidan no fue recibido con la consideración necesaria para los de su cargo, sino que ingresaría por la parte asignada a los de linaje inferior.

Invocó a su abuelo y le pidió lo serenara, era estúpido que temblara como un chiquillo, ya venía preparado para las displicencias que recibiría desde los centinelas hasta el que se sentaba en el trono. Entraría, saludaría a los que estuviesen allí, aguantaría burlas, haría el juramento y luego se largaría con su dignidad inquebrantable. Consiguieron que su padre perdiera los estribos como un vulgar omega, pero él no les daría el gusto de ser el siguiente que los divertiría.

Siendo consciente de los muchos pares de ojos que monitoreaban sus movimientos desde sus puestos de vigilancia, Aidan emprendió el ascenso por las escalinatas. Aún su pecho lo tenía contraído y la sensación de dar la media vuelta no cesaba de mortificarlo. Mientras saldaba el trayecto, un hombre de mediana estatura y mirada adusta, apareció de repente en el rellano; lo escaneó de arriba abajo y alzó una ceja en señal de insatisfacción por su aspecto *barbilampiño.* Vaya, chiquillo nombraron como alfa pueblerino… Los rostros de los grandes líderes se cubrían con barbas pobladas que endurecían sus miradas; el que se acercaba ni tenía edad para rasurarse las mejillas.

A Aidan le molestó que el jefe de Protocolo, de Su Majestad, se mostrara como si fuese una eminencia aburrida que no le quedó más alternativa que recibir a un *semihumano* en su esplendorosa residencia, y solo era un delta que allí trabajaba. Sin embargo, el semblante altivo del hombre de tez cobriza, empalideció cuando Aidan se detuvo frente a este; sus ojos grises quedaron a la altura de la clavícula del visitante; intentó hablar, el joven tenía algo que a él lo enmudecía, olvidándose en ese momento de las indicaciones que debía recordarle para que no cometiera imprudencias frente al Soberano.

—*S-sí*… —carraspeó—, sígame.

Urgido por librarse de dicho compromiso, Malone procuró acelerar las pisadas para que los guardias escanearan al gigante de casi dos metros de alto. La espalda le ardía, el condenado pelirrojo emitía un calor corporal como si fuese una hoguera encendida. Era habitual que la especie lobuna tuviese sangre caliente, aun así, lo de este rayaba en lo anormal, le hacía sudar la gota gorda mientras se dirigían al punto donde lo revisarían, estaba por desprenderse de su chaqueta y salir a tomar aire fresco.

Ojos agrandados.

Inquietud por parte de los otros…

En el Área de Inspección, los guardias sufrieron el mismo impacto que el señor Malone. ¿Quién era ese sujeto que inspiraba temor? Qué sensación tan extraña.

Le indicaron al muchacho de largas piernas y torso fuerte, de cruzar el escáner para detectar

si traía armas de cualquier tipo. Entonces, justo cuando Aidan –contenido en su rabia *por las que lo hacían pasar*– obedeció la orden del militar a cargo…, el escáner sufrió un cortocircuito.

—¡*Huy*, ¿qué le pasó a ese aparato?! —Los guardias se sobresaltaron y no pudieron explicarle al señor Malone, a qué se debía el desperfecto.

¡Mierda!, ahora uno de ellos tenía que palparle las ropas al sujeto.

Con la mandíbula, el beta a cargo, ordenó al de menor rango a efectuar la requisa. El pobre casi se desvanece, porque fue como si le tocara ponerle las manos encima al mismo diablo.

—¿*Tra*… —la pregunta del guardia quedó atorada en la garganta—. ¿Trae armas?

—No.

—¿Granadas o dispositivos explosivos?

—No.

—Ahora, *vo*… voy a requisarlo, señor.

Aidan se llenó de paciencia y levantó las manos en cruz. El guardia lo olfateó y palpó su traje; procuró hacerlo rápido, aprensivo de que el visitante le arrancara el rostro de un zarpazo por tocarle el trasero y las bolas. Algunos bastardos se aventuraban en esconder un arma dentro de su ropa interior para asesinar al Soberano o al que haya causado polémica en pasados conflictos bélicos con pueblos vecinos.

—Ya puede pasar. Bienvenido.

El líder y los dos guardias, dieron un paso atrás para permitirle el paso al extraño sujeto, que, si no era un duque o un príncipe, debía ser un guardaespaldas de alto nivel recién contratado para velar por el Soberano. Tenía la apariencia de que *su animal interno* era despiadado.

Lo mismo meditaba el señor Malone que guiaba al altísimo joven por el pasillo hacia el Ala Oeste de la casona. ¿Para qué lo querrían? Según lo informado, descendía del híbrido que lideraba a los dublineses humanos.

—¿Quién es él?

—Qué guapo…

—¿Trabajará aquí? ¡Ojalá que sí!

—¿Qué hacen, holgazaneando? ¡A trabajar! —el señor Malone azuzó a los omegas que se encargaban de la limpieza de esa área, y del que Aidan a estas las dejó acaloradas por su presencia.

Moira, empleada desde hacía cinco años, dejó la escoba abandonada y siguió al muchacho gigantón, siendo seguida a su vez por Jenny Walsh, la secretaria del Departamento de Provincias, quien pilló el momento de la requisa mientras se disponía a marcharse a su casa. Jenny desabotonó en dos ojales su blusa y aflojó el moño de su cabello marrón para que cayera suelto sobre sus hombros, con el propósito de atraer la atención de este sobre ella; a ambas les gustaba el visitante, admiraban el modo seguro al caminar, su postura recta, su espalda ancha, su masculinidad…

La secretaria apretó el paso, pese a sus tacones altos, y adelantó a la empleada de mantenimiento; esta le gruñó por lo bajo en una competencia de ganarse el afecto *del de cabello de fuego*. Aidan sabía de la cercanía de las dos lobas bípedas, pero las ignoraba, pendiente de su entorno. Cada vez sentía aprensión de hacia dónde el menudo hombre lo conducía; las estancias abiertas no correspondían a despachos u oficinas administrativas, sino a cuartos de mantelería, despensas, depósitos de cajas o mobiliarios viejos.

Le daban un paseo por la zona de la servidumbre para hacerlo sentir en «casa».

No demostró enojo; ese ambiente no era desconocido para él, que limpió inodoros y lavó

trastes para ganarse la comida en sus primeras aventuras de mochilero. Así que, caminaba tranquilo, pues a él de allí no lo despacharían con la espalda rota por los latigazos. Cuadró sus hombros y levantó la frente, estaba por superar una gran prueba.

Al cruzar un recodo de los pasillos, Aidan se tensó.

El hombre le indicaba con la mano que debía seguir por su propia cuenta por unas escaleras en espiral que daban hacia pisos inferiores. Las empleadas se detuvieron a unos metros de ellos, suspirando por el macho que iba descendiendo los escalones. Aidan se preparó a ser emboscado; ignoraba por qué lo pensaba, tal vez todo era misterioso, pero tenía la precaución de mantenerse en alerta. Al parecer, el puto Soberano le quería dar una paliza antes del juramento.

## Capítulo 4

La tierra estaba a punto de tapiar a Susana, al ser arrastrada de las piernas por las raíces del hayedo, cuando un látigo de luego fustigó al árbol para que la soltara. Las ramas se sacudieron y muchas hojas cayeron al suelo, adolorido por el castigo.

Susana aprovechó que las raíces la soltaron y comenzó desesperada a salir del hoyo por donde casi muere enterrada.

Aruñaba la tierra con sus manos ensangrentadas, varias uñas se le partieron al intentar aferrarse inútilmente a lo que fuese para resistir de ser jalada por esos *tentáculos infernales*; lloraba por lo que le pasaba, la garganta le dolía de tanto gritar; le costaba emerger del hoyo, sus pies no tenían el apoyo suficiente para impulsarse hacia arriba; más bien, le parecía que la succionaban cada vez más a las entrañas mismas del suelo.

Otro latigazo impactó contra el hayedo, y lo hizo estremecer como si un rayo lo hubiese atravesado. El látigo provino de alguna parte del bosque, del cual Susana no se daba cuenta por estar pendiente de salvar su propia vida. La tierra caía en su cara, tosía por el polvo que levantaba como animal atrapado en una trampa mortal. Observaba sobre ella las ramas del árbol rebelde que tapaba su visión del cielo que se extendía mucho más alto que sobre este.

—¡NO, ALÉJATE! —Enterrada y con los ojos al nivel del suelo, Susana se preocupó al ver que Zeus corría hacia ella. El gato extrajo sus garras y feroz las enterró en una de las raíces que se enredaban entorno al pecho de su ama. Fue una ayuda que actuó pese a las desventajas de su tamaño, pero que dio un despliegue de valentía que a la joven sorprendió—. ¡Vete! —instaba al gatico de dejarla a que se las arreglara por su cuenta; lágrimas le faltarían por derramar si por su imprudencia él salía lastimado—. ¡Ve…! —su ruego quedó interrumpido por otro latigazo que impactó contra el hayedo.

Xylon acudía a su rescate.

Susana casi traga tierra al jadear estupefacta. No era el Arbusto que emergió de su sitio, sino el torbellino de fuego en sí, tal como ella y Aidan lo vieron en el templo la noche anterior. Giraba en su eje a la vez en que se deslizaba raudo sobre el suelo, levantando a su paso tierra y hojarasca como si las aventaran con un ventilador. Esto la hizo sonreír aliviada y se esmeró en apoyar con mayor ahínco la punta de sus deportivos en las paredes del agujero para impulsarse hacia arriba. Apretaba los dientes, sin darse por vencida.

El hayedo la soltó al percibir la cercanía del torbellino, Susana aprovechó esos segundos de libertad, temía que la fuese agarrar de nuevo y aventarla contra el *fuego viviente*. Logró salir

indemne y se levantó agotada por el esfuerzo; su corazón bombeaba acelerado que hasta le costaba respirar con normalidad. Aun así, tomó en brazos a Zeus y corrió sin mirar atrás. Las retorcidas ramificaciones del hayedo se estremecían de tras de ella por los latigazos que recibían, sus hojas volvían a desperdigarse aparatosas en el suelo. Susana estaba por alcanzar su salvación, pero faltando poco para cruzar el lindero hacia los manzanos…

Un par de poderosos azotes golpearon su espalda.

El dolor fue tan lacerante que un chillido reverberó por esa parte sombría del invernadero.

Sus piernas se tensaron, su espalda se arqueó hacia atrás al igual que su cabeza, fallando la movilidad de su cuerpo. Zeus saltó al suelo, en un chillido emitido por el susto. Susana intentó procesar lo que le había pasado, ¿qué la golpeó? ¿Xylon o las raíces del hayedo?

Sus pensamientos se tornaron nublosos, sus rodillas se doblaron y cayeron laxas en la tierra. Ya no era capaz de sostenerse por sí misma, estaba mareada, débil... Y, como un roble que cae hacia adelante, el rostro de Susana, pálido y sudoroso, impactó enseguida contra el suelo de tal modo que la hizo perder la conciencia.

*****

A pesar de la oscuridad, Aidan se daba cuenta del amplio vestíbulo que se abrió, tras él emerger por el arco de las escaleras caracol.

Sus pupilas de inmediato se dilataron para observar mejor el entorno sombrío del subterráneo. Las bombillas del techo no hacían su función de iluminar los espacios; adrede las mantenían apagadas para intimidarlo, pues la visión de un híbrido era limitada en comparación a los que están por encima de su casta. Sin embargo, Aidan era capaz de notar en blanco y negro todo lo que lo rodeaba, allí nadie lo recibía ni había algún letrero de «siga por este camino hasta el fondo», sus pisadas eran cautas, su mirada oscilante de un extremo a otro, cuidándose de lo que hay adelante o atrás, escaneando y olfateando todo de arriba abajo… Por lo visto, le impusieron una prueba, quizás para determinar si merecía portar el título de «alfa»; aunque le extrañaba que su padre de esto no le haya advertido, porque la prueba a los aspirantes a líder de su manada, debieron de realizarla muchas veces en los siglos del mandato del Soberano.

Consideró transformarse; si prepararon un espectáculo sangriento, lo mejor sería estar sobre sus cuatro patas. Se despojó de su chaqueta sastre y deslizó rápido el nudo de la corbata, terminando ambas prendas en las baldosas del subterráneo; no desgarraba las ropas, si ganaba la contienda, tendría que volver desnudo al Rolls-Royce.

Si no…

En una bolsa mortuoria.

—Es preferible que acate las normas del buen vestir, no se le ha llamado para una exhibición de músculos. Aunque me gustaría apreciarlo completo…

En un giró rápido de sus talones, Aidan se volvió hacia la voz femenina acabada de hablarle de manera seductora.

Descubrió que se trataba de una hermosa rubia, dada la claridad con la que su cabello suelto hasta la cintura contrastaba con las sombras. De unos treinta años, senos protuberantes que casi se le salen del escote, del ceñido vestido largo al ras del piso; «perdida» ella en un aparente error de haber tomado la ruta contraria de la fiesta de gala –que él no vio– a la que asistía en la casona, por ir al baño.

La mujer le sonrió, estando allí sola, en la oscuridad, sin representar una amenaza para él ni para nadie, pese a que demostraba una seguridad en sí misma de tener cuidado.

—Discúlpeme, señorita, por faltar a las normas. —Se abotonaba de nuevo la camisa, a la vez en que se fijaba que, detrás de la voluptuosa rubia, cuatro sujetos malencarados emergieron de la nada, en la ínfima distracción cuando él pestañeó un par de veces.

Sin apartar la mirada de los recién llegados, Aidan recogió la chaqueta y la corbata, y enseguida procedió a acomodar su indumentaria. La mujer contoneó sus caderas hacia él, para ayudarle con el nudo de la corbata; al parecer, no era costumbre en este de tener una prenda apretada alrededor del cuello. Le sonrió coqueta y aprobó de antemano la virilidad que el híbrido exudaba.

—¿A qué has venido, buen caballero? —Sus altísimos tacones de aguja la elevaban casi a la altura de ese espécimen que aparentaba ser originario de las tierras internas de la isla.

—Juramento por lealtad.

Los labios rojos de la mujer se curvaron ladinos. Su perfume acabando con el rancio oxígeno que Aidan respiraba en los cimientos de la casona.

—Lealtad… —comenzó a caminar en torno a él, evaluándole la excelente proporción física masculina—, qué palabra tan desgastada… Ya no se puede fiar de un simple «juramento»; más bien, se debe demostrar con hechos —comentó con cierta inquina en el tono de su voz. Los cuatro hombres vestidos de negro permanecían plantados en el sitio, sin replicar ni darle la razón a la dama con un asentamiento de cabeza—. ¿Estás de acuerdo en lo que digo?

—El juramento es un compromiso —reiteró—. Los hechos refuerzan la fe en el reino —se cuidó de entablar un debate con una desconocida que podría ocasionarle un serio tropiezo por ese día.

Ella esbozó una sonrisa taimada.

—Es cierto, pero al demostrarlo…, no solo se refleja esa «fe» que expresas con tanta elocuencia, sino que nos daremos cuenta de qué tan fuerte… —posó su mano en el pecho de Aidan y se estremeció por lo caliente— es tu corazón —volvió a sonreír—. Un alfa no es solo el que imparte órdenes a sus sirvientes e hinca una rodilla al Soberano cuando se halla en su presencia. ¡Es vigor, salvajismo, pasión y deseo incontrolable de morir por su amo! ¿Estás dispuesto a eso? —La mano aún en el pecho del imponente macho que sobrepasa en estatura a sus acompañantes.

—Mientras el Soberano sea digno, yo seré su servidor —Aidan expresó sin medir sus palabras, que hasta los cuatro hombres se asombraron de escucharlo.

Para cuando el joven Fitzgerald se percató de su imprudencia fue demasiado tarde; si se disculpaba, quedaría como un idiota incapaz de sostener lo que pensaba. Ahora sí que cometió su primer tropiezo, la loba estaba ahí para sacar a flote sus verdades.

—Oh, cariño… —sonrió como si presagiara su trágico final—. ¡Ojalá sobrevivas!, te has ganado mi admiración.

Segundos después y como si alguien estuviese aguardando a que ella lo expresara, las luces en ese lugar se encendieron, encegueciendo a todos por un instante, hallándose Aidan dentro de lo que parecía ser un túnel dividido por un panel de cristal curvo con barrotes de acero que reforzaban la seguridad.

Detrás del grueso panel, hubo una segunda iluminación, y esto permitió que él se percatara del grupo de metamorfos que lo observaban. Unos en forma presencial y otros reflejados a través de largas pantallas incrustadas en un panel. Entre ellos, la del Señor de los Lobos

Occidentales.

*Ay, Licaón, ¿qué va a pasar aquí?*, el Soberano y otros dos sujetos más no se dignaron a recibirlo personalmente, sus hoscas imágenes se transmitían vía satélite desde algún lugar que escapaba de su conocimiento, y del que asumía se hallaban lejos de la casona.

Las opiniones separaban bandos, unos admiraban la franqueza del muchacho y en otros les agriaba lo que dijo: «Mientras el Soberano sea digno…».

Al aludido también le causó inquina.

Una palabrota resonó en el fuero interno de Aidan. ¡Idiota! Hablaba sin pensar. El panel curvo impidió que él captara los aromas de los que escucharon la conversación desde el otro lado del cristal, ataviados estos en trajes elegantes y usando relojes costosos de oro y diamante. La mujer lo interrogó como si se lo hubiese topado en el camino, con su sonrisa y ademanes coquetos, y solo fue para que soltara la lengua. Su padre lo increparía en cuanto se enterase de su metida de pata, si es que de ese túnel él salía completo.

Atendiendo a las indicaciones suministradas con anterioridad por el jefe de Protocolo, Aidan hizo una reverencia al hombre de barba poblada y greñudo canoso, en la pantalla, como muestra de respeto a su liderazgo, y luego aguardó sin mirarlo a los ojos, con los sentidos activados al cien por ciento a que este se dirigiera a él.

—*La impulsividad es un defecto que caracteriza a tu familia: abren la boca y escupen sandeces* —comentó el Soberano de edad longeva, su voz resonaba a través de un citófono oculto, cuyo sonido llegaba a Aidan desde arriba—. *¿Has dudado de mi reinado?*

—No, señor —respondió sin altanería y lo suficientemente firme para que al regente y los demás les quedara claro que mantendría su palabra—. Su mandato es de los más estables en el hemisferio. Soy leal…

—*¡Ya manifestó lo que pensaba a mi hija!* —exclamó airado y sin ánimos de escuchar la misma perorata que le expresaban sus súbditos cada día. Los que juran frente a él, conspiran a sus espaldas.

¡¿La hija?!

A Aidan le hizo eco en la cabeza lo que el Soberano reveló sin proponérselo por estar de malhumor.

Creyó que la rubia era algún integrante de la Corte, hastiada de los asuntos protocolares y con una lengua afilada que cuestionaba las opiniones de hasta los más eruditos, mas no esperó a que fuese una princesa.

—Estoy a sus órdenes —elevó un instante la mirada hacia el anciano que se hallaba casi pegado a su pantalla de dónde sea trasmitía y con una expresión avinagrada, del cual a Aidan lo mantenía en constante tensión. La princesa ya no estaba a su lado, se había marchado, dejando allí a sus custodios.

—*Muchos clanes se han extinguido por tener al frente a un alfa débil y de doble cara* —el Soberano expresó en su actitud poco amistosa hacia el hijo menor del despreciable híbrido que era una vergüenza para todas las castas de lobos—. *Las batallas para conservar los terrenos liderados serán constantes y despiadadas. He permanecido en el trono durante siglos, porque mis guerreros no reparan en liquidar a un adulto o un cachorro, si estos representan para mi reino una amenaza. Deben ser de corazón frío y de garras de acero, los inseguros debilitan el carácter regio de mi ejército; si dudan en la matanza de mis enemigos, estos después serán los que nos aniquilen. Usted ha declarado que los hechos refuerzan el compromiso del juramento.*

—Estoy dispuesto a demostrarle que poseo el carácter y la fuerza suficiente para estar al

frente de los míos.

Kane, satisfecho de su propósito, tendría la excusa perfecta ante su Corte cuando estos se enterasen de que el nuevo alfa no aguantó el enfrentamiento. Los reglamentos recién decretados le permitían eliminar a los ineptos de los que tenían madera de liderazgo; a él no le interesaba la buena reputación del muchacho, solo quería comprobar ahí mismo y de manera controlada lo que le telefonearon antes de él haberse ido a dormir. Por eso fue precavido de hacer una vídeo-conferencia con este y otros interesados en caso de que el híbrido enloqueciera por la furia desatada.

—*Un alfa debe ser capaz de superar a sus adversarios. Si consigues vencerlos…* —desde la pantalla miró a los hombres, unos pasos atrás de Aidan—, *te aceptaré como líder de tu condado.* —Hubiese preferido haber movilizado a sus tropas, para exterminarlo, pero sus consejeros temieron que esto creara un halo místico alrededor de este y fuese contraproducente, ya que los clanes aliados se levantarían en armas. La maldita leyenda que tanto temía podría ser su guillotina.

Un zumbido alertó a Aidan de la caída de una jaula que lo encerraba junto con los custodios de la princesa.

Custodios que apostaría lo que sea a que son alfiles.

Los guerreros más letales del Soberano.

Esto lo tensó al punto de extraer las garras en sus manos, de manera automática.

La jaula, de gruesos barrotes, quedó por delante y casi pegada al panel de vidrio de sus observadores que se mantenían en línea, las dimensiones apenas abarcaban unos ocho metros de diámetro para que cinco lobos monstruosos se destriparan sin estar apiñados.

De manera inmediata, la mano arrugada del anciano en la pantalla indicó una señal de comenzar el enfrentamiento.

Aidan se volvió hacia los cuatro alfiles, que, de inmediato, iniciaron sus metamorfosis. No le sorprendía que esto haya pasado, lo sospechó tan pronto lo condujeron por esos rumbos. Combatiría en un espacio reducido y superado en número. Así que, simulando las peor de las situaciones para un metamorfo que se ganó el cargo de Alfa, sin antes librar batalla, debía superar a sus contrincantes. Para reyes como Kane, era más meritorio los sujetos aguerridos que los que obtenían todo caído del cielo.

Por ese motivo y porque no le quedaba más remedio, invocó a su lobo interno, al mismo tiempo que los otros. El cambio de la anatomía era tan normal para los espectadores que hasta bostezaban: desgarramientos de ropa, quiebre de huesos, realineación para ser capaces de postrarse en sus cuatro patas, alargamiento de quijadas, ennegrecimiento de sus narices, cubrimiento de piel por el pelaje…

Sin embargo, la corpulencia y el tamaño de uno de ellos provocó que los espectadores jadearan desde el otro lado de la jaula y el panel de cristal.

—Es muy grande…

Atónito, Kane miró a su hija que acababa de ingresar a esa parte del túnel de la casona, por una puerta que conecta con pasillos secretos. Ella se sorprendía de la estatura de Aidan Fitzgerald y esperaba a que su padre, desde su lugar seguro en la ciudadela de piedra, hiciera algún comentario al respecto, pero ni movió los labios ni esbozó algún gesto, la palidez hablaba por él; el tamaño del híbrido era casi el doble al de sus adversarios, quienes parecían cachorros al lado de este que debía medir unos tres metros de alto. Se preocupó de lo que habría de pasar si enloquecía; el anterior se comportó como un psicópata que hasta devoró a su propia camada.

Castor –jefe de Gabinete– intercambió miradas con él.

¡¿Seamus fue así de gigante?!

Según lo que contaba el Soberano, la historia era muy diferente. Este superaba hasta el mismo Licaón…

Los cuatro lobos lanzaban dentelladas hacia el rojizo, vacilantes de lanzarse en ataque organizado para derribarlo.

Uno se aventuró a dar un paso para morderle los costados, pero retrocedió aterrado y con la cola metida entre las patas cuando los enormes colmillos de la bestia casi lo atrapan. La proyección de Kane les gritaba a que le destrozaran las extremidades, enojado por la cobardía de sus guerreros. La princesa sonrió pese al cabreo de su padre, el poderío de ese macho era incuestionable, le gustaba, lo deseaba, la progenie que engendrase ese descomunal ser, sería de casta superior, y ella ya planificaba que él la preñara para que le diera cachorros fuertes.

Sus feromonas enloquecieron al observar la imponencia de sus cuartos traseros y delanteros, su lomo poderoso, de esos colmillos que superarían al prehistórico tigre dientes de sable, de vivir en la actualidad. Por esa razón, se prometió que esa misma noche tendría al híbrido en su cama y sobre ella, soportando sus estocadas que debían ser rudas.

El lobo marrón impactó contra el panel de los espectadores, presentes y en señal directa, tras ser lanzado de un cabezazo por Aidan. El cristal protector se resquebrajó, del cual más de uno de los elitistas que se hallaban allí en «vivo» retrocedieron para evitar que los fragmentos filosos los hirieran. No corrían peligro de ser atacados por el pelirrojo, los barrotes aún resistían el combate entre los cinco lobos; aunque uno de los alfiles quedó tendido en las frías baldosas del túnel. Los esfuerzos por dominar a esa bestia gigantesca eran agotadores.

Aisleyne se acercó hasta la pantalla donde la imagen de su padre lo mostraba hasta la cintura. El escudo del reino colgaba en la pared detrás del escritorio donde este estaba sentado.

—Si lo quieres de tu lado, detén esta absurda prueba, ya él demostró que no tiene un gramo de debilidad —le comentó en voz baja—. Más bien, aprovecha su vigor, que esta oportunidad de reforzar tu ejército no se presentará dos veces en la vida. Si es que te importa dejar un reino seguro para tu primogénito… —Cuando posó su mano en el fornido pecho de ese macho, supo de inmediato que debía ser su hembra, solo así tendría oportunidad de ser reina consorte. De otro modo, un imbécil gobernaría sin merecerlo, y ella tendría que aceptar el destino de ser la tercera esposa del obeso hijo menor de un alfa de provincia.

¿Qué hacer?, el regente sopesó para sus adentros. ¿Ordenaba refuerzos para que entre todos lo mataran o atendía a la sugerencia de Aisleyne?

Sus consejeros insistieron en no despedazarlo y desaparecer sus restos, la ausencia de ese muchacho se haría sentir en su condado y esto acarrearía rumores y acusaciones que después no podrían acallar ni con hipnosis.

Su hija bastarda tenía razón y esto lo enojaba porque una hembra no debía imponer su propia opinión a los machos, menos a él que la ha educado con mano dura desde que la destetaron de la madre. Sopesó ordenarle al jefe de Seguridad para que le diera un bofetón, en lugar de él, por hablarle como si fuese uno de sus tontos amantes. Pero la imagen emitida de su mirada severa bastó para que Aisleyne captara que corrió con la suerte de no salir de allí con la boca reventada.

El muchacho tenía mucho vigor…

Observó los senos protuberantes y las atractivas curvas de su hija, y esta atendió a su mirada

pensativa. ¿Hasta qué punto podría aprovechar los servicios del híbrido?

Dirigió su atención sobre Castor, dando un asentamiento de cabeza para aprobar lo sugerido por Aisleyne. Era buena idea lo de aprovechar al hijo del *mequetrefe*… En caso de que Regan o su progenie recién engendrada sea incapaz de regentar, otra línea de la Casa Saighead tomaría el control del reino. Ningún extranjero o traidor los derrocaría, su linaje debía prevalecer a toda costa hasta que él consiga el elixir de la juventud. Estaban cerca de hallar el Paraíso Perdido; si bebía del agua de sus arroyos, él volvería de nuevo a ser joven.

El jefe de Gabinete le indicó al jefe de Seguridad, de detener la pelea. Este se reverenció y luego oprimió un botón en la pared del túnel, a la altura de su rostro recio. Las luces titilaron.

En cuestión de segundos el área de enfrentamiento se envolvió en una densa neblina que aturdió los sentidos de los que se hallaban enjaulados. Aidan se tambaleó, veía todo doble, le dieron náuseas por la ingravidez que sentía en su cuerpo, siendo el último en desplomarse en el piso por ser el de mayor tamaño. Respiraba agitado por la pelea misma y porque trataba con todas sus fuerzas de no perder el sentido, pero el gas somnífero que contaminaba el oxígeno ocasionó que se diera de bruces en el piso.

# Capítulo 5

Antes de recobrar del todo la conciencia, Aidan ya sentía que las baldosas bajo su cuerpo no correspondían a la dureza y frialdad habitual del material de construcción.

El letargo en sus extremidades ralentizaba sus movimientos en esa superficie blanda.

Al alzar el brazo derecho para llevárselo a la cabeza, pues la migraña daba de golpes a sus neuronas, tuvo que hacer un esfuerzo; le pesaba demasiado como para siquiera mover los dedos de la mano. Tragó saliva, el sabor fue amargo y desagradable, hizo un feo gesto y luchó por abrir los ojos, aturdido por el malestar. Aún le costaba procesar su situación, ¿qué había pasado? ¿Estaba en su cama o en el piso? Y, ¿por qué se hallaba allí si no recordaba haberse ido a dormir?

A estos desenfocados pensamientos, lo prosiguió una deliciosa sensación que de repente avivaba cada molécula de su ser, encalambrando el área de su pelvis de una manera que cortaba de tajo las molestias que lo afectaron. Aún seguía en la bruma de la soñolencia, pero disfrutaba ese cosquilleo que recorría sus muslos y se alojaba más intenso en su hombría. Gimió y sonrió, sin abrir los ojos, él entraba y salía de imágenes inconexas oníricas que lo mantenían atado a fantasías lúdicas: uno labios carnosos y lengua pícara, chupaban y lamían sensual a lo largo de su tallo endurecido. No necesitaba comprobar quién era la pícara que se coló a su cama, sabía bien que era morena, menuda y extranjera… Esta vez sería él, el que se entregaría a sus deseos…

Sin embargo…

Sus aletas nasales se abanicaron cuando percibió un aroma dulzón que no correspondía al de Susana.

Le dio picor en la nariz, por lo que tomó control de sí mismo; al parecer, la habitación estaba impregnada por el perfume de…

Abrió los ojos y enseguida se enfocó en una silueta que se hallaba sobre él, correspondiente a una mujer a juzgar por sus curvas y cuyo aroma rápido la identificó sin que él apreciase con nitidez su rostro.

—¡¿Qué haces?! —Obvio que él lo sabía, la boca de esta le hacía una buena mamada. Los sucesos en el subterráneo explotaban como *flashes* en su mente: panel de vidrio, jaula, espectadores, guardaespaldas, enfrentamiento, una mujer rubia… Los labios femeninos no se cohibían de tragarse lo que podía de su virilidad, lo premiaban con un despertar de cinco estrellas por haber superado la prueba; si es que la superó, porque de repente todo se tornó nubloso.

Empujó rudo a la princesa que causaría a él lo mataran por meterse con hembras prohibidas, y de inmediato se levantó de un brinco de la cama. La desvergonzada aprovechó que lo arrojaron allí, *encuerado*, para follarlo en su vulnerabilidad.

Aisleyne se relamió de un modo que daba a entender que disfrutó el rato en que lo tuvo a su merced.

—Hiciste polvo las apuestas: todos pensaron que morirías en el «Cilindro» —expresó con una nota de satisfacción en sus palabras y sin responder a lo acabado de hacer—. Fui la única ganadora; apenas te vi, supe que no eras un simple «alfa de pueblo». Eres más…

—¿A dónde me trajeron? —Su erección pulsante—. ¡¿Dónde está mi…?! —Ahora era más

más consciente de su entorno, su visión turbia se aclaraba poco a poco.

—Te trajeron a uno de los dormitorios de huéspedes. Y, si te refieres a tus ropas, nada de esta quedó para un segundo uso; la hiciste trizas, cariño, cuando cambiaste a ese *animalote* que nos impresionó. Qué tamaño… Pero no te preocupes —sonrió—, no te vamos a dejar marchar deliciosamente desnudo; en el área del vestier te dejaron trajes nuevos. —El vestido largo de la princesa estaba bordado por un millar de piedrecillas negras, los mechones de su cabello tenían toques de escarcha al igual que el maquillaje en sus ojos, brillando ella de la cabeza a los pies, bajo la lámpara del techo del dormitorio—. Ven… —Palpó el colchón para continuar con lo que ella estuvo haciendo o con lo que a él se le antojara, pero Aidan se mantenía inmóvil—, te aconsejo permanezcas acostado, los efectos de los gases somníferos tardan horas en disiparse. Los alfiles aún están noqueados, fue alta la dosis…

En vez de excitarse más por la sugerencia de la princesa, Aidan cayó en la cuenta de lo que esto implicaba.

—¿Cuánto tiempo he estado…?

—Desde la tarde —adivinó su inquietud, aún tendida a lo largo de la cama—. Ya son pasadas la medianoche. ¿Por qué palideces?, ¿te regañarán por llegar tarde a casa? —bromeó por la expresión preocupada que los bellos ojos verdes de Aidan, reflejaban, enterada ella de la chica humana que él tenía como pareja.

—No, pero alguien me espera —reveló con creciente angustia por Susana, le prometió llevarla de vuelta a casa en un par de horas; por desgracia, *su visita* a Dublín le ha tomado más de la cuenta.

Aisleyne apreciaba la excelente constitución del lobo; de haber sido posible, los espermatozoides de este hubiesen sido cotizados *a los que desean* una progenie que los hagan sentir orgullosos. Se levantó, y, del mismo modo que en el túnel, contoneó seductora sus caderas en torno a Aidan Fitzgerald mientras sopesaba si lo follaba por el resto de la noche o atendería a la orden de su padre, de llevarlo de nuevo ante él.

—No te preocupes, telefonearemos a *esa persona* para que no se desvele por no saber de ti —poco le importaba que aquella hembra inferior sufriera por la prolongada ausencia de su nueva obsesión; procuraría extender los días para que permanezca allí; para cuando se marche, ella ya debía de haber alcanzado sus metas.

—Necesito mi móvil.

—Le recuerdo que la telefonearemos.

—Mi móvil —insistió. Sus ojos ensombreciéndose por el enojo, no permitiría que otro le diera el mensaje a Susana, menos esa loba que parecía confabular contra el mundo desde las sombras.

La risa cantarina de la rubia, crispó de los nervios a Aidan, que estaba por estrangularla. Él se puso a la orden ante el Soberano y cumplió con la prueba: le dio en la *jeta* a los que se le midieron, así que, nada más tenía que hacer allí, los pies le picaban por largarse, Susana lo esperaba en el invernadero; allá debía estar aún refugiada en el templo, durmiendo en el piso de mármol que es más frío que las baldosas del túnel de la casona.

Evadió a la mujer que se acercó con evidente propósito de tocarlo, yendo hacia el área del baño donde en un anexo se hallaban los armarios, ocultos detrás de espejos de cuerpo completo. Allí buscó las ropas que dispusieron para él, pero se topaba con percheros vacíos, abriendo y cerrando con enojo las puertas cristalinas de los mobiliarios empotrados a la pared. Olfateaba para hallarlos rápido, no entendía el porqué de su angustia, a Susana la dejó bajo la

protección de Xylon, y en ese santuario ningún animal representaba para ella un peligro. Quizás era ansiedad por separación, estuvieron juntos por mucho tiempo.

—¿Siempre son así de impacientes los de tu casta?, porque no haces alarde de ello… —Aisleyne lo observaba divertida desde el marco del área de vestir.

En cambio, él hizo un mohín mientras le daba la espalda a la metamorfa, en su incesante búsqueda de la ropa por esos interminables armarios. El aroma a «tela nueva» lo guio hasta el final de la serie de puertas-espejos; sobre una repisa del interior varios pares de zapatos nuevos, medias y calzoncillos en sus empaques originales, y varios trajes colgados para que Aidan escogiera el que quisiera usar.

No halló su móvil.

Miró cabreado a la mujer.

—Todo visitante debe entregar su dispositivo antes de ver al Soberano.

—Yo no entregué nada.

—¿Estás seguro? —Sonrió como si él fuese idiota—. Te debieron haber requisado.

Aidan recordó a los guardias en la entrada posterior. Allá tuvieron que haberlo despojado del suyo sin que se diera cuenta.

Lanzó una increpación para sus adentros, no podría comunicarse con Susana.

Si es que había recepción de señal en el invernadero.

—Vístete, mi padre desea hacerte una propuesta.

—¿El Soberano?

—¡Quién más! —Rio—. ¿Acaso no te das cuenta de mi parecido con él? Los hombres no reparan en esos detalles…

Aidan se contuvo de esbozar una sonrisa desdeñosa; como olvidar la animadversión de Kane, al referirse a esta como su hija.

Se tomó unos segundos para estudiar los rasgos femeninos que le desagradaban por ser tan calculadora como los demás; en efecto, tenía los mismos ojos grises y la sonrisa maliciosa de aquel maldito que cuestionó su liderazgo y lo obligó a batirse contra alfiles preparados en una apuesta que a él lo desfavorecía. No obstante, Aidan intuía que seguía en prueba y era mucho más mortífera que la anterior.

—Discúlpeme, alteza, por no reconocerla en el subterráneo. —Ignoraba cuál, de las doce hijas bastardas que Kane tenía regadas por la isla, correspondía. De todos modos, se reverenció respetuoso para no ganársela de enemiga, por algo ella lo recibió en aquel lugar y estaba ahí a solas con un sujeto que hasta hacía unas horas ofreció un espectáculo brutal a una audiencia selecta.

Ella se acercó y Aidan tuvo que contenerse de evitarla.

Su hombría aún no se relajaba.

—«Alteza…» —la mujer rio con ironía, porque nunca le han dado dicho tratamiento—. Llámame «Aisleyne», desde ahora seremos buenos amigos. Y a *mis amigos* los trato *muy bien*. ¿Me comprendes? —Él asintió, aprensivo de lo que ella estaría tramando—. Mientras goces de *mis favores*, nadie en la Corte te menospreciará.

—Su amistad será valiosa —respondió mesurado y tratando en lo posible de mantener las distancias.

Por desgracia, la princesa no pensaba de la misma manera recatada de Aidan, la mano de esta se posó en su pecho desnudo y la deslizó suave en evidente disposición de querer pasarla bien. En su retorcida mente de linaje real ya había creado una fantasía que deseaba cumplir con

su reciente «amigo». Ese lobo rojizo de tres metros que emergió de las profundidades del alma del muchacho, la puso cachonda. ¡Cuán larga debía tener su verga erecta en su fase animal! ¡Cuán duro le daría en el trasero mientras ella seguía en su forma bípeda! Lo zoofílico la atraía, era lo que más la encendía, la desigualdad anatómica. Solía jugar con sus amantes a que ella andaba perdida por oscuros bosques y era atacada por la ferocidad sexual del animal. Aidan Fitzgerald sería su lobo malo y ella la Caperucita «virginal».

—Tengo pareja —Aidan cortó con el avance de la princesa, a riesgo de ofenderla. No deshonraría lo que por Susana sentía, lo suyo con ella iba más allá de lo físico.

—¿Y? —La mano descendiendo hacia la hombría del gigantón.

Pasos hacia atrás.

—No la quiero ofender, amo a mi novia. —Se apresuró a desempacar el calzoncillo y ponérselo, luego el pantalón, y en un pestañeo se terció de volada la camisa para cubrir mejor su erección. Amaba a Susana, pero su lado lobuno lo empujaba a traicionarla. Y se odiaría después por haber cedido tan fácilmente a los deseos de una loba fogosa.

*Tan lindo*… A Aisleyne le causaba gracia la fidelidad del honorable huésped.

—Tómame, no me importa que sientas «simpatía» por una humana. Soy de compartir —por un tiempo—. ¿Acaso no eres mi amigo?

—Los amigos no follan —replicó, y, en el acto, una risa perniciosa resonó en su conciencia. Los primeros meses en que se mudó con Susana a Moninne, él quería meterse entre sus piernas.

—Los amigos *hacen de todo*, juntos… Si me rechazas, lo consideraré un desaire.

—Si me intimida, es porque no le interesa la amistad. Y yo valoro esto por encima de cualquier relación sexual pasajera.

Las pestañas largas y teñidas de mascarilla negra, abanicaban los ojos asombrados de la rubia. Le propuso una revolcada y no le interesaba jadear con ella hasta el cansancio. Lo primero que pasó por su cabeza fue la de correr hasta donde su padre y acusar al híbrido de ofender su honra; por supuesto, tergiversaría los hechos y haría que lo despedazaran, porque a ella nadie la rechazaba; ni su tío paterno fue capaz de hacerlo cuando le despertó el celo.

Recapacitó de su oscura venganza, ya no quedaban machos como Aidan: fieles con sus compañeras, no temían de expresar lo que pensaban, exudando virilidad y valentía. Por ese motivo, forzó una sonrisa que indicaba que aceptaba su decisión, la ambición no lo cegaba, era exquisitamente honesto.

—Me interesas, Aidan. Si es amistad lo único que me ofreces, lo aceptaré —expresó en una verdad a medias, ahora empeñada mucho más en poseerlo. La humana sería una rival muy fácil de aniquilar—. Es una pena, cuántas ilusiones rotas… —suspiró de manera teatral—. En fin, procede a vestirte —sonrió socarrona—, te espero afuera, no tardes, odio que me hagan esperar.

Ni bien, Aisleyne hizo el amague de cerrar tras de sí la puerta del dormitorio, Aidan la detuvo para salir. En una sorprendente velocidad se vistió; la corbata mal anudada, pero la princesa no le advirtió ni se molestó en acomodarla; si habría de sufrir un castigo por su rechazo, que fuese una increpación de su padre o las burlas de los *lacayos* consejeros.

Los seis alfiles apostados mantenían una mano pegada a su pistola enfundada para tomarla de inmediato por si el otro se violentaba contra ellos, advertidos por sus superiores de no subestimarlo ni enojarlo. Cuatro encabezaban la marcha y ocho cerraban el paso, escoltando a la peculiar pareja hacia la zona más resguardada de la fortaleza. De sus compañeros aún no

sabían nada, los bajaron inconscientes de uno de los helicópteros que aterrizaron en la planicie y desde entonces los han mantenido encerrados en las barracas. Ellos antes de apostarse frente al dormitorio de huéspedes, se fijaron en los surcos sangrantes y extrañas quemaduras en los rostros de estos como si hubiesen luchado con armas al rojo vivo.

Mientras cruzaban el pasillo, a Aidan se le hizo que el trayecto era demasiado largo como para corresponder a las dimensiones de la casona, cuya extensión no superaba una manzana. Los lienzos exhibidos en las paredes, de artistas cuyas obras no reconocía, distaban de ser los antiguos y costosos del que solían comentar sus conocidos cuando asistieron a eventos allí efectuados para comitivas extranjeras y de otras especies. Las lámparas de araña no colgaban del techo y no había alfombras con diseños ornamentales que tapizaran el camino hacia el despacho dublinés del Soberano. Y el piso no era marmolado.

En vez de esto, la decoración era tosca: paredes rocosas, escudos armamentistas, lámparas alógenas, espadas colgadas, armaduras de cuerpo completo por las esquinas, el piso de un burdo granito. La princesa le sonreía, sin rencor en su mirada, ambos seguidos por un escuadrón de seis sujetos uniformados de casaca verde aceituna y pantalón caqui, con pistolas enfundadas en su cinto. Uniforme diferente a los de Dublín, que eran negros…

—¿Seguimos en Trí Aingeal? —¿Qué hubiese pasado de él caer en los deseos carnales de la princesa?, ¿le habría valido que lo balearan por habérsela follado? ¿O le harían pagar por no hacerlo?

Aisleyne rio.

—¡Ay, se me pasó informarte! Ya no estamos en Dublín.

Él se detuvo.

Ella también.

Al igual que el escuadrón.

—¡¿Qué?! —Aprovecharon su inconsciencia para llevarlo a otro lugar—. ¿Y estoy en dónde? —La maldita no le había querido informar.

—En la Fortaleza Nephin.

Los ojos de Aidan se agrandaron desconcertados. Lo llevaron a la morada del Soberano, ubicada al noroeste, justo al otro extremo del país.

—¿Por qué? —le costaba comprender los motivos para que Kane quisiera «raptarlo». ¿Acaso debía sortear otra prueba más?

—Para algo que te conviene.

—¿Qué «algo»?

—¿Temor?

—No. Me gusta saber qué terreno estoy pisando.

—Uno muy bueno —Aisleyne reanudó la marcha y Aidan tuvo que seguir los pasos de esta entaconados. Lo condujo hasta unas puertas dobles, custodiadas tanto por guardias bípedos como cuadrúpedos negros. Ella aguardó a que los hombres y las bestias le cedieran el paso; el lobo del extremo izquierdo, olisqueó a Aidan, y enseguida el lomo del animal se erizó.

—Antes de emitir una opinión, sé prudente en escuchar lo que allá adentro te digan. Será difícil de digerir, pero no es tan grave, considerando tu posición —le dijo a Aidan mientras las amplias puertas se abrían.

Él asintió, pensativo.

¿Qué le iban a proponer?

Las pisadas del muchacho resonaban en el piso lustroso del majestuoso despacho, con un

millón de tomos enciclopédicos que ocupaban las estanterías en torno al escritorio de cedro del que allí se hallaba sentado. Kane le permitió sentarse frente a él, tras la venia realizada por el joven alfa de Offaly. Aisleyne no ingresó, ya que se abordaría un tema que, según su padre, era exclusivo de los machos. Ya ella hizo lo que pudo en preparar a Aidan Fitzgerald para asumir el nuevo rol que le sería impuesto, le habían prohibido revelarle algo a él, sin el consentimiento de los que pasan noches completas, tejiendo intrigas y artimañas para manipular a todo el mundo.

—Explíqueme el porqué del tamaño de su lobo —Kane omitió las cortesías para con su «visita». Si bien, los metamorfos de gran estatura tendían a tener un lobo imponente, este se asemejaba a *aquel* maldito que intentó derrocarlo, y, que, gracias a los dioses, murió hacía trescientos años.

—No lo sé, señor —respondió lo más calmado posible para que no detectara su mentira.

El Soberano entrecerró los ojos, en una pose de pretender doblegar la voluntad del muchacho y así derribar las barreras que levantó en su mente. Aun así, no pudo acceder a la verdad que este ocultaba con gallardía, la hipnosis era inefectiva.

—¡Lo sabes y no quieres decir! —exclamó molesto—. Los híbridos suelen ser bajos y enfermizos, y usted aparenta que jamás ha sufrido de un resfriado. ¿Cuál es la línea consanguínea de su familia?

Aidan permanecía quieto en la silla, sus hombros cuadrados, la espalda recta como si fuese un militar; pidiéndose en su fuero interno de no titubear ni parpadear demasiado para que no malinterpretase lo que le respondería:

—Híbridos desde mediados de 1700. Mis tatarabuelos y bisabuelos paternos tomaron como esposas a humanas —la revelación ocasionó que el Soberano esbozara una mueca displicente —. Y ha continuado así desde entonces, no es por elección —lo que en un principio fue por amor—, sino porque…

—Ninguna familia que se respete querría que sus hijas se unan a un sujeto impuro —Kane completó en su acérrima inquina hacia la casta más débil de los lobos metamorfos. En una ocasión casi los extermina, pero el maldito que lo desafió logró aliados que a estos los protegieron en los venideros siglos.

—Sí señor —Aidan le dio la razón, contenido de estallar por la franqueza escupida en la cara.

—Y, aun así, hay un alfa entre los suyos. ¿Está seguro que Desmond Fitzgerald es su padre?

Las uñas se enterraron en las palmas de Aidan y su mente se centró en la mirada dulce de Susana cuando a él le hablaba o lo amaba. No caería en provocaciones.

—Mi madre es una mujer fiel a su esposo —respondió—. El único hombre que ha tenido en su vida es mi padre.

Kane hizo una expresión de poner en duda el parentesco del joven con ese payaso *lord de humanos*. Tendría que investigar más a fondo, el árbol genealógico paterno, a ver cuál de los difuntos fue un alfa fuerte.

—Al parecer, en toda familia hay un descendiente que destaca; en este caso: usted. Lo felicito, iniciará en adelante una nueva manada, siempre y cuando no sea tonto de procrear con una humana.

La tensión se afianzó más en la espalda de Aidan, había sonado como una orden. ¿Susana estaría en peligro si estos no los aprobaban como pareja?

De poder leer la mente, el Soberano habría llamado a sus hombres para que lo ejecutaran, Aidan le lanzaba un alud de silentes palabras malsonantes por meterse en lo que no le importa. «Piensa en ella. ¡Piensa en ella!», se animaba a no reflejar ni una pizca de enojo; con Susana

siempre en sus pensamientos; no debía objetarle al Soberano, este no comprendía lo que él sentía por ella. Impactó en su vida como un camión que se llevó por delante su tristeza. Lo hizo echar raíces en el lugar que jamás se imaginó regresaría por las desgracias de antaño sufridas. Lo transformó todo: las peregrinaciones en asentamientos, lo ruinoso en hermoso, la soledad en compañía, el desamor en amor apasionado…

—Entonces, lo soy, porque ya me he unido a una humana. —Podría ocultar su relación con esta, aunque sería inevitable que otros no se dieran cuenta que convivía con una chica extranjera; ya era su mujer en la cama y ante la misma naturaleza.

Lo atravesó con la mirada.

—¿Por qué escogiste una hembra que te engendrará cachorros que serán discriminados? Cualquiera los podrá pisotear; bien que tu padre, tu abuelo y todos los que desposaron humanas antes que estos, tuvieron el conocimiento de lo que implica la crianza de un híbrido.

—Soy híbrido —reafirmó con aplomo—. Mi padre, mi abuelo, todos mis antepasados han sido híbridos. Por supuesto que sabemos lo difícil que es crecer en una sociedad exigente de la pureza de la sangre y de los niveles de la casta; siempre hemos estado en el último escalafón, donde todos, hasta los omegas, nos escupen y pisotean. ¿Ha impedido que seamos exitosos? Conseguimos todo lo que nos proponemos; con tropiezos, por supuesto… —medio sonrió—. Hay épocas, como en la actualidad, en la que mis ancestros han atravesado la bancarrota, pero lo superaron.

«Ser híbrido es solo una condición genética que así lo quiso el destino —agregó—, estamos entre lo humano y lo lobuno. Si deseo procrear con una humana, no es por despreciar la especie más fuerte; mi amada me impulsa a superarme a mí mismo, a aceptar mi naturaleza. Los hijos que tenga con ella, serán hombres de bien, devotos de Su Majestad. —No pidió su bendición, formaría vida marital con Susana, así tuviesen que estar refugiados hasta la muerte en el invernadero. Si intentaban separarlo de ella, quemaba el reino.

El anciano consideró que el muchacho era un tonto, perdía la oportunidad de mejorar la raza, y esto a él no le convenía.

—Me decepciona su decisión, porque aspiro a que usted se convierta en un gran patriarca. Pero no me complacerá de que sean híbridos, suficiente con los que habitan en la isla. Le toleraré su «afecto» por la humana, a menos que usted formalice unión con dos metamorfas de linaje puro. Y ya tengo a las candidatas.

El corazón de Aidan cayó al estómago.

*¡¿Dos esposas?!,* se tensó, él solo amaba a Susana, y ella no aceptaría su poligamia.

—Señor, yo no…

—Haz que pasen —el Soberano oprimió un botón en el citófono de su escritorio.

De manera instantánea, Aidan se puso en pie cuando las puertas se abrieron. Dos hermosas mujeres de cabello castaño, ingresaron al despacho, sonriendo seductoras y caminando con una gracilidad que, de inmediato, él se percató en la semejanza de sus rasgos con los del Soberano.

—Rowena y Syra, mis hijas solteras de mi segundo y tercer matrimonio. Princesas por derecho legítimo; ellas serán las que le engendrarán sus cachorros.

—Pero…

—Si desea estar con la humana —reiteró—, tendrá que casarse con mis hijas. Es mi mandato.

Las jóvenes hermanas –que en el pasado invierno y primavera cumplieron dieciocho y diecinueve años– se regocijaban para sus adentros por el enlace que su padre concretó con un

hombre tan guapo y alto como el que admiraban. Las servidoras ya les habían llegado con la noticia, del cual las jóvenes se prepararon de inmediato para la conquista, temiendo que Aisleyne les tomara la delantera por su osadía al coquetear. Sin embargo, Licaón ha sido justo y benevolente con ellas, al reservarlas por años para unirse a un alfa que las abastecería de cachorros dominantes, y a la otra la ha mantenido apartada por ser tan rastrera.

Del otro lado de las puertas dobles, la hija bastarda del Soberano, se giró sobre sus altísimos tacones y se marchó de allí a paso firme. El maldito no la tomó en cuenta, dejándola de lado una vez más por carecer de la «legitimidad» que las otras inútiles ostentaban. Estaba destinada a tener que abrirle las piernas a un pendejo que solo pensaba en tragar vacas enteras y beber toneladas de cerveza, y esto la hacía querer cortar cabezas. En especial, la de su padre…

Ella tenía que conseguir al pelirrojo.

# Capítulo 6

Las palabras de protesta no pudieron salir de los labios de Aidan; el Soberano le había impuesto una orden que requería obedecer contra sus propios deseos de desposar solo a una mujer.

La primera presentación con las princesas fue tan imprevista como el hecho de que lo ataron de manos para ser conducido hacia un futuro que rogaba jamás llegase. Lo despojaron de la voluntad de negarse; si desobedecía, su familia sería exterminada en el acto. Por más que él fuese veloz y luchase feroz, no podría salvarlos a todos; el ejército de Kane lo superaba por miles de alfiles adiestrados en el combate, sin contar con los que formaban filas en los diversos clanes apostados dentro y fuera de Irlanda. Por lo tanto, sería luchar solo contra el mundo, él carecía de aliados que los protegieran y el único lugar posible para brindarles refugio, lo rodeaba una magia que les impediría el paso. Tal vez Aidan y Susana se salvasen y perpetuasen su amor sin interferencias de terceros, pero sus padres, su hermano, su cuñada y sus sobrinos pagarían con sus vidas el hecho de que Aidan no se sacrificara por ellos.

Apenas fue capaz de dar un asentamiento de cabeza, los ojos le escocían, la garganta le dificultaba tragar saliva, y el corazón le dolía. ¿Qué hacer?, ¿cómo se libraba de esto? Su compromiso debía ser exclusivo para Susana y para Síorai, y, ¿en qué lío lo acaban de meter?

Tan pronto como el Soberano le permitió abandonar el despacho, Burke –jefe de Asuntos Internos– lo esperaba afuera junto a el escuadrón de uniformados que lo escoltarían hasta la habitación donde había despertado.

No le permitieron marcharse de Nephin ni telefonear a sus padres, para darles la noticia, permanecería recluido hasta nuevas órdenes. El anuncio del «doble compromiso» se efectuaría al atardecer del siguiente día, frente a líderes de las provincias y embajadores que estaban en la serranía de Nephin Beg por motivos sociales y económicos. Con estos bastaba para que las zonas geográficas aledañas a Irlanda se enterasen del venidero enlace.

—¿Les avisarán a mis padres? —preguntó al avinagrado jefe de Asuntos Internos, de camino hacia el ala de los dormitorios de los huéspedes. No era motivo para celebrar, aunque al menos tendría un gesto de consideración hacia ellos que lo concibieron.

—Lo consideramos. —Ni se molestó en mirarlo mientras descendían unos escalones de piedra—. Pero no podrán presentarse, por el veto de su señor progenitor: Desmond Fitzgerald.

—¿Y mamá? —Pese a que, Aidan a menudo reñía con ella, por no estar de acuerdo con sus ambiciones, la quería a su lado, apoyándolo.

Burke sacudió la cabeza.

Ya comenzó con sus exigencias…

—Se verá mal que una dama casada asista sin la compañía de su cónyuge —explicó, desdeñoso—. Además, ninguno que sea de linaje mezclado puede asistir. Solo los alfas y sus compañeras tendrán el privilegio de estar presente ante el monarca. La imagen es vital para demostrar poderío…

Y así querían unirse al hijo rebelde de una familia de híbridos en la bancarrota, pensó Aidan, avinagrado. Muy coherente el Soberano.

La falta de ventanales no le permitía a él observar el exterior por esa parte por donde retornaban a los dormitorios, le costaba imaginar la arquitectura del lugar donde se hallaba atrapado, tenía divisiones concretas que le hacía suponer que Nephin era mitad fortaleza y

mitad residencia tipo claustro. Castillo no era porque tendría mejor vista del exterior, a través de los altos ventanales, al igual que las torres y murallas se hubiesen apreciado a la distancia como cualquier construcción semejante que ha sido erigido desde tiempos medievales. Jamás ha sido fotografiado ni plasmado en lienzos, la prohibición se ha manifestado desde que se entra en sus dominios, y es por esto que a los visitantes le confiscan sus móviles. El pobre idiota que pusiera en peligro el secretismo de su ubicación, le cortaban las manos, la cabeza y hasta la lengua por no respetar los deseos de Kane para que nadie supiese cómo lucía su morada.

Aun así, la necesidad por dicho medio de comunicación estaba por encima del riesgo que corría al contradecir toda norma de seguridad.

—Necesito hacer una llamada telefónica. —Llegaron hasta una encrucijada, cuyo vestíbulo central conectaba con tres pasillos más.

Se dirigieron hacia el del sur.

—¿Puedo preguntar a quién? —Burke dio un empujón a una de las omegas que limpiaban los pisos por no ser rápida para apartarse de su camino.

—Es personal —casi le gruñe al maldito por su tosquedad con la mujer.

La sonrisa desdeñosa del jefe de Asuntos Internos estaba por colmarle la paciencia a Aidan, por la prepotencia con la que lo miraba y trataba a los sirvientes.

—Tendrá que informarme para que Área de Comunicación transmita el mensaje a sus allegados. Los huéspedes no pueden acceder a ningún dispositivo, son las normas de seguridad. Me parece que se lo dijeron cuando estuvo en Trí Aingeal...

—No lo hicieron, confiscaron mi móvil sin darme cuenta. —El idiota tenía la misma tosquedad que el señor Malone en la casona.

Echó una mirada por sobre su hombro hacia los alfiles a sus espaldas y estos amartillaban sus armas sin desenfundarlas, aprensivos de ser atacados desprevenidos.

—Oh, es una pena… —Burke fingió incomodidad—. Pero no se puede hacer nada para devolverle su móvil; ni el Soberano tiene acceso a tal privilegio. ¿Aún desea transmitir…? Joven Fitz…, ¡aguarde! Joven Fitzgerald… ¿Adónde se dirige?

—¡Al dormitorio!

El señor Burke tuvo que acelerar las pisadas al igual que el escuadrón de alfiles que los seguían un tanto rezagados. Aidan caminaba rápido, debido a la rabia. Le hubiera bastado un puñetazo en el hocico al sujeto para dejarlo tendido en el piso, la diplomacia la reservaban para los que consideraban merecían un buen trato, fiel reflejo del elitismo que pulula en esos predios. No subyugó su mente ni la de los alfiles para poder hurgarles los uniformes y apropiarse de un móvil; tenía más ojos sobre él que lo vigilaban de cerca, si empleaba la hipnosis sobre uno de estos, los demás se daban cuenta.

Aguardaron a que él ingresara a sus aposentos y luego estos se establecieron de nuevo en el pasillo, con el fin de cuidar del próximo miembro de la familia real, para que nada lo lastimara o le diera por escabullirse del compromiso.

Hasta ellos se sorprendían por el súbito cambio de parecer del Soberano con respecto a los de linaje impuro. Al parecer, el rumor sobre la prueba al cual sometieron al de las greñas rojas, eran ciertas, y todo se debía a que, más que un juramento de lealtad, fue una evaluación de su condición física anormal, pero indiscutiblemente superior en comparación a los capitanes y generales que los lideraban. El híbrido podría llegar a ser un Alfa Mayor, si Kane Saighead lo disponía. Y al actual que ejercía el cargo en la capital no le gustará que lo reemplacen por un novato.

El piso resonó por las pisadas toscas de Aidan cuando cruzó como un energúmeno la sala de la estancia en la que lo obligaron a permanecer contra su voluntad.

Descorrió con rudeza las pesadas cortinas detrás de los sillones, para estudiar las vías de escape y dónde en realidad se hallaba en relación con las calles de afuera, y, lo que observó para su cabreo, fue la pared. No había ventanas que dieran hacia los patios internos de ese claustro o algún área arbolada que le sirviera para pasar inadvertido mientras escapaba. Revisó las cortinas extendidas del lado contrario a las otras y halló lo mismo. Nada.

Se dirigió al dormitorio para inspeccionar lo que antes no se fijó por haber despertado desconcertado. ¡Allá tenía que haber una! De lo contrario, ¿cómo se libraba del compromiso? Tenía la soga en el cuello.

Se paralizó justo al entrar.

Gruñó por lo bajo.

—Es usted una mujer bastante insistente, ¿se propuso que me corten la cabeza o es un juego para fregarme la paciencia? —increpó a Aisleyne al hallarla por completo desnuda a lo largo de la cama. Fumaba un cigarrillo, con total desparpajo, como si esa habitación fuese la suya. En la mesita de noche, una copa de vino y una botella a medio terminar. Había empezado «la fiesta» ella sola.

Aisleyne sonrió sin un ápice de pudor por mostrar sus partes pudendas. El grosor de los vellos púbicos, rubios y lisos, evidenciaban que jamás han pasado por un proceso de depilado; la desventaja de tener un sistema regenerativo acelerado, les valía para estar peluda al cabo de los minutos.

Una calada al cigarrillo y luego aplastó la colilla en el tope de la mesita, despreocupada de estropear la madera.

—Celebremos tu compromiso, pronto serás *mi cuñadito*.

—¿También eres buena con tus cuñados? —Aidan inquirió en un crudo sarcasmo, pese a que le inquietaba que su pene pulsaba. El aroma a sexo atontaba sus sentidos. Aisleyne estuvo masturbándose mientras el padre de esta le ofrecía a él, sus hermanas.

Una sutil claridad le hizo rodar los ojos hacia tres aberturas de unos cinco centímetros de ancho y de un metro de largo, verticales unas a otras.

Fue una emoción que se diluyó antes de expandirse en su pecho, profiriendo para sus adentros una sarta de palabrotas; en tiempos de guerra de antaño por ahí lanzaban las flechas a los ejércitos enemigos. Las saeteras apenas tenían espacio para que entrara la luz externa y la brisa.

Ni sus pedos escaparían.

—Mis cuñados y cuñadas me adoran —expresó impúdica y Aidan arqueó las cejas, ligeramente más oscuras que su cabello—. Los complazco cómo ellos desean. ¿Qué es lo tuyo: sumisión, dominación, zoofilia?… ¿Te has follado alguna hembra siendo lobo y ella bípeda? *Mmmmm…* —Se pasó la lengua por sus labios; sus pezones erectos, apuntando ansiosos hacia el brioso muchacho—. He estado de las dos formas —confesó—. ¿Cómo quieres tú? —insistió —. ¿Lobo-loba? ¿Lobo-bípeda? O al revés: ¿Loba-bípedo? ¿Te gusta follar lobas?

—Me gusta lo tradicional —mintió mientras se despojaba con ademanes toscos su chaqueta. Ya lo había probado todo, con otras de su especie, en épocas pasadas en las que él se zambullía en licor y putas. La chaqueta fue a dar a los pies de la cama.

—También me gusta el *sexo vainilla*, me hace sentir… querida.

—Márchese, alteza, no me busque más problemas. Suficiente tengo de lidiar con lo de sus

hermanas.

—Medias hermanas —aclaró—, compartimos el mismo padre, mas no los privilegios…

Se folla a los cuñados y a los amigos, ¿qué más privilegios quería esa desvergonzada?, pensó Aidan en la promiscuidad que discurre a puertas cerradas en la fortaleza. No la iba a cagar con la que daba el culo hasta a los perros.

—Aun así, le pido se marche por su propia cuenta, o la saco a las malas.

La osadía del híbrido, al amenazarla, sorprendió a Aisleyne. No logró tentarlo lo suficiente, pese a que el bulto entre las piernas indicaba lo contrario. Pero, cuando ella dio un paso a él…, el condenado se movió en una exhalación hasta la puerta principal y la aporreó para alertar a los alfiles que lo vigilaban.

—Papá te matará si se entera que estuve aquí —lo siguió. Los tacones, lo único que usaba.

—No creo que le convenga, desea una buena progenie.

—Entonces, préñame. Te doy todo lo que poseo, es mucho dinero.

—¡Oigan, imbéciles, ¿están enterados que me dejaron encerrado con una de las princesas?

—Mis medias hermanas tendrán hijos fuertes, pero brutos…

—¿Disculpa? —¿Lo insultó?

—Los lobeznos que engendren heredarán tu fuerza y la inteligencia de ambas madres. Ella ni leen…

—Justo lo que quiere tu padre.

—Eres un… —La puerta se abrió en el momento en que Aisleyne lanzaba a Aidan una increpación por lo bajo.

Los uniformados ingresaron y agrandaron los ojos ante la desnudez de la bastarda del Soberano. No es que en ellos esto sea censurable, pero la desinhibición era común en las regiones apartadas de la isla y en lugares recónditos donde las civilizaciones escaseaban.

Aisleyne cuadró los hombros y alzó la mirada de manera altiva; ni un ápice de vergüenza la aturullaba por los hombres que la observaban atónitos.

Sin molestarse en buscar sus ropas dejadas en el dormitorio; abandonó la habitación, como Licaón la trajo al mundo. Uno de los alfiles buscó desesperado con qué cubrir a la bastarda. Aidan señaló hacia el dormitorio, cuya puerta se mantenía abierta, y, de allí, el alfil tomó lo primero que encontró para su propósito. El cobertor lo arrastraba mientras corría afuera, detrás de esa mujer de nalgas hipnotizantes. Seguro el Soberano le arrancaría después los ojos a él por haberla visto en cueros.

La sangre le burbujeaba a Aidan, las ganas por envolver su cuerpo en lenguas de fuego lo estaban enloqueciendo. Tenía que controlarse o moriría masacrado por las balas y luego despedazado. ¿Cómo soportar un matrimonio polígamo? Si se hartó de Raquel, siendo esta humana; con dos metamorfas que no ama, le harían querer lanzarse de cabeza a un volcán activo.

# Capítulo 7

El chillido, como el de un niño, despertó a Susana. El mundo se hallaba inclinado, y muchas patitas pasaban frente a sus ojos. De inmediato tuvo conciencia de hallarse boca abajo en el piso de mármol del templo; su rostro de lado, el cuello adolorido por la posición en la que estuvo ahí tendida toda la noche. Ni supo cómo llegó hasta allí.

Vistazos por su entorno, sin tener fuerzas de levantarse.

—¿Zeus? —lo llamó, le preocupaba que su mascota no daba señales de estar cerca—. ¿Dónde está ese gato?

Los rayos solares se filtraban a través de los cristales de la cúpula central y bañaban de luz la tierra bajo esta, magnificando la visión de los «espectadores» sobre *el que se hallase*, en su momento, dentro de la rotonda de columnas. Los frisos de lobos esculpidos a lo largo de las blanquecinas paredes, apenas se vislumbraban sus formas, la claridad del día trataba de disipar la lobreguez imperante. Las puertas del norte estaban semiabiertas y las del sur cerradas. Solo había una salida disponible, y ella –o alguien– de alguna manera logró cruzar el trayecto desde los hayedos para ponerse a resguardo.

Movió su cuerpo para estar de costado, aún adolorida por los eventos pasados, y consultó la hora en su reloj de pulsera. Fue duro para ella tener que comprobar que lo sucedido no se debió a una pesadilla provocada por comer de más en el almuerzo, el dolor martirizante en su espalda le indicaba que fue real, habiendo sido azotada.

Jadeó.

¡¿8:30?!, del día siguiente…

Golpeó con la uña el cristal protector del reloj.

¿Se habrá dañado?

Dio unos buenos golpes contra el suelo y el arrastre al hoyo de las raíces fue violento. Tal vez afectó su funcionamiento, no pudo haber pasado tantas horas…

El alegre trinar de las aves en el exterior y un calorcillo agradable que provenía de la puerta norte le daba a entender a Susana que la posibilidad del amanecer se había efectuado hacía rato. Echó de nuevo un vistazo al reloj y comprobó que las manecillas giraban conforme marcaban los minutos y los segundos con la debida velocidad de su maquinaria interna. Caramba… No marcaban las horas vespertinas, del cual, el ocaso solía imponerse en Irlanda, bien entrada la noche, sino que, debajo del minutero reflejaba la fecha de cada día. Había pasado el tiempo suficiente para dicho cambio de horario.

Aidan ya debía estar de vuelta.

—Pero, ¿qué…? —Notó enseguida que tenía la camiseta levantada hasta la altura del broche del sostén y que tenía algo pegoteado en la espalda.

Se incorporó un poco y su cuerpo se resintió, se llevó la mano atrás, para palpar de qué se trataba; sus dedos se embadurnaron con una sustancia verdosa.

—¿Qué es esto? —Lo olió y descubrió que eran hierbas machacadas y humedecidas con… Miró a uno de los monitos capuchinos, este le sonreía; entre sus dientes sobresalía diminutos trocitos de hierbas—. ¿Trataron de curarme? —La conmovió que se preocuparan de ayudarla a sanar y la sorprendió de la inteligencia de los pequeños primates—. Gracias. —Arqueó la espalda para comprobar si tenía cortaduras o magullones.

Lo segundo y le dolía un poco. Las hierbas hacían buen efecto en la parte flagelada.

—¿Han visto a Zeus? —preguntó al monito que seguía junto a ella, con su sonrisa nerviosa, y mirándola sin comprender. La joven tenía las piernas entumecidas como para levantarse rápido y buscar a su rollizo gato. Le estremecía recordar la paliza que a ella le dieron las raíces del hayedo o Xylon, no estaba segura, fue como si la hubiesen golpeado con un garrote, casi le quiebran la espalda. Y Zeus por ahí afuera…

Y Aidan…

Lanzando increpaciones para sus adentros y con movimientos lentos y adoloridos, Susana se puso en pie, quizás Aidan estaba escuchando las quejas de Xylon.

—Ay, espero que no. —Dicha escena imaginada, desnivelaba la balanza de su preocupación; por un lado, pendía su gato que jamás se separaba de ella cuando exploraba, y, por el otro, tener que afrontar su vergüenza—. Mierda… —Le dieron ganas de llorar, sería acusada de saltarse las normas.

Su cabello enmarañado apenas se alisó un poco con sus dedos, acomodó la camiseta por encima del emplasto en su espalda, agradecida con los monitos que no la reñían por haber sido idiota de cruzar los hayedos. Salió del templo, y, desde la cima de las amplias escalinatas hizo un paneo por su rededor para vislumbrar a Aidan y a Zeus, pero ni el uno ni el otro daba señal alguna.

De Zeus, lo más probable, estaba cazando insectos.

De Aidan…

—Debe estar con Xylon… —Poco le apetecía de ir hasta la línea limítrofe entre los manzanos y el bosque prohibido para no empeorar la incomodidad que sentía. Le daba largas de presentarse ante *el ente* y ofrecer sus disculpas. La iba a increpar y esto le daba a ella severos retortijones porque, en vez de colaborarle a Aidan para aliviar la carga de responsabilidades, le ocasionaba más problemas—. ¡Ay, qué alegría, ahí estás! —La cola sinuosa de su gato se alcanzaba a ver detrás de la base de una las columnas que sostienen el pórtico posterior del templo. Las hiedras –que desde el suelo se enredaban con lo que sea que las ayude a erigirse– se sacudían por los movimientos frenéticos de Zeus. Este atendió a la exclamación cargada de emoción y alivio de su ama, y agrandó sus ojos amarillos.

Ronroneó a decibeles diferentes a lo habitual, y, en el acto, se acercó a Susana mientras en sus pequeñas fauces sostenía un ciempiés. Su expresión parecía indicar: «mira, mami, lo que cacé».

—Gracias, pero a ti te dará mejor provecho que a mí —Susana le dijo, innumerables veces le llevaba «regalitos».

Las estelas eléctricas que recorrieron el aire hasta formar un inmenso domo, volvieron a pasar por la mente de la muchacha.

Alzó la mirada al cielo, nada observaba de haber algo que los cubriese de las inclemencias del clima o impidiese el vuelo de los halcones peregrinos que en ocasiones solían esconderse en los brezales para cazar a los mirlos mientras estos se alimentan de insectos, otras aves como lo gorriones que anidan en las ramas de los sauces tampoco han tenido problemas para entrar y salir del área «protegida», ni los estorninos con su plumaje *negrovioláceo o negroverdozo* que caen en bandadas sobre los árboles frutales se han visto frustrados para alimentarse; de hecho…, hasta caía lluvia y se percibía la brisa allí dentro.

Entonces, ¿qué fue lo que vio?

¿Un campo de fuerza mágico?

Abrió y cerró sus palmas, y las miró. Ella lo tocó, el campo de fuerza o el domo, ¡o lo que sea!, tuvo solidez. Sus manos no pudieron traspasarla y hasta se dio un porrazo en la frente por impedirle el paso para ir más allá de los hayedos.

Comenzó a hacer un recuento mental de la flora existente en su entorno:

Hayedos.

Manzanos.

Naranjales.

Cerezos.

Brezales.

Árboles y más árboles…

Esbozó un mohín en su pose pensativa en las escalinatas.

—¿Por qué dicen que Síorai es un invernadero? —Aparte del millar de plantas medicinales, plantadas en una agricultura controlada y bien organizada, había bosques, jardines, un templo inmenso, riachuelos… Y un domo «eléctrico» que protegía todo lo que dentro de este crecía.

Se tomó unos minutos para sopesar qué hacer. Su morral seguía en el mismo lugar en donde lo dejó antes de actuar como exploradora idiota. ¿Sería prudente ir hasta allá y volver a disculparse?, pensó, ¿o permanecer ahí como una cobarde?

Suspiró cansina; si quería superar la incomodidad con Xylon, tendría que dar la cara y evitar la chilladera.

—Te quedas acá, porque no quiero pasar otro susto —la orden para Zeus—. Enseguida vuelvo. ¡No te muevas o los hayedos te agarran de las patas! —O le dan una paliza. A pesar del emplasto, aún le dolía la espalda. Le va a quedar un gran hematoma.

Las mariposas Alas de Pájaro revolotearon a su rededor cuando cruzó los cerezos en flor. *De no haber pasado lo que pasó,* el día anterior, ella habría disfrutado de su grata compañía. Sin embargo, las ignoraba, esa mañana no estaba de humor para juegos. Los monitos capuchinos la saludaron desde las copas de los manzanos, donde estos solían empacharse hasta la saciedad de los frutos. Susana los saludó con la mano; al menos le correspondía de esa manera, les estaba en deuda; eran traviesos y excelentes amigos, la aliviaron de la paliza que sufrió y tal vez… –no era una probabilidad– la arrastraron hasta el templo.

Al cruzar el tercer tramo arbóreo, a ella se le contrajo el pecho, aprensiva de la increpación que recibiría por parte de Aidan y Xylon, pero sus pies se paralizaron a unos metros del arbusto ardiente.

Aidan allí no se hallaba.

Procuró guardar las distancias para evitar que otro posible azote, de alguno de las raíces de los hayedos que ahora parecían «normales», la agredieran.

Sus pasos vacilantes se acercaron hasta la entidad.

—¿Estás enojado, Xylon? —De repente le parecía que el torbellino lucía más grande y que las ramas de los hayedos custodios la iban a agarrar para darle otra zurra.

*«El enojo forma parte de los sentimientos humanos».*

Del cual lo afectan a él…

Susana meditó lo que una vez Aidan a ella, le comentó, de tener cuidado al discutir dentro del invernadero. Xylon lo percibía, su temperamento lo tornaba hermético por las niñerías humanas, las emociones y los errores contaminaban lo que ha germinado en esas tierras sin la intervención del hombre.

—Lo siento…, sentí curiosidad —su voz se quebró; las lágrimas deslizándose por sus mejillas.

Una orden le dieron y la desobedeció.

*«Los límites de Síorai están prohibidos* —Xylon replicó sin reflejar enojo, las llamaradas se mantenían apaciguadas, girando y girando sobre su eje—, *traspasarlos es una afrenta».*

—¿Para quiénes? —la pregunta no fue formulada con altivez; la curiosidad; la misma que le valió un severo dolor en la espalda, era la que impulsaba su imprudencia.

*«Por quiénes…»*

La joven comprendió que debía reformular la pregunta.

—¿Los hayedos? —Alzó la mirada hacia estos. El del lado izquierdo se movió lento y el de la derecha imitó al compañero como si tuviese pereza. Susana seguía precavida, las raíces aquellas se descargaron contra ella por haberlos ofendido con su presencia. Aun así, de allí no se movía hasta asegurarse de limar asperezas con el Arbusto Dragón y el bosque prohibido.

*«Así es»*.

—Lo siento —repitió a Xylon y luego se dirigió hacia los dos retorcidos árboles que parecían ser los de más alto «cargo» entre la siniestra arboleda que se hallaba detrás de ellos—. Lo siento. Prometo que nunca jamás me verán por ahí, por su zona…

Los hayedos custodios sacudieron sus ramas, un tanto violentas, provocando que Susana se angustiara, pues fue como una amenaza: «Incumpla, humana, y te despedazamos».

Tragó saliva.

*«¿Qué motivó tu curiosidad? Has estado aquí varias veces y nunca te has atrevido a desobedecer mis órdenes»* —Xylon introdujo este pensamiento en la mente de la joven.

—Mi imprudente necesidad de conocerlo todo… —respondió avergonzada y teniendo cuidado de que los hayedos no le dieran un porrazo—. Quise saber qué había más allá.

*«¿Y qué encontró?»* —Ahí el tono de su «voz mental» se tornó más dura.

Susana se llenó de valor para comentar lo visto.

—Un domo invisible.

Giro y giro lento del torbellino.

Los hayedos quietos.

El silencio macabro.

—¿Es…? —Carraspeó, temblorosa—. ¿Es alguna especie de campo de fuerza? Porque la toqué y mi mano quedó bloqueada en el aire como si una pared invisible estuviese atravesada. ¿Es eso? —Xylon no respondía a sus preguntas ni la increpaba, se limitaba a escuchar—. Unas descargas eléctricas de color azul las recorrieron, así me di cuenta que era un domo. ¿El invernadero está dentro de un domo? ¿Por eso le dicen invernadero? ¿Todo crece dentro?

*«Sí»* —fue su respuesta y de un modo que a Susana entristeció, porque tomaba distancia con su impenetrable actitud.

La pelea entro dos monitos capuchinos por la tenencia de una manzana de gran tamaño provocó que Susana los mirase por un instante y meditase si los animales y aves que recorrían Síorai fueron introducidos alguna vez por los primeros guardianes o si entraron como ellos con el permiso de las entidades.

—¿Todo crece dentro? —repitió la última pregunta a ver si se animaba a responderle.

Giro y giro.

Fuego languidecido.

Humo casi extinto.

El torbellino mantenía al arbusto dentro de su ser como si fuese su «esqueleto».

La joven prefirió que, por ese día, no exigiría una explicación más amplia que satisficiera su

curiosidad sobre qué hechizo, tecnología o magia creó el domo y cómo hacían para que las aves y la lluvia la atravesaran. Quería soltarse a llorar, Xylon la trataba con desconfianza a causa de su desobediencia. Pero, en su defensa, él debió haber sido más claro en sus advertencias, no un simple «no cruzar más allá de los hayedos». De haberle dicho: «Hey, por allá los árboles cobran vida y te agarran de las patas para enterrarte viva». Ni loca se hubiese aventurado a merodear.

*«Ahora lo sabes»* —la voz de Xylon se escuchó en su cabeza y sin ninguna nota airada en sus palabras.

—Para no olvidarlo jamás. —Se ruborizó, increpándose para sus adentros por no aprender a resguardar sus pensamientos, la leía si bajaba la guardia.

Pensó en Aidan y enseguida se preocupó de su tardanza, él le había expresado que retornaría en un par de horas, y ha pasado mucho más de lo acordado.

—¿Tienes manera de averiguar si Aidan está bien? —respondió, trémula—. Aún no ha pasado a buscarme. Me preocupa.

*«Lo está»*.

—¿Cómo sabes?

*«Yo estaría débil si a él algo malo le pasara. Solo tuve sueño…»*.

Susana bajó la mirada para que Xylon no se percatara de su vergüenza. Los guardianes eran como una extensión de la vida de la entidad: si ellos enfermaban o se lastimaron, Xylon se debilitaba. Si morían y no dejaba heredero que ocupara el lugar de los que velaban por ese Edén, desaparecería. Pero a ella la fustigaron las raíces de un hayedo rebelde.

—Está tardando demasiado. —¿Qué habrá pasado en Dublín que le ha impedido volver?

*«El tiempo de él es perfecto. Tu paciencia no»*.

Ahí iba otra increpación.

—Discúlpeme de nuevo, seré más cauta cuando recorra el invernadero.

*«Los límites se fijaron para mantener todo en su lugar. Traspasarlo es desbalancear los dominios»*.

—¿Por qué?

*«Te adentraste en el mal…»*.

La respuesta del Arbusto Dragón le erizó la piel de los brazos a la muchacha. ¿El mal? ¿Acaso ese campo invisible era la entrada al infierno? Carajo…

—Huy, no lo volveré a cruzar. Lo siento, Xylon, me pasé de pendeja. —Los hayedos movieron sus ramas que parecían brazos raquíticos y negruzcos que se estiraban y encogían para desentumecerse de su prolongada posición, y también para indicarle a la joven humana de que ellos estarían vigilándola por si se atrevía a hacerlo. Vaya que se ganó los golpes de las raíces *vivientes*. Fue un castigo por desobedecer.

El fuego crepitó.

Estaba riendo.

*«Los humanos aprenden a las malas siempre. No eres la primera a la que casi le arrebatan la vida»*.

—Gracias por salvarme. Te la debo…

Sus ojos negros rodaron hacia el fondo, donde Xylon era el vigilante constante de que nada traspasara los hayedos. La agonía la invadió, se sentía sofocada, nerviosa, bastante incómoda de estar allí en la línea que demarca la zona prohibida. Se despidió de él y volvió sobre sus pasos hacia los lindes del templo. ¿Qué debía hacer? ¿Esperar por Aidan? ¿Y si le tomaba otro día? No le preocupaba pasar hambre, los árboles frutales la abastecerían, y tomaría agua del

riachuelo, que, por cierto…

¿Cómo el cauce cruzaba el domo?

¿Por el subsuelo?

Hizo un mohín, Xylon de esto nada respondió.

Al consultar la hora en su reloj, Susana tomó la determinación de volver a Moninne. No tenía cabeza para reanudar sus exploraciones botánicas, la angustiaba no saber nada de Aidan. Los mensajes de texto y los audios a él, no le llegaban, como si hubiese apagado el móvil o estuviese fuera de cobertura. Ese campo de fuerza debía ser el causante de la interferencia; se calmaría si lo llamaba desde la casa donde la señal satelital tenía mejor alcance.

—Me aguanto la otra increpada, ¿qué más da? No puedo estar aquí por más tiempo. —No se explicaba las imperiosas ganas de llorar, y no era por los golpes de aquellas raíces o por lo que haya dicho Xylon, *de lo que mora en los hayedos*, sino por Aidan…

¿Qué habrá pasado para que tardase tanto?

—Virgencita santa, que no sea nada malo. Protéjalo donde esté, cúbrelo con tu Manto Sagrado. —¿Será que a ese rey de lobos no le agradan los hombres como Aidan? Piroquinéticos.

En contra del mandato de su novio, Susana se marchó de Síorai. Zeus viajaba en los brazos de su ama. El trayecto estaba fangoso por una lluvia acabado de arreciar por las montañas; los nubarrones aún encapotaban el cielo, advirtiendo a los residentes de las inmediaciones de Slieve Bloom de soportar otro aguacero. Resbaló en un par de ocasiones y Zeus maulló enojado porque caía de bruces en el follaje.

Susana no aminoraba el paso, aprensiva de lo que habrá sucedido con Aidan. El día lucía denso: mal clima, mal presentimiento… Todo mal. Si no lograba contactarlo, agarraba un taxi e iría hasta Dublín; conocía la Casa Oficial del Lord Mayor; al menos la fachada. ¿Quién no la ha visto mientras viva en la capital? Era un punto a la vista de sus ciudadanos. Allá, el señor Desmond sería el único que le informaría sobre su hijo. No esperaba que la ayudara, sonriente, era consciente de la inquina de ese sujeto. Pero si algo aquel sabía sobre lo que sucedía en aquella residencia monárquica tendría que reflejarse en su mirada: angustia, miedo, preocupación.

O, tal vez… Y esto es lo que ella rogaba al cielo a que fuese.

Desdén.

De ese modo, sabría que Aidan estaba bien, pasándola a lo grande en la Corte del Rey.

Luego lo jalonearía de las greñas por preocuparla.

Con los camperos embarrados y la ropa húmeda, llegó agotada a Moninne. Liberó a Zeus de sus correas y ambos entraron a la casa por la puerta de la cocina. Allí se encontró con la señora Adara que ya tenía preparado el desayuno. La anciana la saludó, Susana balbuceó un «hola» que apenas fue audible; rechazó desayunar, yendo directo a su dormitorio, donde la zona Wifi le daría cobertura telefónica.

Esperó un largo rato, sentada en la cama, pendiente a que los anteriores audios cayeran al móvil de Aidan.

Los dos *chulitos* grises cambiaron a azules en la caja de mensajería y se alegró, él estaba escuchando lo que ella le envió; en cuestión de segundos le devolvería un mensaje.

—Que me regañe por no esperarlo, pero tenía que saber de él —se dijo a sí misma. Qué alivio que por fin lo haya contactado.

Sonrió y paciente esperó.

Y esperó…

—¿Qué pasa que no contesta? —la atacó de nuevo la mortificación. Aidan no era así, sino considerado, sabía cómo se ponía ella cuando él se ausentaba por horas. Le daban unos divinos ataques de ansiedad—. ¡Caramba, contesta que me preocupas!

Dejó un nuevo audio y esta vez cargado de reproches.

Un *chulito*: aún no le llegaba el audio.

Dos chulitos: ya lo recibió, pero no lo ha visto.

Se volvió azul: ¡lo está leyendo!

Veinte minutos después, Susana comprendió que algo realmente malo estaba pasando.

Él no era sí.

# Capítulo 8

Las luces de las lámparas alógenas, en el austero salón del Soberano, resaltaban la tonalidad rojiza de la cabellera de Aidan que fácilmente capturaba la atención de los demás. Los ilustres invitados evaluaban con la mirada al sujeto de piernas largas y torso fuerte, enfundado en un traje que debían reconocer le quedaba soberbio. Las preguntas sobre quién era ese muchacho que parecía no intimidarse de las personas que caminaban a sus anchas, con sus copas de champaña o vino, y en sus mejores galas, se deslizaban susurrantes de metamorfo en metamorfo, pues una convocatoria del Soberano ameritaba que ante él los demás debían lucir impecables. ¿De dónde salió que hasta ese instante desconocían su rostro? ¿Qué cargo ejercía? ¿Militar? ¿Enlace de *los fríos*? Nadie conversaba con él; de hecho, nadie se atrevía… Emanaba una vibra que erizaba la piel; los machos en el salón lo estudiaban con disimulo y las hembras sonrían coquetas, porque eran pocas las veces en que tenían el placer de deleitar sus ojos.

El Alfa Mayor, que charlaba con el emisario de España y su señora esposa, tenía las tripas revueltas por el coraje que le daba que a él lo hayan ignorado para ser uno de los pretendientes de las princesas. Silas Hennessy poseía fortuna e inmuebles acumulados, y con un cargo importante, del cual estaba un escaño más abajo del Soberano. Pero, el viejo regente optó por darle la mano de sus dos lobatas solteras a un despreciable híbrido, cuya familia impura era casi indigente.

Saltaba a la vista que era un matrimonio desventajoso, quizás por el acto escandaloso del que las princesas podrían estar involucradas, requiriendo el Soberano de casarlas de inmediato para borrar toda mancha que perjudicase sus honorables reputaciones. Silas sospechaba a que era más esto que atender a los rumores suscitados por los pasillos de la ciudadela de piedra, sobre atributos físicos excepcionales de un debilucho. Por un título nobiliario y una buena dote, él se habría puesto a la orden para desposar a una de las lobatas; no era amor ni admiración lo que sentía por estas, ya había desposado a dos horrendas mujeres que se lo pasaban hablando de modas y eran frígidas en la cama. Si la tercera que le concediesen, se ha *comido* a media ciudad, la pasaría bien porque él era de gustos escabrosos.

Supo librarse de la tediosa conversación del emisario español, sin ofenderlo, y se dirigió hacia el muchacho solitario que ni los sirvientes tuvieron la amabilidad de entregarle una copa de champaña; intercambió unas palabras con los alfas de la provincia de Leinster y Connaught, e ignoró a los de Munster y Ulster, cuando estos pretendían acaparar su atención por estar achispados. Silas tenía la intención de averiguar, por boca del mismo híbrido, si sus fuentes de información no exageraron.

—Ningún macho ha tenido tanta suerte como usted, ¿a qué se debe que, *de la nada*, se convierta en el favorito de nuestro Soberano? —la pregunta fue frontal y sin previas presentaciones. Aidan hizo una venia al percatarse de su cercanía y forzó una sonrisa que apenas se dibujó en sus labios tensos.

—Cuándo lo averigüe, me dice, porque ni yo sé… —contestó con tal socarronería, que otros podrían tomarlo como una insolencia hacia un superior. La modestia solo le permitía a Aidan de resguardarse de no hablar de asuntos que después lo utilizarían en su contra; lo del despacho quedaba a discreción entre él y el Soberano, y, por supuesto, los que presenciaron el enfrentamiento en el subterráneo de Trí Aingeal. Kane quería mejorar su propia raza, al lanzarle

*el lazo* a él con sus hijas.

*¡Insubordinado!*

El tallo de la copa de champaña se quebró por la presión que ejercieron los dedos crispados del Alfa Mayor, a causa de la rabia que lo invadió. El maldito muchacho creía que caminaba sobre nubes por estar allí a pedido personal de la Cabeza Principal de todos los clanes de Europa Occidental, y solo lo escogieron como semental. Y los sementales no duraban mucho…

—Entonces, averiguaré y lo utilizaré en mi beneficio. Si a usted le funcionó, tal vez a mí también.

Aidan le deseó buena suerte, para sus adentros, mientras el Alfa Mayor acababa con su bebida espumosa antes de llamar a uno de los sirvientes, quienes rápido acudieron al mandatario para cambiar de copas.

No hubo ofrecimiento al híbrido por parte de Silas ni el sirviente movió su bandeja hacia este, pese a que el pelirrojo era visto desde cualquier punto del Salón del Trono. Aun así, Aidan ni hizo amague de disponer de una de las copas de champaña, no pretendía ingerir ningún tipo de licor, cuidándose de un posible envenenamiento. Las miradas de todos y los comentarios insidiosos de Silas Hennessy lo hacían tomar sus precauciones. Allí se fraguaba toda clase de alianzas y muerte.

—¿De dónde provienen sus padres? Lo observo y su constitución no corresponde a los de su linaje.

De haber bebido de una copa, Aidan la habría quebrado con sus dientes. El Alfa Mayor le preguntaba lo que seguro ha averiguado antes de asistir a la fortaleza.

—Mi padre es de Offaly y mi madre de Dublín —procuró modular el timbre de su voz, aunque su expresión enojada era más difícil de ocultar.

—La que fue humana…

—Sí —*maldito*. Intuía que estaba por escupirle una de las acostumbradas burlas en la Corte de los Imbéciles.

—Y eres un híbrido —Silas agregó mientras lo escaneaba como si Aidan haya mentido todo el tiempo—. ¿Siempre has sido así: fornido?

—Nos alimentamos bien.

—Aquí todos se abastecen de las mejores presas cazadas de la geografía y no lucen como usted, tan desarrollado. ¿En realidad es híbrido? —Sus fosas nasales aletearon para captar el aroma propio en ellos, pero la intensidad de la sangre que corre en las venas de Aidan Fitzgerald no correspondía a la de un sujeto que le tiemblan las piernas y le cuesta sostener la mirada al macho que lo desafíe.

—¿Qué insinúa, mi señor? —La temperatura en el cuerpo del joven veinteañero comenzaba a elevarse, otra vez ponían en duda la fidelidad de su madre hacia su padre.

—Que es hora de que le pregunte a su familia sus verdaderos orígenes, porque híbrido no es. Usted es producto de dos alfas.

Más bien, el último descendiente de una línea ancestral de guardianes mágicos, consideró Aidan.

Medio sonrió en respuesta, guardándose para sí lo que pensaba al respecto. Ni Silas Hennessy o cualquiera de los que dudaban del linaje de los Fitzgerald podrían saber que, hacía mucho tiempo, los genes de su familia se dividieron en dos: los que iban por el camino hacia la humanidad y los que cada vez se adentraban a la inmortalidad.

Los parientes lejanos y cercanos de su madre eran por completo humanos, algunos

destacándose en las artes musicales y en las letras, mientras que otros se dedicaron al ramo de la medicina, ingeniería y desarrolladores de software. El deporte se les daba bien, aunque sus aspectos se asemejaban a los isleños comunes acostumbrados a beber una buena pinta y hartarse de un plato rebosante de comida.

Todo lo que Aidan representaba provenía del lado paterno. Sus aficiones, sus sentimientos, su corazón… correspondían a su abuelo Dugan.

—Un simple examen de paternidad o mapa genético despejaría sus dudas en relación a mi árbol genealógico —respondió con el tono socarrón para ocultar las ganas de fracturarle el cuello con ambas manos—. El primer ancestro de mi familia es Gerald Edmonds, herido por mordedura por un integrante del Clan Gorecki a principios de 1700.

—¿Gorecki? —El apellido le llamó la atención a Silas.

—Ignoramos el nombre del atacante, pero su linaje quedó en evidencia con el escudo de armas que representaba su clan.

—¿Aún poseen dicho escudo? —Aidan sacudió la cabeza y Silas esbozó un fingido gesto de «qué lástima»—. Son muchos años para una familia de híbridos, es raro que no sean ya humanos. Aunque los genes tienden a disiparse tras varias generaciones nacidas; la de ustedes está próxima a desaparecer…

—Tal vez. —Tal vez no.

Silas estudió la mirada desafiante del muchacho y se incomodó, porque, para ser un sujeto de débiles ancestros; *el que originó* la mezcla genética en los Fitzgerald, aún le hacía ruido en su cabeza. Gorecki…

Golpes en el piso de granito.

Melodía instrumental silenciada.

El anuncio de la entrada del Soberano, interrumpió la amenización en el salón.

Los invitados se volvieron hacia el que ingresaba a través de las altas puertas dobles, que se abrieron para este, seguido de sus tres reinas consortes y toda la progenie concebida con ellas. A continuación, embajadores, emisarios, alfas de provincias de Irlanda, junto con sus respectivas compañeras, se reverenciaron ante la familia real. Los distinguidos recién llegados se acomodaron en una platea que los elevaba un metro por sobre las cabezas aristocráticas de los asistentes; el silencio era absoluto, la curiosidad desbordándose de sus «apacibles» rostros; querían saber por qué un híbrido fue elegido para desposar, no solo a una, sino a dos princesas. Un sujeto que hasta hacía unas horas nadie conocía.

Aidan fue conducido hasta la platea, lo que originó más murmullos, debido a que algunos de los presentes aún dudaban de que fuese el pretendiente.

A la única persona que no se le permitió estar presente fue a Aisleyne; las reinas consortes no la soportaban, y sus hermanas y hermanos la querían muerta. Su ausencia no se extrañó ni a nadie le importó, las amantes y sus descendientes jamás tendrían el privilegio de los que han sido bendecidos por los clérigos; a los bastardos del Soberano se los consideraban «indignos» de compartir con eminencias de alto calibre, eran la mancha de todo alfa que no se conformaba con las hembras que le entregaron en un altar, para una múltiple procreación conyugal. Las amantes estaban para llevar a cabo las sucias fantasías que las compañeras de vida no eran capaces de complacer a sus maridos, y los bastardos solo eran «los accidentes» inevitables como consecuencia del «acuerdo sexual» que con esas mujeres sostenían. En consecuencia, Aisleyne estaría destinada a permanecer en las sombras, mientras que sus medias hermanas «legales» serían veneradas.

—Aún no debe dar la cara a los invitados hasta que el Soberano de su discurso y lo llame después al frente —el jefe de Asuntos Internos le indicó a Aidan.

Se ubicó detrás de la familia real y aguardó paciente el momento propicio. El príncipe heredero casi le escupe la cara, percibiendo en Aidan un posible contrincante, analizando que era más alto y fornido que él, más atractivo e intimidante, que hasta su propia esposa lucía deslumbrada. Esto también lo meditaban las reinas consortes, miraban al plebeyo por encima del hombro y con una ceja alzada, extrañadas de su aspecto. ¿Era un híbrido?, porque no lo parecía… La Primera esposa de Kane temió por el futuro de su primogénito, mientras que la Segunda esposa conjeturaba para sí misma en que su descendiente varón perdería oportunidad de alzarse algún día en el trono.

Kane habló por largo rato sobre temas que a los demás no les interesaba: recordaba las proezas de sus antepasados, de cómo él ha mantenido su reinado durante siglos, de los triunfos de sus hijos, de la castidad de las princesas, a lo que, más de uno dudaba de sus afirmaciones. Entonces, cuando anunció el compromiso de sus dos hijas menores, a un solo hombre, cuya familia no lo acompañó por el mismo rumor que se corría, nadie daba crédito a lo que testificaban. ¿La vejez del Soberano le afectaba la cordura? Al parecer, pasaba por lo mismo que *aquel que pereció* a manos de su propia gente en América; no toleraron sus deficiencias mentales y lo liquidaron antes de que llevara el reino al desastre.

La ancianidad de Kane era muy avanzada.

El escrutinio hacia Aidan fue despiadado cuando él se abrió paso entre la familia real.

Plantó cara a los engreídos invitados que jadearon estupefactos. ¿Por qué era tan alto?, lucía como un alfa de gran nivel. ¿A qué familia dijeron que pertenecía? Híbridos, ¡dijeron que eran híbridos! De ser el caso, ¿fue adoptado en su niñez por esos *anómalos*? ¡¿Y por qué lo permitieron?! Quizás si el padre y el hermano, hubiesen asistido, ellos habrían hecho comparaciones de si en realidad eran parientes: el color de los ojos, la tonalidad de ese cabello tan llamativo, sus expresiones duras, su garbo…

Tenía que ser adoptado.

Algunos comentaban que aquellos híbridos omegas lucían como gammas saludables, a excepción del menor que tenía garantizado el ascenso hacia la cima. A pesar de lo evidente para todos ellos, faltaba que se les aclarase por qué motivo Kane Saighead posó sus ojos en un alfa que ni llegaba a los treinta años; algo sabía que no lo compartía con nadie más: ¿El greñudo pelirrojo era algún príncipe heredero no informado? Sea cual fuere, era indiscutible que tenía porte de Alteza Real, opacaba con su elegante y muy viril estampa al príncipe heredero y al resto de la línea de sucesión; las princesas que se le unirían, sonreían por su grata suerte, siendo estas las primeras que ellos observaban, brillaban de alegría por el compromiso.

El brindis y el intercambio de obediencia se efectuaron. Aidan se preocupó, creyó que esa tarde sería la boda; por fortuna, el evento lo pautaron para dentro de una semana, porque así le placía al Soberano.

Embarazos…

Las compañeras de los embajadores comentaban a estos la probabilidad de dicha deshonra. Las miradas de los invitados reflejaban la sospecha de que todo era una tapadera para salvar de las habladurías a las princesas. Y le han endilgado –si no es que fue ese mismo– al prometido la semilla sembrada en los vientres de las alocadas lobatas.

Tras la presentación, Aidan se dirigió en voz baja a Kane.

—Ya tiene mi lealtad y mi promesa de matrimonio. Ahora le pido me permita partir a casa,

tengo asuntos por resolver.

El anciano sonrió desdeñoso, sabía a qué asuntos se refería.

—Permiso concedido, pero no viajará solo. —Alzó la mano para callar al joven que intentó protestar—. Ya usted está en la mira de mis enemigos, lo atacarán para llegar a mí. Los hombres que le asignaré lo protegerán hasta de su propia familia. Vaya, tómese unos días y *goce* a su humana. Pero no se le ocurra desposarla por vías tradicionales o extraoficiales, porque conocerán mi furia. No estaremos ligados a humanos.

—¿Qué hay de mi clan?

—Hasta el día del casamiento, no podrás liderarlos. Nombra a un sustituto temporal, luego volverá con sus dos mujeres. Y le agradezco que las preñes, lo antes posible, quiero nietos con tus genes.

# Capítulo 9

Las ramas dentadas del pino del vestíbulo, goteaban por la llovizna que caía a través del hueco del techo. El aroma a humedad y la suave brisa que se colaba por dicha abertura, descendía la temperatura de la casa. La señora Adara retiró de la estufa el agua caliente para preparar un té que aliviaría de los nervios a la joven por no saber nada del amo Fitzgerald. Trataron de calmarla; incluso, aplicando la hipnosis para que durmiera unas horas y así darle tiempo al otro de llegar sin afanes. El comisario Bell gestionaba sus propias averiguaciones, debido a que, hasta para él, el alfa no se comunicaba ni atendía a sus llamadas. Un juramento apenas tomaba unos minutos y después eran despachados a sus respectivas regiones para evitar contratiempos con las manadas que lideraban. Han pasado veinticuatro horas y ni una noticia tenían de Dublín.

La señora Adara alertó de unas pisadas que descendían de las escaleras; dejó la tetera en la encimera y asomó la cara; hasta hacía unos minutos atrás, la joven estuvo ataviada en sus mugrosos vaqueros; ahora lucía mucho mejor, se dio una ducha y se vistió con ropas limpias.

Notó que tenía el bolso atravesado en su torso.

—Señorita Susana, ¿adónde piensa salir? —inquirió mientras la joven se dirigía hacia la puerta principal. El ceño fruncido y su palidez reflejaban el estado grave de sus nervios—. El comisario ya está haciendo sus averiguaciones.

—¿Hablaron con el señor Desmond? Él algo debe saber —respondió con otra pregunta, contrariada por la pasividad de la anciana. ¿Acaso le valía un carajo lo que le haya sucedido a Aidan? La bandeja de su móvil debía estar llena de mensajes de ella, y presumiblemente de otros que han intentado contactarlo.

El brazo de la mujer se salpicó de gotas de agua cuando rodeó el abeto enano para dirigirse hacia la parte frontal del vestíbulo; se limpió con la mano y luego obstaculizó la salida para hacer razonar a la muchacha.

—¿Piensa ir a la capital? —Hizo un mohín por semejante ocurrencia—. No lo haga —aconsejó ante el asentamiento de Susana—. Se pondrá en riesgo si se presenta en aquella casa para saber de su… compañero.

—¡Me preocupa! —exclamó impotente—. Si supiese el número telefónico del señor Desmond, lo habría llamado. Y el comisario Bell no es de gran ayuda.

—Igual, nada le dirán. Perdone que se lo diga, señorita: usted es humana. Y, como tal, nadie le brindará información.

—¡Es el papá de Aidan! Algo debe saber.

—Y no se lo dirá a usted —reiteró sin ser odiosa—. Más bien, ahórrese el bofetón que sufrirá si se presenta en la casa de ese señor para exigir explicaciones. Los metamorfos no les rinden cuentas a los humanos; aguarde por el joven amo; lo más probable, es una tontería que debió pasar; no se cause quebraderos de cabeza —medio le sonrió—. Suba a su dormitorio —dilató sus pupilas— y métase de nuevo en la cama. Enseguida le subo un té que la va a calmar.

Susana sopesó qué hacer.

¿Quién le garantizaba que el señor Desmond le dijera sobre Aidan? A lo mejor, el otro festejaba como buen hombre lobo, y ella con su paranoia.

—En cuanto sepan algo, me avisan. No importa si estoy dormida: me despiertan. Así sea a las tres de la mañana. —Si bien, dichas horas no son apropiadas para enterarse de su paradero o lo

que hacía Aidan en tierras de aquel rey de lobos; las noticias que llegaban en la madrugada casi siempre eran nefastas.

Al disponerse a subir las escaleras, la señora Adara de súbito pegó el ojo a través de la mirilla de la puerta, y se llevó la mano al pecho en una actitud emocionada.

—¡Es el amo! —Entreabrió la puerta y echó un vistazo afuera, del que Susana nada alcanzaba a ver.

Se devolvió con tanta velocidad que por poco derriba a Adara cuando se disponía a salir.

—¿Es él? —No lo veía. Una caravana de tres todoterrenos se aproximaba a moderada velocidad; las personas que cuidaban las inmediaciones salieron de sus escondites, con sus bocas abiertas como si nunca hubiesen visto Land Rovers de fabricación reciente. Notó las placas de los vehículos, porque no correspondían a Dublín, sino a otra región del país. ¿De dónde provenían? Consultó con la mirada a la señora Adara, pero esta permanecía con una expresión de asombro, las iniciales de las placas eran de un condado diferente a Dublín y Offaly, Susana conjeturaba que podría ser de Mayo o de Monaghan. La comitiva causaba expectativas —. No lo veo… —Le dio retortijones, que no fuesen esos sujetos que anunciaban tragedias.

—El amo llegó, señorita, viene en aquel vehículo: en el segundo…

El alivio embargó a la joven al notar que una cabellera particular resaltaba del interior del Land Rover señalado por la anciana.

Sonrió. ¡Aidan volvió a casa!

Dio saltitos y aplaudió por la alegría desbordada, lo abrazaría y besaría, y después de tanto apapacharlo, lo increparía. Aunque fuese en voz baja para que, los que fueron amables de haberlo traído, no escucharan que le *jalaba* de las orejas. ¡Cuánta preocupación padeció!

La exigencia al señor Desmond se borró de un tirón de la mente agitada de Susana. Dejó su bolso en una de las mesitas rinconeras cercanas a la puerta, y salió resplandeciente para recibirlo. La señora Adara se acomodó las hebras sueltas de su cabello canoso, recogido en un moño, y esperó en el umbral a que el amo descendiera del vehículo. Ya estaban aparcando frente a la casa.

El sentimiento de culpabilidad de haber hecho algo malo, del cual fue obligado, casi derrumba a Aidan cuando Susana corrió a él y lo rodeó con sus brazos delgados. La cabeza de su amada apenas le llegaba a la altura de su corazón, ahí, donde ella podía darle alcance y revitalizarlo. La alzó como a una niña pequeña y la apretujó cariñoso, mientras que, los hombres que lo escoltaron desde el noroeste, arquearon las cejas por las obvias muestras de amor que se profesaban. El chofer que le condujo, esbozó una sonrisita desdeñosa, era evidente de que se trataba de la amante, una de las tantas mujerzuelas de esa especie rastrera con la que suelen aparearse los híbridos a falta de loba.

Aidan le dedicó una mirada reprobatoria a Susana por no haberlo esperado en el invernadero, pensó en librarse de los alfiles, y correr hasta las montañas para buscarla. Y se impactó al verla allí expuesta a los peligros.

—Me preocupé… —ella le dijo a la vez en que se encogía de hombros como una niña traviesa que daba excusas—. ¿Cómo te fue? —Sus ojos se dirigieron hacia los sujetos trajeados y malencarados que permanecían cerca de los rústicos.

Sus hombros fueron rodeados por los brazos musculosos de Aidan y la condujo al interior de la casa; saludó a la señora Adara y dio un asentamiento de cabeza a los centinelas kinnittienses que retornaron a la propiedad tras el amanecer. La respuesta a la pregunta formulada con ansiedad por Susana la reservaría para cuando los dos estuviesen a solas en la habitación.

Aceptó la cena que la anciana le ofreció, tenía hambre, nada probó desde que se marchó de Moninne el día anterior. Susana lo acompañó en la mesa de la cocina, el apetito se le despertó por la emoción de verlo que estaba bien. Esperaba impaciente a que le dijera de dónde regresó, había notado las ropas que usaba, tal vez era el traje elegante con el que se presentó ante el rey de lobos, pero la inseguridad la azotó porque ese deber se efectuó el día anterior.

La chaqueta se deslizó rauda de los hombros de Aidan y la acomodó sobre el respaldo de la silla, de la que él se dejó caer sin muchos ánimos como si estuviese agotado. Mientras la señora Adara, le servía, él arremangaba la camisa hasta casi los codos, para no ensuciar los puños por ser tan ordinario al comer. Susana le sonrió y él apenas estiró los labios para corresponderle. Tuvo que haber bebido mucho para lucir como si lo hubiesen apaleado durante horas, los mechones de su cabello parecían remolinos aventados por un huracán y sus ojeras delataban que se acostó tarde o tal vez no había dormido nada por el post juramento de lealtad.

Fue una celebración de la que Susana ni quería desconfiar. ¿Hubo mujeres con las que compartió charlas animadas?

—¿Fuiste a Dublín o a otra parte?, porque esos rústicos no son de por allá… ¿Te dieron un aventón durante el camino? —lo dudaba, *los trajeados* se apostaron por las inmediaciones de la casa—. ¿Sí? —insistía en la pregunta y él asintió sin apartar la mirada de su plato—. Y, ¿cómo te fue? —Lo miraba masticar y masticar, su expresión vacía—. ¿Así de mal? —O sea que no hubo tal derroche de cerveza y risas. Le causaba aprensión de lo que él haya padecido en aquel lugar de hombres lobo de Sangre Real.

Los dientes de Aidan trozaron otro buen pedazo de carne que tomó con los dedos, y lo masticó hasta que fue posible tragarlo. Le costaba contarle lo que cambiaría en ellos la relación; no la miraba a los ojos, su atención seguía puesta en el filete servido por la anciana, quien también estaba atenta a lo que él dijera.

Los cubiertos de Susana aún permanecían acomodados a los lados de su plato, ella aún no tocaba la comida. El silencio prolongado de Aidan le daba mala espina, su semblante lucía demacrado y entristecido, tal vez fue marginado por aquellos que se creían mejores que otros, y fue más de lo que él pudo soportar. Debió acompañarlo…

—¿Qué fue lo que te…?

—Señora Adara, por favor, déjenos a solas —interrumpió a Susana, en un tono un poco hosco —. Puede marcharse a su casa. Gracias por la cena.

La aludida asintió reverente; se quitó el delantal y lo colgó en la percha donde Susana suele dejar su morral cuando retorna de las montañas. Les deseó a ambos, las «buenas noches», y abandonó Moninne, habiéndose quedado con las ganas de saber qué rayos lo tenía de malas pulgas, porque todo alfa que ha conocido al Soberano, se comporta dichoso como si hubiese estado ante el mismo Licaón. Este parecía que escapó de un carcelero.

Susana se removió inquieta en su asiento, Aidan necesitaba de privacidad para hablar. ¿Será para increparla o para él desahogarse?

—Me preocupé —dijo ella tras hallarse ambos a solas—. Perdona si estás molesto por ello, no podía permanecer allá por más tiempo sin saber de ti. Además, Xylon… —calló, temerosa de agravar la situación, y Aidan levantó la mirada hacia ella—. *Xy-Xylon* no es un ser que te calme las preocupaciones… —sino que da latigazos a los árboles rebeldes.

—Debiste esperar —replicó con parquedad. Luego se llevó otro trozo de carne a la boca, dando largas a lo que le tenía que informar.

*Muy bien: no hubo increpación*, meditó Susana. Lo que en resumidas cuentas su retraimiento

se debía a él mismo.

—¡Cielos, Aidan, pero ni te molestaste en contestar mis mensajes! —Consideraba que a lo mejor pasaba por los efectos negativos de una resaca y le haría pagar haberla hecho sufrir por no saber de él—. ¿Qué querías que pensara?, estaba mortificada. ¿Por qué tardaste tanto en volver?, se supone eran unas horas, y, mira cuando volviste... —¿Y de dónde? Aún no le ha dicho.

Él apartó el plato con casi toda la comida intacta.

Entrelazó sus propias manos sobre la mesa, en actitud pensativa y sin demostrar fastidio por las quejas de Susana. Sus ojos lucían enrojecidos por el desvelo, la bombilla opaca del techo de la cocina acentuaba sus rasgos demacrados, era obvio que no la posó bien, había aflicción en sus expresiones.

La aprensión de lo que iba a escuchar a continuación, le hizo desear a Susana de que ojalá hubiese sido por cuestiones de borrachera o desconsideración hacia ella.

Posó su mano sobre las de él, para brindarle apoyo *a lo que sea* por la que haya pasado.

—Me sometieron a una prueba —respondió sin mirarla. Sus ojos en las manos pequeñas de la muchacha.

—¿Qué te hicieron? —Malditos si lo humillaron, investigaría en la internet sobre conjuros para que les diesen diarrea.

Él respiró hondo como si se estuviese llenando de valentía para revelarle el motivo de su decaimiento.

—Fue un enfrentamiento —la miró de soslayo—. Era por cuestiones de evaluar mi fuerza y agilidad para confrontar situaciones en desventajas. En ese aspecto lo superé con creces —hasta que los doparon y despertara en un dormitorio con una princesa—. Es lo que sucedió después…

Los dedos de la joven se aferraron a los de Aidan. Le ofrecería su hombro en caso de querer descargar el llanto. ¡¿Acaso abusaron de él?! El conjuro ya no sería para dolencias intestinales, sino para que dejasen de respirar.

—El Soberano pidió que me casara con sus hijas.

Susana ni parpadeó.

—¿Qué? —Las palabras se repetían en su cabeza y pasaban tan rápido que le parecía no le entendió bien—. ¡¿*Ca-casarse*?! ¡¿Con sus dos hijas?! —Él asintió. Su mirada gacha.

Tal noticia a ella le provocó náuseas.

Soltó las manos de Aidan y se levantó para servirse un vaso de agua de la nevera de carga solar. Las manos le temblaban, las lágrimas cristalizando sus ojos, la respiración agitada… Plantó el vaso en la encimera y de inmediato se aferró al borde del lavavajillas, para no caerse. El mundo le daba vueltas, sentía que no era capaz de sostenerse.

De repente, todo se tornó oscuridad; escuchó que la llamaban, pero la voz masculina era lejana y amortiguada; se sentía ingrávida, sus pies ya no la sostenían ni sus manos lograban aferrarse a nada; flotaba, o esa era la sensación al estar con el estómago revuelto y la mente embotada.

¿Casarse? ¿Con dos?

Cuando tuvo las fuerzas para salir de su desvanecimiento, se halló sobre los brazos de Aidan. Hizo el amague de bajarse, porque no quería que él la tocara. Algo habría hecho para que aquel rey lo eligiera para ese inusual casamiento.

—Te caerás, luces como que te vas a desmayar de nuevo —Aidan le impidió ponerse en sus

propios pies.

—Ya se me pasó, fue por no almorzar. —Ni desayunar.

—¿A qué hora retornaste a casa?

—Temprano —respondió mientras él la acomodaba en la silla donde estuvo antes sentada, y luego se acurrucó a su altura como si quisiera pedirle perdón por el malestar causado.

—No fue una propuesta que yo haya buscado —dio vuelta al tema que derrumbó el mundo de Susana—. El Soberano solo quiere mis genes…

La joven esbozó una sonrisa sarcástica.

—¿Acaso no conocen de la inseminación artificial?

Aidan acariciaba los costados de los muslos de Susana, más para estar él aferrado a ella, que a tranquilizarla.

—Se ha intentado muchas veces para crear guerreros más letales, pero los que se conseguían *in vitro*, resultaban mentalmente inestables: no obedecen a la autoridad, son salvajes como licántropos. Si se reproducen en masa, aniquilan todo a su paso; incluyendo a los que lo han creado. Hay un acuerdo internacional de no recurrir a estos métodos de reproducción; el que lo infrinja, será sometido al Consejo de los demás reinos. La supervivencia, ante todo.

—Y la mejor manera es…

—El apareamiento —completó lo que a Susana le costaba conjeturar lo obvio.

—¿Y no la puedes preñar y ya? —Admitía que era una mierda la sugerencia, pero su desesperación por no perder a Aidan la hacía irracional.

Él la miró con una expresión que indicaba «si así fuese tan fácil, ya lo habría hecho. Y asunto resuelto».

—Deben ser hijos engendrados en matrimonio, para propósitos de continuidad en la línea sucesora —explicó pese a que, en realidad, el único fin del Soberano era de formar una familia poderosa.

—Y… —la pregunta se trabó en la garganta de la muchacha, el solo formularla la haría llorar a mares—. Y… ¿para cuándo es la boda?

—En una semana.

A Susana de nuevo le acuciaron las náuseas. ¡¿Una semana?! Solo disponían de ese tiempo para estar juntos, luego él estaría fuera de su alcance.

—Aidan, ¿qué será de nosotros? ¿De Moninne? ¿Del invernadero? Xylon necesita de los dos guardianes para perpetuarse, ¿cómo harás si en adelante estarás enlazado con esa gente?

Él tomó sus manos y ella las rechazó por estar cabreada.

—No tiene por qué cambiar: te amo.

Lo empujó por asquearle su cercanía.

—¡No pienso ser la tercera en esa *relación* en la que estarás!

—Para mí serás la primera.

Susana se levantó para huir de la cocina, antes de partirle a Aidan los platos en la cabeza.

—Por Dios… —Subió tambaleante las escaleras; las lágrimas ahora fluyendo por torrentes a través de su rostro entristecido. Ella lo amaba de todo corazón, mas no tendría la fortaleza para presenciar las noches en la que él dormiría con sus dos esposas—. ¡Suéltame! —Se opuso a que la alzara de nuevo—. Así yo sea la primera esposa, con anillo y todo, no soy de las que les gustan ese tipo de arreglo matrimonial tan retorcido. Estarás muy ocupado *complaciendo*, ¿eh?

—Susana, es un mandato real…

—¡NO! No quiero esto para nosotros. No para mí… Así no, Aidan. Así no…

—Te amo. —La discusión que sostenían a mitad de escaleras, era escuchada por los que afuera se hallaban—. Esto tampoco es fácil para mí. ¡Claro que no! —manifestó al elevar la voz, ante la incredulidad de Susana—. ¿Crees que me quiero acostar con dos mujeres que apenas conozco?

Ella rio indolente.

—Lo has hecho siempre —le sacó en cara—. Meter el pito en la vagina de dos extrañas será rutinario para ti.

Aidan apretó el puente de su nariz para llenarse de paciencia.

—Si este mandato hubiese ocurrido unos meses atrás, no me habría importado; aún estaba desorientado con mi vida. Pero ahora te tengo a ti. Mantengámonos juntos a pesar de las circunstancias.

Las tablas de los escalones, crujieron bajo los pequeños pies de Susana al dirigirse a toda prisa hacia el dormitorio; después de haberse entregado a Aidan, ella estuvo meditado en mudar sus pertenencias a la habitación más amplia de la casa, tras su restauración. Estarían más cómodos, ya que se complementaban como pareja. Sin embargo, el destino les jugó otra pésima broma, de la cual ella ahí no tendría la posibilidad de superar; no se trataba de un desliz amoroso de él ni un descenso en el romanticismo, sino que habría dos mujeres que se sumarían a la relación, y del que Susana estaría limitada a ser un objeto decorativo en la vieja mansión.

¿Qué pensarían sus padres de todo esto? ¿Sus hermanas? ¿Su abuela materna? Sobre todo, esta última… «¡Vivirás en pecado!».

Era factible que las cuentas bancarias de su familia abundarían en dinero, las comodidades mejorarían, estarían en Irlanda o en otro país libre. Pero… ¿ella sería capaz de soportar que otros labios besen a Aidan?, ¿de otros cuerpos femeninos retocen con él?, ¿y que otros niños que ella no le engendrase le llamaran papá? No podría.

# Capítulo 10

—Susana…

—No.

—Su…

—¡NO! —exclamó contundente; sus lágrimas evidenciaban el quiebre emocional que padecía —. ¿Para qué, Aidan? ¿Te place la idea de tener tres esposas? —Rodeó la cama en dirección al armario, donde en un rincón se hallaban guardadas sus maletas.

—Debo cumplir. —Si supiera que no podía casarse con ella, solo sería su amante.

—Pues, conmigo no cuentes…

El cabello corto de Susana se batió por el movimiento al ser tomada de los brazos de forma súbita.

—A ver, ¡compréndeme! —La sacudió un tanto rudo para que entrara en razón—. Si no obedezco a la imposición del Soberano: a ti, a mí y a mi familia, nos guillotinan. ¡Mis poderes no nos librará de ese destino! —agregó para acallar su réplica—. Ellos no son un puñado de delincuentes que se introducen a la propiedad para robar, ¡son miles de súbditos desperdigados por la isla y fuera de esta! ¿Adónde vamos a escapar? Los que están afuera… —Ahí fue consciente de que los alfiles podrían estar parando las orejas a lo que discutían—, son capaces de rebanarme en dos si así quisieran. —En el subterráneo por poco y no la cuenta—. Si considero que no debes estar a mi lado, te aparto. Pero te necesito para no enloquecer. Susana…

Sacudió la cabeza.

—Es cruel lo que me pides —dijo—. No. Lo lamento, no.

—¿Y el invernadero? —se aferró a la posibilidad de que aquel vínculo con los ancestros la mantuviera cerca.

—Tengo los brazos entumecidos, suéltame. —Él así lo hizo y ella se sobó al instante, las manazas de Aidan podrían amasar cemento—. Me comprometí de por vida a cuidar de ese lugar y así lo haré, te apoyaré en eso y en terminar de reparar la casa. Pero… —volvió a lo que estaba haciendo— no cuentes para que, desde una esquina de tu dormitorio o de la sala, observe cómo aquellas princesas te besan delante de mí. No estoy dispuesta a revivir lo de Erin, fue repugnante.

—¿Y a dónde pretendes marcharte? —Las maletas ya posadas abiertas sobre la cama. Las ropas cayendo desordenadas sobre estas.

—Al pueblo, allá hay personas como yo que residen sin ningún problema. —Las perchas de los vestidos las retiraba con ademanes toscos y luego las arrojaba al piso sin molestase de devolverlas a su sitio—. Y espero no tenerlas contigo —lo señaló con una de las perchas desocupadas—, háblales para no pasar sustos.

—Nadie te tocará si estás bajo mi amparo. —No hacía sino observarla.

—No estaré en esta casa.

—Te cuidaré de cerca. De lejos… —es el infierno.

—¿Y aquellos? —Su mandíbula apuntó hacia la ventana, en referencia a *los trajeados*, a quienes ni siquiera se les ha brindado agua.

—Son conscientes de lo que tú representas para mí. Te lastiman: los mato.

Implicaría otra matanza.

No más de esto…, suspiró apesadumbrada, sus palpitaciones no han tenido descanso desde que ellos se asentaron en Slieve Bloom.

La casa ya no la sentía suya, Aidan ya no era suyo, ni los sueños que con él deseaba compartir. Perdió la estabilidad que tanto le costó conseguir en ese país, ya no se sentía segura; adonde ella fuese, el que la mirase, sería un enemigo declarado.

Abatida, se dejó caer a los pies de la cama, ¿cómo subsistiría? ¿Cómo pagaría un alquiler, si de esas tierras no podría alejarse? Tendría que buscar trabajo en el pueblo o en los otros que están a escasos kilómetros si pretendía estar fuera del alcance de las próximas residentes de Moninne.

La blusa de color turquesa y la azul pálido fueron movidas a un lado por Aidan para él evitar sentarse encima y se acomodó en la esquina inferior de la cama, colindando su rodilla con la cadera de Susana. Trataba de contener el impulso de encerrarla en el dormitorio o en una de las que había en la tercera planta; sin embargo, las voces de su conciencia le aconsejaban de no hacerlo, ¿qué ganaría en comportarse como un patán?, ella lo odiaría por esto e insistiría en marcharse porque su voluntad era inquebrantable.

—Permanece aquí, también es tu casa —le rogaría si esto la convencía.

—Terminaré agarrándome de las greñas con esas mujeres, si no es que me despedazan primero.

—Entonces, yo a ellas las despedazo.

—Y luego tu rey ordenaría el mismo destino para ti —lo miró enojada—. No, pues…, mejor alquilo un apartamento y todos quedamos vivos.

—¿Y cómo si estás quebrada? —la cuestionó, siendo esto una posibilidad que le permitiría hacerla recapacitar. Las mudanzas requerían un buen fajo de billetes para trastear lo acumulado en las antiguas viviendas y los contratos de las inmobiliarias exigían una suma de dinero, a veces exorbitante, para garantizar los atrasos en los pagos mensuales o daños que se generen en las propiedades a alquilar.

—Así sea lavando platos, me las arreglo —las dos blusas que Aidan apartó, las lanzó a la pila de ropa en la maleta y luego se levantó para mantener las manos ocupadas y no agarrarlo a él de las greñas por lo que estaba reviviendo—. Ya he pasado por estos predicamentos —exteriorizó su sentir y él endureció la mirada.

Tan capaz de trabajar hasta en un circo con tan de valerse por sí misma lejos de él, la frustración en Aidan crecía por su incapacidad de retenerla.

Pese a esto, no la iba a dejar a su suerte

—Bien, te ayudaré —concedió reticente—. Haré unas llamadas. Correré con los pagos.

—Yo lo resuelvo, tú también estás quebrado —le soltó en cara, ambos pasaban por una lamentable situación financiera, de la que él tenía más posibilidad de levantar cabeza que ella —. Y ni se te ocurra vender tus objetos de valor, como el reloj de Dugan, porque él se te aparecerá a medianoche para increparte. Y a mí no me va a espantar por tu culpa.

—Tengo efectivo como para pagar un apartamento modesto por unos meses —comentó mientras observaba el desastre de ropa empacada en las maletas, cuando Susana las sacara estarían todas arrugadas—, te dará tiempo de establecerte. Además, por trabajo no habrá problemas, mi clan estará encantado de ayudarte. Pediré que te contraten en un empleo que te dé días libres, así podrás ir al invernadero.

Dejó de empacar.

—Aidan y sus influencias…

—¿Aceptas mi ofrecimiento?

—Solo por esta vez.

Él se puso en pie y la abrazó cariñoso. El enojo se disipó en la muchacha, la víspera de un futuro incierto la abrumó. No la desampararía, se encargaría de que nada le faltase y de mantenerla lo más cerca posible a su casa. Así tuviese que limitarse a verla solo en el invernadero, lo aceptaba porque serían sus momentos de felicidad.

—Por favor, no me arranques de tu corazón. Eres mi brújula, tú siempre me guías hacia el norte. Sin ti…, caeré directo al sur… —al abatimiento, a la amargura.

—Seré infeliz.

—Te pondré por encima de ellas.

Al repetir dicha promesa, Susana fue consciente de que no sería así. Algo que se promete muchas veces termina por no cumplirse.

—¿Y esas mujeres aceptarán? —Reanudó el empaque de la ropa—. Una humana por encima de unas lobas princesas; ni te lo crees tú, Aidan. Con lloriquearles a *papi-rey*, me desaparecen en el acto. Y sabes que esto pasará si el cariño no es equilibrado.

—Las tomaré para complacer al Soberano, luego no las buscaré más. Kane es consciente de esto.

Sacudió la cabeza.

—Tu hermano dijo una gran verdad: «los humanos no somos nada para ustedes, los hombres lobo». Si él y tus padres, que son de la plebe de la gente, me odian a más no poder. ¿Qué pensarán de mí aquellos que son de la realeza? Están acostumbrados a ser las prioridades de los demás: a mandar, a exigir que se les concedan sus niñerías. Esas princesas no permitirán que las releguen a segundo plano, menos por una humana que ni apellido de abolengo tiene. *Tengo*… No tengo…

—¡Lo tienes para mí! —Se desesperó igual de lloroso que Susana, ambos sufrían la misma pérdida. Ese bonito querer que los unía, dentro de poco ya no los ataría para permanecer juntos.

Aidan notó que los hombres de Kane mantenían la mirada fija en la ventana de ese dormitorio. Gruñó por lo bajo, por la rabia que le daba que lo vigilaran a toda hora. Consideró que a lo mejor Susana estaría más segura fuera de los terrenos de Moninne, rodeada por su clan, que darían cuenta de ella. Quizás debía contratar a unos guardaespaldas para que resguardaran su hogar y el camino por donde ella se movilizara; así estaría más tranquilo en los días en que estuviese él en Nephin. No tendría el valor de preñar dos mujeres y luego ignorarlas; sus hijos no pasarían el desentendimiento por el que él pasó con respecto a sus padres.

—Te amo, no me arranques el corazón.

Lo abrazó fuerte.

—Eres mi corazón —contestó entrecortada por el sollozo—. Si te arranco, dejo de vivir. También te amo.

Los labios de ambos se juntaron y danzaron desenfrenados; las lágrimas humedecían los besos, ¿sería la última vez? Se juraron amor en el templo, para que luego otros a ellos los separaran.

Él la apretó a su pecho, necesitado más de su contacto. Su lengua erótica enredada con la de ella; jadeó en su boca y esto a él le mandó vibraciones que se alojaron en su glande. Palpitó su

corazón, su hombría… ¿Cómo permitir que se alejara?, ¿cómo permanecer quieto cuando las ganas por Susana lo azolaran? ¿Buscaría a las princesas para desahogarse? ¿A una o a las dos a la vez para que le hicieran olvidar que moría por poseer el cuerpo de otra mujer?

Su garganta emitió un gruñido gutural que no era amenazador, sino la vehemente necesidad de gemir en el oído de su amante. No pidió permiso ni le advirtió de lo que haría a continuación, le desgarró la parte delantera de su camiseta y luego el sujetador lo reventó para que las copas cayeran lánguidas a los lados al igual que la camiseta, a penas sostenida por las mangas cortas. Susana se sorprendió por esta ruda acción; no se molestó, sus senos saltaron erguidos para él.

Aidan la tumbó en el piso, la cama se le antojaba que estaba a kilómetros de distancia; su cuerpo ardía de deseos, le haría ver de lo que dejaría de gozar si se empeñaba en abandonarlo. Susana emitió un leve quejidito cuando sus vaqueros volaron por los aires en dirección quién sabe a dónde, la desnudaba con tanta premura que su ropa desaparecía entre parpadeos. La mirada varonil se oscurecía por las ganas de follarla; sus ojos tenían un halo pendenciero y sus labios esbozaban la ladina sonrisa que presagiaba la haría gemir sonoro.

La besó de nuevo, los pelitos de su incipiente barba le hacían cosquillas en la barbilla y por donde él repartía sus apasionados besos; el peso de Aidan bastaba para dejarla sin respiración, la cubría por completo, sus pelvis no se alineaban mientras sus bocas permaneciesen unidas, la diferencia de tamaño no los acoplaba, aunque se las arreglarían como en la primera ocasión en que se amaron por primera vez.

Las angustias quedaron encerradas en el cofre que contenía todas las preocupaciones y demás emociones negativas que Susana solía guardar bajo llave en las profundidades de su mente. Volaba por nubes algodonosas de color rosa y entre querubines regordetes que tocaban armonioso el arpa; las manos de Aidan se deslizaban raudas por sus senos, sus nalgas, sus muslos y por esa parte tan íntima y erógena entre sus piernas. Eran caricias atrevidas, un anticipo de lo que vendría, contaban con el espacio suficiente en el piso para las posiciones que se les antojase. Se ruborizaba de pensar cuáles harían. En su Edén no fueron osados, por todos los seres que los observaban. Pero la manera en cómo él, la magreaba, daba a entender que después le dolería hasta las pestañas.

Su lengua se deslizó por la línea central de sus senos.

—Cómo deseo que seas la única… —expresó al ras de la piel enfebrecida de la muchacha, aún estaba con la camiseta y su sujetador colgando de sus hombros. El aliento caliente de Aidan la erizaba, que hasta ella albergaba que fuese siempre la única: la que lo besara, la que lo amara y le pariera hijos. Todos de ella, ¡de nadie más!

Al intentar expresarle que, por su parte, él sería el único, pues dudaba que después se recuperara con facilidad. Sus palabras se trabaron entre sus labios al sentir que Aidan iba en descenso hacia la locura.

Jadeó.

La lamía por la ingle; los lametones eran largos y lentos, deslizándose seductores por sus muslos, su cadera, su abdomen y luego volvía al mismo punto, bordeando *su centro*. La lamía como un perro que lame un delicioso hueso. Ella era su comida, primero la probaba de esa manera: lamiendo y lamiendo…

—Aidan…

—Aún no, querida —ronroneó tan cerca de sus labios vaginales que resultaba desesperante.

Besos en el vientre.

Lametones y mordisquitos en sus piernas.

La volteó, sus senos quedaron aplastados contra el piso. Aidan encima, enjaulándola con sus brazos y piernas.

Besos por la línea de su cuello, por su nuca. No le terminaba de quitar su camiseta destrozada, por alguna razón esto parecía gustarle.

Susana torció su torso para verlo por encima de su hombro; su mirada, un ruego para que la poseyera de una vez.

La puso boca arriba.

—Ai… —no pudo hablar, la besaba con tal frenesí que su corazón aceleró mucho más.

El almizcle de sus fluidos vaginales se percibía con bastante notoriedad, estaba muy húmeda como para que él se lo metiera de una estocada; Aidan vadeaba erecto sobre su vientre, buscando sumergirse en ella.

—Por favor… —le palpitaba hasta el alma.

—Aún no. —No era por torturarla, él estaba como soldado listo para la batalla; aun así, tenía que contener el fuego en su interior, a punto de explotar en llamaradas, y no pretendía encender de nuevo la cama y las cortinas. Tenía hambre de Susana, devorarla toda, morder sus carnes blandas y hacerla gritar de placer.

Se acomodó entre sus pliegues, a esa altura, su dureza le dolía; recordó que debía buscar protección para no *correrse* dentro de ella, pero cuando hizo el amague de levantarse del piso, las piernas menudas de Susana envolvieron con fuerza sus caderas.

El amarre lo pilló por sorpresa.

—De aquí no te levantas hasta que me complazcas, caballero. Cumple desde ya con tu palabra.

Arqueó las cejas. ¿Susana consideraba seguir con él?

Sonrió feliz.

—Lo que usted ordene, *madame*. —El glande perfectamente posicionado. Y fiel a su promesa, expresó—: La primera siempre… —Y empujó.

¡Benditos sean todos los santos y ángeles del cielo! Susana cerró los ojos y arqueó la espalda por el rudo empellón, se lo había buscado al retenerlo.

Los movimientos de entrar y salir se dieron a cabo, en una aceleración pausada, para no apabullarla. Aun así, le quitaban el aliento; sus senos bamboleaban de adelante hacia atrás, ella se aferraba a los bíceps de Aidan, quien se despojó de su camisa; de hecho…, lo sentía por completo desnudo; se desvistió en las veces en que ella cerraba los ojos por las grandiosas sensaciones que experimentaba.

No se conformó con la posición de la que ambos hicieron a las afueras del templo; rápido la acomodó sobre su costado derecho; él tenía la postura contraria de cara a Susana. Pasó su pierna superior, por sobre su cadera, y de esa manera reanudaron los envites.

—Si consideras que te duele, me avisas.

—Hace mucho que dejé de ser virgen, no me va a… —chilló porque en ese instante Aidan la estocó lo más profundo que su centro le permitía.

—¿Dolió? —imploraba que no para poder continuar. Susana era pequeña para él y esto lo hacía más excitante por su estrechez.

—Cielos… —lo miró—, siento cada centímetro de ti… Pero me gusta mucho.

De hecho, era delicioso. Aidan friccionaba mientras ellos se mantenían cara a cara. Los envites eran frenéticos. Susana no se quejó como para que él se detuviera; más bien, lo instaba

a seguir dándole duro. Él apretaba sus dedos entorno a su muslo, de modo que la contenía cerca, entre gruñidos enronquecidos de bestia que se aparea con su hembra. Se lo clavaba hasta donde la extensión de su miembro podía llegar, cada vez más acelerado; más y más, estando por alcanzar el clímax, ya casi…

—*Huy*, me… Me estoy quemando. —El muslo de Susana comenzaba a arder por la elevada temperatura en la piel rojiza de Aidan—. Oye, me estoy… —Aidan jadeaba, concentrado en su propio éxtasis—. ¡Aidan! ¡Aidan, estás ardiendo! ¡¡Me estoy quemando!! *¡Apartateeeee!*

Se detuvo *ipso facto*. Salió de ella.

Y justo en el momento en que el fuego lo envolvió.

La acción fue de inmediata, Susana se aovilló al percibir el calor de las llamaradas en su costado izquierdo. Su piel le ardió, esto fue distinto a cómo sucedió a las afueras del templo, donde estuvo en una mágica conjunción con dicho elemento; esta vez ella no gozaba de compartir tal privilegio. Ahí, en el dormitorio, solo era una humana que, si no chillaba, el novio la rostizaba mientras la follaba.

—Lo siento —Aidan corrió al baño y se encerró tras un azote nervioso de puerta.

El incidente ocasionó que Susana ni pudiera moverse de su sitio, le dolía el muslo, las huellas de Aidan quedaron marcadas en su piel como hierro ardiente. Requirió de un esfuerzo para ponerse en pie, se despojó de la camiseta y del sujetador, y luego cojeó hasta el sillón; allí tomó el albornoz que reposaba sobre el respaldo, se lo terció rápido, en caso de que alguno de los vigilantes derribara la puerta como la anterior ocasión, en que la piroquinesis de Aidan los interrumpió por estar descontrolados.

La puerta del baño se abrió y Aidan emergió envuelto en volutas de vapor y la toalla alrededor de sus caderas húmedas. La miró apenado, sin atreverse a sonreírle por el inconveniente; estuvo a punto de expresarle algo, pero sus ojos se clavaron en sus muslos, justo en el momento en que Susana revisaba sus quemaduras.

—No fue mi intención, te lo juro. Déjame ver. —Se sentó al borde de la cama y se inclinó hacia el sillón donde ella permanecía sentada—. ¿Te duele? —Trató de palparlo con suavidad, Susana se tensó.

—Traje hierbas, me ayudarán a sanar.

—Dime cómo prepararlas.

—Eh… —pensó en los monitos—. Machácalos en un mortero, como una cataplasma. Eso me ayudó con mi… —llevó la mano hacia atrás y quedó muda al percatarse que debía callar lo que pasó en el bosque prohibido—. Eh… Migraña.

—¿Cataplasma para las migrañas? Querrás decir: infusión.

—Cataplasma —reiteró—. Tiene buenos efectos curativos.

Aidan puso cara de «bueno, si es así…».

—Iré a prepararla, vuelvo enseguida. —Le daba la impresión que ella mentía. Aunque tal vez se debía a que estaba lastimada—. Lo siento, pensé que… No sé por qué te quemé, se supone que no debía pasar, somos uno…

—Fue en aquel momento en tierras sagradas. Ahora estamos aquí…

Asintió, su pesadumbre reflejada en sus ojos verdosos.

En cuento él cruzó la puerta, para bajar a la cocina, Susana se dirigió al baño y allí se despojó del albornoz. En esas en que se introducía en la ducha, ya que deseaba asear sus partes íntimas, teniendo cuidado de sus heridas…, Aidan metió la cabeza por la rendija de la puerta.

—¿Dónde están las…? —Jadeó—. ¡¿Qué mierda son esas?! —Enseguida, entró al baño. Dos

largos hematomas que recorrían la espalda a Susana, lo dejaron helado—. ¿Cómo es que…? Esos… —Las señaló, ella palideció y tomó afanosa el albornoz que dejó en la percha donde cuelgan las toallas—. ¡¿Te los hice yo?! —Consideraba que *aquella vez* él no fue tan bruto.

De forma inconsciente, Susana se llevó la mano por encima del hombro izquierdo, para palpar la parte superior de los hematomas. No le dolía ni sentía incomodidad, al hacer movimientos, pero la coloración violácea en su espalda se mantendría por algunos días como evidencia de los golpes del hayedo.

—No —contestó mientras procedía a cubrirse con la gruesa prenda que sostenía temblorosa contra su pecho—, fue… —botó el aire de los pulmones—. Fue un incidente que tuve en el invernadero.

Aidan se sentó sobre la tapa del inodoro, aprensivo de lo que escucharía.

—Crucé el bosque de los hayedos, y…

—Te lastimaron.

Lo miró sorprendida.

—¿Sabías que se podían mover? —Él asintió—. Y no me dijiste…

—No tenía la certeza, fue solo una visión que tuve con Xylon cuando nos fusionamos. ¿Tú no tuviste ninguna?

—Estaba más preocupada de no chamuscarme el culo —bromeaba, a pesar de todo—. ¿Y tú qué viste?

—Voluntad, irreverencia…

—Los hayedos son peligrosos.

—Son vigilantes del entorno.

—¿Y nosotros qué somos?

—El corazón del invernadero.

—¿Y Xylon?

El chispazo de una sonrisa incrédula se vislumbró en el rostro de Aidan, por el supuesto olvido de Susana, de lo que ellos y Xylon representaban con respecto a Síorai, pero luego la borró de su semblante al preocuparse.

—Xylon es el alma de Síorai. —Masajeó sus hombros para tranquilizarla de lo que sea que pensaba—. Él no peligra por estar junto a los hayedos. Lo respetan al igual que todo lo que allá habita. Tampoco nosotros peligramos. Bueno… —Estando aún sentado sobre el inodoro, la giró para ver los hematomas—. Esto no debió pasar, perdóname por no haberte compartido la visión; de haberlo sabido, no te habrían golpeado.

—Xylon me salvó. Y luego me increpó...

—Por imprudente, los hayedos te pudieron haber matado. Si Xylon te da una orden, ¡obedécele! Ha cuidado de Síorai por milenios; por algo impuso las normas.

—Debió ser más claro.

—Al igual que yo, contigo. Lo siento, Susana.

Se encogió de hombros para restar importancia. Recibió su justo castigo y le jalaron las orejas por no acatar una simple orden de no cruzar límites prohibidos.

Antes de marcharse a la cocina, Aidan le dio un reconfortante abrazo. Para él todo calzaba a la perfección, ese era su mundo. En cambio, Susana tenía que hacer grandes esfuerzos para mantenerse a flote y no ahogarse en la incomprensible marejada antinatural que la rodeaba.

# Capítulo 11

La mandíbula de Tyrone cayó cuando Aidan le contó del oficio temporal que tendría, a raíz de la eventual boda con las princesas. La sorpresa del comisario fue evidente y esperó no haber sonreído de satisfacción para no ofenderlo. Tyrone asintió reverente y manifestó cuidaría del pueblo y las demás lindes en su ausencia; por supuesto, él se tragó de expresarle al joven que el cargo ha sido suyo desde hacía cincuenta años, y, desde entonces, ha liderado a los lobos de Offaly como respirar oxígeno. Celebraba para sus adentros, no tuvo que fraguar planes para derrocarlo ni batirse a duelo del que no saldría vivo por esos poderes diabólicos que este poseía y que lo hacía pensar en cómo los obtuvo.

Pese a todo esto, Tyrone se alegraba de estar una vez más al mando del Clan Offaly, se le respetaría, se le reverenciaría y gozaría de nuevo de las mieles de las vírgenes lobatas regionales. No sería un cargo temporal, claro que no. ¡Sería definitivo!, porque, ¿acaso Kane Saighead querría a sus hijas lejos de él? Era muy controlador, ni su primogénito, que es un adulto, ha sido capaz de librarse de su sobreprotección.

La ventanilla del Land Rover de *los trajeados* se deslizó hacia abajo en cuanto Susana observó salir a Aidan de la garda o puesto de la policía. Le sonrió, al subirse él, al asiento trasero. Los sujetos los escoltaban a todas partes, así sea al supermercado o adonde se les antojara dirigirse; no aceptaban negativa por su parte, ellos obedecían a un lobo de rango superior al pelirrojo, por lo que estos debían aguantarse a que fuesen sus sombras.

—¿Cómo lo tomó el comisario?

—El maldito no dejaba de sonreír —Aidan graznó después de haber cerrado la puerta del vehículo.

—Supongo que sí: de nuevo es alfa. Ahora tenemos que averiguar dónde quedarme.

Emitió un sonido quejica con su garganta.

—Ese afán tuyo de irte de la casa, me molesta.

—No quiero estar presente cuando lleves… —echó un vistazo a la cabina delantera y bajó la voz— a tus *espositas*.

—Te tendría conmigo. ¡Está bien!, no voy a insistir —exclamó a la réplica que estuvo a punto de brotar de los labios de la muchacha—. Vamos al apartamento.

—¿Sabes de alguno?

—El «alegre» comisario me contó cuando le pregunté. Está a unas manzanas de aquí.

Resultaba difícil pasar desapercibido por el pueblo, siendo seguidos por unos sujetos con pinta de mafiosos. Turistas humanos y lugareños los observaban embobados en su tránsito por las calles hacia el edificio indicado. Al plantar los pies en el asfalto, Aidan ayudó a Susana a descender del vehículo; posó su mano en la espalda de la joven y la condujo hacia el vestíbulo. Allí aguardaba una mujer de edad mediana y pelo castaño teñido en mechitas doradas que le quedaban fatal; había sido informada por el comisario, solo tuvo que correr unos pasos para atender a los posibles inquilinos.

—El apartamento está en la última planta —informó luego de saludar a la joven pareja, y los invitó a que la siguieran arriba.

El edificio carecía de ascensor; subieron hasta el tercer piso; la mujer se secó el sudor de su frente por la falta de ejercicio, jadeando exhausta mientras que los demás lucían como si

estuviesen acostumbrados a subir interminables escalones.

—Es muy acogedora —comentó tras abrir la puerta principal y permitir que la parejita ingresara. Estaba un poco cohibida de los guardaespaldas; unos quedaron fuera del edificio, montando guardia; otros los siguieron, permaneciendo dos afuera y dos junto a ellos sin mostrar signos de que les agradara el lugar—. El apartamento es de dos niveles —mostró lo evidente— y cuenta con todos los servicios.

—Es una ratonera, busquemos otro.

—Es más grande que mi antiguo apartamento, no seas odioso.

—¡¿Al señor no le gustó?! —la mujer se asombraba de que el joven no se impresionara por la distribución del duplex. La lista de espera de los que deseaban ocuparlo era larga y con anticipos realizados a sus cuentas bancarias para que los tomaran en cuenta. La breve información suministrada por el comisario Bell la hizo saltarse a los que tendrían dicha prioridad; al parecer, el joven buscaba algo mejor.

—A mí, sí. Lo tomo. —A unos tres metros por sobre lo que estaría destinada la sala, se elevaba una plataforma con acceso al dormitorio. Susana subió las escaleras tipo caracol, de pasamanos de hierro forjado y peldaños de madera. Sonrió ante el espacio abierto que descubrió, no tenía paredes, sino una bonita balaustrada del mismo material de las escaleras. Le gustaba, contaba con un armario de pared y una vista panorámica de las montañas. Corrió el postigo y abrió la ventana para respirar el aire fresco y admirar el paisaje que le ofrecía tanto el pueblo como Slieve Bloom.

—Susana, aquí no podré ni estirar las patas —Aidan llegó hasta ella, su semblante serio estudiando donde ubicarían la cama. Allí solo cabría la de una persona que no pasa del metro cincuenta.

—No es para ti, es para mí. —Para sus cortas patitas que son buenas para correr algunas veces.

—En Moninne estarás bien.

—Ya lo hablamos.

—También es tu casa —la insistencia de Aidan le colmaba la paciencia.

—Ya no.

—Eres mi mujer.

—Ya no… —Apenas fue su novia. Más allá de eso no había nada que los atara.

Fue incómodo para la mujer escuchar en la planta baja del dúplex, el desacuerdo de la joven pareja. Carraspeó para que se percataran de que no se hallaban solos. Continuó mostrando el apartamento, pese a que ya todo estaba visto, pero se las apañaba para enfocar en ella su atención y no en la discusión.

Aidan dejó que por esa vez Susana llevase la razón, no la presionaría más en permanecer en un lugar que sería sufrimiento para ella. Así que, en vez de mostrarse egoísta, la ayudaría a alojarse en el pueblo. Asintió y le regaló una sonrisa taimada, él tendría que agradecer que no renunciara a todo y se marchara de la isla; demostraba más entereza que él mismo que estaba por desmoronarse por el peso que pusieron sobre sus hombros.

*****

El techo del todoterreno lucía pequeño bajo el tamaño del lobo converso que se posaba sobre este. Susana procuraba no ser vista desde la ventana de su dormitorio, apenas asomándose su

rostro detrás del cristal, en su vigilancia hacia esos seres que le causaban aprensión. *Los trajeados* cambiaron sus formas «humanas» para merodear como animales por las inmediaciones; les complicaba a ellos, escabullirse de la casa, para atravesar las montañas, era imperativo advertirle a Xylon de lo que sucedía sobre lo de Aidan.

El dormitorio estaba sumido en oscuridad, pese a que, sus vigilantes, bien que daban cuenta de su presencia. Susana los contaba, eran nueve los que llegaron con Aidan, todos ahora de pelaje negro…

Uno dormitaba sobre el todoterreno, otro se aovilló en el piso cerca de las escalinatas de la casa, tres se alcanzaban a vislumbrar por el camino empedrado hacia los portones y uno apostado por los abetos que demarcan el inicio de los bosques. Y los otros tres… Estiró el cuello y se alzó en puntillas como si de ese modo expandiría su alcance visual, pero no era así, esbozó un mohín, apenas alcanzó a contar seis, el resto debía estar en sus rondas nocturnas por la parte posterior de la casa.

—*¡Uf!* —resopló molesta. Al parecer, Aidan y ella tendrían que hablar con Xylon otro día.

Un pequeño bulto se posó a su lado.

—Baja de ahí, chismoso —Susana le susurró a Zeus, que se subió en el alfeizar de la ventana, curioso de lo que su ama tanto observaba del exterior.

El animalito bufó al pillarse las sombras que allá afuera se movían.

—Eso te pasa por… ¡*Huy*, carajo! —Susana se sobresaltó, la enorme silueta parada en el marco de la puerta de la habitación casi le provoca un infarto—. Qué sust…

Él se llevó la mano a la boca para que la joven no dijera nada. No se veía su rostro, toda su anatomía era oscura, pero el movimiento que hacía era fácil de deducir: no alertar a las bestias con los ruidos.

Abanicó la mano para que se acercara a él, y a Susana se le aceleró el corazón. ¿Hora de marcharse o desistirían por esa noche?

—¡Espera! —Ella plantó la mano en la madera para impedir que Aidan cerrara la puerta tras de sí.

—Zeus chillará si lo dejamos encerrado —susurró lo más bajito posible—, llamará la atención de los otros. ¿Podemos llevarlo? —Aidan sacudió la cabeza—. De todos modos, se va a escapar.

—No es tan estúpido —replicó igual de susurrante—, permanecerá escondido bajo la cama, ya vi que allí corrió por asomado, sabe muy bien lo que le espera si sale de su refugio. ¡No salgas o yo mismo te tuerzo el pescuezo, gordinflón!

—¡¿Por qué eres tan odioso con él?! Es un gato.

—No me agradan, por ti lo soporto. —Cerró la puerta, y Susana le pidió aguardar a ver si este se desesperaba; no obstante, no hubo rasguño en la puerta ni maullidos que imploraran le abrieran para acompañarlos.

En primera instancia, Susana pensó que ellos se escabullirían de la casa por la puerta trasera de la cocina, pero se equivocó. Aidan cruzó el pasillo directo a su dormitorio justo al frente del de Susana; la ventana que da al patio posterior, ya estaba abierta. Susana agrandó los ojos al fijarse que Aidan por ahí saltó.

Sacó la cabeza.

¡¿Ese loco pretendía que ella hiciera lo mismo?! Se partiría las piernas.

Con el dedo índice le indicaba que no lo haría.

Él la instó a saltar.

Sus brazos abiertos para recibirla.

Susana sacudió vehemente la cabeza, era mucha altura desde donde se hallaba asomada.

La instó una vez más, como que tendría que ir por ella.

En el instante en que Aidan hizo el amague de trepar la pared, Susana le pedía con la mano de aguardar, necesitaba que le concediese unos segundos para llenarse de valor. Aidan asintió y Susana respiró profundo, si antes se metió literalmente al fuego por él, ¿por qué no saltar a sus brazos desde la segunda planta?

Cerró los ojos y se arrojó al vacío.

La caída fue suave, acunada enseguida por los musculosos brazos de su… –¿amante?, ¿exnovio?– que la recibieron. Lo cierto es que no sería su esposo polígamo.

Luego de dejarla sobre sus propios pies, Aidan se acurrucó para que Susana se subiera a su espalda, y esto a ella le causó gracia, porque le recordaba a cierta parejita enamorada de la literatura de vampiros adolescentes.

—¿Y los otros que están por esta área? —le preguntó a su oído, preocupada de que los atrapasen en la furtiva salida.

—Uno está meando y los otros dos *se están clavando*.

*¡¿Se están qué…?!,* Susana ni quiso preguntar a qué se refería.

El peso de la joven no fue problema para las ágiles piernas de Aidan, que volaba a través del follaje montañoso. El cabello tipo hongo de Susana ondeaba hacia atrás como si ella cabalgara a un alazán, tenía que entrecerrar los ojos para que no le ardieran por la brisa que Aidan rompía con su veloz carrera. A ratos saltaba brusco sobre la espalda de este cuando hacía saltos largos para acortar distancias por los terrenos fangosos; de vez en cuando, a Susana le parecía ver destellos de luz durante el trayecto, recordándole los espíritus que hacía dos noches los persiguieron.

Trataba de enfocar la vista a los lados, a ver si se pillaba a los venados de extensas cornamentas o a los jabalíes luminosos, pero nada vislumbraba, solo la agonía aumentada con cada metro que Aidan saldaba hacia la puerta secreta que da al paraíso. Si bien, ya había hablado con él, la vergüenza de ser de nuevo increpada, la abrumaba. La ventaja de ser llevada a cuestas por un hombre sobrenatural, le ahorraba tiempo de cruzar las montañas; a ella le hubiese tomado unas horas, y llegaría agotada con ampollas en los pies. Con Aidan les tomaba minutos.

—¿Por qué sonríes de esa manera?, ¿qué es lo gracioso? —Aidan se arregló las greñas por si estaban alborotadas, después de bajarla frente a las cortinas de hiedras.

—Me gustó que me cargaras así.

Él le dio un casto beso en los labios.

—Entonces, así te traeré siempre.

La sonrisa disminuyó en Susana, «siempre»: otra promesa que dudaba él la pudiera cumplir.

Ingresar a Síorai en horas en la que el sol se mantenía oculto por el horizonte, era más impactante, el follaje bajo el domo eléctrico le contraía el estómago. Se dio cuenta de que aún no le comentaba dicho descubrimiento a Aidan, y que tendría que abordar el tema para después; los animales y las aves, y hasta los mismos árboles, eran los «ojos» y los «oídos» de Xylon.

Suspiró.

¿Le halará de las orejas otra vez?

El brazo de Aidan de repente le bloqueó el camino. Su vista posada hacia el templo.

—¿Por qué nos detenemos? —Susana siguió el trayecto de su mirada y casi se caga en los

calzones—. ¡¿Estás viendo lo que yo estoy viendo?! —Un arbusto se movía sobre sus raíces por las baldosas que conforman el área sagrada de Síorai. Los haces de luz lunar, conferían a sus oscuras ramas un aire tenebroso. Susana se pegó al brazo de Aidan, hasta él parecía estar bastante impactado al respecto; al parecer, las plantas podían trasladarse de un lugar a otro—. ¿Será agresivo? —Se inquietó, menos mal que no alertó de esto cuando ella pasó allí la noche, inconsciente por los golpes de las raíces de los hayedos, o habría salido corriendo despavorida. Bastante que la dejaron traumada.

—Esperemos que no.

Evadieron el arbusto caminante, al introducirse ambos por un sendero que Susana reconocía como uno de los atajos que los llevaban directo hasta Xylon. La prevención de ser atacados por alguno de los manzanos, la hacía mirar a cada tanto por sobre su hombro; si los hayedos y aquel arbusto podían moverse, otras especies arbóreas harían lo mismo.

Le dio por pensar que a los manzanos les saldrían rostros monstruosos y sus ramas se transformarían en garras para lanzar sus frutos como granadas explosivas. Nada de esto ocurrió, los manzanos eran tan «normales» como los que crecían del otro lado del domo en sus zonas geográficas correspondientes.

Unos cuantos pasos más y el torbellino de fuego estaba visible para ellos. Los dos hayedos retorcidos eran sus constantes acompañantes, igual de intimidantes a los que a ella casi entierran viva.

*«Puedo percibir angustia en sus corazones»* —Xylon expresó en un tono apacible mientras los jóvenes se acercaban. Sus llamaradas giraban y giraban con tanta lentitud, que apenas emanaba humo blanco.

—No podré visitarte con la frecuencia deseada. Me han…

*«Lo sé, las voces susurrantes me contaron todo».*

Por supuesto que lo sabe, meditó Susana. La naturaleza en sí era su red social activa, toda cotilla se deslizaba sobre estas, en un ir y venir que atravesaba valles y montañas. Muy efectiva.

—¿Mis ausencias afectarán al invernadero? —la aprensión dominaba los rasgos viriles de Aidan, que se sentía impotente de manifestar su voluntad.

*«El Guardián no debe alejarse por mucho tiempo, es balanza para el equilibrio».*

—No te fallaré.

*«Ya has comenzado* —su tono recriminatorio, el humo que brotaba de sus llamaradas pasó de blanco a gris—. *Se te han ofrecido dos caminos, pero debes transitar uno. No podrás retornar del que escojas».*

Del cual, uno era el invernadero donde hallaría siempre a Susana y el otro el claustro donde lo esperaban dos mocosas fastidiosas, pensó Aidan ante el destino que le impusieron.

—No puedo luchar contra un Soberano.

Las ondas de humo ascendente del arbusto adquirieron una densidad que ocultaba por partes las ramas bajas de los hayedos custodios, pero no oscureció más su tonalidad grisácea a una que representara su molestia. Xylon pensaba.

*«¿Y en qué radica la lucha?».*

—En la muerte de Susana y la de los míos.

*«¿Qué es un número ante un Guardián?».*

—Obstáculos —Aidan respondió al instante, y Susana se preguntaba para sus adentros hacia dónde Xylon los conducía con sus preguntas.

*«Voluntades que están en contra de manera temporal* —comentó—. *Las voluntades deben*

*ser guiadas, razonadas».*

—Esas «voluntades» nos despedazarán si no preño a las hijas del Soberano.

*«Del que serán descendientes del Guardián».*

—Pero no serán con Susana.

*«La Guardiana».*

—Exacto.

*«Solo existe un Guardián portador del fuego, y muchas guardianas».*

No hubo falta que el Arbusto Dragón explicara lo que esto significaba: Susana no era especial, mucho menos una Fitzgerald que ha heredado un don o posee la eternidad de los metamorfos. Solo se contaba con su vientre del cual en algún momento se esperaba preñarían. Aun así, le confirieron el honor de cuidar de un santuario y comunicarse con un ente mágico. El linaje místico del lobo macho debía fluir de generación en generación, por una misma línea de sangre. La encargada de procrear era externa a ellos, elegida por su carisma y quién sabe qué otros atributos, Xylon, aprobaba.

—¿Qué debo hacer?

*«No luchar, no alejarse. Garantizar…».*

—¿Qué garantizar: descendencia? —Aidan miró a Susana, aprensivo de su reacción, pero no se topó con sus bellos ojos negros, los tenía clavados en el suelo.

*«Sí».*

—¿Ellas deben ser aprobadas?

*«Ya lo fueron».*

—¡¿Qué?! *P-pero*… —Aidan casi se atraganta con su propia saliva por el impacto que le causó la respuesta—. ¿En qué momento? ¿Cómo, ¡no han sido traídas?! —Adiós a la esperanza de que hubiesen sido rechazadas por la frivolidad e inmadurez de esas chicas; la suerte a estas a cada momento les sonría, y, a Susana y a él les daba de puntapiés.

La conversación resultaba dolorosa de escuchar para Susana, quería correr lejos de allí y botar la llave para no tener manera de volver para presenciar algo que sería aberrante a sus ojos. La Guardiana solo era una vasija para la procreación de nuevos protectores de las montañas y de todo lo que en Síorai se ocultaba con tanto celo.

La invadió la rabia porque había albergado en su corazón que tal vez existía la posibilidad de no afrontar dicho camino tortuoso. Sin embargo, Aidan debía depositar *su semilla* en dos vientres virtuosos del que jamás han conocido las necesidades mundanas. Odiaba a las princesas sin conocerlas, la relegaron a ser la tercera.

*«Tráelas».*

—Pero… —Susana se mosqueó—. ¿Y si ellas hablan de lo que aquí han visto?

*«¿Lo has hecho tú?».*

—No, señor —le dolió la manera en cómo le replicó.

*«Ellas tampoco lo harán; las Guardianas son discretas.* —Luego su fuego se intensificó un poco—. *Tráelas y engéndralas en mi presencia* —se dirigió a Aidan—, *de ese modo obtendrás descendientes puros y fuertes».*

—Las traeré en cuanto la boda se haya concretado. —Aidan ni se atrevía a intercambiar miradas con su novia. ¿Xylon los habría observado mientras follaron? Estuvieron tan entregados al deseo, que no repararon en ese hecho.

# Capítulo 12

El ingreso al dormitorio le hubiera causado risas a Susana, por la similitud con los personajes de aquella novela que pensó una hora atrás. Pero, tras lo dicho por Xylon, nada a ella le causaba gracia. Aidan trepó la pared del lado opuesto de la casa, con Susana pegada a su espalda y sin que los sujetos se hayan dado cuenta de que solo estuvieron vigilando al gato.

Presurosa se fue a revisar de que Zeus estuviese bien, no ha pasado mucho desde que ellos se marcharon, su mascota aún permanecía debajo de la cama y quizás seguiría ahí hasta que los otros se largaran. Luego corrió al baño, Aidan la siguió y no alcanzó a detenerla cuando ella le cerró la puerta en la cara.

—Tampoco lo deseo —le expresó. Su mano y su frente posada en la madera, y el malestar alojado en su pecho—. Seré el que deba estar con ellas. ¡No me atraen ni para una revolcada! Es como si me prostituyera. —Sexo a cambio de seguridad—. Susana… —Los sollozos de su novia eran apenas perceptibles a sus oídos, trataba de no ser escuchada, quizás para evitar inspirar lástima o no demostrar debilidad—. Susana, te amo. Aunque no lo parezca por mis equivocaciones, solo amaría a una mujer en mi vida. ¡Y esa eres tú! ¡¡Tú, solo tú!! —Sonaba a canción empalagosa, pero con gusto cantaría la más emotiva de las baladas para demostrarlo —. Serás la que más ame, la que tendré siempre en mis pensamientos. Mi compromiso con las princesas no disminuye lo que siento por ti, no me saques de tu corazón.

—No podré resistirlo —su voz sollozante se escuchó amortiguada detrás de la puerta.

—Te necesito.

—No puedo…

—Por favor.

El silencio de Susana fue un presagio de la ruptura entre los dos. Aidan no estaba dispuesto a prescindir de sus besos, de sus caricias, de las noches de pasión y de acurrucarse bajo las sábanas. Lo intentó al concederle de vivir sola en el pueblo y del que a él le parecía muy lejos; se compenetró tanto con ella, que despertar sin tenerla a su lado, le era inconcebible.

Como un autómata salió del dormitorio de la joven y bajó a buscar respuestas a sus plegarias en la soledad de la sala. Había traído consigo el reloj de cadena del abuelo, lo ayudaba a meditar cuando sus pensamientos se desordenaban, la penumbra no impedía que viese las manecillas en su lento andar.

Tictac, tictac: segundos, minutos…

Tictac, tictac: horas…

¡Cuánto extrañaba a Dugan! Su abuelo lo habría aconsejado de cómo debería actuar con respecto a Susana, porque, en lo otro, lo hubiese contradicho; por más que renegase de esa gente, ellos tenían el poder de exterminarlos.

—¿Debo dejarla ir? —preguntó al reloj, la sola idea de esta posibilidad le cortaba la respiración. Comprendía que sería incómodo para Susana tener que compartir a diario la mesa con otras para comer o aguardar su turno para él amarla, pero ella era la que le daba fuerzas de seguir adelante.

Pero es humana.

¿Qué hacer con ella?

Todo fue tan normal entre los dos, que no se detuvo en analizar de que un empujón, un

zarpazo, una mordedura por parte de las princesas o los que la protegieran, la lastimarían. Y esto desencadenaría una serie de desgracias. Susana sería vulnerable a la menor de las heridas provocadas por los metamorfos. Sobre todo, en las etapas de celo.

—La convertiré —la solución más apropiada para protegerla.

Las cortinas de la sala se batieron como si las ventanas estuviesen abiertas; se acercó para inspeccionar y ahí observó que uno de los alfiles en estado animal meaba los rosales que Susana se esmeró en plantar.

Lo invadió el coraje y el torrente sanguíneo en su ser, burbujeó, harto de que estos anduvieran por ahí a sus anchas, profanando sus terrenos.

El gruñido brotó de su garganta, sus manos adquirieron una alarmante tonalidad rojiza; al abrir la puerta, derritió la manija, no se daba cuenta de las lenguas de fuego que envolvían sus puños y las perneras de su pantalón, una visión terrorífica para el que lo viese salir de la casa. Les gruñó a los lobos.

Los que se hallaban dormidos se sobresaltaron, el que meaba quedó paralizado con la pata elevada; a este Aidan le lanzó una llamarada que casi le quema las bolas. El animal corrió con la cola metida entre las patas y buscó refugio detrás del todoterreno donde el otro lobo ya se había incorporado sobre el techo.

Este a Aidan le perfiló los dientes, demostrando que era un alfa de rango medio, de los múltiples que servían en la fortaleza.

Un fogonazo lo hizo saltar al piso, el híbrido quería bronca.

—Regresen a Nephin y díganle al Soberano que no necesita vigilarme las veinticuatro horas, puedo protegerme por mi propia cuenta, cumpliré con mi mandato. Ahora, ¡fuera de mi propiedad o los incinero!

Las bestias retrocedieron sus formas cuadrúpedas para erguirse desnudos en sus piernas bípedas; el más beligerante meditó lo sucedido en el subterráneo y consideró que era mejor no enfrentarlo, instó a sus compañeros de subirse a los vehículos, estos no se molestaron en cubrirse con sus ropas que tenían en los asientos delanteros y traseros; los aullidos de dos de ellos llamaron a los que hacían sus rondas por el perímetro; aguardaron unos minutos, y, para cuando estos acudieron a la parte frontal de la casa, casi se les sale el alma de sus cuerpos lobunos al observar al híbrido quemarse vivo, pero que no emitía alaridos ni se revolcaba adolorido. Estaba ahí… amenazador.

*****

Un *¡pof!* sacó del sueño profundo a Aidan quién se quedó dormido en el sofá.

Se levantó de inmediato y echó un vistazo a través de la ventana, el ruido que lo sobresaltó provino de afuera. Sus padres habían llegado desde Dublín, junto a Niall, del que este y los suyos debieron esperar en Cadamstown para llegar todos juntos a Moninne. Tras haber corrido a las malas a los guardaespaldas, telefoneó a sus padres y a su hermano de abandonar sus hogares para evitar represalias provenientes del noroeste.

—¡Qué locura cometiste! —Desmond lo increpó tan pronto cruzó la estancia, en una clara intención de zarandear a su hijo. Ignoraba que la presentación en la casona no se efectuó como tal, Aidan fue llevado inconsciente a los terrenos más custodiados de toda Irlanda.

—Tomo precauciones temporales, me harté de que desconfíen de mi palabra.

—Te protegían, idiota —no le pasó por alto la manilla de la puerta—. El Soberano tiene

muchos enemigos que le querrían echar a perder los planes.

—Ya lo habrían hecho de camino a Kinnitty. Esos sujetos solo estaban aquí para vigilarnos. —Si permanecían un día más los descabezaba.

—¿Y qué fue lo que le pasó a la manija de la puerta? Está derretida… —inquirió mientras Melva abrazaba a Aidan, preocupada de lo que pudiera suceder si el Soberano se ofendía de las acciones de un híbrido.

—Un accidente —evitó responder con la verdad, sus sobrinos corrieron a abrazarlo. Fiona lo saludó con un beso elegante en ambas mejillas, pero Niall le dedicó a él una mirada avinagrada por las complicaciones que a ellos les ha acarreado. ¿«Accidente»? ¿Tal como sucedió con los restos calcinados de los que quisieron matarlo? ¿Y el «desperfecto» del generador de luz: también fue un «accidente»?

—¿Y los fantasmas?

—¡Nigel! —Fiona lo reprendió por indiscreto—. ¿Qué te he dicho de mantener la boca cerrada?

—¿Salen en la noche o en el día? —Arthur inquirió a su tío mientras sus ojitos buscaban afanosos cualquier indicio de que por ahí merodeaba un espectro.

—Esperen a la medianoche, tocarán a su puerta. —Y a continuación, los nudillos de Aidan tocaron de manera siniestra la mesita central de la sala, en una imitación de cómo dichos espectros los llamarían.

Los niños rieron nerviosos y las dos mujeres mayores sacudieron la cabeza por las ocurrencias de Aidan.

—¿Dónde está tu novia?, queremos saludarla —los niños con sus alegres temperamentos se saltaban las normas protocolares de las que fueron educados casi desde el vientre materno.

—Susana aún está… —Aidan enmudeció al fijarse en la menuda figura que se asomaba por sobre la balaustrada de la segunda planta. Lucía demacrada, pese a que se acabó de duchar, su cabello húmedo daba fe de ello.

—Hola —saludó cohibida, tratando en lo posible de no demostrar la molestia por la presencia de esa gente en la casa; no obstante, estos no tuvieron reparos en esbozar miradas desdeñosas hacia ella.

—¡Susana! —los niños corrieron escaleras arriba, para abrazarla. La chica les agradó cuando los visitó, les había prometido pasarla bien cuando los visitase.

—¡Eh, ¿cómo están?! —Al menos ellos tenían el lado amable de Aidan—. Qué alegría verlos.

—Nos vamos a quedar unos días, esperamos ver muchos fantasmas —Arthur expresó y Nigel asentía, puesto que ellos de esto no eran miedosos, se les daba a las mil maravillas las aventuras. En la escuela nadie les iba a creer, a menos que los filmaran.

—Las maletas están en las cajuelas. Sé cuidadosa —Desmond le extendió las llaves en alto y las sonó para que Susana sacara los equipajes que ellos empacaron a toda velocidad.

La joven miró enojada a Aidan; su expresión transmitía un claro mensaje: «Es tu familia y mira cómo me tratan. ¿Qué pasará con las princesas? ¡Me pondrán a restregar pisos!».

—Aquí nadie tendrá preferencias —Aidan le arrebató las llaves a su padre—: tenderán sus camas, lavarán los platos donde comen y se encargarán del desorden que ocasionen. Susana es una de nosotros. ¡ES! —elevó la voz cuando Niall y Desmond sonrieron sarcásticos—. Si no están de acuerdo, regresen por donde vinieron, estarán bajo su propio riesgo. Vamos —le ordenó a Niall de traer las maletas. Este refunfuñó palabras ininteligibles, pero que no le quedó más alternativa que obedecer.

—Les indicaré sus habitaciones —Susana se giró sobre sus talones, de vuelta hacia el área de los dormitorios. Los niños bajaron de volada para ayudar al tío con las cosas que trajeron; Arthur empacó una PlayStation, y Nigel sus historietas favoritas y las estampillas del abuelo Dugan. Se las quería mostrar a Susana.

Fiona y Melva subieron las escaleras para seguir a la muchacha. Desmond prefirió sentarse en la sala, fumaría uno de sus puros que, por suerte, tenía una cajetilla en el auto. Tuvo que inventar un viaje de emergencia para que los idiotas de sus empleados no hicieran preguntas impertinentes. A él le faltaba poco para entregar el cargo como Lord Mayor, por lo que ya no podía permanecer en la Casa Oficial. La suya fue embargada por los acreedores y la empresa adquirida por la competencia. La ruina ya era del conocimiento de todo el mundo. El único vestigio bueno en esto: vivirían donde han planificado desde un principio vivir. Ya estaban donde querían.

—En esta se pueden quedar, usted y el señor Desmond, la habitación está limpia y las sábanas han sido cambiadas —Susana indicó a Melva, quien miraba el entorno con actitud crítica—. La siguiente… —se encaminó hacia la otra sin darle tiempo a la arrogante mujer de quejarse—, la pueden ocupar usted y el señor Niall; es mi habitación, pero enseguida la desocuparé para que estén cómodos.

La respingada nariz de Fiona se arrugó en un mohín desdeñoso.

—Es muy pequeña —se quejó, pese a que el dormitorio tenía buenas dimensiones—. ¿Dónde van a dormir los niños?

—En el estudio de Aidan, supongo —señaló hacia el fondo del pasillo—. Allá hay un sofá-cama. Esta habitación es la más cercana, por eso la dejé para ustedes.

—¿No hay más dormitorios desocupados? Esta casa es grande. —Moninne contaba con doce en total.

—Los otros de esta planta no tienen mobiliario y los de la tercera… aún faltan por limpiar y remodelar.

—En el estudio debe haber toda clase de químicos para las fotografías.

Vaya que no tomó eso en consideración, Susana se daba cuenta de que Fiona tenía razón, y medio le sonrió apenada. Aunque Aidan trabajaba más con cámaras digitales, de las que se complementaba con edición de computadoras, solía tomar sus cámaras alógenas de las cuales capturaba verdaderas obras de arte.

—Entonces, duerman ustedes allá y los niños acá. ¿O traemos el sofá?

La mujer olfateaba el aire.

—Aquí huele mal.

—La habitación está limpia y aireada.

—¡Ay, no! —Se rascó enérgica la nariz—, el polvillo me provoca sinusitis. ¡Y a los niños también! ¡¡Enfermarán con tanta suciedad!!

—Está limpio todo.

—Pues… *¡Auch!* —Fiona chilló y de inmediato se inclinó para sobarse el pie, algo la había lastimado. Jadeó al fijarse en la patica negra que se escondía debajo de la cama—. ¡¿Es un gato?! Por eso me pica tanto la nariz, ¡soy alérgica al pelo de los gatos! Mis niños también, ¿les he dicho que ellos son igual de delicados que yo? ¡Oh, qué horror que tengamos que dormir aquí con un gato pulgoso!

Más que un felino doméstico.

¡Su pantera!

Bien por él.

—Zeus es dócil y está vacunado de todo tipo de enfermedades de gatos —replicó—. Tal vez se vio amenazado. —Se agachó para sacarlo de su refugio y le sacudió con suavidad la pelusilla que tenía en la cabeza—. Niño malo, eso no se hace, compórtese. ¿Qué van a pensar de mí, que no educo a mis mascotas? —lo reprendió sin utilizar un tono molesto. Más bien, lo compensó con un beso que le estampó en su rolliza mejilla; él se removió, odiaba que lo besuquearan.

Las expresiones de desagrado en Fiona poco le importaban a Susana, que apretujaba suave al gato contra su rostro, repartiendo besos de mamá consentidora. Esta vez pasaría por alto su arisca actitud, la otra se lo merecía.

—Le diré a Niall que acá no podemos permanecer.

—¿Y a dónde piensan marcharse, si no están para hospedarse por ahí sin el amparo del clan de Aidan? —Melva cuestionó a la melindrosa nuera que hacía gestos exagerados de su minúsculo arañazo.

Susana tosió para no reírse, Fiona enrojeció por la increpación de la suegra que ni la defendía.

—Lo quiero bien limpio, o mis niños enfermarán por tu culpa —escupió la orden a la joven, sus ojos inyectados de rabia.

—Les entregaré la habitación, *sin un pelito de gato*, pero luego ustedes se encargarán de la limpieza de sus respectivas habitaciones. —Susana salió de allí con la frente en alto, con Zeus en sus brazos y la dignidad intacta. Las dos mujeres protestaron en el acto, pero ella se hizo la de oídos sordos.

Dicha labor la cumplió a cabalidad en las horas siguientes, mientras que la señora Adara, puntual en su deber, se encargó de preparar un nutritivo desayuno para los huéspedes. La casa se tornó ruidosa con los dos torbellinos que exploraban las habitaciones que faltaban por restaurar, a ver si descubrían tesoros. Los caballeros conversaban en la sala, mientras que las dos damas y la humana ni se dirigían la palabra; las de fina estampa caminaban casi en puntillas, quisquillosas de hasta el aire que respiraban. Tenían con los nervios desechos a Adara, por sus demandas para tomarse una mísera taza de té o por cómo debía prepararse los alimentos, pues el marido de la señora Fiona sufría de severas indigestiones. Al menos la joven se mantenía ocupada en la limpieza de su dormitorio, habiendo esta bajado en dos ocasiones para buscar sábanas y edredones limpios en el cuarto de la mantelería que colinda con la cocina.

—A la abuela Deirdre le habría gustado tenerlos en Moninne —Aidan expresó mientras observaba el ajetreo de la casa. Casi se sentía calor de hogar. Casi…

—A Dugan, no —Desmond, espetó—. Ese *malnaci*…

—¡Papá! No insultes su memoria, él ya no está para increparte, pero estoy yo. Esta fue su casa, y por unos días o hasta que yo considere, no corren peligro, permanecerán aquí. Así que el odio que le tengas al abuelo te lo tragas.

—Lo dice el que no modera el lenguaje hacia su progenitor.

—No esta vez —lo desafió—. Me estoy jugando el cuello al haberles ordenado que vinieran, pero es la única manera de protegernos, y, para ello, debemos llevarnos bien: respétenos y respeten a los difuntos.

—¿Y por qué echaste a los hombres del Soberano? —Niall no perdía motivos para sacarle en cara sus errores.

—Porque estaba por matarlos, al igual que a ti si no cierras la *jeta*.

—¡Aidan! —Desmond se escandalizó de la amenaza; tal impulsividad era de temer, se comportaba como cuando sufrió aquel ataque de niño.

La señora Adara mantenía la oreja parada mientras cortaba en cubos los filetes de carne para el guisado que tenía pensado preparar. Qué gente tan despreciable; si no fuese por el joven amo, que era de gran temple, ella jamás les daría ni un vaso de agua. Aunque la preocupaba lo que escuchaba, ¿se metería en problemas por servir en la casa? Los Fitzgerald no estaban en buenos términos con el Soberano, y si esa tirantez existente entre ellos, empeoraba, ella tendría que plantearse hacia dónde dirigir su lealtad. No pagaría por las estupideces de otros.

—*¡Eh!*, ¿adónde vas? —Aidan saltó de su sillón en cuanto Susana cruzaba el vestíbulo hacia la puerta principal.

—Al pueblo.

—¿Para qué? —En unas zancadas le bloqueó el camino.

—A firmar contrato con la agente mobiliaria, si aún no han alquilado el apartamento. Hoy me mudo, ya empaqué mis cosas.

—Lo siento, ya no será posible.

Lo miró con precaución.

—¿Cómo que «ya no»? Aidan, no me jodas la paciencia, acordamos que viviría en el pueblo.

—Fue antes de echar a los alfiles. ¿Por qué crees le pedí a mi familia de trasladarse hasta acá? No es para vacacionar, tengo que protegerlos.

—Quién te manda a echarlos.

—Esperarás unos días hasta asegurarme de que el Soberano aceptó mis términos.

—¿Y a ese qué le va importar una humana?

—Tú eres la que está más en la mira. No saldrás.

—¡Pero no quiero estar aquí!

—Entonces, te encierro en tu dormitorio.

Se cruzó de brazos, airada.

—Ya no tengo, lo cedí a *tu cuñada*. Y no hay más habitaciones disponibles, ni en el estudio, las otras están repletas de trastos viejos.

Sonrió malévolo.

—Hay una: la mía.

*Genial*…, Susana masculló para sus adentros, se quedó sin argumentos para replicar, Aidan tenía razón, al marcharse de la casa estaría vulnerable a cualquier peligro que la acechara. Aun así, subió las escaleras, con pesadas pisadas por el cabreo que la envenenaba. Desde el primer minuto en que esa antipática familia posó los ojos sobre ella, los odio. Apenas iban a mitad de mañana y ya estaba por arrancarse la cabellera por el desespero. Tendría que aguantarlos por varios días.

# Capítulo 13

Al momento en que todos se retiraron a dormir, Susana salió de la habitación de Aidan y bajó hasta la sala, muy segura de que él dormía en el sofá frente a la chimenea. Sin embargo, descubrió el lugar solitario y a oscuras como el resto de la casa. Aidan no se hallaba allí ni en la cocina, porque, de estarlo, causaría desorden al hurgar en la nevera o en las despensas por comida.

Le escribió un mensaje de texto, para preguntar por su ubicación, pero el sonido del móvil se escuchó cerca. Susana alzó los ojos de su dispositivo y los posó sobre la lucecilla acabada de apagar en medio del sofá.

Echó un vistazo por el entorno.

—¿Aidan? —lo llamó y se percató de que él debía estar afuera con los lugareños que se apostaron después del mediodía, en una vigilia constante. Ya estaba por dar la una de la madrugada, el insomnio a ella aún le impedía descansar; no se adaptaba a la idea de compartir el amor de Aidan con dos tipas y tener que aguantar las miradas desdeñosas y los hoscos comentarios de los Fitzgerald.

Antes de volver a subir al dormitorio, consideró inspeccionar a través de la ventana de la sala, y se quedó allí un rato admirando el paisaje nocturno. Ni una silueta vislumbraba: ni animal ni humana, o lo que anduviese por ahí en sus dos piernas. La brisa apenas batía suave las copas de los abetos y los robles enfilados por el camino empedrado. La superluna ya no iluminaba el firmamento, que ahora lucía cubierto por densas nubes negras que ocultaban las bóvedas estrelladas.

Desde el fondo de su corazón, un suspiro emergió y casi la ahoga en la pesadumbre; qué bonito se había perfilado el futuro cuando, ella y él, se expresaron estar siempre juntos, y qué horrible presente le explotaba en la cara, pues las promesas jamás se concretaban. Estaría en Moninne hasta que fuese prudente tomar un avión y volver a su tierra natal, así sea a fregar platos en un restaurante. Que la perdonara Xylon, no podía permanecer en un país, del que el mismo Aidan ni estaba a salvo.

—Volveré a casa pronto, abuela —expresó pensativa. Se ganaría muchas críticas por dejar atrás todo lo que hasta ahora ha conseguido con esfuerzo, pero era el único modo de sobrevivir.

—Es lo peor que puedes hacer.

Susana se sobresaltó por la voz femenina que escuchó, unos pasos atrás de ella. Se volvió hacia esta y se encontró con una silueta espigada, al pie de uno de los sillones, y del cual rodeó para sentarse con elegancia.

—Según mi esposo: al estar, usted aquí, mi hijo no se fijará en nadie más —la señora Melva, agregó—. Y esto traerá terribles consecuencias para nosotros, porque dependemos de lo que él piense hacer con respecto a sus prometidas.

—Lo que me da la razón para marcharme. El corazón de Aidan quedará libre.

La cabeza de la mujer se sacudió en una lenta negativa, su silueta acomodada era intimidante.

—Pasará lo contrario —dijo—: irá tras de ti. Y nuestras cabezas rodarán por el suelo por tu culpa, ya que él fue incapaz de cumplirle Kane.

—Aidan ha dado su palabra a ese… rey de…, de desposar a las princesas —Susana replicó desde su sitio—. Yo no lo voy a impedir. Aquí sobro, es una decisión que por desgracia está por sobre mí, nada puedo hacer para evitarlo; así que, ese doble matrimonio se va a concretar.

La madre de Aidan la observaba como toda una matriarca de familia aristocrática. No la invitó a sentarse en el otro sillón, para conversar un rato, ni encendió la luz para al menos mirarse a los ojos. Su pierna cruzada como buena dama de sociedad, su brazo levemente posado en el reposabrazos del sillón, y su rostro anguloso medio ladeado como si la estuviese analizando en silencio.

—Tal vez no me creas, pero no es algo que deseo para Aidan —comentó en un cariz pesaroso —. La vida en la Corte es dura para los que no poseen linaje puro. Mi hijo es un milagro: nació diferente a pesar de mi origen humano. A partir de él, los descendientes serán cada vez más fuertes si se une a una loba de casta. Pero, para *su desgracia y la nuestra*, los clanes no permiten enlaces entre los puros y los híbridos. Así que nos conformábamos en que se casara, como lo hizo su hermano, con alguna heredera humana. Raquel O´Brien fue la mejor opción para él. Tal vez sus hijos con esta hubiesen sido rechazados por sus orígenes, pero la solvencia económica le habría brindado muchas posibilidades de triunfar en lo que se propusieran. Por eso odiamos que *te le atravesarás* en el camino.

—Señora, yo…

—No obstante —la interrumpió sin necesidad de alzar la voz para dominar la conversación—, Aidan encontró su rumbo. Y esto te lo he de agradecer, él nunca tuvo un propósito en la vida; ni siquiera como fotógrafo lo hacía feliz. Lo he visto más en estos últimos meses, que en los años en que él viajaba mucho, con su asqueroso morral a cuestas. Creí que jamás lo volvería a ver, tras la muerte de Dugan, pero Aidan se mantuvo firme y a tu lado. —Susana no supo si ella sonrió o la miró con odio—. Admito que me enojó que hayan heredado esta casa y los secretos que esconde, ya que a nosotros nos tocaron migajas... Y, aun así, me causó alivio. La restauración de Moninne y su amoblamiento, garantizaba que podríamos visitarlo las veces que quisiéramos. ¡Pero, Dios!... Esa esperanza se desvaneció con la discusión que él sostuvo con su padre y hermano.

—Aidan no les prohibió, por no quererlos cerca, se preocupa de lo que a ustedes les suceda. Una demostración de esto: están aquí ahora, ¿no?

—Porque desafió al Soberano.

Así se abriese la tierra y amenazara con tragarse a todo el mundo, ellos seguirían recriminándole a Aidan su rebeldía. La terquedad era de familia.

—No lo hizo —replicó—. Solo se quitó de encima a esos sujetos que a toda hora le respiraban en la nuca. A cualquiera vuelve loco. —Soltó un suspiro que indicaba agotamiento mental—. Señora…, Aidan los ama, son los únicos parientes que tiene que son como él. Denle tiempo de conocer a su clan; recién es alfa de ellos. Necesita asegurarse de que no haya alguno de la manada que quisiera hincarles los dientes. Tengo entendido que los hombres lobo también comen carne humana.

—Los híbridos no entran en su menú. Hablas por ti…

*Síp*, son tercos…

¡Muy tercos!

—No es garantía que ustedes se salven por ser mitad lobos. Podrían ser atacados por su impureza genética, ¿cierto? —Ella asintió—. En cuanto ese período de prueba impuesto a los lugareños, haya concluido, Aidan relajará su postura paranoica, y a ustedes los querrá aquí todo

el tiempo.

Melva pasó la mano por el ensombrecido rostro y luego suspiró, aunque no tan audible como el de Susana.

—Me habría hecho feliz, unos días atrás. Ahora dudo de que el Soberano desee a sus hijas fuera de los terrenos de Nephin. Mi Aidan va a tener que volver a adaptarse a las circunstancias, y le costará hacerlo si tú lo dejas a su suerte.

—¡Tendrá a todo un ejército a sus pies! Su estatus, sus influencias… Vamos, señora Melva: Aidan estará bien sin mí.

Sacudió la cabeza y luego se puso en pie.

—Aidan es como su abuelo paterno: son de los que aman a una mujer —comentó mientras se paseaba lento por la sala, parecía la silueta de un ánima en pena que inspeccionaba los objetos reemplazados de su otrora residencia—. La noche en que murió la esposa de Dugan, él enloqueció, perdió el interés de hasta vivir. Temo que le suceda lo mismo a Aidan si a ti te pierde.

—Yo no pretendo morir…

—Hablo de no tenerte más como mujer. Sé que no eres la mejor opción para mi hijo, pero él a ti te ama y es feliz. Así que, para mí es suficiente, porque le das estabilidad emocional.

—¿Y el señor Desmond?, ¿y su otro hijo? —*El imbécil*—. ¿No protestarán? Las princesas… Ellas les dará estabilidad económica y seguridad.

El haz de luz de la lámpara recargable del pórtico que se filtraba a través de la ventana, iluminaba la mitad del rostro de la mujer cuando se plantó a unos pasos de Susana. Los ojos de esta, cristalinos.

—De mi esposo y de Niall, me encargaré de convencerlos. La Corte no les extenderá a ellos, alfombras rojas de bienvenida, seguirán igual de vetados como siempre. Ni nos permitieron presenciar el compromiso con las princesas —medio sonrió con un deje de cinismo—, ojalá Aidan se enamore de alguna de ellas, y a ti te deje libre —reveló sin preocuparse de herir los sentimientos de la muchacha—. En lo único en que te pido encarecidamente es que te cuides de un embarazo. ¿Te has cuidado hasta el momento?

Asintió.

Sus ojos fijos en el rostro inexpresivo de la mujer.

Su corazón dando porrazos a su pecho.

Ella no se ha cuidado.

—Bien, porque sería desastroso que lo estuvieses —Melva lanzaba su veneno—. Todos debemos cuidarnos, unos a otros, y un bebé que no es deseado por nadie traerá problemas. Las princesas no querrán que el hijo de una humana nazca primero que los de ellas. Te matarán antes del parto.

—Sí, no debo… No.

No se ha estado cuidando.

Mierda.

—Entonces… —la mirada glacial de Melva instando a que Susana le diera la respuesta que esperaba—. ¿Te quedarás por el bien de Aidan? Hazlo, y te aseguro que te haré llevadera tu permanencia en esta casa. Por mi hijo Aidan, seré tu aliada.

De las ocasiones en que Susana ha discutido con una persona, nunca ha estado en la posición en la que se hallaba en ese momento. La señora Melva la despojó de toda réplica, porque su argumento era sólido en comparación a los suyos que se debatían desde la mortificación.

Hablaba como madre, entablaba alianzas con los que antes ni se rebajaría a saludar. Escuchaba, aconsejaba y luego expresaba sus temores. Y todo era válido porque la joven la comprendía.

—Por un tiempo —respondió y Melva sonrió—. Hasta que mi partida no sea motivo de la ruina mental de Aidan. Haré todo lo que esté en mis manos para que él… —su voz se quebró; el solo expresarlo le rompía el corazón—, para que… —carraspeó—, *p-para* que se enamore de sus esposas.

—¿Cómo piensas conseguirlo si solo tiene ojos para ti?

—Siendo tóxica. Los hombres odian ese tipo de mujer.

—No tengan sexo.

—No, señora. Tampoco eso…

Los dedos marmóreos de la mujer, alisaron de manera grácil su melena rubia, para acomodar un mechón detrás de su oreja, dejando entrever el sarcillo que brillaba con los haces de la lámpara del exterior.

No hubo despedida de cortesía ni «que descanses» por parte de Melva, se marchó de vuelta al dormitorio antes de que Desmond se diese cuenta que lo dejaron solo en la cama. El peso de las preocupaciones se descargó un poco de sus hombros, ahora lo compartía con la extranjera. Juntas lograrían que Aidan recuperara el sentido común y se entregara por completo a un matrimonio que venía por partida doble. Si se enamoraba de al menos de una de las princesas, y esta le correspondía, el corazón y la mente de él estaría a salvo.

*****

¡¿No lo botaron a la basura?!

Los labios delgados de Desmond se fruncieron en una mueca en el momento en que Aidan desenvolvió el lienzo que había mandado a restaurar hacía unos días con un conocido suyo.

El mensajero encargado de transportarlo desde Tullamore, ingresó a los terrenos de Moninne, justo cuando el reloj de la cocina marcaba las cuatro de la tarde. La señora Adara dio el aviso, y los hombres de la casa emergieron de sus respectivas habitaciones. Aidan estuvo recostado un rato por haber estado toda la noche vigilando; el desvelo lo tenía marcado en sus ojos cansados y con la tensión siempre cargaba sobre sus hombros.

—Jamás pensé que volvería a ver ese horripilante retrato —la inquina del señor Desmond hacia todo lo que representaba el padre, le helaba la sangre a Susana, no comprendía a qué se debía tanto odio hacia el difunto que, con ella, fue amable y la hizo sentir apreciada—. ¿Dónde lo vas a colgar? Por favor, que no sean en la… ¡Ahí no, Aidan! —En contra de sus deseos, Aidan lo desoyó y acomodó el lienzo sobre la repisa de la chimenea—. Ahora, cada vez que me siente a fumar, esos ojos me van a estar observando. Déjalo donde debió haber estado.

—La biblioteca aún está en remodelación. Cuando esté lista, la devuelvo a su sitio. —Aunque ahí le gustaba más.

—Me refería al basurero.

—Tu papá tiene razón.

Los ojos atónitos de Aidan se enfocaron en Susana, dolido por el apoyo mal dirigido. ¿Lo hacía por joder o por agradar a sus padres?

—Aquí está mejor —replicó un tanto brusco, y de inmediato acomodó el cuadro sobre la repisa de la chimenea. Sintió pesar por el recuerdo de su abuelo, del que nadie, salvo él, parecía apreciar.

*¡No flaquees, debes ser dura!,* Susana apretó la mandíbula para controlar el ritmo acelerado de su respiración. Estaba por llorar por tener que seguir comportándose como una novia tóxica.

—Pensaba poner la foto de mis padres ahí.

—Ponla en el baño —Niall le contestó a la espantapájaros—. No tienes derecho a decidir cómo decorar la casa, está quedando como burdel de carretera.

—Ahí quiero que esté…

—No. —La mirada de Aidan a ella expresaba: «¿qué coños te pasa hoy?».

—¡Ese lienzo es feo! Y…

—¡SE QUEDA DONDE ME DA LA GANA!

Acto seguido, Desmond y Niall sonrieron, Aidan casi escupe fuego, por la contundencia con la que calló a la humana. ¡Por fin se daba cuenta de que la piojosa era una ambiciosa!, demostrando que solo estaba allí para obtener dinero de alguna manera, como vender la casa o lo que Dugan guardó bajo llave.

*Sigue así*, Melva le dio un imperceptible asentamiento de cabeza a la muchacha, porque lo hacía bien.

Una de las ramas del abeto enano se movió unos centímetros hacia arriba, para que los ojos envejecidos de la señora Adara observaran a detalle lo que en la sala sucedía. El alfa estaba cabreado.

El teatro montado por Susana comenzaba a desmoronarse, por la despiadada mentira que le escupió a Aidan, para romperle el corazón. El lienzo no era feo, ¡era precioso!, un trabajo artístico de calidad, tanto el del que lo pintó en el pasado, como el que lo restauró en la actualidad. La imagen sonriente parecía querer saludarla y a la vez increparla por su actitud. Todos observaban el lienzo con expresiones que reflejaban lo que sentían por la versión veinteañera del antiguo patriarca de la familia.

Aidan: amor fraternal.

Susana: amistad que cada día extrañaba.

Y el resto…, desprecio.

El parecido entre abuelo y nieto, aún la sorprendía, sus ojos bailaban varias veces del lienzo a Aidan, quien de allí no se movía, pero a ella no la miraba. Solo él heredó el color del cabello rojo intenso que tuvo Dugan en sus años mozos, el brillo magnífico de sus irises verde esmeralda, su sonrisa ladina y mirada de «soy buena gente, pero no me jodas la paciencia porque te lo haré pagar».

Comparando a los otros varones Fitzgerald… Tanto Niall como sus hijos se inclinaron más hacia los rasgos rubios de Melva y Fiona, respectivamente. Los pequeños observaron un instante a la imagen joven del abuelo, lo saludaron y luego se marcharon a jugar a la planta alta.

Fiona estornudó fuerte.

—Ese fue potente. Salud, querida —le deseó Niall, quien poco interés demostró en el lienzo. Había seguido a los demás hasta la sala, por aburrimiento, y como el paquete que trajeron no los iba a volar hasta la estratósfera, optó por volver a lo suyo. La carga de energía solar abasteció a su ordenador portátil. Desde la incómoda habitación, cedido por *la portadora de virus*, ha estado contactándose con algunos conocidos para proponerles un negocio que los haría ganar millones de euros.

—Hay polvillo en este lugar —Fiona increpó—. Tienes que limpiar, niña. Esto me va a afectar los pulmones —tosió—. Los niños… ¡*Oh*, a Artur le afecta el polvillo! Te comento que anoche casi no dormí por estar estornudando, ¿verdad, querido? Aún había pelos de gato.

¡Venga, otra vez con las exigencias de esa mujer!

—Limpié bien —Susana masculló, la trataban como sirvienta.

—Pues, no lo hiciste. —Estornudó para evidenciar su pésima labor—. Me he levantado con afecciones pulmonares. ¿Dónde dejé mis antialérgicos? Debimos traer a Phiala… ¿Por qué no la trajimos? Ella se hubiese encargado de que hicieras como debe ser la limpieza.

—Siempre con lo mismo, Fiona… No hay polvo y tu habitación huele a esterilización de hospital. Deja de quejarte y busca a tus hijos que deben estar ahora debajo de una pila de trastos viejos cazando cucarachas. ¡Anda, ve!

Lo que menos se esperó de Melva, fue que saliera en defensa de la joven que a ellos les ha causado mil quebradores de cabeza. Los hombres arquearon las cejas por la sorpresa; el cambio en el carácter de esta fue abrupto; no criticaba a Susana ni la estudiaba con el desdén que irritaba. A Aidan le agradó esa parte poco conocida en su progenitora y consideró que, si seguía tratando amable a Susana, la invitaba a pasar una temporada para las navidades. Claro…, si todos superaban intactos el mes de agosto.

*Mujer de palabra*, pensó Susana en la promesa que la señora Melva le expresó antes de irse a dormir si ella cumplía también con su parte de desenamorar a Aidan.

Siguiendo en su papel de cretina desalmada, tomó el bolso que arrojó el día anterior sobre uno de los sillones, y se dirigió hacia la puerta principal.

Pasos veloces detrás de ella.

Jalón de brazo.

Enfrentamiento con un rostro duro.

—¿Qué te está pasando? Tú no eres así —Aidan buscaba en sus ojos cualquier indicio que le explicara qué carajos le pasaba.

—Esta soy yo: la que no se deja joder por nadie.

—No siendo tan grosera. ¿Qué pasa? —la instó a hablar—. Jamás dirías algo tan desagradable de Dugan, ¿me quieres cabrear por no dejarte ir al pueblo?

Ella evitó la mirada inquisitiva, temiendo que, al levantar los ojos hacia él, no pudiera esconder la verdad. «¡Fue un arreglo con tu mamá! Debes dejarme de amar, aunque yo muera de amor por ti».

—Tomaré en alquiler ese apartamento, así tenga que trabajar turnos triples en lo que sea.

Resopló cansino. ¡Necia!

—Hasta que esté seguro de que los hombres del Soberano no irán tras de ti para joderme.

—Nadie te va a joder.

—¡Porque tú lo estás haciendo, Susana! —gruñó—. Necesito que seas sincera: ¿Mis padres o Niall te han… —miró por sobre su hombro hacia la sala, donde estos observaban atentos desde su sitio— amenazado?

—Me fastidia verlos.

—¡Deja de actuar, huelo tus mentiras! Adorabas al abuelo, ¿por qué ahora irrespetas su memoria? Ayer estuvimos de acuerdo en que esperarías hasta que…

—Jamás acordamos nada —lo miró y rápido lo eludió—, te impusiste, ¡y listo!

—Le prometí a Dugan que cuidaría de ti, así estés en desacuerdo.

—Es un pretexto para controlarme. ¡*Ay*, suéltame, ¿qué haces?! —Aidan acunó su rostro con rudeza y ella pudo observar cómo las pupilas de él se dilataban hasta cubrir los irises que, hasta hacía unos segundos, cambiaron de coloración a amarillo-animal.

—Mírame. ¿Por qué actúas así?

—Por… —la impresionaba esos dos pozos sin fondo que lo hacían lucir como si careciese de alma—. Porque no quiero estar más acá —las lágrimas apunto de desbordarse por sus mejillas —. Quiero vivir sola, independiente. Todo esto me colmó la paciencia. ¡Ya suéltame! —Nadie reprendía a Aidan por actuar como un bruto. La señora Adara, que siempre suele ser entrometida, ni asomaba la nariz, y los demás debían estar con sus sonrisitas reflejadas en sus desdeñosos rostros.

Las manos calientes de Aidan obedecieron en el acto y cayeron lánguidas a sus costados. ¿Qué había detrás de esa máscara de frialdad y por qué no pudo hipnotizarla?

Existía una probabilidad, pero no estaba seguro. ¿El enlace de fuego que hubo entre los dos la protegía de ser dominada a través de la hipnosis lobuna? Susana escupía veneno, pero su mirada reflejaba pesadumbre. Una evidente contradicción de sus emociones.

## Capítulo 14

Las patitas de Zeus golpeaban suave el rostro de Susana. Despertó y halló al gatico sobre su pecho, maullándole por alguna circunstancia que pasaba en la madrugada. Bostezó, soñolienta, aún le costaba despabilar su sueño, a ver qué quería, porque insistía en capturar su atención.

—Aún no te voy a dar comida, falta mucho para el amanecer, no seas glotón —lo reprendió en voz baja, pese a la persistía de sus ruegos—. ¿Qué quieres? —Parecía nervioso, se arrojó al piso, yendo hacia la puerta. Seguro le urgía salir a orinar—. Sal por la ventana, la dejé abierta para ti. —Zeus maullaba escandaloso—. ¡*Shhhhht*, te van a escuchar! ¿Qué quieres? Ay, como que sea por comida…

Sus pies descalzos se plantaron en el piso de madera, y de inmediato sus dedos se engarruñaron por el frío. Encendió la luz de la lamparita de noche y luego calzó sus pantuflas.

—Ya voy… —Abrió la puerta del dormitorio de Aidan, para que su mascota saliera; lo más probable, olfateó algún roedor y quería darle cacería—. ¿Es agua lo que quieres? —Aguardaba por ella en el pasillo a que lo siguiera—. Te doy del baño, no me hagas caminar… —Zeus maullaba, dando pasitos hacia el sentido de las escaleras. Se detuvo y se volvió a que su ama lo acompañara, quizás a la cocina.

Susana desinfló sus pulmones. Vaya, gato tan fastidioso, tendría que enseñarle otros hábitos, porque después no la dejaría dormir.

—Mañana temprano te daré… —El sonido de unas bisagras la alertó. Y, por la intensidad del ruido, provenía de la tercera planta.

La robusta silueta del british shorthair corrió hacia el extremo de ese pasillo, deteniéndose a cada tanto para asegurarse de ser seguido por Susana.

Ella se devolvió para tomar el albornoz reposado a los pies de la cama y se lo terció enseguida. ¿Quién estará merodeando allá arriba? Fantasmas no eran, la señora Deirdre no volvió a manifestarse ni a azotar puertas para llamar la atención. Puede que sea Aidan, terminando de arreglar las habitaciones para las princesas, si es que *aquellas* querrían vivir en medio de la nada y en una vieja casona que aún es tétrica, y del que Susana se acostumbró a las sombras que se manifestaban en los rincones, a los ruidos que tronaban los mobiliarios y a los espacios vacíos que aún faltaban por llenar.

Evitando despertar a los demás durmientes, cuyas puertas de sus respectivas habitaciones se mantenían cerradas, caminó despacio y echó un vistazo por sobre las barandas hacia el

vestíbulo. Abajo nada resaltaba de lo habitual, todo era quietud y penumbra. Descendió unos escalones, para mirar hacia la sala, y, desde su sitio, Aidan allí no ha estado pasando la noche. Tampoco había ruidos en la cocina.

Él estaba arriba.

Adelantando trabajo para sus futuras esposas.

Soltó un suspiro apesadumbrado y estuvo a punto de devolverse a su dormitorio, cuando Zeus le maulló en las escaleras que conducen hacia la tercera planta.

—¡Ven acá! —le susurró lo más bajito posible y severo para que le obedeciera.

La desoyó, a cambio, terminó de subir los escalones, perdiéndose por el recodo hacia su derecha.

—¡Zeus! —Condenado gato.

Mascullando palabras ininteligibles, fue tras Zeus para atraparlo y darle una regañina, pero quedó paralizada en medio de su trayecto al observar que todo allí seguía sumergido en oscuridad. Carajo…

Hubo revoloteo de objetos que movían como si estuviesen hurgando en una de las habitaciones que aún atestadas de trastes viejos.

La piel de sus brazos se le erizaron, se hallaba allí alguien y no era Zeus.

Las aletas de su nariz se movían rápido, captando el sudor de un hombre que no era Aidan.

El silencio que le precedió indicaba que este se dio cuenta de su presencia. Así que, retrocedió sin dar la espalda al lóbrego pasillo, del cual las luces allí jamás se encendían. Susana fue capaz de notar que una de las puertas fue abierta.

La mortificación por hallarse sola y sin nada con la que defenderse, a excepción de sus frágiles puños, la tenía con el corazón palpitando en la garganta.

Estaba por llegar a las escaleras, bajaría de volada y daría aviso a quien estuviese vigilando por las inmediaciones, y ojalá Aidan estuviese cerca.

El crujido de la puerta volvió a sonar y unos pasos presurosos cada vez se acercaban a ella. Susana intentó gritar; sus brazos alzados, preparada para defenderse, pero recibió un demoledor golpe en su costado izquierdo que la hizo perder el equilibrio.

Estrellas refulgieron a su rededor cuando medio rostro impactó con la pared.

Las suelas de unos zapatos resonaban por las escaleras en dirección a la segunda planta y del que seguiría descendiendo hacia el vestíbulo. No obstante, sus oídos no captaban que el intruso pretendiera huir de la casa, sino que buscó un escondite.

Eso o…

—¡Ze-Zeus! —lo llamó, temblorosa. Su mano buscaba el interruptor de la luz del pasillo, no daba con este—. ¡Zeus! —El maullido se escuchó a la altura de sus pies—. ¡Ahí estás! —Hizo el amague de tomarlo en brazos, pero Zeus corrió a los pisos inferiores, huyendo por el susto del intruso o porque quería darle alcance para atacarlo.

Tambaleante, Susana se dirigió hasta la ventana al fondo del reducido espacio del que aún no se decidían si lo dejarían para una salita de estar o colocar unas macetas, y la abrió para pedir auxilio.

—¡Intru…! —le costaba hablar, ahogada por el susto—. Intrusos… —su voz, un hálito débil. Tosió en su esfuerzo por fortalecer sus cuerdas vocales, casi no se escuchaba como si hubiese tenido toda una vida sin articular alguna palabra—. Intru… Intrusos. ¡Intrusos! ¡HAY INTRUSOS EN LA CASA! —A nadie veía por los alrededores, la noche estaba fresca y el cielo con millones de estrellas adornándola—. Auxi… —volvía a perder el aliento, y el corazón le golpeaba tan

fuerte el pecho que le restaba fuerzas para pedir auxilio.

El impacto de saber que, ni con toda la vigilancia disponible, un sujeto logró introducirse para robar, le hacía temblar las piernas. Habría que ser temerario o un idiota para pretender meterse a la casa del jefe de un puñado de hombres lobo, o…

Sacudió la cabeza, sus rodillas tocaban el piso, flojas por el ataque de pánico. Sus brazos se helaron y le dolía el pecho al respirar.

La ventana comenzó a ladearse y su cabeza se tornó demasiado pesada; se desplomó, jadeando boca arriba, tratando de regular el exceso de aire que entraba en sus pulmones. *¡Auxilio!*, no podía hablar, jadeaba. Sus ojos pesados, su alma queriendo salir de su cuerpo.

*****

—Está pestañeando, ya va a recuperar la conciencia —alguien comentó en tono displicente y del que a Susana le pareció era Fiona o la señora Melva.

—Intru… In… Hay un… —seguía debilitada para alertarlos del sujeto que entró a la casa.

—Respira lento —Aidan le acomodaba la cabellera con delicadeza y ella no lo manoteaba porque la acción la tranquilizaba—. Dime, ¿qué pasó?

Esbozó un gesto de temor y enseguida se esforzó por sentarse. Aidan la ayudó a recostar su espalda contra el cabecero de la cama, y ella notó que él seguía con las ropas del día anterior. Ni siquiera había descansado unas horas en el sofá.

—Intruso…

—¡¿Qué dijo: un qué…?! —Fiona se alarmó.

Susana se percató que el resto del clan Fitzgerald se hallaba apiñado en el umbral de la puerta del dormitorio. Observó sus albornoces cruzados y sus expresiones malencaradas y desveladas por el caos que ella debió haber causado con sus gritos.

—Alguien se metió a la casa —repitió mientras aliviada acariciaba a Zeus que se acomodaba en su regazo. La cabeza le pesaba toneladas y sus ojos parecían estar más hundidos en sus cuencas.

—¿Lo viste? —Melva se tensó y a Niall no le pasó por alto la llave que la extranjera tenía colgado en su cuello.

—No, pero me empujó para huir. Estaba en el tercer piso.

—Buscaron y no hay nadie en la casa —Aidan tenía una nueva preocupación con la que lidiar.

La parte frontal del albornoz se acomodó, ante la insistente mirada de Niall hacia la parte visible del pecho de Susana. ¿Le miraba el escote o la llave?

Él la aborrecía; por lo tanto, le llamaba la atención la llave.

El perfume del hermano mayor de Aidan llegó hasta sus fosas nasales.

Quedó helada.

—Fue él… —Su mano temblorosa apuntando al culpable—. Es… Es él.

*¿A quién señaló esa piojosa?*, el progenitor se preguntó y en el acto intercambió miradas asombradas con Niall, luego ambos se centraron en Aidan, quien se volvió estupefacto hacia ellos.

—¿A quién coños estás acusando? —Desmond enrojeció de la rabia, y Melva se ofendió de que la muchacha se atreviera a señalar a su hijo. Hasta ahí llegaba el pacto entre las dos, le haría tragar tierra por sus falsas acusaciones.

—Fue él, Aidan. Tu hermano. Percibí su aroma.

Los ojos del joven se enfocaron enojados en el otro.

—Y la golpeaste para escapar.

—¡AIDAN! —Melva gritó. En menos de un segundo, Aidan estampó la «humanidad» del mayor contra la pared, al sujetarlo del cuello con una mano.

—¡Suelta a tu hermano! —Desmond le ordenó enérgico. Fiona lloraba, los niños se despertaron por la gritadera y corrieron hasta el dormitorio del tío Aidan y Susana, para averiguar qué sucedía, hallando una escena que los palideció.

—¡Tío, no! —Arthur y Nigel chillaron al mismo tiempo, dando inútiles manotazos a las costillas y espalda de Aidan. Fiona tuvo que halarlos de los brazos y sacarlos de allí para encerrarlos en el dormitorio que les asignaron. Las lágrimas de estos bañando sus rostros infantiles.

La mano cerrada del alfa, apretaba la garganta de Niall. Los ojos del culpable se desenfocaron y pusieron vidriosos, su boca en su desespero por obtener el flujo de aire vital para respirar, debilitado y sin ser capaz de luchar por la demoledora fuerza de su hermano.

La bombilla de la mesita de noche y la del techo, explotaron junto con las de los pasillos, dejando en completa oscuridad a los integrantes de la casa.

—¡*Argh*, ¿qué le pasó al móvil?! —Se escuchó al señor Desmond quejarse enojado y arrojar al piso su dispositivo, que debió haberlo tenido guardado en el bolsillo lateral de su albornoz de seda marrón.

El olor a cable quemado invadió el ambiente por el «corto circuito» del sistema eléctrico de la casa. Hubo chillidos por parte de Melva y palabrotas provenientes del avinagrado esposo. Pasos acelerados en el pasillo, gruñidos de animal, órdenes de Aidan de que los custodios transformados permanecieran afuera. El caos desatado por causa de la muchacha.

Susana se levantó de la cama y elevó sus manos para buscar a Aidan, dando rápido con su ancha espalda. La señora Melva chillaba por su hijo mayor, el señor Desmond le gritaba a Aidan, quien al parecer seguía ahorcando a Niall.

—¡Oh, Dios! —Melva exclamó mortificada; Susana no la veía, pero bien que sabía lo que el otro hacía.

Los brazos de Aidan adquirieron una tonalidad rojo-lava que hizo retroceder a los que trataban de separarlo del hermano.

Niall chilló adolorido.

—Lo quemarás si no lo sueltas, y tal vez a tus padres. ¡Cálmate! —Susana le masajeaba con cuidado el centro de su espalda que presentaba una exagerada elevación de temperatura, precavida de que no la lastimara.

—Te golpeó. —Su voz dura, intimidante.

—Ya le has dado una lección. ¿Quieres que tus sobrinos te odien por matar a su padre?

Un bulto cayó.

Aidan relajó su postura tensa.

Había soltado a Niall.

—¡Casi matas a tu hermano por esa humana! —Desmond gritó encolerizado en la oscuridad.

Esta desventaja no impidió que Susana observara que los brazos de Aidan perdían la coloración «volcánica» y la rodeó de la cintura para alejarla de sus padres y del maldito que tosía estentóreo.

Para los casos en que la planta eléctrica fallara, cada habitación contaba con una lámpara recargable. Aidan intentó encender la que estaba sobre la cómoda, pero lanzó una increpación

por lo bajo al darse cuenta que ni estas se salvaron del aumento de poder acabado de suceder por su furia. Estarían a ciegas hasta el amanecer.

—Señor, tome este…

La lucecilla del móvil de uno de los lugareños que se mantenía en su forma bípeda, se encendió en el acto, lastimando las pupilas dilatadas de la humana y los híbridos por el entorno oscuro. Se lo entregó al alfa y este enseguida lo dejó sobre la cómoda, de modo que iluminara de manera tenue hacia donde se hallaba la familia.

Con un movimiento de su quijada, Aidan ordenó a Hitman –el solícito hombre– de sacar del dormitorio a su cuñada y sobrinos que lloraban sin cesar.

La puerta se cerró y él a continuación señaló a Niall.

—Si la vuelves a golpear o a insultar por lo que sea, te arranco la cabeza —lo amenazó mientras Hitman, del otro lado de la puerta, optó por marcharse de allí antes de que lo echaran a los gritos por escuchar asuntos que solo concernían a los Fitzgerald. Aunque en el fondo le placía que el alfa defendiera con mano dura a su hembra—. ¿Qué hacías arriba?

—Yo no fui allá —respondió en su defensa y con la mirada puesta con profundo odio sobre la extranjera—. Esa hija de puta se confundió.

—¡Basta, Aidan, suelta a Niall! —Melva y Desmond chillaron a la vez.

—¡¡Aidan!! —Susana temía que fuese a cumplir con su palabra. Lo había levantado y estampado de nuevo en la pared.

—¿Qué-hacías-arriba? —escupió cada palabra entre los dientes apretados y mientras sujetaba de la camisa a su hermano.

Los ojos de Niall se desenfocaron.

—Buscando la llave.

—Maldito —lo arrojó contra su padre para que tuviera de quien protegerse, porque él estaba por despedazarlo—. Insisten en apropiarse de lo que no les corresponden. La llave nos perteneces, ustedes no la heredaron.

—¿Qué es lo que guarda? Tenemos derecho a saber.

—¿Para qué? —inquirió a Desmond de la misma manera que a Niall.

—Para obtener lo que tanto hemos buscado: poder.

Aidan los estudió con detenimiento y Desmond salió de la bruma de la hipnosis. Sacudió la cabeza, atontado. ¿Qué acaba de hacerle su hijo?

—La llave solo guarda pertenencias de los abuelos en un baúl. Eran su tesoro.

—¿Y se lo dio a esa humana? —cuestionó—. Vamos, Aidan, miente mejor. Cambiaste: te hiciste más fuerte. Y, por lo que vimos, adquiriste poder. ¡*Ese poder* que acabamos de ver! Manipulas la electricidad. Y el fuego, según lo dicho por los pueblerinos.

El otro rio.

—Moninne tiene un serio problema con los voltajes. Además, si te refieres a la leyenda que cuentan en el pueblo, morirás en la decepción.

—¿Y lo que acabamos de ver? —Niall recuperó su lucidez—. ¿Y lo que ocurrió al momento de tu ascensión como alfa? ¿Niegas que las cenizas que vi esa noche pertenecían a los sujetos que intentaron asesinarte? También manipulas el fuego.

La revelación impactó a Melva, del cual pensaba que su hijo obtuvo musculatura a base de una buena rutina de ejercicios.

—Habla, Aidan. Yo estuve *allá*, lo recuerdo.

Este miró a su progenitor y aguardó a que agregara más detalle a lo que comentaba.

Desmond esbozó una sonrisa que indicaba haberlo desconcertado. Por ahí iban bien.

—Fuiste aceptado, *por lo que allá en las montañas*, hay escondido, ¿no es así? —manifestó con absoluta veracidad—. No sé si es esta casa o tu loca impulsividad que me hizo recordar con mayor claridad después de tantos años. Era un niño, tenía cinco… —Melva y Niall mantenían sus mandíbulas desencajadas por el asombro. Todos esos años, y él sabía—. Papá me llevó a ese lugar extraño; jugué con… aves extrañas y mariposas gigantes. —Sus manos indicaban el tamaño de sus alas—. Y luego… una «voz» le dijo a papá que yo no era apto para estar allá. ¡Y él le creyó!

—¿Qué era ese lugar, papá? ¿Había tesoros? —Niall preguntó, sus ojos brillaban por la emoción, mientras Aidan estuvo a punto de escupirle al hermano: «allá no hay ni una moneda de oro, solo es el hogar de un ente mágico». Pero se mordió la lengua.

—Plantas, muchas plantas… —Hizo una expresión de caer en cuenta en un detalle—. Es ese el invernadero del que tanto se narra en las leyendas del pueblo, ¿no? Recuerdo que atravesé una puerta. —Sus cejas se arquearon—. ¡Y ella posee la llave del cerrojo!

Niall y Melva miraron a Susana, quien de manera instintiva se llevó la mano al pecho, temiendo que estos saltaran sobre ella para arrebatarle la llave.

—Fue el sueño vívido de un niño —Aidan le dijo—. Te confundiste, papá.

—¡FUE REAL! Y arriesgaría mi reputación, *que es lo que me queda de valor*, a que los ancestros de aquellos pueblerinos son los que originaron la leyenda: también estuvieron en aquel lugar en las montañas, porque recordaban... ¡Al igual que yo! Ahora lo recuerdo bien. Caminé mucho con tus abuelos; yo estaba cansado, lloraba y ellos me ignoraban, animándome a que no me detuviera. Mamá sacó esa maldita llave de su escote y abrió aquella puerta. —Rio ante una situación que para nadie era divertida—. Intentaron hacerme dudar y los odié por eso porque me trataban frente a los demás como un «fantasioso». Y por años estuve atento a lo que en el pueblo se comentaba. Sin querer, ellos me daban la razón: existía un lugar que guarda tesoros.

—Y ahora olvidarás de nuevo —Aidan dilató sus pupilas para alterarle la memoria—. Has demostrado ser ambicioso y rencoroso, aspectos que los Antiguos rechazan enérgicos para la protección del invernadero. —Melva y Niall, jadearon. Pero de inmediato fueron hipnotizados —. Márchense a dormir —les ordenó; su voz contundente—, para cuando amanezca, ninguno recordará. Y cada vez que lo intenten, solo serán imágenes borrosas. Mis poderes son habladurías de los pobladores, nunca pasó.

Como si fuese un desfile de zombis, los tres Fitzgerald abandonaron el dormitorio, sumidos en una hipnosis profunda, del que ningún ruido externo los despertaría. Susana comprendió que la habilidad de Aidan se extendía más de lo que ella pensó, y la hizo meditar si en alguna ocasión él la había dominado de esa manera. Estuvo presionado por su familia a revelar los secretos que ambos guardaban con tanto celo, las pruebas de la piroquinesis casi lo delatan, pero empleó el medio más efectivo para librarse de las incómodas preguntas. Bien que pudo haberles respondido: «Sí, soy un Alfa de Fuego, ¿y qué? Cuido un mundo del cual ustedes jamás accederán por indignos. Por eso, papá, tú no pudiste».

En cambio, optó por ponerles una venda en los ojos para que caminasen a ciegas mientras él los guiaba a través del camino de la ignorancia.

Cerró la puerta y se volvió hacia Susana.

Esta tragó saliva.

—Conmigo no vas a hacer lo mismo, ¿eh? —Evadió rápido la mirada por si ese era su

intención—. Si me vas increpar, hazlo. Te escucho.

Se plantó ante ella.

Tan alto como un roble.

—¿Seguirás comportándote como una tonta?

—No. Pero insisto en mis términos.

—El de marcharte… —Susana asintió—. ¿Y si no quiero?

—No me obligues a odiarte.

Al segundo, los ojos de Aidan abrazaba los de Susana, la había tomado del mentón y elevado contra su voluntad para que lo mirara.

—¡Yo no busqué esto, Susana! —exclamó exasperado—. No me regodeo por las mujeres que tendré. ¡Estoy enterrado en la mierda de la realeza y estaré así hasta el fin de mis días! ¿Qué puedo hacer al respecto que no suponga condenar a mi familia? Porque, los amo, a pesar de todo.

Dos manotazos le indicaron a él de soltarla.

—Ahí me ganas en la discusión, no cuento con una solución para ayudarte —dijo—. Tendrás que obedecer a tu rey. Pero de Moninne me marcho cuando llegue el momento.

—Hasta Kinnitty. Más allá del pueblo, iré por ti.

—Jamás faltaré a mi deber de cuidar el invernadero.

Aun así, Aidan no pensaba en las consecuencias que habría allá si Susana decidía renunciar como guardiana. Más bien, era su propia dependencia de tenerla siempre cerca, que el solo hecho de no volverla a ver, lo consumía. Escasos kilómetros habría entre los dos, no era tan malo si consideraba que tendría oportunidad de verla las veces en que ella visitara Síorai. Allá las posibilidades de seguir amándola serían infinitas.

—Perdón por, *lo de abajo*, no debí gritarte… —El sudor perlaba la frente y el torso de Aidan, levemente acalorado por el altercado con Niall. La dureza de su voz se matizó y su ceño fruncido fue sustituido por una expresión apenada, tenía que propiciar un acercamiento.

Susana aún mantenía en alerta sus aprensiones.

—Me lo estaba ganando desde hacía rato, fue muy irrespetuoso de mi parte —reconoció a la vez en que procuraba no cometer el descuido de mirarlo o estaría perdida como a los que recién les nublaron la memoria.

—Me costará tenerte lejos —los dedos gráciles de Aidan desanudaban el albornoz de Susana.

—Ni me extrañarás, estarás ocupado. —Rechazaba de plano los gemidos que él le provocaría a las que estaban por ocupar su lugar en la cama.

—Ellas son una imposición, tú eres libertad de amar. —La prenda fue a dar al piso. Los pectorales a la altura de los ojos de Susana, aumentaban y disminuían un tanto agitados, así como también esa inquietante elevación de su temperatura corporal cuando una situación lo sobrepasaba.

—¿Libertad? —¿Qué era esa expresión? Susana daba órdenes mentales a sus pies de evadir a Aidan y salir de la habitación, para no caer en su influjo varonil, pero estaba paralizada, sus brazos lánguidos a los lados sin ofrecer resistencia para que no la tocara. El pulgar de Aidan ya contorneaba lento sus labios, mientras que los de él, los relamía y se acercaba prudente hasta que los dos tuvieron que cerrar los ojos para intensificar el sentido del tacto.

—Nadie me obliga a amarte —susurró, cariñoso. Su aliento lo sintió Susana en sus propios labios, del cual provocó que su corazón se abrumara—. Cada gota de tu intimidad, *que yo beba*, alarga mi vida, cada beso que nos damos es una declaración de amor, cada vez que te toco… —

su otra mano se deslizaba como si no pretendiera, pero ¡sí tenía todas las intenciones!, de rozar la tela de su pantalón de pijama que cubre su feminidad—, mi cuerpo se enciende. Eres la que cura de mi alma, enfermaré si no cuento más contigo.

—Claro que no, tendrás a otras...

Sacudió lento la cabeza y sus labios hacían un recorrido sutil por el cuello de Susana.

—Son vinagre comparado con el buen vino que eres tú.

—¿Ya las has probado? —la atacó los celos. ¡Por supuesto que sí!, en el tiempo en que él estuvo en Dublín o en otra ocasión de la que no le ha revelado. Hablaba con convicción.

—Bastó hablar con ellas para saber que, lo que siento por ti, jamás cambiará. —El pantalón de pijama de Susana deslizándose hasta las rodillas.

—¿Lo consideraste? —¡Rabia! ¡Rabia! Sentía mucha rabia, que ni se daba cuenta que su panty terminó a la misma altura que el pantalón.

—¿Por qué seguimos hablando de ellas? —cuestionó y su voz ronca por el deseo, la excitó—. Concentrémonos en nosotros, en el ahora…

Las rodillas de Susana de repente se hundieron en el mullido colchón. Él la condujo hasta allá e hizo subir para que estuviese arrodillada como si le fuese a rezar a sus santos humanos, porque esa noche los dos se iban a portar indecentes.

Desde fuera de la cama, Aidan se acomodó a cada lado de las postradas piernas de Susana, apenas separadas por el ancho que le permitía las prendas sin retirar del todo de su cuerpo. Eran las ataduras de sus extremidades inferiores, siendo aprisionada también por los brazos de Aidan que la rodeaba desde atrás hacia sus caderas.

Lo sintió desnudo de la cintura para abajo, en las mismas condiciones que ella, que ya no deseaba escapar de su presencia magnética. Estaba erecto, pegado a sus nalgas, pero aún sin buscar su orificio; más bien, sus dedos se fueron directo hacia el centro de Susana y allí comenzó a masajear su punto más sensible.

—¿Cómo podré calmar mis dedos cuando extrañen tocarte de esta manera? —Volvió a implorar a su oído y Susana gimió, olvidándose de que él estaría en la misma posición con sus dos esposas—, me hormiguearían… Querré destruir cosas, incendiar valles si no te tengo.

—No harás eso… —jadeaba entrecortada; qué calor sentía; los dedos impúdicos de Aidan le daban placer hasta hacer que sus fluidos vaginales humedecieran su trasero y la parte interna de sus muslos.

—¿Acaso no sabes que el fuego lo purifica todo? Lo reinicia… Acabaría con el mundo para retenerte, para estar así…. —Ahí, Susana no vio venir que, después de la deliciosa masturbación, la penetró sin contemplación.

El aire escapó de sus pulmones, sentía que la circunferencia de su ano se expandía a su máxima capacidad para soportar el grosor y las embestidas de Aidan.

—¿Cómo soportar despertar sin ti a mi lado, sin disfrutar de tus gemidos, de tu olor íntimo? —Empujaba cada vez más hondo, y sus dedos húmedos con la esencia de Susana, volvieron a introducirse en la vagina de su compañera sexual.

—Lo… Lo harás… Podrás…

—No, porque eres tú la que me vuelves más humano… La que me excita y calma esta *hambre* que solo siento cuando estoy contigo.

La camisa del pijama la tenía pegoteada por el sudor que corría como chorros de su espalda y senos; el calor en el dormitorio se comparaba a estar dentro de un sauna. ¿Qué bochorno!, ni una brisita provenía de la ventana. ¿Estará abierta?

Con cierta dificultad, giró su rostro para cerciorarse mientras su trasero recibía los embates de su novio, sí lo estaba…

Recordó a Zeus y lo buscó por la cama y por las partes de la habitación que ella alcanzaba a ver desde su sitio, y rogó para sus adentros que él haya salido por la ventana en cuanto ellos se pusieron cachondos. *Sí, tuvo que salir*… o estaría maullando angustiado por el sofoco, pensó en la bruma de sus pensamientos, jadeando pegada a Aidan, quien seguía y seguía, dándolo por atrás….

Sonrió al igual que él que ya vislumbraba su orgasmo; unas princesas inmaduras no iban a separarlos, el deseo por estar juntos era más apremiante que los celos.

—¡Aidan! ¡Aidan, me estás…! ¡¡Ay, me estás quemando!!, ¡tus manos!

No, maldición.

¡Otra vez no!

Aidan salió de ella, una vez más frustrado. Sus manos se habían sobrecalentado.

# Capítulo 15

Para cuando la semana previa a la Boda Real, llegaba a su fin, la amenaza que se temió sobre la familia, para Aidan se disipó.

El mensaje había llegado hasta el estrato más alto y no hubo una respuesta contradictoria a cambio. Durante esos días de incómoda convivencia, trataron de llevarse bien, pese a que en más de una ocasión estuvieron a punto de medirse a los golpes.

El sofá de la sala fue por un par de noches su cama; para los siguientes días, dormía en los linderos del bosque. La brisa, la libertad que confería el entorno, lo hacía dormir rápido que cuando solía estar bajo techo. Pero su sueño nocturno lo concebía después de recorrer las montañas por unas horas, meditando su inminente matrimonio por partida doble. Si al menos le hubieran concedido desposar a Susana, soportaría todo lo demás sin levantar objeciones. Ella era su refugio.

Las maletas de Desmond y Melva, ya estaban guardadas en el maletero de su auto, del mismo modo que las de Niall y su esposa e hijos en el suyo.

Un abrazo fuerte de su padre, un beso en la mejilla por parte de la madre, un abrazo frío de sus sobrinos, un desentendimiento de su hermano y cuñada, daban fin a la estadía de estos en Moninne. Ya no sufrirían las represalias de Nephin, no hubo llamadas de advertencia ni amenazas a través de otros. El estado de alerta roja cambió a blanca, podían respirar más calmados sin esperar a que varias manadas los atacasen sin piedad. El Soberano confiaba en la palabra de Aidan, dándole la oportunidad de presentarse en Nephin por su propia cuenta.

—Acéptalo de esta forma: estarás en mejor posición que nosotros —Desmond le dijo antes de montarse al auto—. Aguanta la mierda que tengas que comer; los años te harán fuerte. Engéndrales a esas princesas muchos cachorros, porque, a pesar de que aquellos nos desprecian, la nueva descendencia será híbrida. Pero de una raza mejorada: portarán tu sangre. ¡La de los Fitzgerald!

Aidan asintió con el desánimo carcomiendo su ser. Tendrá hijos con mujeres que él no ama.

Renuente a demostrar flaqueza, se obligó a no derramar lágrimas, no tenía caso llorar por algo que se salía de su control. Otros dictaminaron su destino en consideración de un bien mayor. Xylon se contaba entre estos, era una manera efectiva de asegurar que los futuros guardianes estuviesen protegidos más allá de las fronteras.

Se mantuvo en el pórtico hasta que los autos de sus parientes cruzaron las rejas al final del camino empedrado, y soltó una exhalación apesadumbrada. Faltaba una persona por marcharse y era la que a él más le dolía.

El tope de la melena roja del muchacho casi roza el dintel de la puerta principal, en el momento en que ingresó a la casa. Sus pies se detuvieron en medio del vestíbulo en cuanto se topó con Susana, quien acababa de descender las escaleras. Sostenía a Zeus, con su perchero puesto; la maleta y sus pertenencias acomodadas hasta hacía un instante por dos de los vigilantes en la camioneta que los llevaría hasta Kinnitty. Él la acompañaría –contra su propia voluntad– para asegurarse de que estuviese bien.

—Te prometo que iré frecuente al invernadero. Si necesitas la llave para ingresar, y yo no puedo ir contigo por alguna circunstancia, puedes pedírmela, porque también es tu derecho a portarla.

—A ti te la confirieron. Entraré a Síorai a través de ti —expresó, solemne, y con el secreto deseo de verla lo más seguido posible. Síorai era su burbuja. Su mundo aparte.

Los delgados dedos de Susana masajeaban suave el cuello de Zeus para tranquilizarlo de querer bajarse de sus brazos. No lo llevaba metido en el compartimento para gatos, quizás para evitar tener que a Aidan abrazarlo. Apenas fue capaz de esbozar una sonrisa, más dirigida al gato que al hombre que la observaba. Le costaba alzar la mirada, sabía que, si lo hacía, sería subyugada por los ojos hipnóticos de Aidan, que estaban tristes y enojados a la vez por el infierno que ella le hizo vivir para desenamorarlo.

El tiempo pareció detenerse; la señora Adara no se escuchaba en la cocina, el viejo reloj de péndulo que se salvó de ir al vertedero de basura, no sonaba; los crujidos de la madera de la casa, las cigarras en los jardines, algún avión que sobrevolaba los terrenos… Todo en silencio absoluto. Solo ella y él, allí, dando largas a la despedida. Las disculpas por los pésimos comportamientos, las réplicas airadas, las acusaciones, quedaban atoradas en la garganta de ambos. ¿Qué se iban a decir sin lastimarse? Por más que quisieran estar juntos, no podrían.

—El comisario estará pendiente de ti, en mi ausencia —Aidan cortó la incomodidad de estar en silencio—. La señora Adara velará por el cuidado de la casa hasta que… —carraspeó, entristecido por esa parte importante de su ser que se alejaba— retorne. Si algo necesitas, que haya aquí, pídeselo a ella. Ya la autoricé. Y sí… no soportas vivir en el pueblo, las puertas de Moninne estarán siempre abiertas para ti. —Y su corazón.

Desde la sala se escuchó que un objeto cayó al piso. Susana sintió un estremecimiento al elevar los ojos hacia allá y observó que el lienzo de Dugan se había caído del tope de la chimenea.

—Dugan debe estar molesto…

Descargó a Zeus, sin soltarlo de su correa, ya que se escondería por ahí, y se dirigió hacia la sala. Aidan se le adelantó con sus largas zancadas y recogió el lienzo para ponerlo en su sitio. La imagen joven de su abuelo, extrañamente lucía más opaca y con una expresión ceñuda, como si desde el más allá él les expresaba de esa forma su molestia.

—Ella es la que insiste en marcharse, abuelo. He tratado de convencerla y no he podido. ¿Qué más quieres que haga? ¿La hipnotizo? —Sugirió al lienzo y la aludida bajó rápido la mirada.

—No estaría aquí porque quisiera, no me hagas esto, Aidan.

—Quédate.

—No.

—Por favor…

—Los siento, Dugan, debo marcharme —ignoró el ruego de Aidan—. En Síorai pasaré por donde esparcimos tus cenizas, allá te saludaré cada día, de ti jamás me olvidaré. —Alzó a Zeus y huyó de allí antes de romper en llanto.

—¿Y de mí? —Aidan la siguió y le bloqueó el paso para salir de la casa.

Manteniendo esa pregunta en su mente, Susana se limpió las lágrimas con el dorso de su mano libre. Su estómago se contrajo, dominada por el descontrol de sus sentimientos.

¿Y él?

—Jamás te olvidaré.

—Te amo, Susana.

Mirada esquiva.

Ella no fue capaz de responderle.

Un Toyota azul oscuro –propiedad de uno de los hacendados locales– ya estaba preparado para recibir a sus pasajeros. Pese a que, de momento, Aidan y Susana viajarían juntos hasta el duplex alquilado, cada uno se dirigiría hacia un destino diferente. Aidan aún albergaba la esperanza de que Susana se arrepintiera en el camino, sería cuestión de dar un volantazo y de vuelta a Moninne. Le ubicaría su dormitorio en la tercera planta, en la habitación más grande y con mejor vista de la casa, para que esté lejos de las princesas y con todos los lujos y sirvientes a disposición para su comodidad. Aidan allá dormiría con la morena, a excepción de las veces en la que a él le tocaría complacer a las otras para tener contento *al que portaba corona*. Le pondría guardaespaldas las veinticuatro horas para protegerla, le daría todo lo que le pidiese dentro de sus posibilidades y la amaría hasta que sus cenizas sean esparcidas por sus herederos.

Solo esperaba que Susana le dijese que deseaba permanecer en casa.

No lo hizo.

Ambos subieron al Toyota, cada uno ocupó su respectivo puesto en el asiento trasero; el chofer y uno de sus centinelas les hacía compañía en la cabina, previamente informados de hacia dónde primero dirigirse. En cuanto el todoterreno se puso en marcha, los hombres apostados por las inmediaciones los siguieron a moderada velocidad; no era una frenética carrera de supervivencia, pero custodiaban al líder por prevención. Hasta la fauna estaba pendiente de ellos: los cuervos monitoreaban el descenso por la montaña del joven lobo y su compañera, los zorros escondidos detrás de los brezales seguían el trayecto con la mirada, los ciervos daban un vistazo y luego se sumergían en el bosque para correr la voz a otras especies que aguardaban noticias. La protección debía ser imperativa.

Las medidas de seguridad tomadas por los agentes y los lugareños causaron curiosidad entre los turistas que visitaban el pueblo. Los humanos que ya tenían años viviendo allí apenas observaban pasar a esos guardaespaldas greñudos y descalzos que no parecían agotarse de estar corriendo detrás de un vehículo en movimiento; giraban sus rostros y en el acto procuraban alejarse por si algún evento desafortunado los involucraba, han sucedido casos inexplicables y desapariciones extrañas que ni la garda se ha molestado en investigar a fondo. No les convenía ser testigos de nada.

—Toma… —Tan pronto el Toyota frenó frente al edificio en cuestión, Aidan le entregó a Susana un nuevo móvil con su cargador. Todos los dispositivos y aparatos eléctricos en su dormitorio, quedaron achicharrados por el súbito aumento de su poder—, lo hice comprar para ti. Ya lo revisé, no hay nada raro allí de qué preocuparse —sonrió socarrón—. La señora Adara y el comisario tienen tu número. En el móvil… —señaló el que ahora Susana sostenía—, están los de ellos. Y el mío. Llama al que necesites en su momento. A mí me puedes llamar a cualquier hora. Si no te contesto: deja un audio o un texto, pero, por favor, Susana… No te cohíbas de llamar.

Ella asintió sin mirarlo.

Abrió la puerta de la camioneta y, cuando hizo el amague de bajarse…

La mano de Aidan la retuvo del brazo.

—¿Tendremos tú y yo algún día posibilidad?

—Cuídate —fue su respuesta, su voz evidenciando el venidero llanto.

Aidan le permitió abandonar el todoterreno y la siguió con la mirada mientras ella abría con la llave de la inmobiliaria, la puerta que da acceso al edificio. Aguardó a que se volviera hacia él y le esbozara, así sea una sonrisa triste, pero no lo hizo.

No hubo miradas por sobre su hombro.

No hubo arrepentimiento en sus ojos.

No hubo más lágrimas ni un adiós que requiriera un fuerte abrazo. Susana de inmediato ingresó al edificio.

*****

La oscuridad reinaba en el apartamento. Rodeada de cajas y maletas aún sin desempacar, Susana lloraba mientras leía por enésima vez el mensaje de texto que le había llegado, tras negarse a responder a la pregunta de Aidan.

*«Mantendré abierta las posibilidades. Te amo»*.

Dichas palabras se le clavaron en el corazón y la desgarró porque le dolía que, a pesar de ser correspondida, no sería una relación de la que cualquier mujer sensata querría afrontar.

Fue incapaz de escribirle con el mismo sentimiento; hacerlo sería un error, Aidan se bajaría de la camioneta y la llevaría de vuelta, pese a que él mismo la dejaría a los minutos para desposar a dos mujeres.

Fue mejor quedar como amigos.

O compañeros vigilantes del Edén en la Tierra. Con los años, otras obligaciones ocuparían el tiempo de Aidan: las demandas maritales de las princesas, la crianza de los hijos, su cargo como alfa de su entorno, las visitas frecuentes a aquel rey…

Xylon lo previó: Aidan tendrá más deberes exigidos por otros y aminorarían los que tenía hacia él.

Después de algunas horas de permanecer pensativa en el piso, junto a las cajas, se animó a levantarse y comenzar a desempacar sus pertenencias. Zeus la instaba a que le diera su ración de croquetas, sobando sus costados por las piernas de su ama, le maullaba casi en un ruego de «*¡eh*, mamá, tengo hambre!, deja de llorar por ese tonto y dame de comer».

Se había llevado la sorpresa de que el apartamento fue decorado a escondidas, requiriendo solo de ocupar los estantes y los armarios. No fueron muebles ordenados en línea por ella desde hacía días, sino que Aidan movió sus influencias con su manada, y, para el anochecer lo tuvo todo listo para recibirla.

Recogió el móvil del piso, sus dedos temblaron sobre el teclado y en más de una ocasión borraba lo que escribía. Al igual que él, le escribió un «gracias».

Su propia familia aún no se enteraba por lo que ella pasaba; cuando hacían un video-llamada, Susana fingía felicidad para que no se preocuparan; que creyeran que ella aún vivía en la vieja mansión y que todo iba a las mil maravillas con Aidan. Si algo les comentaba, serían capaces de tomar un vuelo y caerles encima. Y esto incrementaría la carga de preocupación en Aidan y en ella, pues le horrorizaba pensar en la cantidad de hombres lobo en el pueblo.

Suficiente con los Maldonado en peligro constante.

Palpó la pared de la cocina y halló el interruptor de la luz, la oprimió y de inmediato el apartamento se tiñó en un sepia que daba calidez. Antes de desempacar, atendió los ruegos de su gato. La primera caja en abrir fue la de este, en donde contenía los cuencos para el agua y la comida, las bolas de croquetas, su camita acolchada y su manta. Lo observó comer, pensativa, tras servirle su ración nocturna, recostada ella contra la isla central de la cocina. Ahora estaba sola…

La pantalla de su móvil se iluminó.

Tal vez fue por querer leer un último mensaje de Aidan o de saludarlo como si nada; a pesar de que ella se lució con su frialdad al no despedirse de él, no quedaron en malos términos. Así que, considerando una segunda oportunidad de remediar su patética actitud, le expresaría que lo extrañaría y que le deseaba que su matrimonio doble, lo colmase de felicidad, pero que no había posibilidad de volver a tener lo que antes tuvieron.

*«No escribas más».*

*«Adiós».*

¿Qué?

Susana escuchó como su corazón se resquebrajó en dos. Las ideas debieron habérsele aclarado a Aidan en cuanto llegó al condado de Mayo. Allá se perfilaba mejor el futuro y se meditaba las complicaciones que tendría si la mantenía a su lado. Dos esposas eran más que suficiente como para anexar una tercera que daría problemas, porque, Susana no daría pie a humillaciones.

# Capítulo 16

La comodidad del viaje terminó en cuanto llegaron a Ballycroy, el poblado más cercano al Parque Nacional de Nephin. El Toyota aparcó frente a una pequeña cabaña blanca, de cuyo interior olía a pescado frito y especias. Los residentes de la modesta vivienda salieron a recibirlos; el hombre, de tez curtida por el sol y ojos oscuros, realizó una venia al de cabellos rojos que descendía del vehículo. El chofer y el gardaí que acompañaron a Aidan durante la travesía, saludaron al lugareño e hicieron las presentaciones necesarias, aunque el sujeto, que respondía al nombre de «Skylar Masterson» ya esperaba con anticipación al joven alfa de Offaly.

De otras residencias emergieron algunos sujetos descamisados y descalzos, y expresaron a Aidan, de despojarse de sus prendas y calzado, el trayecto hacia la ciudadela de piedra sería largo y lo harían a pie. Los zapatos de suela, las medias, la chaqueta, la corbata, se entregaron a la acompañante de Skylar, quien enseguida los empacó en una bolsa negra, y los entregó de vuelta a uno de los pobladores. Aidan pretendió hacerse cargo de sus pertenencias, pero el omega que las recibió le comentó que era su trabajo de portar equipaje, pese a que el joven no cargaba más que su indumentaria.

Los deltas y los omegas no eran capaces de mirar a los ojos al alfa de Offaly, superándolos este por más de veinte centímetros de estatura; les inspiraba respeto y temor, que les hacía temblar las piernas y las manos. Esa sensación apabullante de ser aplastados por su presencia, la sintieron en los tiempos de juventud de Kane. Ni los hijos varones de este lograban tal intimidad como la que exudaba el pelirrojo.

Otra persona emergió de la cabaña y aquí todos se tensaron; el alfa del condado de Mayo –Arlan Sheridan– se mostraba envarado, con su mirada airada y sus ojos desafiantes hacia el muchacho; su garganta emitió un gruñido bajo, analizando el aspecto del pretendiente de las lobatas del Soberano. ¿Tan joven? ¿Qué edad tenía? ¿Veinticinco?, ¿veintiocho cuanto mucho? Caminó en torno a este, sin molestarse en saludarlo o darle la bienvenida; esa no era su labor, se ganó su puesto como tal para proteger a los que consideraba invasores o rivales. El omega que sostenía la bolsa con las ropas de Aidan, retrocedió unos pasos, y, cuando lo hizo, otros lo imitaron, cuidándose de ser embestidos por su líder, si el de Offaly se cabreaba por ser analizado con desconfianza.

Los pelitos en los brazos de Arlan se erizaron, presumiendo que era mejor no buscarle bronca al otro; los ojos de este eran fríos, igual de retadores a los suyos, y con una energía calórica que emanaba más intensa que la de un rebaño de búfalos.

—Siga a mis hombres hasta el final del sendero; de allí avanzará solo hasta llegar al bosque Nephin —le indicó, delegando su deber de guiar al muchacho hasta la ciudadela.

Aidan asintió.

No le expresó las gracias ni le quería hablar.

Tomaron el sendero de Letterkeen Loop, un trayecto de unos 10 kilómetros aproximados y de esfuerzo moderado para los humanos por lo accidentado del terreno y la lejanía en que la fortaleza se halla en la cordillera de Nephin Beg. Corrieron en sus piernas bípedas, no se les permitían ingresar a los terrenos del Soberano, en sus formas lobunas; solo los alfiles y los centinelas podían merodear la zona en su fase transformada; si se topaban con otros que

anduviesen por ahí, en cuatro patas, los atacaban sin antes averiguar sus propósitos.

Durante cuarenta kilómetros el valle se abrió en ciénagas, lagos, interminables brezales, cuya tierra daba un tono naranja al paisaje agreste de esa parte del condado. La cordillera fue alzándose en la medida en que Aidan y sus guías cruzaban el sendero. Llegó un punto, en medio de la nada, en que el joven alfa debía continuar en solitario; una prueba más o un desaire más de Kane hacia Aidan, de ser tratado peor que un sirviente.

—Fue un gusto conocerlo —el omega expresó a la vez en que le entregaba la bolsa plástica y se reverenció sin ninguna muestra de diversión en su rostro; los otros tres le desearon lo mejor. Aidan enfocó sus ojos hacia el fondo del valle, sintiéndose un astronauta en medio del planeta Marte. ¿Cómo lo llevaron hasta allá cuando *lo noquearon* con los gases somníferos? ¿Lo cargaron a cuestas o utilizaron algún medio de transporte que sorteara el abrupto terreno que debía cruzar?

Lo que para un humano le habría tomado toda la noche, Aidan realizó el recorrido en tres horas.

Justo al atardecer pisaba la cresta de la cordillera; desde allí observó el paisaje abierto a sus pies.

Hacia su derecha se hallaba en las faldas de la ciénaga de Owenduf, y hacia su izquierda, si levantaba la vista en sentido norte, contemplaba el bosque salpicado por espejos que desde su altura notaba la cristalinidad de los diversos lagos existentes por el entorno.

El sonido de un rotor lo motivó a dirigir su atención hacia el cielo vespertino, un helicóptero sobrevolaba la zona arbórea y descendió en la parte más despejada para que las hélices no chocaran contra las ramas de los abetos. A Aidan le costó vislumbrar quien descendía del aparato aéreo, pero le causó inquina al comprobar que si existían medios para llegar más rápido a la fortaleza. Aun así, como buen senderista que se aventuró a recorrer el sendero de Letterkeen Loop, acomodó la bolsa bajo su brazo izquierdo y descendió la ladera de la montaña. Hijos de puta, todos ellos, que lo hicieron caminar hasta allá.

Unos cuantos metros más de descenso, bastó para que, de repente lo rodearan una manada de lobos parduzcos y moteados con manchas negras.

Los colmillos perfilados y las orejas hacia atrás, le advertían a Aidan de que no era una comitiva de bienvenida.

Estaban por atacarlo.

—Cierren el hocico o los dejo sin colmillos. —Sus ojos se tornaron dorados y el fuego se reflejó en ellos, ocasionando que los lobos se paralizaran y dejaran de gruñir. ¿Qué clase de metamorfo era este que ni estando en desventaja se amilanaba?

Sus panzas se pegaron a los pedruscos y sus orejas se doblaron hacia los lados, como cachorros regañados. Dos de ellos gimieron atemorizados, ¡y no sabían por qué!, nunca confrontaron a un merodeador que lucía como si fuese Licaón que bajó de los cielos lobunos para el Fin de los Tiempos.

—Guíenme hasta el Soberano.

A trote suave guiaron al extraño bípedo; era una locura que no lo detuvieran ni lo redujeran a sangre y tripas, percibían en este a un líder magnánimo, cuya intención tal vez sea el de hacerse del liderazgo. Los más feroces de los machos alfas eliminaban a los reyes viejos y a los incompetentes, y reestablecían las jerarquías como debía ser. Aun así, lo acompañaban durante el descenso hacia la ciudadela de piedra; uno de ellos lucía emocionado mientras que los demás no comprendían lo que se removía en sus abultados pechos de cuadrúpedos. ¿Era el deseo de

una encarnizada pelea a punto de desatar o fueron hechizados por un espíritu errante?

Para ser la segunda ocasión en la que pisaba esa construcción militar, Aidan estudiaba la fachada –o lo que se alcanzaba a ver de esta– por primera vez. Distanciada de los humanos y tragada por una vegetación de musgo y líquenes que enverdecían las murallas, era la guarida de un contingente de lobos que protegían la vasta región, capaz estos de desplazarse a cualquier área en la que Kane Saighead decidiera vigilar o poner en cintura a las manadas rebeldes.

Habría que contar con buen olfato y excelente vista para divisar entre los abetos y las hiedras trepadoras del bosque Nephin, las piedras que erigían las murallas, construidas tras las batallas con los vampiros o los clanes enemigos en plan de conquistadores. Para Aidan era como una antigua ciudadela abandonada hacia miles de años, que eludía la curiosidad de los senderistas y exploradores científicos; nunca se ha comentado de esta ni en leyendas ni en mapas no certificados de los que lograron contar su descubrimiento. Así como Síorai pasaba desapercibida entre las montañas de Slieve Bloom, de Nephin, nadie que no sea metamorfo comentaba. Dado el caso de que ojos humanos, la contemplasen, los desaparecían o su mente jamás volvía a ser la misma.

Aunque solía ser lo primero…

Un gruñido dio la voz de alerta a los centinelas que permanecían en las mimetizadas almenas.

Los sentidos de Aidan se agudizaron, percibía que muchos lo observaban entre la arboleda y también desde las arquerías mimetizadas con las hiedras. Desde lo alto de las torres varios rostros ceñudos se asomaron hacia abajo, donde Aidan aguardaba a que le permitieran ingresar a la morada temporal del Soberano. Kane solía cambiar de «residencia» en el verano o el invierno, con la intención de no permanecer durante una prolongada temporada en un mismo sitio, para evitar el asedio imprevisto de los que esperan que muera. Había superado en longevidad al infortunado rey de América.

Las manos del joven alfa, sacudieron de la planta de los pies, la tierra pegada durante la marcha. La ropa y el calzado de inmediato hicieron más presentable su imagen; la corbata un poco torcida, la chaqueta sastre arrugada por haber sido enrollada en la bolsa plástica y la camisa absorbiendo el sudor de su torso. Dobló la bolsa hasta hacerla un cuadrito y la guardó en el bolsillo lateral de su chaqueta, e ingresó en cuanto los portones principales se abrieron ante el pedido de uno de los superiores. La reacción a la «visita» fue como si este hubiese entrado con una granada en cada mano y forrado de dinamita de la cabeza a los pies; la invocación a los dioses protectores se escuchó en los labios de la decena de hombres apostados en el patio de armas.

¿Ese era el sujeto del cual se rumoraba?

Pero si solo era un muchacho…

Le gruñían, le lanzaban dentelladas, y sus armas se alzaban amenazantes, pero a metros de distancia del objetivo. Aidan procuraba mantenerse en sus cabales, porque si invocaba al fuego, achicharraba hasta las cucarachas. Al alfil que miraba, pues esperaba que algún teniente o sargento saliera a recibirlo, este palidecía y se petrificaba en su sitio. Por lo tanto, Aidan tenía que soportar que lo olisquearan y requisaran.

Los alfiles de parche plateado en sus uniformes de tono tierra fueron los que dominaron sus temores y palparon las ropas del recién llegado. ¿A qué se debía su imponencia si descendía de híbridos? ¿Era el *contrayente* que esperaban? No podía ser él: el tamaño, los músculos, esa seguridad tan propia de un jerarca…. El batallón en Dublín les tomaba el pelo con sus mentiras.

—Su tardanza es lamentable —Ismael Gallagher espetó en cuanto fue notificado de la llegada

del kinnittiense, ya él había superado esa terrible primera impresión que tuvo con respecto al pelirrojo.

—El camino es largo, tuve que quitarme la ropa y los zapatos… —Aidan graznó avinagrado. El helicóptero acabó de tomar vuelo una vez más, dejando allí a un sujeto al que le ahorró la incómoda caminata.

El jefe de Seguridad captó la indirecta del joven alfa, pero no se disculpó, ¿para qué tomarse molestias por alguien sin importancia.

—Las perneras de su pantalón están sucias, debió quitárselo —lo increpó—. ¿No le dijeron que se desvistiera por completo para evitar estropear su atuendo? Escandaloso… ¿Trajo alguna otra muda de ropa consigo?

—¿Me ve que traigo equipaje? —Aidan le contestó cabreado. Así como se las arreglaron para vestirlo, la anterior ocasión, que se las arreglaran de nuevo; a él le daba igual si se casaba en harapos o mugriento, era el peor día de su vida. Se casaría con unas mujeres del cual ninguna de ellas era Susana.

Una sonrisa pérfida torció los labios de Ismael.

Maldito contestón.

—Le diré al Príncipe Heredero que le preste uno de los trajes que ya no usa. —Si es que se digna—. Parecen ser de la misma talla... —Ni él, que es alto y fornido, tenía un traje que le quedara al descomunal híbrido.

—Dudo que esa espalda ancha entre en los *trajecitos* de Regan; este es mucho más grande que él… —Aisleyne replicó al militar, emergiendo ella de entre las puertas semiabiertas de los portones de la fortaleza. Esta vez lucía una capa verde que la cubría hasta los pies como si fuese un monje—. En su habitación de huésped dejamos otros trajes disponibles para él. Nos hemos tomado muchas previsiones… Pero, aún no —agregó en una sonrisa a medias que indicaba picardía—. El campeonato está por comenzar.

El jefe de Seguridad asintió a la mujer y luego se giró sobre sus talones, pues esta abanicó la mano para que se alejara.

—¿Qué campeonato? —¡Caramba!, otra prueba más… Aidan se preparaba para una lucha épica, por haber sido interrumpida la efectuada en el subterráneo en Dublín.

—El que se efectúa cada vez que un príncipe se casa.

—Pero hoy no es la boda de uno de ellos, sino…

—El de las princesas —completó—. El campeonato se realizará en honor a ti, *mi querido Aidan*, serás un consorte real. Así que, vamos… —Intentó engancharse a su brazo, pero él lo movió para que no lo agarrara.

—Primero debo presentarme ante el Soberano.

—Él ya está *arriba*, todos aguardan por ti. Quítate los zapatos y esa chaqueta, ¿no tienes calor? Cada vez que te veo, me acaloro…

Zapatos y medias, fuera.

Chaqueta, corbata y camisa, dejada sobre una carreta.

Y de vuelta a las montañas.

Junto a ellos, el jefe de Seguridad y un escuadrón de alfiles los seguían rumbo a Slieve Car, la montaña contigua a la de Nephin. No se habían cruzado durante el camino porque Aidan ascendió por la parte oeste de la cordillera, y los idiotas en Ballycroy fueron incapaces de notificarle que debía dirigirse al este.

—La que critica usa capa larga… ¿Es parte de algún ritual?

Se giró divertida para que admirara su atuendo.

—Sí.

—¿La boda?, ¿eres como una madrina?

—¡¿Yo?! —Soltó una risotada—. Jamás me darían tal honor, y eso de «las madrinas» que acompañan a la novia durante la boda, por acá no existe. Es por lo del campeonato.

—¿Y en qué consiste? —Las piedrecillas crujían bajo los pies de Aidan durante el ascenso por la ladera de la montaña.

—¿Has asistido a uno de estos? —Él cabeceó, los que ha presenciado han sido peleas callejeras o clandestinas—. Pero has escuchado… —Volvió a cabecear y esto sorprendió a la rubia—. ¡¿No?! —Rio—. ¿Dónde has estado metido que no sabes de este campeonato?

Viajando por el mundo.

—En lo mío.

—¿En lo tuyo? ¿Y qué es «lo tuyo»? —Se carcajeó—. ¿Cazar humanas? Sé *cuáles* son tus gustos culinarios… Luego me invitas; de vez en cuando varío el menú.

Al llegar los que faltaban por unirse al clan, hubo un silencio general.

Los que estaban sentados a sus anchas, se pusieron de pie en el acto y se resguardaron detrás de los guerreros.

¡Santo Licaón!, ¿qué percibían de ese sujeto que emitía una extraña irradiación solar?, ¿brujería?, ¿salvajismo? ¿De dónde provenía, acaso era el híbrido?

# Capítulo 17

Las antorchas se encendieron en la cúspide de Slieve Car, a la caída del sol. El frío se tensó en los brazos enclenques del Soberano. Aidan se reverenció solemne ante este y ofreció sus disculpas por su tardanza; no trató de excusarse para salvarse de una increpación delante de los demás. Kane no lo hizo, lo invitó a sentarse en una de las rocas colindantes a los príncipes, muy consciente el anciano de lo que sucedió en los dominios de este; sus hombres que regresaron asustados, le comentaron que el futuro consorte era un demonio que provenía de las tinieblas porque el fuego que invocaba no lo devoraba.

El hacha de Ismael, les cortó las cabezas en las barracas, antes de que estos empeorasen el rumor que ya se tenía sobre las habilidades del híbrido.

Le temerían y luego lo venerarían.

Un gesto torcido recibió Aidan a cambio por parte del heredero al trono, quien lo estudio como si fuese indigno de sentarse a su lado; actitud contraria del que le seguía en línea de sucesión, lo miraba más de lo que un macho posa sus ojos en otro macho.

Notó enseguida que solo ocho hembras con túnicas pesadas eran las únicas entre los asistentes, y esto a Aidan le llamó la atención, ninguna novia o esposa de los invitados y la familia real se hallaba presente.

¿En qué consistía el campeonato? ¿Sacrificio?

Los centinelas vigilaban el horizonte lejano, los alfiles se mantenían atentos a los movimientos de los que bebían y conversaban animados alrededor de un área preparada para lo que sea que se iba a efectuar en los próximos minutos. Gruesos fajos de billete arrojaban a un barril pequeño de cerveza, donde un hombre, con una cicatriz que le atravesaba el pecho, tomaba nota en una agenda las cifras de los que apostaban. Aidan observaba a los guardaespaldas de Kane, se removían inquietos en su sitio, mirándolo a él de reojo y con gestos petrificados que aumentaban su propio estado de tensión.

Los leves temblores en las manos empuñadas sobre las armas enfundadas de estos, provocaron que Aidan gruñese casi de manera imperceptible, pero que sus labios tensos dejaron entrever sus colmillos. «No me provoquen», parecía expresarles con su mirada.

—¿Cuál es tu favorita? —preguntó el príncipe Enda a Aidan, rompiendo el hielo en una conversación informal—. La mía es la negra. Se ve fuerte.

Aidan rodó los ojos hacia la aludida y enseguida se percató de qué iba el campeonato. Una lucha entre hembras.

Las capuchas de las túnicas no dejaban apreciar las facciones de las participantes, pero sus aromas almizclados delataban su género. Aisleyne, ubicada entre dos competidoras, alzó la mano y lo saludó socarrona; entre estas no charlaban ni se lanzaban miradas retadoras, permanecían serenas, aguardando a que iniciaran el campeonato.

—Su hermana está allá, ¿no les preocupa que salga lastimada?

—Ella aguanta una buena paliza, ¿verdad, Regan? —Se volvió hacia este—, *tú le has dado*… —Rio y el hermano mayor dirigió su gesto de desdén hacia la bastarda. Claro que le ha dado…

—Ojalá le tuerzan el cuello. —Odiaba a esa perra que interfería en sus planes por pura diversión.

Enda rio como si su hermano no hablara en serio.

—Que no te escuche, porque envenenará tu comida. Yo aprendí a no amenazarla en voz alta, hace un mes me causó diarrea por la crema agria que mezcló en la comida.

Delicioso pero mortal…

La animosidad hacia la progenie de Kane, aumentó en Aidan. Hablaban en unos términos tan retorcidos que le causaba *cringe*. Se incomodó en su asiento de piedra; por lo general, los que ha visto son de índole masculino y con unas luchas que liquidaban rápido a los oponentes. En este, no había plataformas o andamios para acomodar a los invitados; tan rústico como las peleas callejeras. Solo pedruscos y tierra y el abismo de las montañas. Sería sangriento.

Kane alzó la mano, sin ponerse en pie, sus piernas ya no tenían la fuerza de antes para sostenerlo, por lo que, siempre contaba con una silla que llevaban a todas partes para evitarle el cansancio.

La numerosa manada dejó de parlotear al llamado de atención del jefe de Seguridad, que pidió prestaran atención a lo que hablara el Soberano.

El viento batía las lenguas de fuego de las antorchas y también las melenas largas y cortas de los machos que esperaban una buena contienda por parte de las luchadoras. La noche enfriaba más y el deseo por hartarse de licor desabastecieron en menos de una hora los barriles traídos. El organizador de la apuesta cerró su agenda y sus asistentes dejaron de contar los billetes, la atención debía ser general, pues al distraído lo dejarían sin orejas, así fuese un embajador o un alfa de provincia.

—Agradezco la presencia de los delegados de América y de Oceanía —la voz de Kane era áspera—. Comprendemos la ausencia de los Soberanos de los respectivos continentes, la boda entre Aidan Fitzgerald y mis hijas no es tan importante como la de un primogénito o un príncipe sucesor. —Murmuraciones y miradas puestas en el joven aludido, él no era nadie que requiriera que un líder de talla mundial se presentase para homenajearlo—. Aun así, fueron tan amables de enviar a sus delegados. Las atenciones hacia ustedes serán como las de un Alfa Mayor, disfruten del torneo, de la *modesta boda* y de la bebida abundante. —Cruzó miradas con el encargado de llenar los tarros de cerveza y este comprendió que sus asistentes debían traer más barriles para que los invitados no pasaran sed—. ¡Que nuestras aspirantes agraden a los dioses!

—¿Aspirantes?, ¿aspirantes a qué? —Aidan preguntó lo más bajo posible para que solo Enda lo escuchase.

—Las hembras —su atención puesta en los labios de ese magnífico macho de ojazos verdes. Envidiaba a sus hermanas por la buena elección de su padre.

El estallido de voces alicoradas y hediondas a tabaco y cigarrillo, se escuchó hasta en las mazmorras de la fortaleza Nephin. Ya estaba por iniciar el campeonato, las apuestas se daban en la cumbre de la montaña, en las murallas ocultas en las hiedras, en las aldeas apartadas de la isla y en Dublín. A través de los móviles y los radiotransmisores los apostadores informaban del evento a las castas inferiores, cada hembra tenía un valor de ciento veinticinco mil euros con el que se entra en la apuesta. Si una vence a su contrincante en la primera ronda, su valor aumenta a quinientos mil para la segunda, y cierra en la tercera con la cifra de un millón.

—Te apuesto por Rihan. ¿Cuál es la tuya? —Enda se inclinó hacia Aidan para susurrarle al oído, y este casi le avienta un codazo para alejarlo.

—Eh… No sé. —El maldito ni apostaba a favor de su propia hermana.

—Da igual: la que gane será tuya.

Aidan lo miró anonadado.

¡¿Qué dijo ese hijo de…?!

—Señor Fitzgerald, póngase en pie —el jefe de Seguridad lo llamó, y Aidan lanzó una increpación para sus adentros. ¿Cómo se iba a ejecutar ese campeonato?

Su estatura se irguió y los demás hicieron comparaciones con respecto al primogénito de Kane, quien tuvo que estirar su cuello para lucir más alto.

No lo consiguió.

—Estimados ilustres —el jefe de Protocolo se dirigió a los invitados—, ante ustedes se halla el nuevo integrante de la Casa Saighead. Las hembras que voluntariamente se han presentado como *aspirantes*, lucharán entre ellas hasta que solo una quede como vencedora. No hay reglas establecidas: desgarre, decapitar… Todo es válido. ¡Entre las hembras! —recalcó para que todos lo escuchasen bien—. Se considerará trampa si alguno de los espectadores interviene para salvar a una de las aspirantes. Si es un invitado, se expulsará del país y con una multa de cinco millones de euros, pagados de sus propias arcas. Si es un miembro del clan local, sufrirá cien azotes y no comerá por una semana. —Los murmullos se alzaron, ¿quién sería tan estúpido de pasar hambre por tanto tiempo para salvarle el pellejo a una puta? ¡Que se reventaran la jeta!

—Aspirantes… —En esta ocasión, Gallagher le quitó la atención a Malone, para él dirigirse a las ocho hembras—, descúbranse.

Los silbidos y cuchicheos subidos de tono molestaron a Aidan. Las competidoras –él ignoraba a qué aspiraban– estaban por completo desnudas, tras quitarse las túnicas y arrojarlas a los invitados. Tres de ellas se ruborizaron, una no se atrevía a levantar la mirada, y otras dos: Aisleyne y Rihan, la chica de piel oscura, no parecían intimidadas. Sus senos erguidos, su mirada altiva.

Kane dio la orden de que los comentarios cesaran. Aidan hizo el amague de sentarse, pero el jefe de Seguridad le indicó de permanecer en pie hasta terminar él de hablar.

—La vencedora podrá aparearse con el consorte de las princesas, en una relación de concubinato reconocida por la Casa Saighead por resto de sus días.

Aidan palideció.

—Me nie…

Sufrió un jalón por parte de Enda, para que no protestara.

—La que gane será tuya —le volvió a comentar.

—No la quiero, está mal…

—¿Por qué?, me parece un buen arreglo. Si no es de tu gusto, aún te permitirán escoger las otras amantes, pero esas solo serán para el placer; ellas no tendrán ningún tipo de privilegios como las concubinas. De nada les valdrá si se preñan.

»Mira… —Enda se acomodó en su sitio y agregó casi confidente—: Es costumbre desde que papá está en el trono, de que *la primera hembra que el príncipe o consorte se folla fuera del matrimonio,* se disputa el derecho a «engendrar» con uno de nosotros. La mía me dio dos cachorros que ahora se educan como si fuesen de la realeza; si muero y si mis hijos legítimos sufren el mismo destino antes de ellos engendrar su propia progenie, entonces los bastardos que tuve con mi concubina son los que heredan mis bienes y títulos. Lo mismo sucede con los de Regan: mueren todos, su primer bastardo hereda la corona. Por esos esas ocho hembras lucharán a muerte por ti, los tuyos estarán en la tercera línea…

El inicio del torneo se dio con el enfrentamiento de dos en dos. Tamara, una joven delta y de cabellos rojizos, se midió con Iliana: beta procedente del suroeste de la provincia de Connaught. Esta última le fracturó el cuello a Tamara, al cabo de cinco minutos de lucha, siendo ágil al

rodearla con sus brazos e inmovilizarla en el suelo.

La segunda pareja de aspirantes se sostuvo entre Leonela y Rihan. Tardaron más en la arena, para beneplácito de los espectadores que querían verlas destrozarse entre sí. La sangre salpicó el suelo; ambas betas eran férreas luchadoras. El príncipe Enda gritaba desaforado mientras que a Regan le salpicaba la salivilla de sus labios por retumbar su voz, en su desbordamiento hilarante de su excitación. Las aspirantes no podían recurrir a la transformación, debían mantenerse en sus siluetas bípedas. Aidan aún seguía perturbado por dicha tradición; lo ataban de todas las formas posibles para que los Saighead no lo dejaran escapar.

Al final de esta contienda, Rihan desgarró la cabeza de Leonela y la agarró de su melena negra para alzarla victoriosa a su público enardecido. Enda aplaudía emocionado, sacando cuentas del dinero que acumulaba y que seguiría ganando si Rihan avanzaba en el campeonato.

Dos deltas fueron la tercera pareja.

La que quedó en pie apenas era capaz de sostenerse. Su rival yacía sin brazos y en medio de un charco de sangre que se agrandaba en el suelo por las heridas mortales.

La cuarta pareja aumentó las expectativas y el morbo de los espectadores. Aisleyne se mediría con una hembra procedente de Berlín, y del que la superaba por un palmo en tamaño. Pese a esto, Aidan se sorprendió de la destreza de Aisleyne, aplicaba artes marciales que dejaba expuesta la carnosidad de sus partes íntimas, al elevar una pierna para patear la cara de su adversaria. La columna destrozada, el cuello partido, un brazo desgarrado; la berlinesa no tuvo oportunidad de defenderse.

Los aplausos de Kane le resultaron chocantes al joven alfa; como padre, el anciano dejaba mucho que desear, animaba a su hija a ser más cruel. Relamía sus labios, sus ojos como los de un desequilibrado mental, gritaba el nombre de Aisleyne. Su miembro duro bajo su pantalón.

Aidan tuvo que cerrar los ojos para contener las arcadas que le producían. Qué repugnante.

De las ocho «aspirantes», cuatro quedaron en pie. No había treguas, no les permitían ni un segundo para respirar o tomar agua; era lucha tras lucha, los cuerpos caídos de las derrotadas se retiraban al instante, para luego ser enterradas donde los animales no las devorasen.

En la segunda ronda, Rihan luchó contra Iliana, y Aisleyne contra Keith. Aidan vaticinaba quienes pasarían a la ronda final; la sangre cubría los curvilíneos cuerpos de las luchadoras, los arañazos surcaban sus brazos, torso y espalda. Los alaridos femeninos alborotaban a los espectadores, cuando las heridas se abrían en sus atléticos cuerpos. No eran mechoneadas de pelo ni bofetadas de lobatas enojadas por una cotilla que las ofendieron o un novio ajeno que se levantaron, era puñetazo y puñetazo, se daban duro como machos para ser la hembra que gestaría a los próximos bastardos de sangre azul.

—¡Ahí tienen! —Aisleyne lanzó el cadáver de Keith hacia los invitados que tuvieron la osadía de lanzarle a ella consignas ofensivas como mujer. El embajador de España fue el que recibió todo el peso del cuerpo desmadejado y sangrante de la morena de la provincia de Ulster; una teta pegó en su rostro, casi provocando que este cayera de espalda, y que, por fortuna, uno de los alfiles que lo protegían logró sostenerlo y quitarle rápido el cadáver de la hembra derrotada.

Regan lanzó una increpación cuando su favorita cayó frente a su media hermana. Mientras tanto, Enda celebraba el triunfo de Rihan, al degollar a Iliana con sus uñas largas. Ya tenía acumulado quinientos mil euros, y si esta vencía a Aisleyne, él obtendría el ansiado premio.

—¡Vamos, Rihan, no me decepciones! ¡Acaba con ella!

La exclamación de Enda escandalizó a Aidan, a quien le recordaba su propio hermano. Niall hubiese votado en su contra, de haberse él batido a los golpes con un alfil.

En esta última confrontación, los invitados se levantaron de sus asientos y formaron dos bandos, los que iban a favor de la rubia y los que animaban a la de piel oscura a que aniquilara a la otra. El aire estaba impregnado a sudor de macho excitado y a sangre de hembra herida. Aidan sentía pena por las mujeres que cayeron por él, pero lo sentía más por la hija de Kane, que tenía que ganarse su lugar en una contienda sangrienta para ser «respetada» por su familia. ¿Qué clase de padre?... ¿Qué clase de hermanos?... No parecían afectarles que Aisleyne pudiese morir.

Tierra en los ojos.

Golpe en el estómago.

Patada en la cara.

Desgarramiento de cabeza.

Aidan bajó la mirada, agotado de tanta brutalidad.

—Ganó esa perra…

—¡Maldita sea, perdí una fortuna!

Las manos en alto y en puños, se batían en el aire, proclamándose Aisleyne como la vencedora del torneo. Unos maldijeron su suerte, otros la vitorearon; aplausos y abucheos hilarantes de los espectadores decepcionados con el resultado. A la bastarda de Kane le tenía sin cuidado los desprecios que le escupían, ella había logrado un objetivo y continuaría con el siguiente.

Alzó sus ojos hacia los verdes del pelirrojo, y le sonrió orgullosa de su triunfo.

Tuvo que negociar hasta con el mismo diablo para poder estar allí. Eliminó a sus contrincantes y envió un mensaje silente a los que siempre la menospreciaron; puede que sea siempre considerada una bastarda, pero sus hijos estarían más cerca del trono. Y, de esto…, ella se encargaría de hacerles el camino más corto.

# Capítulo 18

El currículo fue devuelto sin el menor interés de ser hojeado por la gerente del supermercado. Susan dobló el papel y agradeció los cinco segundos de atención que esta le dedicó antes de ser rechazada de plano. Las puertas corredizas del establecimiento se cerraron a su espalda, no era lo que ellos estaban buscando, le espetó entre dientes. El vigilante casi le da un empujón para que se marchara de allí por los inconvenientes que ocasionaba.

Había escrito tres resúmenes de sus experiencias laborales para dejarlos en donde considerara, necesitaban empleados, pero ninguno pudo entregar. Extrajo un papel del bolso y tachó el lugar donde creyó obtendría trabajo; el primero a donde se dirigió fue con la señora Campbell, la dueña de la tienda de dulces; la manera en cómo ella la trató aún a Susana le dolía.

—No necesito de una empleada —le espetó—, estoy bien sola. Busque en otra parte.

—La puedo ayudar con la limpieza.

—Contaminarías mis postres.

—¿Cómo dice? Soy cuidadosa, atenderé al pie de la letra sus indicaciones.

—Así uses guantes, para barrer o limpiar, arriesgaría la salud de mis clientes.

—No estoy enferma. —la amabilidad que caracterizaba a la mujer se borró de un plumazo—. Tengo mis vacunas al día. Pero, está bien… No se moleste, comprendo. —Así sea el último lugar que venda postres y dulces, ella jamás le volvería a comparar. Existían otras formas de rechazar sin ofender.

Caramba… De nuevo se subía al tobogán de la vida: ascendía por unas escaleras empinadas que la hacían progresar, y luego… *¡zaz!*, descendía en picada hacia la pobreza.

Por ese día dejaría su búsqueda, ya no tenía ganas de aguantar malas caras y excusas inventadas para despacharla. Faltaba el restaurante de los Morris y la garda, pero dudaba que la pareja de odiosos ancianos la contrataran, y el comisario no le inspiraba confianza.

Le quedaba un sitio y este no era en el que ella deseara trabajar.

La taberna.

—Por lo que veo, tendré que volver al ruedo…

—Allá no.

El repentino consejo de una voz masculina y avejentada, obligó a Susana a detenerse antes de cruzar la calle hacia la taberna.

—La devorarán una vez cruces la puerta —el señor Morris agregó sin que la joven le pidiera opinión. Había salido del restaurante, tenía un delantal verde que solía usar en su horario de atención al público.

—Necesito trabajar.

—Allá no —repitió y entró a su establecimiento. Susana lo siguió, su currículo listo para entregarle por si conocía alguna persona que requiriera de empleada doméstica o cocinera.

—¿Sabe de un lugar…?

—No —ni la dejó terminar de hablar. Pegaba las sillas a las mesas para que no entorpecieran a las personas cuando entraran a almorzar. Un imbécil se cayó y a ellos los demandó.

—Tengo experiencia sirviendo. Los platos no se me caen.

—¿Y a mí qué me importa?

—Debería, este restaurante está polvoriento, le hace falta ayuda.

—Para eso está mi esposa. ¡Largo, váyase a su casa!

—George… Necesito ayuda —la aludida, que surtía el servilletero, atravesó con la mirada al esposo y este se tragó lo que iba a escupir con evidente saña y se escondió en el área de caja.

—A partir del lunes —masculló—. No contrato a nadie un fin de semana. Plato que rompas: plato que te descontamos de tu salario. ¿Entendido?

—Sí, señor, comprendo las implicaciones de una torpeza de mi parte. Pero le comento que trabajé en un taberna-pizzería en Dublín, y allá tenía que servir a más de un cliente a la vez. ¡Nunca se me cayó nada!

La sonrisa de Susana resplandecía al salir del restaurante de los Morris. El matrimonio, por muy cascarrabias que fuese, le pagarían acorde con sus labores. Trabajaría de lunes a sábado, de 6:30 de la mañana a 4:30 de la tarde, y con derecho a almuerzo. Hasta podría llevarse la comida que no se haya vendido en el día; esto aliviaría sus gastos y estaría justa con respecto al alquiler del apartamento; así que debía buscar un ingreso extra para ahorrar dinero. Kinnitty no era viable lo de ser decorador de ambientes y él único trabajo realizado como tal no lo podía mostrar en un portafolios, a menos que hablara con la señora Adara, para tomar unas fotos a los espacios de la casa. Aidan le había dicho que recurriera a ella para lo que…

—¡Cuidado que me atropellas con tus voluptuosos senos!

—Disculpe. —Evadió a un muchacho de unos veinticinco años y de cabellos rubios con el que Susana tuvo el desagradable tropezón al cruzar la esquina en dirección al apartamento.

—Su alegría me costó mi cigarrillo —la retuvo cuando ella intentó alejarse—. Mírelo, ya no puedo recogerlo del piso.

—¿Y qué quiere, que se lo pague? —Se sacudió el brazo y retrocedió por si la volvía a agarrar.

—Era mi último cigarrillo —se lamentó y en sus ojos grises se leía la mentira—. ¿Qué *vamos* a hacer?

La pregunta del rubio parecía amenazante, por lo que Susana hurgó en su bolso.

—Tome, ahí tiene… —le alargó un billete de baja nominación del cual con este pagaba el «daño» causado—, cómprese una cajetilla.

Ajeno a demostrar algún tipo de vergüenza, el quejica recibió el billete y lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros de diseñador, con una mirada que denotaba soberbia y lascivia.

—¿Dónde vives que nunca te he visto por el pueblo? ¿Tienes pareja?

—La garda está a una manzana de aquí, ¿desea que grite para que vengan en mi rescate?

Él hizo un ademán de «huy, huy, cuidado conmigo porque te va a ir mal».

—Solo estoy charlando. Tú, más bien, me agrediste.

—Fue un tropiezo y sin querer.

—Me duele el pecho por el golpe, creo que…

—Deja el teatro que no lo embestí.

—Me cuesta respirar.

—Y no podrá hacerlo por el puñetazo que le daré, si sigue bloqueando mi camino.

El brioso temperamento de la morena no lo cohibió de retenerla para sacarle información. ¿Será casada? ¿Soltera? ¿Lesbiana? ¿Vive sola?

—Tal vez tenga que demandarla —cada vez era más fácil lucrar para no tener que trabajar ni servir a los demás.

—Mire, hijo de puta —Susana estaba que echaba chispas, se cruzó con un estafador—. No me intimide, vengo de un país donde hay sujetos que son peores que usted. Hágase a un lado y abandone su idea de pretender sacarme más dinero, porque lo único que obtendrá será un

puñetazo. Confórmese con el billete que le entregué porque no hay más.

Esbozó una expresión divertida. ¿De dónde emigró ese *pastelillo* que se quería comer?

—Me olvido de todo si aceptas tomar conmigo una cerveza.

Primero toma cianuro.

Cruzó la calle.

—El último que me sacó de las casillas terminó sin dientes —por Aidan—. Aléjese o seré yo la que lo demande por acoso.

Pasos detrás de ella, el maldito la seguía.

—¿Se atrevería? Obvio no me conoce…

—Ni me interesa. —Las pisadas de Susana dirigiéndose a la garda. El rubio se daba cuenta de ello y poco le preocupaba que lo apresaran.

—Los gardaí no la van a ayudar a librarse de mí —amenazó—. Soy muy insistente cuando una hembra me interesa.

—Qué fea forma de hablar de las mujeres. —Sus ojos rodando de un extremo a otro por la calle a ver quién podría ayudarla mientras llegaba a la estación.

—Bueno, «mujer» —corrigió su jerga femenil—. ¿Dónde vive? Si no me dice, igual lo sabré, aquí todo se sabe. No creo que seas turista, eres… —la estudio mientras le pisaba los talones—: cabello negro, bajita, extranjera y contestona… Me parece que eres la novia del dueño de la casa embrujada. ¿Qué haces aquí sola si él se marchó de la provincia?

—¡Qué te importa!

—Recuerde, señor Magnus, que sobre su expediente pesa el acoso. ¿Desea pasar otra temporada en la cárcel?

El libidinoso acosador se sobresaltó con la presencia del comisario, que salió de repente de la garda.

—Gracias, pero probaré otro tipo de alojamiento para descansar. Los catres de las celdas tienen muchas pulgas. ¡Está bien!, no insisto más... —Lanzó un beso al aire hacia la hosca muchacha—. Ya averiguaré sobre ti —le recordó—, quedamos pendiente de esa cerveza. Nos vemos.

A Susana le hubiese gustado que ese tipejo se montara en un auto y se alejara a otra ciudad; por desgracia, daba la impresión de habitar en Kinnitty y quizás sea uno de sus vecinos. Los pasos de este fueron lentos al retirarse y con las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros, silbando despreocupado, rumbo hacia la taberna que quedaba en la calle opuesta de la manzana. En su fuero interno, Susana agradeció que el señor Morris le haya aconsejado no solicitar allá trabajo; tener a un sujeto de cliente como el tal Magnus, la habrían despedido el primer día por el botellazo que ella le propinaría en la cabeza para que la dejara en paz.

—Usted sí que está de malas: encantó al peor admirador —el comisario advirtió a la joven—, a ese sujeto no le gustan que lo rechacen.

—¿Tengo que cuidarme de él? —recordó al *roñoso* y sus compinches, y se le revolvió el estómago por el intento de violación.

—Siempre. Procure no salir en horas nocturnas ni ande por ahí a solas. Si se lo cruza, marque mi número o grite si está cerca.

—Él es un… ¿Es como usted y Aidan?

—Es una rata hambrienta difícil de exterminar —comentó—. *Otras ratas* lo protegen…

Y de los que le causaban problemas al comisario, consideró en su angustia Susana.

Parecía mentira que, cuando el gato no está en la casa, los ratones hacen fiesta. El

conocimiento que los demás tenían de la relación entre ella y Aidan, era que él la había dejado para contraer matrimonio con otras mujeres; las discusiones que sostuvieron en Moninne, las acusaciones del señor Desmond y Niall, repudiando su humanidad y carestía económica, desvirtuaban la imagen real de su persona.

*****

Por ser sábado y el último antes de formar de nuevo parte del ámbito laboral más arduo, Susana disponía de ese fin de semana para ir a la vieja mansión, para tomar fotos y también a ver si lograba visitar a Xylon. Debía aprovechar esos días, ya que después estaría ocupada y no tendría ocasión sino los domingos.

La puerta del taxi se cerró suave y ella le expresó las gracias al hombre que hasta allá la condujo. Zeus saltó al suelo pedregoso en cuanto tuvo ocasión y enseguida subió los escalones hacia la puerta principal cuando la señora Adara reparó en su llegada. Susana la saludó, ignorando a su vez al gardaí que la siguió en su camioneta y que aparcó cerca del cobertizo como si allí fuese un estacionamiento público o pretendiera saludar a la señora Adara. Sin embargo, permanecía estático, con las ventanillas en alto y con el móvil pegado a la oreja. Susana sabía que este fue enviado por el comisario, en una promesa que le hizo a Aidan, de protegerla a toda hora; si iba al supermercado, allá la esperaba un sujeto y luego se marchaba hasta que ella se dirigiera a otro lugar donde, otra persona se encargaba de monitorear sus movimientos. La detestaban, pero cumplían con su deber.

—Y esta vez, ¿qué se le quedó? —la pregunta del ama de llaves no fue recriminatoria, al momento en que la joven ingresaba a la mansión, aunque sí con su habitual intromisión y del que Susana debía procurar de no ponerla de malhumor por espetarle una respuesta grosera. Allí ella ya no vivía.

—Tomaré unas fotos por la casa para lo de mi página *Web* de diseño y decoración… Aidan ya sabe de esto —agregó de inmediato, pese a que mentía de manera descarada. Tal vez a él le molestase que su hogar sea expuesto a ojos extraños, por seguridad o intimidad, nunca lo hablaron y ella no le dejó ningún audio para pedir permiso, asumiendo que ese, «lo que sea que necesites», que le expresó antes de partir, entraba en ese rango. Ya se enterará cuando lo vuelva a ver.

Él casado y ella apartada de su vida.

—¿La señorita estará bien si la dejo sola? Hoy es mi día de bajar al pueblo…

—Vaya tranquila, señora Adara, solo estaré unas horas y me marcho.

—¿La espero?

—No es necesario —sonrió—, si lo hace, estaré con prisas. Es pésimo para el arte…

Analizó su respuesta un rato y luego asintió.

—No deje caer la noche. Si eso le pasa, procure dormir aquí.

—Está bien, gracias por la sugerencia.

Celebró que el ama de llaves le pidiera al gardaí que la llevara al pueblo, pues el que debía hacerlo tuvo un inconveniente con su auto.

El hombre vaciló y sacudió la cabeza en una negación que hacía suponer a Susana de que de allí él no podía moverse.

Debido a esto, ella no lo pensó dos veces, la voz en su cabeza le gritó: «¡Aprovecha que está distraído, que luego no podrás escabullirte de la casa!».

Su vía de escape fue por la puerta principal, ya había inspeccionado el entorno cuando llegó en el taxi, nadie montaba guardia ni hacía sus labores de jardinería. Rodeó la casa, corriendo agachada para cubrirse con las gardenias sembradas cerca de los ventanales de la sala; menos mal que dejó encerrado a Zeus en su antiguo dormitorio o la habría delatado con sus maullidos.

El morral y su suéter de lana los dejó sobre la mesa de la cocina, para que diese la impresión de que ella seguía allá. Tuvo que ingresar por una parte del bosque poco recorrido, en todo momento reduciendo su estatura; las rodillas y espalda le dolían, pero no se arriesgaría a ser vista por el gardaí que seguía montado en la camioneta.

Tras recorrer un largo trecho de vegetación, su pecho se contrajo del susto, no reconocía esa parte del bosque, había memorizado el sendero que la llevaba al invernadero, pero no los atajos ni los desvíos. Se perdió. Todo se veía tan igual…

El maullido de su gato, la sobresaltó, restregó su pelaje en sus piernas y luego se alejó un poco, en esa actitud que hacía para que lo siguiera.

El alma de Susana volvió a su cuerpo.

¡Zeus conocía el camino!

—Te amo, gato desobediente que se escapa de todas partes —susurró aliviada de no hallarse en el infortunio de tener que pedir ayuda al gardaí para que la llevara de vuelta a la casa, y de paso ganarse un jalón de oreja por parte de la señora Adara que, al parecer, esperaba por un taxi.

El recorrido se le hizo más rápido que en las anteriores ocasiones, aún no se cansaba por estar cruzando la montaña y los zapatos deportivos no le apretaban por tener los pies hinchados. A lo mejor se debía a que el clima le jugó a favor, el terreno estaba seco, lo que le permitió un mejor desplazamiento. Zeus la guio hasta hallar la cortina de hiedras, ella abrió la puerta secreta y ambos se sintieron en casa.

Minutos después, la charla que sostenía con Xylon le permitió desahogar su pesadumbre.

*«¿Por qué lo lloras si no ha muerto?»,* la cuestionó, estando él por encima de afecciones tan mundanas.

—Se va a casar…

*«Comprendo»*. —Las lenguas de fuego eran lánguidas, permitiendo a Susana acercarse al arbusto más de lo que se atrevía en anteriores ocasiones. Su calor, una caricia para su aflicción —. *«Deseas exclusividad y no la obtuviste»*.

Lo miró extrañada.

—No nos casamos.

Tuvo que dar dos pasos atrás, ante el chisporroteo del torbellino.

¿Acaso reía?

—¿Qué te divierte? —¡*Ay*, si se está burlando, le avienta agua!

*«Todo»*.

—¿Cómo el hecho de haber tenido un romance con un hombre lobo, del que luego fue llamado por el rey de los hombres lobo, para ofrecerle a sus hijas… lobo? Sí, también me parece divertido…

Chispazos incandescentes emitía el ente mágico por unas «risas» provocadas por su comentario.

Al menos, él la pasaba bien.

Las ramas del arbusto se sacudieron ligero y sus *hojitas doradas* crecían y se encogían en sus dimensiones. Esto incrementaba la rotación del torbellino sobre este, acomodando en una

nueva posición la contextura de sus ramificaciones. Susana se controló de retroceder atemorizada por los hayedos guardianes que se adaptaban al Arbusto Dragón, resguardándolo de los rayos solares o de los hayedos que una semana atrás se rebelaron en contra de ella.

*«Lo que debe ser: será»*.

A la joven se le borró su tenue sonrisa. Qué destino les tocó a ambos vivir.

—Y lo tendré que aceptar, así me rompa en mil pedacitos por dentro.

*«El corazón de Aidan se dividirá entre tres, toma el que te corresponda y sé feliz con él. Un alfa no se debe a una, sino a las que han sido seleccionadas para incrementar el linaje»*.

—Odio compartir.

*«Tendrás que…»*.

—Solo seré un estorbo para él, su preocupación será constante si decido permanecer.

*«No lo serás»*.

Susana tuvo que reprimir poner los ojos en blanco, Xylon no era un buen consejero en eso casos amorosos, todo lo estudiaba desde un punto de vista simple.

No amar: mejor amar.

Preocuparse: no preocuparse.

No compartir: compartir…

Ella era la parte negativa y él, la positiva.

El vuelo de una guacamaya, salido de las copas de un manzano, ocasionó que la joven cambiara sus atormentados pensamientos, pues no tenía caso seguir padeciéndolos, Aidan ya no sería suyo de manera exclusiva.

Se enfocó en la colorida ave, que trajo de nuevo a su mente los múltiples interrogantes que quedaron en su fuero interno sin contestación en su momento.

—El domo... ¿Tú lo creaste? —Tal vez Xylon se carcajease por lo obvio, pero tenía que saberlo.

*«No»* — respondió y esto sorprendió a Susana. ¿Quién tenía conocimiento de semejante tecnología?

—¿Quiénes fueron?

*«Los Sabios»*.

—Sabios…, ¿de qué país?

Se sumió en el silencio y con eso Xylon lo aclaraba todo.

¿Quién carajos eran esos sujetos?

—¿Son los que construyeron el templo?

*«No. Esos fueron los antepasados de Aidan. Caprichos que yo no necesitaba, pero ellos sí»*.

—Entonces, ¿existen otros más antiguos que tú?

*«Sí»*.

—Y… —¡Suelta la lengua o lo que sea que te dé la voluntad de hablar!—. ¿Ellos son de la misma forma que tú?

*«No»*.

—Ah… ¿Hombres lobo? —La cúpula del templo tenía pinturas de estos.

*«No»* —Las ramas quietas, el torbellino casi quieto. Puede que Susana estuviese pisando un terreno que para Xylon le resultaba lodoso, o era una historia que le prohibieron revelar, porque ella solo era una humana sin importancia. O el mismo consideraba no merecía recibir tal conocimiento.

—Disculpa mi curiosidad.

*«La curiosidad es la vía del aprendizaje. Si no he respondido con satisfacción a tus preguntas, se debe a que las has formulado de manera equivocada»*.

—¿Con qué fin construyeron el domo?

El torbellino incrementó su velocidad, y las ramas de los hayedos se movieron para salvaguardarse de ser quemados por el fuego.

*«Sígame»* —le ordenó a la joven y de inmediato el arbusto quedó desprotegido de sus vestiduras ardientes.

El trayecto hacia donde Xylon se dirigía sin revelarle nada a Susana se hizo largo por el constante serpenteo de un sendero adoquinado con piedras planas y musgo que los conducía hacia un sector inexplorado por ella. Lo seguía un poco rezagada, habían salido de los lindes del bosque prohibido y del sembradío de los manzanos y cerezos. El torbellino rozaba los crisantemos rojos y naranjas que crecían a cada lado del sendero, sin que estos sufrieran quemaduras, lo que hacía pensar a Susana de que Xylon podría herir al que quisiera si le placía, pero no lo hacía. Los hayedos rebeldes obtuvieron un escarmiento porque se lo buscaron al agredirla.

Descendieron por una pequeña colina cubierta en grama y luego ascendieron por otra, y la joven no dejaba de asombrarse por la extensión de Síorai. ¿Hasta dónde en realidad llegaba? ¿Más allá del pueblo?, ¿del condado?, ¿de la provincia? ¿O solo era una impresión y lo que tanto recorrían apenas eran unos cuantos metros?

Atravesaron una espiral de abetos que los llevaban cada vez más adentro y adentro, y terminaron en lo que Susana enseguida observó una rotonda en el punto central que la hizo jadear y quedar con la boca abierta por la impresión.

—¡¿Qué es eso?! —Se llevó las manos a la boca, habiendo quedado ella helada frente a unas estatuas blancas de unos quince o veinte metros de alto. Los pétreos rostros y lampiños de unos hombres ataviados en túnicas, la miraban desde las alturas. Irradiaban una sensación de eterna serenidad y poder ancestral, como las figuras religiosas de las iglesias. Sus manos nacaradas y esculpidas por antiguos escultores de monumentales obras, las mantenían extendidas a los lados con las palmas hacia arriba en un gesto de ofrenda y casi rozando los dedos de sus silenciosos compañeros, formando así un círculo de energía que parecía vibrar con la historia antigua del lugar. Eran cuatro en total y cada uno de ellos representaba en su pecho el símbolo de un punto cardinal secundario:

Noreste, sureste, noroeste, suroeste…

*«Na dó dhéag eagnaí»* —Ante la ignorancia de la joven humana que lucía diminuta en comparación a las estatuas, Xylon tradujo su significado—: *«Los cuatro sabios».*

—¿Los antiguos guardianes? —Al superar su impresión por dicho descubrimiento, Susana se fijó que a los pies de los cuatro sabios se hallaba un disco de piedra del ancho de la rotonda, cuyas inscripciones no reconocía, pero que era una especie de escrituras antiquísimas. Allí, cuatro flechas apuntaban al norte, sur, este y oeste.

No había esculturas grandes o pequeñas que los representara.

*«No* —respondió—. *Los Sabios son poseedores de grandes conocimientos y dones. Ellos equilibran el bien y el mal, y los elementos de la naturaleza. Yo formo parte del fuego, destructor y a la vez creador de vida. Los hombres lobo son hijos engendrados fuera de la tierra intermedia.*

—¿Intermedia?

*«Es un puente entre dimensiones infinitas, pero está cerrado para los que deseen cruzar al*

*otro lado».*

—¿Y tú porqué estás aquí, quedaste atrapado?

*«Soy el que impide la entrada y salida de lo que no pertenece entre las dimensiones. El domo me protege».*

Jadeó.

—Pensé que era al invernadero.

*«Ustedes lo nutren, yo lo protejo»*.

Y el domo lo protegía a él…, consideró Susana aún asombrada por la revelación. Xylon era una entidad milenaria que asumió el rol que lo mantendría allí por la eternidad, y, del cual, no había tono quejumbroso o lamento en su voz; era como una especie de «portero» o «custodio de llaves» que permitía el acceso a los seres interdimensionales.

De tener la oportunidad de comentar a otros lo que ha visto y lo que le han dicho sería tomada por mentirosa. Habría sido maravilloso traer a sus padres, hermanas y abuela para que disfrutaran de la belleza de Síorai y de las charlas con Xylon. De este, su hermana María Eugenia sería la que más preguntas le formularía o la más conversadora, desde siempre a ella le han fascinado las historias de fantasía y seres mitológicos.

Pensarlos la entristeció, ellos jamás tendrían ese privilegio…

Luego miró el inmenso disco en el suelo.

—¿Y eso para qué es? —lo señaló. No se atrevió a pisarlo para estar en medio de dichas esculturas, porque Xylon permanecía fuera de esa área. ¿Qué tanto sabía Aidan de todo eso?

*«Es la entrada».*

Arqueó las cejas.

—¡¿Es un portal?! ¿Si lo toco, aparezco en el otro lado? —Sería la explicación a las rarezas que ella ha visto allí, como árboles caminantes y mariposas gigantes.

*«Si lo permito: sí. Pero no lo hagas o morirás por intentarlo»*.

—Juro que jamás lo haré. —¿Qué iba a buscar en aquel lugar que podría convertirse en su tumba? ¿Hayedos agresivos?

Xylon rotó su eje y se devolvió por el mismo sendero que llegaron. Sus llamaradas emitían calor sin ser sofocantes para el que estuviese cerca; sin embargo, daba gusto la calidez que emanaba: reconfortaba como una pequeña fogata en una noche gélida. Agradecía que le revelara la impactante historia de los orígenes de Síorai. No le preguntó si Aidan también lo sabía, asumía que sí, por el hecho de que él estuvo al conocimiento de los hayedos vigilantes, y, quizás, poseía una infinidad de información que aún debía estar procesando en su fuero interno.

Sonrió y se sintió orgullosa de su labor como custodia de la llave. Su trabajo era menor, pero le encantaba.

# Capítulo 19

Los preparativos de la boda sorprendían a Aidan. Esta vez, luego del atardecer, saldrían de cacería. No es algo de lo que él no haya hecho antes; cada mañana en Slieve Bloom solía abastecerse con una liebre o un ciervo que no lograba escapar de sus garras. Sin embargo, por esa zona las presas a atrapar distaban de ser animales, sus «anfitriones» ya tenían escogidas varias en particular que razonaban y mataban a los de su propia especie.

Como buen informante de la cotidianidad de la ciudadela de piedra y más que todo para estrechar «amistad», Enda le comentó que el embajador de América trajo como «regalo» a un psicópata que gustaba abusar de niños. El representante de Rusia aportó el suyo que fue trasladado con cadenas, ya que la hipnosis en este no era efectiva. El de Japón lucía como un luchador de zumo, repleto de tatuajes y mirada severa y que era uno de los cabecillas de las peores organizaciones criminales de aquellas latitudes. De Italia mandaron a un mafioso que había traspasado los límites de la tolerancia de sus crímenes, y España no se quedó atrás, constante apostador en los eventos previos a las uniones maritales del reino de Kane; su aporte, una abominación que no debió ni haber nacido: mentiroso, ladrón y político; se divertirán viéndolo sufrir.

Así como ocho hembras aspirantes lucharon feroces a ser la concubina del joven Fitzgerald, ocho alfas machos de rango medio tendrían que competir, y, el que más humanos cazara, ganaba el liderazgo sobre el condado Offaly.

—¿Por qué mi condado? —Aidan estaba por protestar. Lo suyo ya no era suyo, sino que se disputaría en una cacería macabra que lo despojaban de lo que le pertenecía.

—Es la nueva regla de papá… —Enda comentó para nada empático de la manera poco delicada en cómo el otro se enteraba—. Antes era por dinero y prestigio.

—Pero soy el alfa… Tengo derechos a defender mi liderazgo. —Susana estaría desprotegida, ella de allá no se marcharía por la responsabilidad de estar siempre pendiente del invernadero.

—¡¿Tú?! —Regan se carcajeó—. ¿Defenderás lo que no podrás liderar después por estar acuartelado en Nephin? Buena suerte…

—Para eso tendrías que participar —Enda le contestó en voz baja, proporcionándole sin querer una posibilidad—. ¡¿Lo vas a hacer?! —Jadeó por la seguridad del muchacho—. No te lo aconsejo, esos sujetos… —señaló hacia los fornidos competidores que emprenderían la caza de los asesinos seriales— harán lo que sea por ganar tu condado. Offaly tiene sus mitos…

Claro que los tenía.

—No me consideraría un «alfa» si no defiendo mis tierras —respondió tajante y su mirada se dirigió hacia el Soberano que escuchó la réplica del híbrido. El anciano asintió a su pedido, pese a la protesta del príncipe heredero, pues los embajadores de los otros Soberanos creían que era lo justo.

Descalzo y con el pecho descubierto, Aidan se ubicó en la parte donde los rayos solares vespertinos aún incidían incandescente en el patio de armas. El competidor procedente del condado Laois, de Leinster, tuvo que abandonar a regañadientes su puesto debido al inesperado ingreso del líder actual de Offaly, de la misma provincia. El número de participantes debía ser el mismo, por lo que nada podía alterarse.

Saludó con un movimiento de cabeza a Arlan Sheridan, el alfa del condado de Mayo, y este lo

miró de manera retadora. Ahí no serían amigos ni colegas… Eran rivales.

Desde las almenas, los alfiles y demás residentes de la construcción militar, observaban a los aspirantes a poseer las tierras de Aidan Fitzgerald. Sin contarse, el joven híbrido tenía siete posibilidades de perder; la humillación lo perseguiría hasta la muerte; en vez de recibir obsequios por su boda, le quitaban. Regan gruñó de la rabia porque este no era de los que dejaban que le fregaran la paciencia, no se inmutó por las displicencias de su padre ni chilló porque tendría que rebajarse como un mediocre que divierte a los que jamás podrá aspirar, por más que Aidan se case con dos miembros de la realeza.

—Deben traer las cabezas de sus presas —el jefe de Protocolo, quien solía ser el que recordaba las normas en Trí Aingeal y en los eventos deportivos que se efectuaban, se dirigía a los competidores descamisados—. El que mayor número traiga, se declara ganador. No es válido —agregó, elevando la voz— que la sustituyan por una pierna, brazo o torso. ¡Pedimos cabezas!

—¿No estarán en desventaja con respecto a aquel? ¿Por qué participa? —Regan inquirió, dejando ver a los demás su inquietud. A él, le habían mostrado, a puertas cerradas, el video del enfrentamiento que el híbrido tuvo con los alfiles en Dublín. Si venció a cuatro de estos, con sus tres metros de lobo transformado, a los lugareños que apenas superaban los dos metros en sus cuatro patas, les daría una paliza.

El señor Malone buscó la mirada del Soberano, hasta ese momento no habían tomado este hecho en cuenta, y el regente anciano hizo una seña con la mano y comentó algo al jefe de Gabinete, sentado detrás de él, para que trasmitiera su decisión al jefe de Protocolo.

El hombre su puso en pie.

—Mi señor ordena que ninguno puede cambiar de forma, estarán en iguales condiciones físicas; el que desobedezca será descalificado de la competencia y perderá su rango.

Enda hizo un mohín por la declaración y Regan sonrió triunfal. Los participantes eran veloces.

Por la parte oeste del patio, emergieron cinco sujetos de buena contextura, a quienes les proporcionaron armas de su gusto personal para defenderse de los cazadores. El japonés empuñaba una catana, el ruso un rifle, el italiano prefirió una metralleta, el americano sostenía una escopeta de doble cañón y el español escogió una pistola que podía empuñar sin esfuerzo durante la huida. Era un grupo temerario y fríos en su proceder, pero ninguno se atrevió a apuntar sus armas hacia los extraños empresarios *o lo que sean* que gruñían como animales salvajes. Las respiraciones de aquellos hombres vestidos en trajes de etiqueta y bebiendo champaña, debieron pagar millones de dólares o euros para divertirse como nadie; respiraban pesado, sus sonrisas extrañas, sus ojos estudiándolos a ellos sin temer ser heridos de un disparo. Lo último que recordaron cada uno de los cinco que estaban allí atrapados, fue que les pusieron un trapo en la boca y luego despertaron en la celda de donde acabaron de salir. Esa gente parecía ser los dueños de la policía y de los ejércitos del mundo.

—¡Corran, *malditos*, si logran llegar a Ballycroy, son libres! —Malón les ordenó a los humanos, tras abrirse los portones de la ciudadela.

Ahí, los cañones de las escopetas y pistolas apuntaban a los invitados mientras las presas se movilizaban hacia la salida.

Un alfil señaló la ruta por donde se hallaba el pueblo y estos obedecieron en el acto, carecían de mapas o brújulas que los guiara. Los cazadores aún debían permanecer dentro de las instalaciones para otorgarles a los humanos la ventaja de la distancia recorrida, ya que un metamorfo sería capaz de atraparlos con tan solo correr unos cuantos metros.

Los portones se cerraron y el tiempo empezó a correr lento para los competidores y espectadores que deseaban ver la matanza.

El sol menguó su irradiación calórica, aliviando a todos del sofoco que padecieron desde el mediodía con brisas frescas y descenso de temperatura. Aidan fue de los pocos que hicieron gestos de fastidio cuando el sol les incidió en su cabeza y espalda. Desde el mediodía, dos de ellos se habían quitado sus pantalones para estar más frescos y tres se desnudaron por completo, con la segunda advertencia del jefe de Protocolo de no recurrir a la transformación cuando llegase el momento; podían cazar *en bolas*, pero respetando los reglamentos.

Regan le dedicó a Aidan una mirada despectiva y desafiante, mientras que Enda se relamía los labios, fascinado de los pectorales de su «cuñado».

A ninguno de los cazadores les dieron de comer durante el día ni les permitieron cazar por las inmediaciones, el hambre los haría más despiadados para con sus presas y se comportarían como lo que todos esperaban de ellos. ¡Salvajes!

—Hay un punto que no se ha tomado en cuenta —Malone, agregó tras haber transcurrido una hora—: No estarán solos en la cacería. Nuestros ilustres invitados extranjeros los observarán de cerca, por lo que no deberán pedirles ni recibirles ayuda, vale por una descalificación inmediata. Ustedes, señores embajadores —se enfocó en ellos—, no podrán agredirlos ni insultarlos. Toda intervención en contra o a favor de los competidores les causará el repudio de la Corte y una multa de cinco millones de euros.

Concluidas las advertencias del jefe de Protocolo, los portones de nuevo se abrieron. Los ocho alfas corrieron detrás del rastro de los humanos, que, según los mensajes recibidos a través de los radiotransmisores de los centinelas apostados por las cumbres montañosas, estos ya descendían en dirección hacia el bosque ubicado del otro lado de la montaña.

El alfa del condado de Cork se unió con el del condado de Kerry, ambos de la provincia de Munster, para unir fuerzas y eliminar contrincantes, yéndose por la ruta de las ciénagas, observaron dos pares de huellas de calzado marcadas en la tierra que iban al oeste de su ubicación. La misma táctica fue adoptada por los del condado de Donegal y Monaghan, de la provincia de Úlster; estos lograron herir de gravedad al alfa de Wicklow de la provincia perteneciente de Aidan, quien no se percató de que a su camarada de Leinster le sacaron las tripas antes de siquiera haber trepado la montaña Nephin Beg.

Siguieron a la anterior pareja y los alcanzaron, tras recorrer dos kilómetros, desatándose una encarnizada pelea de cuatro bípedos.

Los embajadores de Rusia e Italia, junto con docenas de alfiles, apretaban la velocidad en sus piernas para no perderse cómo se mataban los alfas de rango medio entre ellos por un premio. Los animaron, cuidándose de no vociferar consignas ofensivas. Aparte de las que estaban estratégicamente colocadas en algunos árboles, cada alfil que protegía a los embajadores, poseía cámaras incorporadas en las hombreras de sus uniformes, grabando los avances de la cacería y del comportamiento de los espectadores.

De la confrontación en la ciénaga quedó uno de cada provincia, y luego estos se abalanzaron entre sí, para luego ser solo uno el que seguiría por su camino hacia los dos humanos que estaban por ahí escondidos.

El del condado de Kerry fue el vencedor de ese punto.

Y, de allí, ha obtener sus trofeos.

Los príncipes y otros invitados optaron por adentrarse al bosque. El embajador americano se trepó al abeto más alto y echó un vistazo por sobre las copas arbóreas, pero un compañero le

llamó la atención por si señalaba a los competidores hacia dónde iban los humanos.

El flash de la cámara fotográfica de un móvil, encandiló a Aidan, teniendo que cerrar y abrir los ojos varias veces para recuperar la visión. Se estrelló contra un abeto y lo partió en dos, golpeando su rostro y pecho. Las ramas del abeto cayeron sobre él, atrapándolo en una celda verdosa. Maldito el que lo fotografió, le partiría la jeta si esto le ocasionaba la pérdida de sus tierras.

—¡Rápido, está atrapado! —Arlan animó a su vecino del condado Galway, de atacar juntos al oponente más fuerte.

Saltaron sobre Aidan al mismo tiempo para arrancarle los brazos; sin embargo, el condenado híbrido, a través de las ramas que le entorpecían, derribó de una patada en las costillas al de Galway y logró evadir los zarpazos de Arlan, con un puñetazo que le sembró en la boca.

Esto provocó que algunos invitados –que se esforzaban por seguirles el paso– jadearan impresionados por la agilidad para superar a sus adversarios. Regan mascullaba por la tontería de su padre de haberlo dejado participar, debieron atarlo a una silla y ponerlo frente a una pantalla para que observase cómo los demás se disputaban sus dominios. El premio como tal no era tan grandioso como una jugosa suma de dinero, pero a Regan le compensarían que el híbrido se ahogara en su propia bilis por la rabia que padecería. Lo que este ignoraba:

Al perder Offaly, perdía el respeto del reino.

—¡Levántate! —Regan gruñó a Arlan, despreocupado de una amonestación por asumir mandos que no le correspondían.

Arlan recobró la conciencia y rápido se incorporó para enfocarse en el híbrido, pero este desapareció de su campo visual. No lo captaba debido a los múltiples aromas de los invitados que entorpecían de manera indirecta, de rastrear a los humanos. Escuchó disparos y luego un alarido masculino, y supo que uno de los cazadores, hacia el norte, ya se había hecho de alguna cabeza humana. Así que, llevado por la impotencia, le dio una patada en la pierna a su compañero para que reaccionara, aún este jadeando por la fractura en las costillas. No debían dejar que Aidan Fitzgerald les tomara la delantera, a él le pagaron para arrebatarle el condado, allá peinarían cada tramo de las montañas hasta dar con la cueva o el foso que guardaba los tesoros de Seamus Gorecki.

Se movieron en sentido suroeste, hacia Ballycroy, con la meta puesta en primero *cargarse* al híbrido y después a los que siguieran en la competencia, aún tenían tiempo para atrapar a los humanos. El pueblo estaba a 10 kilómetros de trayecto a pie para aquellos que no contaban con vehículos ni gozaban de la rapidez de un metamorfo.

A través del follaje del bosque, Arlan y el compañero, corrían como velociraptores tras el carnívoro más letal. Aidan punteaba la carrera y muy rezagados iban los otros dos. De repente varios disparos retumbaron a lo lejos, en los brezales; Aidan evadió dos tiros de manera instintiva, pero el tercero le perforó el muslo derecho. Rodó por el pastizal a causa de su misma velocidad y se llevó la mano al muslo, apretando los dientes por el dolor en la herida. ¡Mierda, le dieron justo en la pierna!

Un sonido mecánico y sutil lo alertó en alzar la mirada hacia el árbol donde él recostó su espalda para vendar la herida con el retazo de tela arrancada de la pernera de su pantalón. La lente de una cámara de video se había movido para filmarlo y así trasmitir al Soberano, que observaba todo desde la fortaleza Nephin, lo que sucedía en ese preciso momento. Escupió una increpación, por eso no les dieron de comer, su metabolismo quemaba sus propias calorías para mantenerse activo y esto hacía más lento el ciclo de la regeneración durante ese día.

Tenía que comer carne humana.

*¡Mierda!* El alfa de Galway, en proceso de transformación para aumentar la potencia de su brazo, casi le abre la cabeza con una roca que le lanzó a unos cinco metros de él.

—*¡Señor Hughes, retírese de la cacería! Ha desobedecido las reglas* —la voz enérgica de uno de los observadores de la competencia, crepitó a través de la bocina bajo la cámara que filmaba a los tres alfas. Desde la fortaleza nada les pasaba desapercibido; siempre y cuando, estuviesen los cazadores en su forma bípeda, todo era válido. Cambiaban…, perdían oportunidad de adquirir más poder en el reino.

El alfa de Galway, gruñó, y cuando pretendió arremeter contra Aidan, recibió un tiro de advertencia en medio de los pies. Dos alfiles apuntaban directo a su pecho.

Otro fuera.

Descalificado por tramposo.

Temiendo que lo acusaran del mismo delito, Arlan optó por tomar otra vía para alcanzar a los humanos. Y fue buena idea que lo hiciera, porque se cruzó con el alfa del condado de Kerry. En las manos de este, un par de cabezas humanas…

—Dámelas y te dejo ir *enterito* —amenazó al jadeante hombre que lucía zarpazos sangrantes en su torso. Si se apoderaba de estas, solo necesitaría de una y ganaba la competencia.

El de Kerry soltó sus trofeos.

Su gruñido feroz.

Arlan alargó sus garras. Los alfiles no intervendrían ni le dispararían por recurrir a sus *armas naturales*, era un hecho que solo esto les permitieron, o ese hijo de puta que logró sus dos cabezas humanas no estaría allí para enfrentarlo.

Mientras estos se gruñían, Aidan emprendió carrera hacia Ballycroy.

De los cinco criminales que soltaron como liebres asustadas, tres seguían con vida. El número superaría al vencedor de los competidores que quedaron rezagados, luchando por las dos cabezas cercenadas.

*¡De ninguna manera!*, el príncipe heredero exclamó para sus adentros, porque una vez más el pelirrojo se libraba de ser derribado.

Hizo señales silenciosas a dos de sus más leales alfiles a que lo siguieran; estos apagaron sus cámaras y se deslizaron por entre los arbustos, recurriendo al *plan b*, al fallar el trazado con anterioridad. Enda ni notó la ausencia de su hermano mayor por estar observando embelesado a los alfas de Kerry y Mayo; apostó a que la provincia anfitriona –Connaught– ganaría ese año por tercera vez consecutiva. Arlan Sheridan era un asesino nato.

A unos kilómetros de haber emergido del bosque hacia el valle, otro disparo atinó en la espalda de Aidan. Sus rodillas cayeron de golpe en los pedruscos y su cara impactó contra el mundo tan fuerte que por poco pierde el sentido; se quejó adolorido y permaneció inmóvil hasta que su instinto de sobrevivencia lo motivó a ponerse a resguardo. Por desgracia, todo era llano en el valle, los brezales apenas se erigían un metro y el follaje no era lo suficientemente denso como para protegerlo de la mira del francotirador.

Invocó a los dioses para tener la resistencia de no emerger su fuego interno, debía mantenerse bípedo, algunos alfiles se alcanzaban a ver como cactus en el desierto y de estos, Aidan se cuidaba de que no le apuntaran con sus armas. La bala aún permanecía en el muslo y la de su espalda comenzaba a entumecer sus extremidades inferiores, más que todo, por el reflejo de las punzadas martirizantes que se extendían por todo su cuerpo que por el daño causado a la columna vertebral; por poco se la destrozan.

Centró toda su atención en las heridas y relajó sus músculos, para expulsar las balas. Se hallaba a campo abierta, a la vista del que le disparó. Si aquel lo hacía por segunda vez, lo más probable, él de allí no volvería a ponerse en pie. ¡Y debía hacerlo!

—Mierda, cómo duele —se quejó y apretó los dientes para rechazar lo que no formaba parte de su ser.

La tierra alrededor de su mano, apoyada en el suelo para mantener el equilibrio, salpicó ante otro disparo que casi le atina. Aidan rodó los ojos hacia los alfiles, pero estos permanecían estáticos, sin haber desenfundado algún tipo de armamento. No eran ellos lo que atentaron contra él, sino otros, tal vez uno de los humanos que no ha podido cruzar el valle, y, si no se recuperaba a tiempo, dejaría a Susana desamparada.

La inclemencia del sol desdibujaba la silueta que se aproximaba hacia él, Aidan gruñó, preparándose a luchar así sea con sus garras. El aroma que detectaba le indicaba la correcta conjetura sobre el francotirador, apestaba a humanidad, vicio y decidía... Era el japonés.

Fingió que agonizaba, no era el mejor plan para resguardarse de un disparo en el corazón, pero tenía que arriesgarse a que el humano se acercara.

Un paso.

Dos pasos.

Tres más…

El descenso violento quedó inmovilizado cuando Aidan atrapó a la catana con su mano. Sus dedos y su palma sangraban por el filo de la hoja metálica, sin pasarle por alto que el japonés no poseía pistola. Tal vez sea injusta la lucha, uno es metamorfo y el otro humano, y la naturaleza animal favorece a la primera especie; sin embargo, Aidan estaba malherido e incapacitado de sus piernas. El japonés inclinaba todo el peso de su rollizo cuerpo sobre él, ejerciendo fuerza con sus musculosos brazos tatuados y empeñado en liquidarlo.

—Hoy no seré el que salude al dios del inframundo, sino tú. —En un jalón, Aidan le arrebató la catana al humano y con esta misma lo decapitó.

La cabeza del sujeto rebotó sobre sus piernas y luego rodó hasta caer a un costado. La cara de este mirando al cielo, la boca en una expresión de terror.

Aidan se arrastró para arrancarle un brazo al humano.

Tenía que comer.

# Capítulo 20

Recuperado de sus heridas, Aidan alzó la nariz para aspirar el aire. Lo primero que percibió fue la sangre salpicada en su cuerpo y pantalón y de la que goteaba a sus pies, de la cabeza desgarrada que sostenía de las greñas del japonés.

Lo siguiente fue la hediondez a sobaco y mierda, cuya brisa calurosa traía a él, el sudor del americano y el español que faltaban por atrapar. Se puso a la frenética carrera de alcanzarlos antes de que otro competidor los reclamara; ignoraba si los organizadores dejaron para estos alguna motocicleta o rústico aparcado en el punto medio del valle para el primero que lograra llegar hasta allá; si esto pasaba, a Aidan se le escaparía de las manos proteger a su clan y hasta a Susana. Kane lo dejó participar, pero ¿le facilitaría defender su condado?

Tuvo a los humanos en su periferia luego de que él casi volara durante el trayecto, soportando los severos cortes que lo pedruscos le ocasionaban en las plantas de sus pies. Los humanos corrían en sentido hacia donde les garantizaban la vida. No había ningún vehículo a la distancia, los disparos efectuados por estos dejaron de representar amenaza, probablemente sus armas las dejaron abandonadas en el camino a falta de municiones. Aidan comprendía que debía cazarlos sin tenerles piedad, ellos no merecían su consideración, no la tuvieron con sus víctimas, se jactaron de sus crímenes y continuarían por esa senda si llegaban a la meta.

Corrió aún más rápido, las diminutas siluetas de sus presas estaban visibles a plenitud, se detuvo y recogió un par de rocas del tamaño de su puño y las lanzó a ellos como un misil.

A ambos los golpeó justo en el cogote.

Y se desplomaron inertes.

Su bestia interna lo felicitaba, ya tenía las tres cabezas en su poder.

Pese a la victoria, Aidan se tenía que recordar que no los cazó por placer, pero le era inevitable sonreír ante el desgarramiento que les producía a los humanos, ellos acabaron con seres inocentes, en fantasías retorcidas.

—Esas son mías.

La repentina voz de Arlan Sheridan, escuchada detrás de él, provocó que la energía calórica en su piel aumentara y sus colmillos se alargaran, no le iban a arrebatar lo que batalló contra todos para defender lo que es suyo.

—Te daré la misma oportunidad que al otro: dámelas y dejo que te vayas rengueando a la fortaleza —Arlan amenazó a la vez en que sostenía la cabeza del italiano y del ruso que le disputó al alfa de Kerry. Dos no le bastaban para alzarse como vencedor, necesitaba de una más, pero se las quitaría todas al pelirrojo para que este no tuviese posibilidad de exigir un segundo reto.

—Ven por ellas, *carroñero*. —Sin soltar sus trofeos, Aidan aguardó a que Arlan lo embistiera. El aire salió abrupto de sus pulmones, tratando de controlar la ebullición de su sangre. Sus instintos primarios lo instaban a cubrir su cuerpo de pelaje y medirse como dos feroces lobos. Pero no le daría el gusto de caer en su trampa.

Mientras tanto, el alfa de Mayo dejó sus trofeos robados en el suelo pedregoso, y, desde su sitio, se preparó para destrozar al maldito, obtendría las cabezas y luego se haría el desentendido con las acusaciones en caso de que por ahí haya algún testigo que no se prestase a encubrirlo. Había recibido una orden y la cumpliría con mucho gusto, los alfiles no lo

detendrían, las cámaras no apuntaban en su dirección, por lo que no habría evidencias que delataran que hizo trampa. Los invitados seguían un rastro plantado por partidarios que deseaban su triunfo. Así se lo expresaron, a través de la competencia le brindaban la oportunidad de codearse con los que reinaban.

Las garras y sus irises fueron los primeros cambios en su anatomía, ansioso por hacerle comer tierra a Aidan Fitzgerald. El retorcimiento de sus huesos y el burbujeo en sus venas, provocaban gruñidos guturales que brotaban de su garganta cada vez más gruesa y peluda. En plena metamorfosis, Arlan se percataba que el híbrido no invocaba a su lobo interno, y esto a él le satisfizo porque indicaba que el tonto acataba las reglas al pie de la letra. Lo vencería con solo abrir sus fauces y clavar sus dientes en su cuello bípedo, Arlan no tenía moral que después le robara la paz a la hora de dormir, le dijeron: «acábalo», y eso haría.

Su cuerpo lobuno se estiró veinte centímetros más por sobre la estatura del alfa de Offaly y plantó bien sus patas en el suelo para embestirlo.

No tomó en cuenta un detalle:

La fuerza de su contrincante.

Su hocico se ladeó abrupto y su cuello se torció a causa del *jetazo* que el híbrido le propinó con la cabeza que sujetaba con la derecha.

La caída fue aparatosa, las patas de Arlan volaron por los aires y su cuerpo comenzó a rodar como balón de voleibol golpeado por un gigante.

No fue capaz de recuperarse, sus piernas temblaban y su maxilar inferior se torció en un ángulo anormal del que hacía que su lengua se saliera y ensalivara a borbotones por no poder cerrar la boca. Alguien le gritó para que se levantara, pero la voz de esa persona enojada fue superada por un gruñido que estalló en sus tímpanos.

Al dirigir sus ojos angustiados hacia el híbrido, la claridad del día de repente se oscureció cuando un puño impactó en su bestial rostro.

De sí mismo no supo más por ese día.

—¡No! ¡No! —la protesta de Regan, delató su ubicación, tras una inmensa roca que sirvió de protección para él y los alfiles que secundaban sus planes. El alfa del condado de Mayo perdió el sentido por el demoledor puñetazo estampado por ese fenómeno de circo. Sus exigentes gritos no lo reanimaban, la morfología animal, de Arlan, iniciaba su retroceso a bípedo. Regan perdió dinero, perdió una buena oportunidad de demostrarle a su padre que se había equivocado al escoger a ese híbrido como procreador; dando como resultado que ahora peligrara su posición de mando, ya que los súbditos efectuarían airadas comparaciones de él con este.

Las cinco cabezas de los humanos criminales estaban a disposición del vencedor; sin embargo, Aidan solo recogió las tres que obtuvo por mérito propio, no se apoderaría de las otras dos porque fueron robadas a otro y él no sería peor.

—¡No te las vas a llevar! —Regan se aproximó junto con sus secuaces que enfundaron sus armas. Los alfiles apostados por esa parte del valle hicieron de la vista gorda, su escasa autoridad era nada con respecto al príncipe heredero. Dieron un paso atrás mientras los otros apuntaban los cañones de sus pistolas al pecho del muchacho, esperando órdenes de liquidarlo. Entregarían las cabezas al primer competidor que se encontraran por el camino o las dejarían al alcance del inepto que seguía noqueado. A Regan no le importaba quién se las llevara al Soberano, sino humillar al híbrido.

—Lo siento, alteza, usted no puede interferir.

—¡Puedo y lo demostraré! ¡Dispárenle! —¿Quién sería tan idiota de acusarlo de pasarse las normas por *el arco del triunfo* si eso repercutía en su muerte? Él jamás perdonaba a un delator.

—*¡Argh!* —Como si fuese cuestión de brujería, las armas se derritieron en las manos de los guardaespaldas del primogénito de Kane. Ni una bala fue disparada, las quemaduras en sus palmas los obligaron a soltar las pistolas de inmediato; retrocedieron asustados, notando la coloración rojiza y el humo que emanaba de la piel del híbrido, en una especie de inminente autocombustión. Los alfiles que, hasta ese momento, no intervinieron en las sucias tretas del príncipe, comenzaron su fase de transformación, pero el eventual crecimiento anatómico del híbrido y su piel roja endemoniada, les hicieron considerar que era mejor ser su amigo que enemigo. Este era más que un alfa…

¿A qué tipo de casta ese híbrido en realidad pertenecía?, Regan se protegió tras los alfiles petrificados que pensaban en ese instante en si hincarse ante este o suplicar por sus vidas. Ni fue capaz de exigirles que lo atacaran, la mirada –literalmente cargada de fuego– de Aidan les advertía que lo dejaran marchar en paz con sus cabezas cercenadas, como si fuese el mensajero de la muerte. Las recogió y en un parpadeo desapareció del campo visual de los siete pares de ojos explayados que creían haber presenciado una leyenda viviente.

*****

A la medianoche, en las instalaciones de la ciudadela de piedra, el ambiente se amenizó con licor, música y mujeres. Las cabezas obtenidas por Aidan y las otras dejadas atrás se lucían como candelabros en las mesas de los banquetes, a cada una le pegaron sobre sus cabelleras una vela encendida para dar «elegancia». Los cuerpos de todos los humanos fueron recuperados de las zonas donde los atraparon y desmembraron. Piernas, brazos, torsos: lavados y sazonados para el festín.

De la bandeja del jabalí se sirvió un buen tajo de costillas y se disculpó con los presentes por no probar de los cuerpos humanos; cuando lo hizo fue por necesidad, ahora no tenía excusa, mientras amase a Susana, procuraría no comer carne humana.

La última piedra que tapiaba su libertad fue puesta tras la entrega de las princesas. Tuvo que forzar una sonrisa como si tuviese una daga pegada a su garganta a la espera de desgarrarla si se echaba para atrás si no las aceptaba como sus mujeres. Si bien, el intercambio de besos entre el trío de «esposos» fue carente de emoción para él, las otras casi le meten la lengua hasta el esófago.

La boda como tal, no se efectuó, no como Aidan se la imaginó: un altar, el piano que pauta la marcha de los novios, la ceremonia solemne, el intercambio de votos por ambas partes… Solo un escueto discurso del prior: «En nombre de nuestro amo, Kane Saighead, Soberano de los metamorfos de las tierras occidentales de Europa, le entregamos a Aidan Fitzgerald –sin mencionar su linaje– a las bienamadas, Syra y Rowena Saighead, princesas legítimas de su majestad presente. Poséalas, préñalas y convierta a la Casa Saighead en una más poderosa.

Aidan tomó las manos de cada princesa y les besó el dorso como un caballero.

En su mente y corazón le pidió perdón a Susana.

El Salón del Rey retumbó de aplausos y vítores para los recién casados, allí se efectuó el enlace matrimonial entre el híbrido y las princesas, ambas ataviadas en hermosos vestidos blancos y tiaras de diamantes. La dicha por el macho que tendrían se reflejaba en sus rostros sonrientes, se salvaron de ser entregadas a líderes viejos y malhumorados, con cachorros

llorones y lobatos malcriados engendrados con otras, para que ellas los cuidasen como si fuesen suyos, y, de paso, engendrarles los propios. Aunque, con el que acaban de jurar obediencia, no les importaría parirle una docena de lobeznos, la virilidad que este irradia, su magnetismo animal…, las hacían desear estar de una vez los tres en una misma cama.

—Padre, bendícenos… —Syra expresó a la vez en que ella, Rowena y el esposo a las que enlazaron se reverenciaban ante el monarca. Aidan dejó que fuese la mayor, la que demostrara el afecto, porque él solo tenía hiel en las palabras contenidas en su boca.

Sentado en su rústico trono de piedra tallada, Kane concedió el pedido a los jóvenes, con un leve asentamiento de cabeza; esperaba que Aidan cumpliese con su parte, porque después no le tendría piedad.

El mar de invitados se abrió para permitirle a los jóvenes de ubicarse en el centro del salón, ya que ahí se efectuaría el primer baile y el brindis, y, tras una breve amenización con los asistentes, los recién casados irían directo a la habitación nupcial.

De inmediato fueron rodeados, aguardando a ver cómo el híbrido se las arreglaría para danzar con sus dos esposas sin tropezar ni pisarles los pies. Meditaban entre susurros socarrones que sería una tarea complicada, la pieza de baile solía constar de pasos acompasados que requerían un fondo musical suave que les permitiera a los novios de movilizarse gráciles por la pista. Los que pocos sabían con anticipación era que los festejantes tendrían que «danzar» con una ópera cantada allí mismo, y que la historia en sí de la obra crisparía el genio al que guiaría el baile.

Por extensión…

Se suscitó un interés de todos por observar el rostro serio del muchacho, a ver qué incómodas expresiones esbozaba.

Los mesosopranos, barítonos y tenores comenzaron a cantar el primer acto de *Las Bodas de Fígaro,* a unos pasos del altar formado para la ceremonia, acompañados por violinistas y chelistas ataviados de etiqueta. La voces cálidas y potentes de los cantantes se escuchaban hasta el final del salón, sus líricas eran una sinfonía de jocosas y dramáticas estrofas sobre un conde casado que pretendía los favores de la joven Susana que es la prometida de Fígaro, del cual hay una secuencia de equivocaciones que al final todos tienen su final feliz: el conde se reconcilia con su condesa, y a Fígaro le permiten casarse con Susana.

Más de una invitada ansiaba para sus adentros hallar un prospecto como el hermoso pelirrojo que danzaba ágil con las princesas, ignorando que este estaba por gritar de la rabia. El nombre del personaje de la trama musical a Aidan le recordaba a su amada. Él no obtuvo su final feliz. Se lo restregaban a la cara con su habitual humor negro: él ahora les pertenecía a ellos, no habría alianzas para detener las maquinaciones dentro de esos muros.

La celeridad con la que fue efectuada la boda, no deslució el derroche de bebidas alcohólicas o los millares de flores que embellecían el entorno. Los buenos deseos hacia el trío de esposos se expresaban a cada tanto; copas de champaña en alto y un «a su salud» les deseaban al unísono. Todo era dicha y sonrisas, baile y coqueteo entre los invitados. Las hijas solteras que faltaron por casarse –las que valían la pena– ya tenían una argolla matrimonial en el dedo, pese a que fueron entregadas a un sujeto que, para algunos, su apariencia física y habilidad en la cacería no elevaban su linaje por ser híbrido.

En cuanto el híbrido aceptó sus obligaciones como esposo y súbdito del reino, Kane se retiró a sus aposentos; quedaba en representación su primogénito que se encargaría de atender a los embajadores y empresarios de altas élites.

Ya le hizo saber al híbrido que él tenía el poder suficiente hasta para divertirse a sus expensas en lo que sea que se le antojase; el condado que este lideraba fue una advertencia de que todo a Kane le pertenecía; nada más le ponía en juego su dignidad y la sumisión era inmediata.

Las compañeras de los ilustres invitados, asistieron esta vez para la boda; durante la lucha de la concubina y la cacería de los humanos, estuvieron confinadas en una sección resguardada de la fortaleza, debido a la poca tolerancia de las hembras a dichos eventos organizados para el público masculino. Intercambiaban entre estas apreciaciones sobre los hermosos bordados de los vestidos de novia de las princesas, sus joyas y peinados, así como también sus modestas observaciones del enigmático y muy atractivo joven que las desposó. La compañera del embajador de Italia, expresó en un torpe inglés para que sus conocidas oyentes la comprendieran, de la buena impresión que el *consorte* causaba en la comitiva extranjera y en el ejército irlandés. No era arrogante, pero se hacía respetar con su imponencia; no era de linaje puro, y vaya que su mezcla genética bastó para vencer a sus adversarios; no era nacido de reyes, y daba la impresión de que lo fuese…

Pese a que la cotillera italiana procuró expresarlo en voz baja, Silas –Alfa Mayor de Irlanda– escuchó cada palabra mientras se dirigía hacia donde los príncipes charlaban.

—Es extraño ese sujeto —comentó luego de reverenciarse ante Regan y Enda, forrados de medallas en sus trajes de etiqueta—, apareció de la nada y ganó el aprecio del Soberano como si lo hubiese embrujado…

*A él, sí*, Enda meditó en una sonrisa contenida, pero que evitó exponer sus lascivos pensamientos para que no lo juzgaran.

—Mi padre no es idiota —Regan replicó avinagrado de estar allí, fingiendo que nada pasó en el valle—, conoce a cabalidad los antecedentes de los miembros de la Corte. Hasta a usted le hurgaron su pasado. A aquel… —apuntó con su barbilla despectiva hacia el aludido que danzaba con sus hermanas embobadas— lo tiene agarrado de las bolas. La «brujería» no somete a los Saighead.

Silas tuvo que sorber de su copa de champaña para ocultar la incomodidad reflejada en su rostro.

Imbécil.

—Mi señor es consciente del aprecio que le tengo al Soberano, no lo dije por ser irrespetuoso, es por la preocupación que despierta en mí ese híbrido. No es como los demás de su casta.

Los ojos de fuego, las armas derretidas…, dichas imágenes atormentaban a Regan desde que volvió a la fortaleza Nephin junto a sus hombres que fueron obligados a jurar mantener la boca cerrada. ¿Qué era Aidan Fitzgerald? Los híbridos jamás eran alfas ni tenían esos cambios extraños en la coloración de su piel, se los conocía por ser débiles y hasta estúpidos, bajos y con una fealdad digna de chistes. ¿Habrá descubierto algún medio o conjuro que aumentase su musculatura?

Y el humo…

La apariencia de ser un demonio… ¿Invocó al diablo y este le concedió todos sus deseos?

Los invitados lo admiraban.

Tras concluida la pieza musical operística, se anunció la partida de Aidan y sus esposas.

No hubo lluvia de arroz, sino aullidos estrepitosos para la buena suerte.

El Alfa de la Provincia de Ulster les deseó larga vida y muchos cachorros, mientras que Silas atravesaba con la mirada al muchacho por arrebatarle dos oportunidades que él ansió para

ligarse a la nobleza. Kane le confirió a ese híbrido el título de Príncipe Consorte, con tratamiento de Alteza Real.

¡Se equivocaron al escoger a ese varón! Silas estuvo a punto de subir un escaño más en el Clan Universal, pero tuvo que aparecer ese malnacido para que el Soberano se olvidara de él.

Docena de hombres ataviados en sus uniformes de gala se enfilaron a las afueras del salón a que los recién casados abandonaran el recinto. Cada uno de estos tenía enfundado en su cinto un arma que le volaría los sesos al que no estuviese de acuerdo con el matrimonio, o de liquidar a ese alfa si se arrepentía del enlace, tras cruzar las puertas hacia sus destinos.

La sangre hervía por las venas de Aidan, por tener que fingir una sonrisa que no expresaba lo que en su fuero interno en realidad sentía. Susana…

Es a esta del cual a él le habría gustado desposar y estar de camino hacia la alcoba nupcial, y no haberse casado con un par de niñatas que no se cansaban de brincar de alegría.

El líder del escuadrón los guio hasta el área de los dormitorios de la Familia Real. Desde lejos el personal de la fortaleza apreciaba el paso del trío; qué felices se los veía y qué magnánimo lucía él, que en ningún momento perdía la compostura.

El alivio aflojó la tensión en los hombros de Aidan, respiró más relajado de que los dejaran a solas, no sería capaz de que se le parara el pito si otros estarían allí presenciando con morbo como él «desfloraba» a las princesas.

Las puertas de la alcoba se cerraron frente a él, y… ahí…, en la privacidad, las manos de sus esposas lo acariciaban en una sensual invitación de comenzar con la luna de miel.

# Capítulo 21

El cielo de la noche anterior había sido iluminado por los destellos de colores de los fuegos pirotécnicos. El júbilo recorrió las calles y las casas de Kinnitty, ya que ahora serían liderados por alguien de mayor categoría; el clan adquiría prestigio y aumentaría el respeto de otros hacia ellos como comunidad; una bendición que agradecían a los dioses por haberles otorgado que en Slieve Bloom se alojasen los Fitzgerald.

Del estallido de los cohetones, voladores y petardos… Susana fue la única residente del pueblo que no disfrutó de la ensordecedora algarabía.

Las ventanas cerradas, la colcha echada sobre su cabeza, la almohada mitigando los sonidos.

Se casó…

Ya no era suyo, él se elevó a una posición inalcanzable para ella; porque, la manera más efectiva para estar con Aidan era aceptar su papel de *esposa de relleno* o la amante, y en eso Susana no pensaba rebajarse, por más que lo amara y él le prometiera que sería la principal en sus afectos. Los demás la tratarían como a la mujerzuela que mantiene en un apartamento. ¿Qué satisfacción a ella le daría todo eso? ¿Dinero? ¿Comodidad? ¿Y su corazón qué?... Así sea que aceptase ser ese tipo de mujer, poco a poco su amor por Aidan se desvanecería, porque no aguantaría esperar a que él tuviese tiempo de visitarla.

La leche fría casi se desborda del tazón donde sirvió el cereal. La cafetera emitía el característico sonido de salpicar las últimas gotas de su líquido aromático que la sacaba de su letargo matutino. Zeus comía sus croquetas en un extremo del área de la cocina; el silencio ahora era reconfortante, los festejos estuvieron hasta bien entrada la madrugada, por lo que Susana y Zeus apenas conciliaron el sueño. Los párpados estaban que a la joven se le cerraban, pugnando en que, tras desayunar se volvería a acostar y se levantaría de allí hasta el año tres mil.

—Tendrás que mercar si no quieres seguir comiendo cereal… —Ha sido su alimento desde que se mudó. El pote de la leche fue a dar a la cesta de la basura, siendo esta la última ración de comida que a Susana le quedaba para llenar la panza. Ni quería abrir la nevera; lo hizo varias veces, como si con esa acción en el interior haría aparecer de forma mágica frutos, legumbres, hortalizas…

De camino al supermercado se respiraba un ambiente desértico, daba la impresión de que la gente estuviese de vacaciones. Le sorprendió que algunas personas encargadas del aseo de las calles, ya hayan barrido los residuos de la noche de cerveza y pólvora. Los negocios aún no subían sus persianas, y esto a Susana la preocupaba, porque pasaría hambre, a menos que se surtiese del invernadero.

—Ho… —el saludo que estuvo a punto de expresar al comisario Bell, quedó interrumpido, pues este, parado frente a la puerta de la garda, se dio la vuelta como si no la hubiese visto. ¡Y sí lo hizo! Pendejo maleducado. Y es todo sonrisas con Aidan.

Siquiera su suerte no empeoró, el supermercado estaba abierto y el surtido en el carrito de compras dejaría la nevera repleta. La cajera le indicó el monto a pagar, luego de haber escaneado los códigos de barra de los artículos, con una rabia, que a Susana la puso en guardia. Otra que no pudo dormir –a juzgar por sus ojeras y su hosquedad– por las celebraciones de los lugareños.

Le extendió el dinero y, en un rápido manotón, la cajera se lo arrebató.

—¡Ten más cuidado casi me arañas! —la increpó, pero la cajera se hizo la desentendida.

Abrió la boca para comentarle su molestia a la señora que aguardaba su turno en la fila, y de inmediato se contuvo de hacerlo por la mirada severa de la mujer hacia ella.

Cohibida de lanzar increpaciones por ponerla de malhumor, tomó sus bolsas y se marchó mientras en su mente le daba de piñazos a la cajera. Aguantaría el peso de sus compras, no era mucho lo que debía recorrer a pie hasta su apartamento que quedaba a un par de calles; de hecho, todo quedaba a un par de calles… La calidez del sol despuntaba desde temprano para el que se levantó con el canto de los gallos. Vaya, poca gente se ha encontrado y estos la hicieron sentir incómoda.

Escuchó un gruñido detrás de ella.

Se volvió y no vio nada.

Carajo, ¿qué fue eso? ¿Un perro o un lobo?

Su corazón se aceleró al mismo tiempo en que sus piernas se aprestaron a saldar la distancia por la acera. ¿Era su parecer o esa mañana al mundo le dio por estar en su contra? Hasta los barrenderos se mostraban hoscos, al verla pasar, del cual uno de ellos le perfiló los dientes de manera amenazante. Esto a Susana la puso en alerta, ¿debía temer? Aidan le había manifestado que estaría segura en Kinnitty, los hombres lobo acostumbraban a compartir territorio con los que no eran de su especie.

—Deberías largarte, corrompes con tu presencia a los inocentes —escupió un sujeto que se asomó por una ventana.

—¿Cómo se atreve a…? —Enmudeció, el hombre deformó su rostro en una que motivó a Susana a correr lejos de allí.

En el refugio de su apartamento, las bolsas cayeron al piso, tras ella soltarlas a los pies de la puerta principal, para llorar con amargura. Sí, el mundo estaba en su contra.

La estadía allí se le hizo insufrible a Susana, transcurrida una hora. No tenía ánimos de organizar las cajas ni cocinar ni consultar las redes sociales; menos llorar en la cama o frente a las ventanas, mirando al horizonte y ansiando lo que, de un día para otro, le arrebataron.

Terció el morral a su espalda, con Zeus dentro, asomado apenas su cabecita por la abertura, y se marchó a pasar otro día más con Xylon. Era paciente con sus lamentos y atinaba en sus consejos, pese a que algunas veces no era lo que Susana deseara escuchar. Clarissa sería ideal para estas cosas, en el que la melancolía la dominaba, ¿cuántas veces se sentaron a admirar las estrellas y darse consejos mutuamente? Poco podría decirle a su amiga de lo que a ella le pasaba; estaría al conocimiento de una versión de los hechos alterada para que no la mirase como si estuviese loca. Ni a sus hermanas, con las que comenta su día a día, les ha revelado en detalle lo de Aidan y lo del pueblo. No tenía permitido hacerlo, el mismo Aidan se lo había advertido: los humanos no debían saber por su bien.

El taxista fue rápido en aparecer tras la solicitud hecha en línea. Se subió en la parte posterior, y el morral con Zeus, reposados en sus piernas. Le tocaba disponer de un medio que la llevase hasta Moninne, y, de allí, ella tomaría la ruta hacia su querido Edén. Desde el pueblo sería largo y agotador, y a ella no le rendiría el esfuerzo; por lo tanto, acortaría el camino a la mitad para ahorrar tiempo.

Ni alcanzó el taxi a rodar, cuando frenó abrupto por haberse atravesado el comisario.

Caminó hacia la ventanilla y se inclinó hacia ella.

—¿Adónde se dirige? —No hubo saludos, sus ojos estrictos atravesándola.

—A casa de Aidan —respondió, siendo cuidadosa de no revelar su verdadero propósito.

—¿Y qué va a hacer allá sola?

—No lo está —le molestaba la intromisión de ese señor que quería averiguar todo como si ella fuese a hurtar las pertenencias del propietario—. La señora Adara permanece en Moninne. Además, voy a buscar algo que se me quedó.

—¿Como qué?

—Los pantys colgados en el tendedero —viejo metiche.

—Puedo mandar a alguien por ellas.

—No voy a permitir que uno de sus hombres toque mi ropa íntima. Y la señora Adara bastante está ocupada como para que haga de mandadera; bien que puedo ir por mi cuenta a buscar lo que es mío, ¿no le parece, comisario?

Tyrone, que no tenía paciencia con los humanos o hembras molestas, como la señorita Maldonado, dilató sus pupilas para hacerle desistir de su viaje a las montañas.

—Vuelva a casa y ocúpese de sus labores domésticas hasta que el amo regrese.

—No le voy a pedir a Aidan que me traiga las pantys —replicó cabreada, y Tyrone arqueó las cejas—. ¿Pretende que le diga a Aidan que no me dejan ir a buscarlas? —Zeus le bufó al hombre y la joven comenzaba a ponerse nerviosa de que la retuvieran.

—Estaremos pendiente de usted —le advirtió—, no tarde. Su seguridad es nuestra responsabilidad.

—Tardaré un poquito —lo contradijo—. Tampoco es que vaya allá, las empaque y me largue. Charlaré un rato con la señora Adara. —Y luego con Xylon.

Como gato enojado, el comisario Bell movió su mostacho, en unas palabras ininteligibles que Susana esperaba no la estuviese insultando. Le dio vía libre para que volviera a Moninne, pero le daba la impresión de ser seguida y no precisamente por un auto.

La señora Adara demostraba que ningún visitante pasaba desapercibido, ya estaba en el pórtico, aguardando a que el taxi apareciera frente a la casa, o quizás el *entrometido* le telefoneó para que la vigilase.

—Feliz día, señorita Susana. ¿En qué la puedo ayudar?, ¿decidió volver? —Echó un vistazo al maletero del taxi, pero el chofer no hizo amague de bajarse del vehículo, sino que se puso en marcha hacia los portones.

—Feliz día, señora Adara. Solo vine a buscar algunas cosas que se me quedaron —mintió para salir del paso y se dirigió al interior de la casa.

—Pero el taxi se marchó... ¿Cómo piensa volver al pueblo?

Huy, ¿qué decir? Susana no había caído en cuenta en esto y esbozó un mohín porque tendría que retornar a pie.

—Llamaré otro en un rato, no se preocupe. —Apenas pasaron un par de días y sentía que en la casa transcurrieron los años, se percibía tan solitaria que ni se percató de su sonoro suspiro. La ausencia de Aidan era aplastante.

Al subir a los dormitorios, fingió que hurgaba en las gavetas vacías de su armario, la señora Adara la siguió y se ofreció en ayudarle a «buscar» lo que sea que la joven dejó olvidado. Zeus se acomodó a lo largo de su antigua cama, extrañando el mullido colchón y los recorridos que solía hacer por la tercera planta y por el área de los jardines. Por fortuna, lo que la anciana tenía montado en el fogón de leña se le estaba quemando.

Se marchó a salvar lo que le haya quedado de comida.

*¡Ahora o nunca!*

Las veloces pisadas de Susana ni emitieron vibración en los escalones al subir de volada al dormitorio de Aidan, y miró a través de la ventana, donde, noches atrás, ella había salido de manera furtiva con Aidan. Estudió el modo de descender sin partirse las piernas, la altura era considerable y ella no era muy diestra para tales aventuras. ¿Cómo hacía para ir al invernadero sin que los sujetos que se hayan afuera se den cuenta? Lástima que Aidan no le enseñó otro atajo.

—Hola —saludó a uno de los cuidadores al toparse con la mirada de este que hacía sus rondas por esa parte de los predios de la casa. Desde que el taxi cruzó los portones, contó cinco de los lugareños y quién sabe si habría más por ahí sin que ella advirtiera de su presencia.

Bajó a la cocina. El humo enturbió un poco el ambiente, con un ligero olor a pollo quemado. La puerta posterior estaba abierta para airear el entorno; la señora Adara abanicaba con un trapo para que el humo saliera por el umbral. Tenía hebras de su cabello alborotadas y sudor perlando las aletas nasales; las carnes de sus brazos se movían flácidas, excusándose de habérsele olvidado que tenía un guisado; a lo que Susana se disculpó por sentirse culpable.

—¿No teme estar aquí solita? —le preguntó, ella nunca fue capaz de permanecer sola en la casa con los ruidos extraños.

—Jamás lo estoy, los muchachos me acompañan siempre —contestó sonriente en referencia a los cuidadores que estaban afuera.

—¿Y el guisado que se quemó es para ellos? Se ve que es mucho…

—Ellos cazan, les gustan los alimentos «frescos» —rio—. Esto es lo mío, ya no suelo cazar… ¿Desea acompañarme a comer? —preguntó y la joven sacudió la cabeza, incómoda por la conversación y porque le urgía ir a Síorai. Si seguía allí se le haría tarde.

—Estaré un rato en el jardín, echaré un «vistazo» a las gardenias.

—Cada día me ocupo de sus flores.

—Se lo agradezco, pero igual quisiera verlas…

Se alegró de hallar sus botas camperas en el lugar donde suele dejarlas cuando regresa de las montañas: a un lado de la puerta posterior. Se aseguró de no tener algún insecto dentro y enseguida se cambió de calzado y se dirigió hacia las gardenias. Percibía que la señora Adara la observaba desde los ventanales de la sala y que los ojos de los cuidadores no se despegaban de su espalda. ¿Cómo se escabullía de ellos si era vigilada? Expresarles que daría un paseo por el bosque, equivaldría a que la siguieran, y pondría en riesgo el secreto del invernadero.

Del cobertizo extrajo las herramientas de jardinería, escarbó tierra, regó las flores, acomodó las piedras que rodean las plantas; de vez en cuando echando miraditas sobre sus hombros, a ver si tenía un par de ojos sobre ella.

Sí los tenía.

Zeus bordeó la casa para atrapar una mariposa que revoloteaba por los rosales.

—Ay, qué tremendo... ¡Zeus! —Fingiendo que estaba molesta, por lo que abandonó las herramientas entre las gardenias, y fue a prisa tras el gato.

Lo persiguió por el área de los arbustos, le dio la excusa de alejarse de la casa sin que los demás levantaran suspicacias. Zeus corría un trayecto y luego se detenía en una aparente cacería. Susana lo llamaba, cada vez bajando la voz para no alertar su ubicación, miraba hacia atrás y estudiaba la zona. ¿La seguían? A ningún greñudo veía.

—Qué animalito tan desobediente, ¿por qué eres así? —Sus pisadas en dirección hacia Síorai, tendría que darse prisas para estar de regreso antes del anochecer.

La memoria muscular la hacía más ágil al transitar por los terrenos lodosos y resbalosos. Las

suelas de sus camperos se posaban sin vacilaciones sobre rocas cubiertas de musgos; cada arbusto tenía su propia característica que, en esta ocasión, Susana diferenciaba. Las veces en que ella se ha caído de bruces, le han valido para moverse como si se lo pasara por ahí día y noche, sin parar; no se ha resbalado ni enredado su ropa con los brezales. Zeus era su «perrito guardián» que le llevaba la delantera; sus patitas sorteaban igual de ágiles el traicionero terreno montañoso, estaba contento, se hallaba en su entorno, rodeado de naturaleza y muchos insectos para cazar.

—Señorita, no debe alejarse de la casa o se va a perder.

Susana y el gato se detuvieron abrupto. Diarmuid –uno de los cuidadores– la había seguido.

—¡Ay qué descuidada soy! —Sonrió como chiquilla, pero en su fuero interno lanzaba increpaciones por haber sido atrapada. Me distraje —explicó—, por aquí es tan bonito…

—Cuando desee recorrer las montañas, no lo haga sola, pídenos que la acompañemos y con gusto la guiaremos por los senderos más seguros. Muchos senderistas se han perdido y los hemos encontrado muertos después de varias semanas, con el cuello torcido y las piernas rotas por alguna caída —Diarmuid le comentó lo más amable que pudo para no parecer que la increpaba.

—Por supuesto, muchas gracias por su preocupación. —Susana lamentó tener que seguir al hombre hacia Moninne, con Zeus en sus brazos que se removía fastidiado. La vez pasada tuvo suerte de haber ido al invernadero, pues nadie la detuvo. Ahora lo tendría difícil, el mandato de Aidan entorpecía que ella cumpliese con su deber. ¿Qué iba a hacer entonces? ¿Aguardar a que él volviese de su luna de miel? Ni quería llamarlo, pero no le quedaría más alternativa que mandarle unos cuantos audios airados: «¡Vaya complicación me has dejado por tu sobreprotección!, ni a la esquina puedo ir sola porque me respiran en la nuca!».

A buena distancia de los que retornaban a la mansión…

Las florecillas blancas del espino albar ocultaban las siluetas robustas de los hombres que habían estado aguardando a que la joven, sin darse cuenta, los llevara hasta el lugar que él y sus hombres no han logrado descubrir.

—Para la próxima, informe a los muchachos que la dejen merodear por el bosque.

—¿Y si se pierde, señor?

—No lo hará, ella conoce el camino.

—¿Hacia dónde?

—Eso es lo que quiero saber: ¿Hacia dónde? —Tyrone inquirió al gardaí, retirados ellos en un punto donde los aromas no eran detectados por los centinelas. Cuando la vieron emerger de las montañas y que luego no se tomó la molestia de volver a entrar a la casa, determinaron que por allá había algo enterrado. Esa pareja era rara, tenían secretos que se negaban a compartir, y él vería cómo lo averiguaría. La hembra del híbrido no era fácil de manipular y el otro logró ganar adeptos que lo protegían. Pero estaba cerca de hallar aquellas tierras secretas y la joven lo guiaría.

# Capítulo 22

La descortesía y malas caras de la gente colmaron su paciencia. Susana se había propuesto no llamar a Aidan o dejarle un mensaje de texto, pero tendría que hacerlo; a toda hora un par de ojos la seguía a todas partes o soportaba las hoscas murmuraciones que escuchaba a su paso, del trabajo al apartamento. Tenía que poner remedio a esa situación con los pueblerinos.

Vivir independiente ha sido tranquilo, a diario Susana se comunicaba con su mamá o sus hermanas, a través del móvil; su abuela le leía un extracto de la Biblia, intuyendo que su nieta no iba a misa. De su trabajo…, lo mismo de siempre: lavar platos, limpiar mesas, servir comida, barrer, lampacear… Los Murray eran estrictos como jefes, pero Susana agradecía le hayan dado empleo. Las personas, cuyos negocios la joven pensaba que la contratarían, fueron las que se negaron tajantes a tenerla bajo su mando. La afligió que la señora Campbell, de la tienda de dulces, que ha sido amable con ella desde el día en que entró a su tienda a pedirle el favor de permitirle cargar su móvil, ni siquiera le recibió su currículo para que leyese sobre su experiencia laboral.

—¿Qué pasa con estos pantalones? —Se esforzaba en enfundarse en los vaqueros más anchos que tenía, los otros tres los dejó apilados sobre su cama. De los muslos no le subieron—. No vuelvo a comprar ese detergente, encoge la ropa.

Hurgar en su guardarropa le tomó treinta minutos más, y, del que, para compensar el tiempo perdido, prescindiría del desayuno y así presentarse dentro del horario establecido por sus jefes. Zeus le maulló en su ruego de que le echara otra ración de croquetas, lo servido no compensaba el hambre, pero se quedó con las ganas de repetir, su ama se calzó los zapatos planos y, en una exhalación, lo dejó solo en el apartamento.

Llegó un minuto tarde y esto le valió que el señor Murray la increpara y luego le ordenara limpiar los cristales de los ventanales, hacía semanas que no se hacía, su anterior empleada fue muy perezosa.

La labor era liviana para Susana que ha ejercido oficios más arduos; aun así, habría preferido lavar los baños o encerar pisos, o lavar las pilas de ollas en las que se preparaban cantidades de guiso, pero no a estar allí a que la gente se la quedasen observando como si nunca hubiesen visto a nadie limpiar vidrios. Tenía a tres sujetos recostados en las puertas de un auto estacionado frente al restaurante, escaneándola en silencio.

—¿No tienen otra cosa que hacer que mirarme el culo? —La hartaba sus risitas y comentarios inaudibles. Lo que sea que comentaban entre ellos a Susana le sonaba a ofensa.

—La vía es libre —Magnus, el desgraciado con el que ella se había tropezado el sábado pasado, le respondió con descaro.

—El asedio no. —Seguía con lo que hacía. Dos atomizadas más y el trapo puliendo la superficie para dejarla más cristalina. Detrás de la barra, el señor Murray alzó la mirada para observar hacia afuera. Su expresión ceñuda.

—¿Quién me va a prohibir disfrutar de la vista?

¡Ojalá que un meteorito! Susana apretaba con fuerza el atomizador, pugnando en arrojárselo a la cabeza al lobo veinteañero. Ya llevaba una semana molestándola, plantándose allí durante horas para tratar de convencerla de salir juntos a una cita.

—¡¿Otra vez por acá?! ¡ELLA NO ESTÁ DISPONIBLE!

Los sujetos se pusieron en alerta, envarándose en el acto. Susana dejó de limpiar, aprensiva de que ocurriese una desgracia.

—Cuidado con esa escoba, *viejo enclenque*, porque lo haré volar como bruja —Magnus oscureció sus ojos ante la actitud amenazante del propietario del restaurante. La señora Murray se preocupó de que le diesen una paliza a su marido. Tras el fallido intento de asesinato al alfa, estos tomaron el lugar del grupo de sinvergüenzas que vivieron a expensas de extorsiones e intimidaciones a los comerciantes y los que consideraban debían someter para su diversión. Los abogados los han librado de la cárcel en reiteradas ocasiones, minutos después de haber sido apresados. Esas hierbas que se fumaban les quemaba el cerebro.

—¡Majaderos!, ¡cuándo *en mis tiempos* se irrespetaba a los mayores! Son la deshonra de la manada. ¡Largo o les doy una lección como no respeten!

La señora Murray y Susana jadearon en el instante en que Magnus, en un rápido movimiento, le arrebató la escoba al anciano y se la colocó del modo en que había prometido de mandarlo a volar por los aires en un improvisado medio de transporte aéreo.

—Hasta ahora nadie se ha ganado mi respeto. —El palo de la escoba aplastando las bolas del anciano—. Ni el comisario, ni mi padre, menos lo harás tú, *brujilda*.

—¡George! —La cabeza del anciano impactó contra el asfalto por el impulso con la que fue lanzado con todo y escoba por Magnus. Algunos transeúntes se paralizaron por la salvajada del hijo del dueño del banco de Kinnitty, y estuvieron a punto de sacar sus móviles para capturar con sus cámaras sus viles actos contra las personas de la tercera edad. Pero este y sus compinches les gruñeron, dejándolos obnubilados—. ¡Esto lo va a saber el alfa!

—¿Cuál alfa, vieja hija de puta? —la cuestionó—. ¿El comisario que carece de huevos o el *mariquita* que se largó a tomar té con los *principitos*? No hay uno que valga la pena obedecer. Así que, me declaro «alfa» en adelante. ¿A ver, quién me reta? —Hubo un sonoro «¡Sí!» por parte de Cillian y Fergal. ¡Buena idea!

—Lo hará Aidan, estúpido —el cabreo de Susana iba en aumento—. Él te pondrá en cintura.

—Y yo me pondré entre tus piernas —replicó jocoso y sus amigos rieron a cambio por la osadía de la chica al contestarle como si lo fuese a enfrentar—. Salgamos esta noche.

—Cincuenta veces me lo has pedido y cincuenta veces te he dicho que no.

—La esperanza radica en la propuesta «cincuenta y uno». Esta noche saldrás conmigo, así te niegues. —En un par de ocasiones intentó hipnotizarla y de esto solo obtuvo que le mostrara el dedo del medio.

—¡Déjala en paz! —gritó el señor Murray, ya había estado pidiendo ayuda para que los agentes acudieran lo antes posible para socorrerlos.

—Hasta que la *extranjerita* me dé el «sí».

—Váyase a la mier…

—¿A la qué…? —Magnus agarró el mentón de Susana, apretando los dedos para que los labios de esta quedaran en una fea mueca—. Esta noche te voy a comer y nadie va a detenerme. ¡CALLEN A ESE IMBÉCIL! —ordenó a sus amigos a que le taparan la boca al anciano —. A ver, *putica*, ¿quién coños te has creído para rechazarme muchas veces? He sido paciente, ¿no es así que lo he sido? —consultó a Cillian y a Fergal, y estos asintieron. Los humanos que se percataban del acoso hacia la empleada del restaurante, se devolvían sobre sus pasos, fingiendo que no han visto nada—. ¿Qué dices? ¡Ah, qué bien, aceptas! —De forma afirmativa, Magnus movía a la fuerza la cabeza de la muchacha y sin permitirle protestar. La joven luchaba para librar su rostro del rudo agarre, llevada por el coraje de cómo él la dominaba—. *Mmmm*…

—Aspiró profundo su aroma—, hueles a hembra que ha follado con muchos machos —la ofendió y esto a Susana aceleró las pulsaciones en sus sienes—. ¿Con cuántos lo has hecho?, ¿diez?, ¿cincuenta? Y se hace la difícil conmigo… —Los ojos de la joven cambiaron de color y el gruñido de su garganta tomó desprevenido al lobo beta—. Vaya, quién lo diría. *¡Argh!* ¡Hija de…! —Empuñó la mano para reventarle la boca, la maldita le había aruñado el rostro.

—Hazlo y te vuelo los sesos desde aquí. —En medio de la calle, el cañón de la escopeta del comisario, apuntaba directo a la cabeza rubia de Magnus. Dos agentes estaban en posición cuadrúpeda y uno perfilaba los dientes a los otros dos sujetos que, de inmediato, levantaron en alto las manos para que no les dispararan.

Magnus soltó a la joven y luego dio un paso atrás, en una actitud de «bien, ya lo hice».

—Los gardaí no deberían usar armas…, creo que es una ley establecida.

—Por humanos —contestó Tyrone—, no por nosotros. Así que, no busques el mismo destino que tus otros compinches, porque lo vas a hallar. La señorita es la pareja del Alfa de Fuego, si la sigues molestando, morirás.

—Es una puta, para eso la tiene, o ya se habría casado con ella. Adiós, «señorita», nos vemos luego. Estoy seguro de que tendré el placer de gozar de sus encantos cuando aquel adquiera más hembras fogosas como usted. —Aspiró una vez más—. Qué delicioso olor…

—¡Lárgate, Magnus! —El comisario aún lo tenía en la mira. El sector se había llenado de curiosos, tras la aparición de la autoridad; los lugareños entendían de lo que allí se discutía y los turistas ni tenían idea, pero se percataban que todo ese lío se debía a una chica.

El auto de la pandilla rodó fuera de los linderos del pueblo, quizás para seguir con sus bravuconadas en otra parte y saciar la rabia por el rechazo de la morena y la inoportuna intromisión del comisario Bell. De ese se encargarían después.

—Dejaré a uno de mis hombres para que la proteja —Tyrone bajó el cañón de su escopeta al pavimento y se acercó a la joven acosada, quien, extrañamente lucía diferente.

¿Qué fue lo acabado de suceder con ella? El alfa no le dijo nada al respecto.

—¿Y de qué ha servido? No son muy aptos —cuestionó el anciano, estos jamás llegaban a tiempo para espantar a Magnus y sus hombres.

—George, el comisario siempre ha velado por su gente. A Susana no le ha faltado quien la proteja. Y más ahora que ella está esperando.

La joven no comprendió a lo que la anciana se refería.

—¿Esperando qué?

—En ese caso: yo mismo me encargaré de protegerla. —El comisario dio indicaciones a sus agentes y estos se apostaron en torno al restaurante.

—¿Esperando qué? —Susana volvió a formular la pregunta, sus ojos saltaban de la señora Murray al anciano y luego al comisario que captó lo que la otra quiso decir. La zozobra aumentaba las palpitaciones de su corazón y sin hallar una respuesta satisfactoria que ella misma se otorgaba en su fuero interno.

La anciana le rodeó los hombros y condujo a la joven al interior del restaurante, para darle las Buenas Nuevas.

Esto cambiaba las circunstancias.

*****

El espejo mostraba una silueta que parecía producto de haber comido en exceso durante esos

días. Susana no había querido admitir que el aumento de peso y el hambre que experimentaba a toda hora era por estar embarazada. La revelación la hizo sentarse enseguida, sus piernas flaquearon por el vaticinio de la señora Murray, quien consideraba no sería necesario hacer pruebas de embarazo, ya que todas saldrían positivas.

En efecto así fue. Pese a esto, Susana compró cinco paquetes y todas las sumergió en sus orines, teniendo como único resultado que sería madre dentro de nueve meses.

—¡Ay, ¿qué le voy a decir a mis padres?! —Tanto que le advirtieron de cuidarse para no estropear su permanencia en Irlanda, y fue justo lo que hizo. ¡Metió las patas! La primera vez que estuvo con Aidan, ¡y bingo!, embarazada… Lloraba de rabia por lo bruta de no haber tomado las medidas pertinentes; el calentón del momento la tenía ahora con las tripas revueltas de lo que sería de ella en adelante. Porque, del padre…

Oh, mierda.

El padre de su bebé era un hombre lobo.

¡Carajo! *Carajo*, ¡carajo! Tenía la panza de una preñada de tres meses y apenas han pasado tres semanas desde que tuvo relaciones con Aidan.

Desde que él *llegó* a feliz término.

En las otras ocasiones…

Mejor ni pensar en ello.

—Esto no es posible. —Sí que lo era, pero… ¿de esa manera tan absurda?—. ¡Ay, no, no, no! No esto no me está pasando, ninguna mujer se infla tan rápido. —Hizo un mohín, sus ojos se humedecieron—. ¿Cómo puede ser que parezca de tres meses? —¿Crecerá más a la mañana?

Desesperada, buscó su móvil. Aidan no podía dejarla sola en ese predicamento, ella no sabía qué hacer ni cómo cuidarse con un embarazo tan acelerado; qué comer, con qué doctor acudir y expresarle: «¿nacerá como humano o de los que aúllan?

—Lo siento, tienes que saber. —Aguardaba a que atendiera, pero él se daba el gusto de ignorar la llamada—. ¡Maldición, Aidan, contesta! —Más le vale que deje de follar con sus esposas, lo de ella requería mayor atención—. ¡¿Qué voy a hacer?!, mamá me va a matar!, debí cuidarme… —Su abuela será la primera en darle un severo discurso. Esto sí que complicaba su vida.

Tras varios intentos fallidos de comunicarse, le envió un audio:

—Sé que no es el momento apropiado, pero lo que te tengo que decir es importante: fue algo que sucedió, no lo buscamos, ¡tampoco yo! Créeme, no lo hice a propósito. Supongo que fue un «accidente» del que los dos somos culpables. Eh… —carraspeó—. Estoy… Estoy embarazada. Llámame.

Ahora a esperar a que a él no le dé un infarto.

Dos horas después.

—Qué maldito… Ni pienses que te vas a desligar de esto, pendejo. A mí no me vas a dejar sola en este lío —lanzaba palabrotas a causa de la frustración. Aidan no fue capaz de devolverle la llamada ni de enviarle un mensaje de «allá hablamos». Se aventaba las galletas a la boca mientras en su reloj de pulsera marcaban las dos de la madrugada, la ansiedad le disparó el apetito: un vaso de yogurt y un paquete de galletas saladas aplacarían el antojo por comer pollo asado con papas chorreadas en queso cheddar. El coraje le espabiló el sueño, Aidan había escuchado el audio y la dejó en «visto», sin tener la consideración de responderle.

Abrió el segundo paquete de galletas y la untó con una buena porción de margarina. No es pernil…

—Pobre si me deja sola en esto —repetía con la boca llena—. No puede… —¿A quién le pediría ayuda si él decide desentenderse de su obligación, para no tener que rendirles cuentas a las princesas? ¿A sus padres en Venezuela? Le adelantaría la muerte a la abuela. Y sus padres, por más buenos y comprensivos que fuesen, no podrían ayudarla a solventar los gastos que esto acarrea. Lo que gestaba era mitad humano—. Esperaré hasta mañana, si no me devuelve la llamada, le envío otro audio. ¡Y más le vale que…! ¿Por qué estás bufando? —Zeus gruñía a la nada—. ¿Qué te pasa?, estás erizado.

Susana olfateó el ambiente.

¿Qué huele a perro mojado?

La puerta principal fue golpeada por alguien que pretendía derribarla.

—¡Mierda! —La nevera quedó abierta, el garrafón de la leche, derramando el líquido en el piso, el paquete de galletas a medio terminar. La huida de Susana fue intempestiva en cuanto un animal logró entrar a la fuerza a su apartamento. Las fauces del lobo por poco se cierran en su pierna derecha, justo en el segundo en que ella encogió en un veloz movimiento para evitar la mordiera. Sus gritos de auxilio aturdieron a Zeus y hasta al mismo lobo, que chilló por los agudos decibeles de las cuerdas vocales de la humana. El mobiliario le permitía por instantes refugiarse del atacante, pero el lobo marrón los apartaba con violentos cabezazos, ya la tenía acorralada, un mordisco en el cuello y la liquidaba.

—Seas quien seas, te buscas la bronca del alfa —Susana trataba de hacerle razonar, el animal a pocos pasos de destrozarla—. ¡Ay, Dios!

Para cuando se percató en dónde se hallaba encaramada, al huir de la dentellada, al apartamento ingresaron tres lobos más.

Sollozó, ni un milagro la salvaba.

# Capítulo 23

La sangre salpicó el sofá y la planta esquinera. Los colmillos de los lobos grises arrancaban el pelaje de los costados del marrón. Los chillidos del animal conmovieron a Susana, pese a que este intentó matarla. Los que ingresaron eran sus vigilantes y uno de ellos, el más grande, debía ser el comisario, cumpliendo a cabalidad con su deber de protegerla.

El retroceso de la transformación del cuerpo del lobo inerte impactó a Susana mucho más que cuando este la atacó. Era un joven fornido y de un semblante agraciado. Odió haber tenido que verle el rostro, tenía una expresión cadavérica de dolor; la tráquea se alcanzaba a ver, por el trozo arrancado por los colmillos del lobo más grande. Las paredes adquirieron un estampado macabro de un enfrentamiento que casi terminó en una pérdida para los Maldonado, pero que otra familia lloraría al que yacía en medio de la sala.

—Ven, muchacha, baja de ahí… —las manos envejecidas del señor Murray se mantenían extendidas hacia ella para que las tomara y así ayudarla a bajar de la encimera de la cocina.

¡¿Cómo es que…?!, la estupefacción palideció a Susana, quien ni supo cómo escapó de las fauces de ese lobo y llegó allí en un abrir y cerrar de ojos. La encimera le daba a mitad de pecho, requiriendo de una banqueta para elevar su estatura y preparar sin inconvenientes sus alimentos; se subió de un salto para salvar su vida.

Temblaba y lloraba porque no entendía qué sucedía. El ruido causado por los destrozos y sus gritos producidos despertaron a todos en el pueblo. La muchedumbre se agolpó a las afueras del edificio y los siguieron hasta donde el comisario la mantendría refugiada hasta averiguar si el sujeto formaba parte de la pandilla de Magnus, a quien le dieron cacería. Ni el comisario ni sus agentes lo reconocían, la contextura indicaba que era un beta, tipo cazador o exmilitar. Tenía cicatrices de enfrentamientos con otras manadas, nudillos protuberantes y musculatura fuerte. Los humanos conjeturaban de manera errónea que se trataba de un novio celoso o un ladrón que quiso abusar de la chica, pero los metamorfos murmuraba hechos más probables: un disidente que enviaba un mensaje al nuevo alfa. No lo querían allí, las próximas hembras de su propiedad en morir serían las princesas.

—Tómate esto —la señora Curren, vecina de los Murray, fue diligente en prepararle un té para calmarle los nervios. La joven vomitó un par de veces en el vestíbulo de la garda y parecía que se fuese a desvanecer.

—¿Qué le estás dando? ¡No se lo tome! —el comisario gruñó enérgico a Susana cuando esta intentó sorber de la bebida aromática, aunque con mucha dificultad porque sus manos temblorosas no la dejaban posar sus labios en el borde de la taza de cerámica.

—Es valeriana, Tyrone. No seas desconfiado como si no me conocieras… —protestó la mujer, ofendida por considerarla una posible cómplice de un hecho tan vil.

Aun así, el comisario olisqueó la taza y luego metió un poquito el meñique para saborear.

Se la entregó a la humana.

—No reciba nada de nadie sin mi autorización. ¿Entendido?

—¡No te vuelvo a preparar lechón! —La señora Curren se marchó, echando humo por las orejas. La pobre de Susana ni le agradeció, pero se prometió que lo haría en cuanto tuviera ocasión.

—Sí, señor. —Se preocupó de la actitud del comisario, indicaba un ataque planificado. El

sujeto no era del pueblo, al menos, ella no lo ha visto desde que llegaron a Kinnitty hacía unos meses.

El catre de la celda 3 se convirtió en su «cama» temporal. Susana descansó, pero no pudo cerrar los ojos, las imágenes del lobo, sus colmillos, su muerte, lo repasaba sin proponérselo. La valeriana ayudó a calmar sus temblores y palpitaciones aceleradas, pero en nada le sirvió para abrazar a Morfeo. De momento, se sentía segura en la garda, los gardaí montaban guardia dentro y fuera del recinto; tuvo que desviar la mirada muchas veces, algunos permanecían escasos de ropas y luego volvían a su fase lobuna hasta el amanecer. Los ancianos se habían ofrecido a hospedarla en su casa, pero el comisario se negó por cuestiones prácticas, sería más fácil de protegerla, y porque no confiaban en nadie.

Ni siquiera en un par de casta gamma.

—¿Y esa maleta? —Susana se percató en el acto al levantarse del catre, con intención de marcharse. El peligro había pasado—. ¿Es mía? ¡¿Ustedes empacaron?! —los condenados metieron manos a sus ropas.

—Seguirás aquí hasta que el alfa nos dé instrucciones.

—¿Él aún no sabe nada? ¿No le han contado? —El comisario sorbió de su café matutino y se acomodó detrás de su escritorio, para echar un vistazo a su móvil—. Aquí no puedo estar hasta que Aidan se entere, le puede tomar días *por lo de su*… ¡No puedo estar más aquí!

—Acomode sus pertenencias, porque ahí permanecerás.

—¿Y dónde voy a ducharme y vestirme? Tengo que ir a mi apartamento a limpiar… —arreglar el desorden, restregar la sangre de las paredes y del piso.

Los labios semiocultos en el grueso bigote de Tyrone, se estiraron de una risa contenida por el video divertido que veía. La gente hacía cada ocurrencia para viralizarse en las redes.

—¡Comisario, le estoy hablando!

—Está acordonado —dijo cansino—, tendrá que aguantarse a que fluya la investigación. Por su aseo personal no se preocupe, allá hay un baño. —Señaló con la barbilla hacia la puerta angosta al final del pasillo de las celdas—. Y por comida, mi esposa vendrá más tarde a traerle el desayuno.

—Se toma muchas molestias para proteger a una humana —sus ojos entornados—. ¿Qué está pasando, por qué me quisieron matar? ¿Fueron los idiotas de ayer?

—Ojalá, habría sido más fácil de liquidar —comentó sin mirarla—. Pero, *el que la quiere muerta*, es más peligroso. —Magnus y sus amigos demostraron su inocencia al ser hipnotizados.

—¿Y quién es? A nadie le hecho nada. —Sí claro: aparte de rechazar los avances de Magnus, le cabreó el genio al señor Desmond, a Niall, a la ex de Aidan, ¿a quién más? El comisario evidenciaba que había un sujeto que la quería borrar del mapa, solo por ser pareja de un hombre lobo siendo ella humana.

Y embarazada.

Su mano se posó en su vientre. Medio pueblo la tenía entre ceja y ceja, y la otra mitad ni le importaba lo que a ella le sucediera. Pero…

¿Era por esto o por arañar a Magnus?

Las probabilidades se inclinaban más hacia lo segundo, porque solo los ancianos y el comisario sabían que ella esperaba un hijo de Aidan.

Y él sin comunicarse.

Palpó de inmediato su pijama y se lamentó de no traer consigo el móvil. Tal vez ya se comunicó y ella sin enterarse.

—Se lo confiscamos.

—¿Por qué?, no voy a llamar a nadie, salvo a Aidan.

—Ya lo hicimos nosotros —le recordó.

—¿Y qué le dijo?

—No puedo responderle por seguridad.

—Más bien diga que a él no le ha dado la gana de contestar. —No ha podido sacar el pito de la vagina de sus esposas—. ¡Deme el móvil que le voy a mandar un par de audios que lo dejará sordo!

Se levantó y le abrió la celda.

—Aproveche que el baño está limpio, porque más tarde apestará a orines. Y dúchese, tiene mal aspecto —respondió a cambio y sin alterar su voz. Los gardaí humanizados la miraban con expresión de «qué fastidiosa y gritona», se tapaban los oídos con sus meñiques para amortiguar la voz chillona de la muchacha que haría estallar tímpanos.

Para cuando cayó la noche en Kinnitty, Susana estaba que trepaba por las paredes, harta del encierro al cual la sometieron para cuidarle el trasero.

La manta que le trajeron para abrigarla del frío se mantenía doblado sobre el catre, a falta de uso, pues Susana sufría de calor. Las elevadas temperaturas en su cuerpo eran como olas que iban y venían; sudaba, su dormitorio de barrotes gruesos por más que estuviese ventilado, ella se sentía sofocada.

Aunado a esto, la cena que le traían le parecía frugal, quedaba insatisfecha, y el malgenio la hacía insoportable para los demás.

—Señor comisario. ¡Eh! —elevó la voz para captar su atención, este elevó la mirada de su móvil hacia ella—. ¿Aidan ya se comunicó? —Sacudió la cabeza y volvió a enfocarse en lo que leía—. ¿Usted le volvió a escribir? —Asintió—. ¿Será que no le permiten hacerlo? —Se encogió de hombros—. ¿Averiguó la razón? —Volvió a asentir—. ¿Qué le han dicho?

—Que está ocupado.

De las posibles respuestas que le pudo ofrecer el comisario, esa fue la peor, indicaba apatía por parte de Aidan, por estar follando. Menos mal que ella iba a ser su prioridad…

—Debería enviar un mensaje a la gente de aquel condado; él tiene que enterarse de lo que pasa. —Por mucho que goce con las princesas, Aidan no la dejaría sola con la carga.

El móvil en el escritorio, los brazos cruzados en el pecho del comisario; a la condenada era difícil de cerrarle el pico.

—Revisaron los mensajes. Resta aguardar a que se manifieste.

—Mientras tanto, me tienen enjaulada. Aquí soy la víctima, no la criminal.

—La estructura de la garda es la más segura en el pueblo. Nadie entra, a menos que esté encadenado. Acuéstese a dormir.

—Aún es temprano y tengo hambre.

El comisario puso los ojos en blanco. Qué difícil le resultó cuidar a esa mujer.

La pantalla del computador estaba girada hacia la celda donde la joven pasaba las horas contra su voluntad; la película sintonizada de un *streaming*, a ratos la mantenía distraída, al igual que a los dos reos que se pegaron a los barrotes colindantes a la chica de la celda 3, beneficiándose de forma indirecta del trato privilegiado que esta recibía. Si a ella le sobraba comida de la cantidad descomunal que le llevaban, era muy amable de compartir con sus «vecinos», alargando la mano para que ellos se alimentaran también, ya que nadie los visitaba desde que los encarcelaron por delitos menores.

Fue un grave error para Eral haberse aventurado en despojar de su billetera a uno de los turistas alemanes que disfrutaba de su cerveza en el bar; la paliza que le dieron los otros clientes, casi lo dejan sin dientes por las patadas y los golpes. A Kevin lo atraparon en la autopista por escupirle la cara al fiscal de tránsito a causa de una infracción por exceso de velocidad.

Admitían que eran problemáticos y se ganaron una estadía prolongada en la cárcel, pero desde que ingresaron a la chica, ese día se les hizo más llevadero. Sentían afinidad por ella; no la conocían, apenas escuchaban su voz que sonaba joven o alcanzaban a ver sus manos libres de arrugas. Según lo que ambos observaban, de la chica de apellido Maldonado estuvo involucrada en un hecho sangriento que aún no tenían claro, porque, cuando esta comenzaba a protestar, ellos perdían el conocimiento.

Susana acariciaba su vientre.

Para su descontento, estaba ligeramente más abultada que el día anterior; era consciente que ha estado alimentándose en exceso y esto la hacía lucir gorda o hinchada, pero… ¿desde los primeros días se sentía el feto? Tenía entendido que se daba en el embarazo avanzado, no cuando el feto apenas se formaba.

Suspiró.

Necesitaba orientación y solo la hallaría en las mujeres que han engendrado en la manada de Aidan.

Y una de ellas era la señora Murray.

—Te pudo haber orientado, pendeja, pero saliste corriendo... — el miedo por lo que habría de escuchar –como que gestaba unos cuantos lobitos en el vientre– fue demasiado para ella ese día. La revelación de su embarazo la tenía mordiéndose las uñas de manera nerviosa.

Dos disparos estruendosos sobresaltaron a los reos en sus celdas. Todos se levantaron de sus respectivos catres, incluso Susana.

—Huy, ¿fue aquí dentro o se está celebrando algún festival del que no sabemos? —Kevin pegó su rostro a los barrotes, tratando de ver hacia la recepción.

Hubo una sucesión de gruñidos y disparos que alteraron de los nervios a Earl y Kevin, y erizaron la piel de la muchacha. Venían por ella.

—¿Eso es un…?

—¡Eh, se metieron los lobos!

—¡Auxilio! —Earl, Kevin y Susana estallaban sus voces en preguntas y exclamaciones azoradas. Los agentes trataban de repeler a unos lobos de gran tamaño, del cual herían a algunos, pero otros lograban evadir las balas para atacarlos.

—¡Déjenme salir! ¡Déjenme salir! —El miedo dominó la sensatez de Earl, gritaba desesperado por el repentino asedio de la jauría. Su hombro impactaba contra los barrotes para derribar las rejas, los agentes se estaban quedando sin municiones y otros fueron masacrados —. ¡Ábrete, maldita sea!

—¡¡No lo hagan es lo único que nos mantiene a salvo de los lobos!! —Susana trataba de hacerlos recapacitar. Kevin se había sumado, entre los dos lanzaban patadas con todo el peso de su cuerpo, las rejas comenzaban a ceder, y, si seguían violentándola de esa manera, la abrirían.

Hasta que lo lograron.

—¡No salgan!

—No nos vamos a quedar aquí —Kevin le replicó a la joven que lucía consternada por ellos.

—Salgamos por allá —Earl señaló hacia la ventana posterior que da hacia el cuarto de descanso de los agentes.

Los hombres huyeron y fue pésima idea que albergaron; antes de cruzar el umbral hacia el punto indicado, un par de bestias negras los alcanzaron. Susana gritó por el pánico; el brazo de Earl se desprendió de su hombro y luego su cabeza, en una expresión de dolor intenso. Kevin luchaba bocarriba contra el otro lobo, botaba espumarajos de sangre, sus intestinos se desperdigaban por el piso cerca de la celda de Susana. El lobo le desgarró el estómago para devorar sus órganos internos.

Las fauces ensangrentadas de ambos animales se enfocaron hacia ella. Sus dentelladas se introducían a través de los barrotes, para darle alcance, logrando la humana protegerse de sus mordeduras. Su piel era fresca, sus brazos delgados, su aroma delicioso. Le arrancarían primero lo que gestaba y se lo tragarían para que nada de este quedara, luego masticarían hasta los huesos a su presa.

—¡Aléjense de mí, bestias! —Las uñas de Susana se alargaron y el hocico del lobo más grande se desgarró en surcos sanguinolentos. El animal chilló, pero esto lo enardeció, la hembra era feroz y defendería su lobezno no-nato así tuviese ella que dejar atrás su humanidad.

Los voluminosos cuerpos se aventaron contra las rejas, siendo en cuestión de dos o tres impactos más que lo echarían abajo y atacarían a la joven. Las garras de esta desgarraban las fauces que batallaban por enterrar los colmillos en sus carnes, sus gruñidos no se comparaban a los de esos dos ni a los que escuchaba en el área de la recepción ni afuera en la calle. Ella era una cachorrita enojada contra bestias adultas, la desproporción anatómica se inclinaba a favor de los perpetradores, que de allí no se marcharían hasta darse el gusto de despedazarla.

*****

Las curvilíneas figuras de las dos mujeres se dibujaban bajo las sábanas de seda. Ambas dormían sin que nada perturbase sus sueños de fantasía; cada una ocupaba el extremo opuesto de la cama, mientras el espacio vacío –el central– yacía desocupado.

Aidan fumaba su cigarrillo, lanzando bocanadas de humo a través de la ventanilla que da hacia el patio interno del puto claustro, como única ventilación y vista que los huéspedes tendrían en ese dormitorio.

¡Cuánta falta le hacía su móvil para llamar a Susana! Tenía una sensación de agobio que le robaba el sueño y le hacía arder la garganta, no se hallaba en su sitio, quería escapar de allí y volver a Kinnitty a recuperar lo que dejó atrás por el bien de todos. No obstante, para los miembros de la Corte y el mismo Soberano, un encuentro sexual no aseguraba que las hembras se preñaran; las hormonas femeninas o las posiciones coitales en ocasiones no favorecían la fecundación. Por lo tanto, el contacto con los demás debía ser limitado, los alimentos les llegaban a través de la más anciana de las empleadas de servicio para evitar tentaciones y posibles rivalidades por las que aspiraban engendrar herederos.

Estuvo a punto de hipnotizar a los guardias en Ballycroy cuando se lo confiscaron y hacerles actuar como si lo hubiesen hecho, pero Aidan fue consciente de que las manadas cercanas a Nephin los han adiestrado para librarse rápido del dominio mental de extraños y darse cuenta del lapso perdido. Se ahorró represalias que podría haberle acarreado antes de los planes de cacería de Kane y lo entregó sin quejas. Inútilmente albergó la esperanza de que las princesas tuviesen los suyos bajo los faldones del vestido de novia, al momento de la boda, por la

adicción de las jóvenes con las redes sociales, o hallar un teléfono en el dormitorio a compartir con estas. Por desgracia, ni un móvil saltó fuera de las vestiduras tras la desnudez, ni había un teléfono en el dormitorio, solo un intercomunicador que conecta con el personal de servicio y el de seguridad.

Apenas dejó noqueadas a las princesas, Aidan abandonó el lecho conyugal para mirar el paisaje nocturno a través de las rendijas de las ventanas-arquerías. Por horas se mantuvo ahí, pensativo de aguantar la farsa de buenas maneras durante un tiempo, pero después…

¿Qué haría después?

Después sería insostenible.

Emitió un lamentoso suspiro y pensó en Susana. ¿Cómo hacía él para que ella volviese a sus brazos sin tener que estar empleando la hipnosis? Aunque, esa vez…

—Esposo nuestro, ¿qué haces allí tan pensativo? Vuelve con nosotras a la cama —Rowena ronroneó a la vez en que se desperezaba de la manera más sensual para provocarlo.

—Complácenos de nuevo —Syra buscó los labios de su hermana y la besó como a un hombre que desea desde hacía años. Aidan fumó otra calada de su cigarrillo y las observó sin moverse de su sitio.

Tomándolo como si fuese un reto silente impuesto por el marido compartido, las dos jóvenes descorrieron la sábana para brindarle al otro una mejor vista de sus cuerpos desnudos. La incestuosa relación no las cohibía, los pezones erectos femeninos se rozaban entre ellos, las caricias atrevidas, los besos húmedos y repartidos por las zonas erógenas. Ellas miraban a cada instante a Aidan a ver si ya estaba caliente o necesitaba invitación, pero él solo fumaba cadencioso; su respiración pausada, su expresión fría y distante, aún no se excitaba con la erótica escena de las hermanas.

De piernas ligeramente abiertas y con rodillas enterradas en la cama, las jóvenes se posicionaron una frente a la otra, sus delgados dedos se introducían en la vagina de su compañera sexual. Gemían, se besaban y luego le sonreían a Aidan, quien acababa su cigarrillo.

—Duerman, están muy agotadas.

Tan pronto emitió la orden, las princesas bostezaron y se dejaron caer de costado en el colchón. Les costaba mantener los ojos abiertos, sus pensamientos se nublaban, se oscurecían, el sopor las dominaba…

Y así Aidan las mantendría cada vez que ellas lo buscaran, hasta que fuese inevitable presentarlas ante Xylon.

El puño impactó en el muro de piedra cuando la frustración lo dominó. ¡Ya no soportaba más!, el torrente sanguíneo bullía bajo su piel caliente, sentía que una mano opresora lo estrangulaba, le costaba respirar y enfocarse en el dormitorio. Todo le daba vueltas, las náuseas le hacían gruñir de desesperación y padecer un inexplicable temor a lo desconocido que se repetía por tercera vez.

¿Por haberse casado contra su voluntad?

Dejó caer la frente contra la ventanilla y aguardó a que a través del espacio de la rendija la brisa apaciguara su estado de ansiedad y le otorgase respuesta a su inquietante pregunta. ¿Era por eso? Lo pensaba y algo muy en el fondo de su ser le decía que era por un motivo peor, que se enfocara y despejase las situaciones y contratiempos que hacían mella en su fuero interno, y fuese más allá de la realidad. Su agobio no se debía a que ahora lo responsabilizaban por abastecer al reino de una nueva generación de príncipes que no se amilanarían por dirigir una cacería en vez de observarla en las sombras como un invitado de gustos refinados; preñaría a

las que fuesen necesarias para que parieran a sus lobeznos que harían feliz al Soberano por ser feroces; tendría los suyos con Susana, la convencería y estos serían los que él más amara porque el lazo entre los dos sería eterno.

Removió en las sombras de sus pensamientos, ¿por qué se sentía así? Su corazón le daba severas palpitaciones, sus neuronas se estrujaban, su preocupación sin saber la causa, sus nervios al límite... ¿Por qué esa «crisis» lo volvía a atacar si cumplió con cada ritual y prueba que le exigieron participar? ¿A qué se debía que su corazón palpitara como si estuviese ante la presencia de un espectro? Sus decisiones eran duras, pero necesarias.

*«¡Aidan!»*.

Sus ojos se explayaron y la rigidez de su cuerpo fue la reacción instantánea a lo que su mente ha escuchado.

La voz de Susana.

# Capítulo 24

Gracias al diseño hexagonal en la arquitectura de la fortaleza Nephin y desde una de las ventanillas internas ubicadas en sentido diagonal al de la habitación nupcial, Aisleyne podía espiar sin problemas.

Sonreía de satisfacción. Según cómo ella alcanzaba a captar el aroma que provenía del otro lado del patio de armas, el nuevo *cuñadito* ha estado allí pegado toda la noche mirando las estrellas. ¿Acaso sus queriditas media hermanas eran pésimas amantes o él las capoteó por no hallarlas atractivas? No *bateaba* para el otro lado, todas las personas con las que Aidan se ha acostado son del género femenino, y bien que le gusta mantener una colgada de su brazo. O, ¿será que…?

Jadeó por lo que meditaba.

—¡Ay, no! —Rio, negándose a creerlo—. Por favor, que no sea lo que estoy pensando… —¿En realidad amaba a esa humana que dejó en aquel pueblo? Sí es así, sería difícil de conquistar; al pelirrojo no le apetecería estar con otras hembras, pese a la presión que soportaba. Lo que siente por aquella podría ser fuerte.

Soltó una increpación para sus adentros, lo prefería libidinoso y frívolo, no esa versión melancólica y preocupada que percibía. Estos suelen tener corazón de hierro en cuestiones del...

*¡Pof!*

El silencio en el área de los dormitorios, de repente fue alterado por un golpe de madera pesada que sobresaltó a Aisleyne.

Su cabeza giró rápido hacia su puerta y luego se volvió de nuevo a la angostísima rendija y, allí pegó el ojo, el ruido provenía de la ventanilla que ella estuvo espiando y también del pasillo fuera de su propia habitación, lo que daba la impresión de que en la habitación nupcial algo ocurrió.

—Seguro que esas tontas lo hartaron.

Sin siquiera haberse tomarse un segundo para cubrir su bata traslúcida, salió de su habitación a explorar por el pasillo que se bifurcaba hacia su izquierda según la figura geométrica de la construcción.

¡Caramba!, jadeó por la impresión.

Las puertas dobles del dormitorio nupcial, a dos puertas de la de ella, fueron abiertas de manera abrupta desde dentro y aplastaron los rostros de los guardias que se mantuvieron apostados en el pasillo para asegurar que el consorte permaneciera confinado hasta que sus dos mujeres salieran con la panza inflada. Por desgracia, Rowena y Syra no fueron capaces de hallar el modo de retenerlo a causa de esa inquietud que Aisleyne captó en este desde la rendija de su propia ventanilla, quizás recibió algún mensaje que lo alteró o ya no aguantaba más a sus esposas, pues estas tenían la madurez mental de un par de orangutanes.

Siguió su olor a través del pasillo, ahora a su derecha, Aidan pasó frente a su dormitorio cuando huyó, por lo que Aisleyne corrió de inmediato por esa dirección y sin molestarse en averiguar si estaban bien los guardias espatarrados en el piso, inconscientes y con la nariz fracturada por las puertas de madera. Por su lado corrían en sentido contrario varios sirvientes empalidecidos que acabaron de toparse con el consorte real que lucía de malas pulgas, ninguno

reparó en su atrevida indumentaria ni le expresaron reverencia ni se disculparon por golpearla con sus hombros, sus asustadas expresiones indicaban la confusión que Aidan debió haber causado para poder huir de allí.

Al llegar justo al cruce del pasillo hacia el Ala Norte se detuvo *ipso facto* cuando el cuerpo de uno de los uniformados que voló por los aires casi se estrella con ella.

Jadeó.

—¡Aidan! —llamó al causante del caos imperante, pero este la ignoró, enfocado en su propósito desenfrenado de llevarse a todos por delante.

Las palmas de las manos de los alfiles que hallaba Aidan por el camino, se plantaban con rudeza en su pecho para impedirle escapar de su deber como procreador. El lienzo del bisabuelo paterno –de larguísimos bigotes– de Aisleyne y sus hermanos se partió por una de las esquinas del marco dorado al caer al piso. Los alfiles impactaban contra los muros del pasillo ante la demoledora embestida del brazo del pelirrojo. Le ordenaban detenerse, pero este actuaba enloquecido. El sargento de esa sección saltó sobre él para aventarle un puñetazo que lo dejaría inconsciente, pero el golpe falló el rostro iracundo del alfa de Offaly. Lo había esquivado con tanta velocidad que, siendo el militar, el más ágil en los enfrentamientos, halló a un combatiente mejor.

Aidan le aventó uno en la barbilla que lo mandó patas arriba contra los alfiles que bloqueaban el paso.

—¡APÁRTENSE! —les gruñó con los dientes apretados y dispuesto a noquear a todo el mundo.

—¡Aidan! —Pese a que Aisleyne ignoraba qué lo motivaba a incumplir con su palabra al Soberano, intuía que debió haberse enterado de algo que lo impulsaba a marcharse de la ciudadela de piedra. Sacudió su brazo cuando unas manos masculinas intentaron retenerla para que no se acercara al enloquecido consorte. Su bata de encajes traslucía sus senos de manera escandalosa, pero que la loba bípeda poco le importaba si esto después ocasionaba feos comentarios o miradas censuradas por su casi desnudes; se había preparado para ofrecer sus encantos a los conyugues, en una orgía que incitaría al grandote a penetrarla como a las otras durante días. Sin embargo, sus planes como concubina-regalo se estropearon.

El vestíbulo, por amplio que fuese, ahora parecía diminuto por la transformación de los machos enfrentados. El pelaje de los uniformados oscilaba entre el pardo y el negro, mientras que el rojizo de Aidan era fácil de identificar, así como su impresionante tamaño.

¡Oh!...

Cuánto poderío…

Deseó fervientemente tenerlo esa noche, así tuviese que liquidar a las consentidas de su padre que aún no mostraban sus patéticas caras, chillando por el marido que se les escapaba. Aisleyne se encargaría de domar a esa fiera, lo ha hecho con los machos que intentaron poseerla sin obtener nada a cambio. ¡Ella a todos les sacó un favor! Una mamada al jefe de Finanzas para acceder a información de los ingresos del reino acumulados en secreto, los administradores solían negarle las mesadas que le correspondían; una *culeada* con el guardia que la vigilaba para que la dejara «pasear» unas horas por la ciudad sin que la voz de «hembra en fuga» le impidiera disfrutar de sus noches alocadas; una follada con el Alfa Mayor para que convenciera a su progenitor de mantenerla en la ciudadela, por las veces en que él cambiaba de parecer…

El sexo era su herramienta para obtener lo que quisiera y amigos con influencias.

—Dime, ¿qué te ha alterado, Aidan? Déjanos ayudarte, pero cálmate. —Desoyó el consejo del sargento, de no acercarse al híbrido, y avanzó unos pasos hacia este, con las palmas semi levantadas en señal de conciliación. No iba a perder la oportunidad de preñarse de ese prospecto por culpa de sus medio hermanas o de un imbécil que le dio alguna nefasta noticia. Se ganó el derecho con cada zarpazo y mordida recibida de sus rivales, a ser la concubina.

Los ojos amarillos de Aidan, mirándola con severidad, sus labios plegados, mostrando sus colmillos y la lengua moviéndose como serpiente a punto de atacar.

Se prendió en fuego.

La primera impresión fue de temor, pero en el acto una sonrisita se dibujó en los labios de la loba. Sí que era poderoso…

Las cohibiciones, con las que Aidan se obligó a mantenerse a raya para no espantar a nadie, desaparecieron con la certeza de que, si no acudía pronto a Kinnitty, lo lamentaría por el resto de sus días. El temor de lo que les pasaría a sus padres, a sus hermanos y sobrinos, fue superado por la posibilidad de no volver a ver a Susana.

La fuerza invisible que lo halaba hacia su amada, incrementaba su instinto animal; entre más intentaban retenerlo, más él se empeñaba en escapar. Los guardias que aún estaban erguidos sobre sus piernas bípedas, dispararon a Aidan, pese a los gritos de las princesas, de no matarlo. Aisleyne dejó de respirar por un instante, el alfa de fuego se tambaleó al ser acribillado.

La sensación de haberlo vencido fue breve, Aidan incrementó sus llamaradas en torno a su cuerpo lobuno.

—¡Sigan disparando! —El sargento ordenó a sus hombres, temerosos de ser carbonizados por ese demonio que amenazaba con destruir la fortaleza. Los candelabros colgantes del techo estallaban, las lámparas antiguas de queroseno se encendían como antorchas del infierno, el mármol comenzaba a calentarse bajo las suelas de los zapatos de los guardias y de los que allí se hallaban presente, el calor en el vestíbulo acababa con toda traza de frescura en el ambiente y hacía que respirar fuese insoportable para sus pulmones. Las pistolas que apuntaban eran derretidas por la emanación calórica voraz del híbrido anormal contra ellos. Ninguno era capaz de medírsele sin sufrir quemaduras, así se protegiesen con trajes ignífugos como los que usan los vampiros al salir durante el día para protegerse de los rayos solares; el demonio daba un paso hacia adelante y ellos retrocedían dos, considerándose en ese instante como pequeñas criaturas en comparación al otro que los superaba con creces.

—¡SIGAN DISPARANDO!

—¡Basta, sargento, es inútil! ¿No se da cuenta que solo quiere marcharse? Déjenlo o Nephin arderá con nosotros adentro —Aisleyne le gritó al sujeto empeñado en pulverizar a Aidan.

El líder desoía a la hija bastarda de Kane. ¿Quién era ella para dictarle órdenes? Confundía sus oficios de *ramera de estrato alto* con la de una líder castrense; su preocupación se centraba en el hijo de Desmond Fitzgerald que en su gente.

No se supo quién tuvo la idea de traer una manguera de incendio y extintores; las boquillas se abrieron y sus líquidos se esparcieron sobre las llamaradas del híbrido. Al fuego habría que combatirlo con…

—¡Es inútil, idiotas, déjenlo marchar!

El Alfa de Offaly saltó sobre sus patas delanteras para que su conflagración trepara por las paredes; los lienzos de personajes emblemáticos se desintegraban en cuestión de segundos; millones de euros e historia de los albores del reino se perdieron por la furia del piroquinético.

El caos desatado por el lobo, llegó a oídos del Soberano, a quien llevaron de inmediato a las

mazmorras para refugiarlo. Kane preguntó por sus hijas; más preocupado de que hayan quedado embarazadas que lastimadas; según lo que escuchaba, el muchacho era capaz de desatar el infierno en la tierra si se lo proponía. Quería verlo, era una locura, le placería comprobar con sus propios ojos el alcance de su poder. Por desgracia, no podía arriesgar su pellejo.

No hubo medio para detener al príncipe consorte, este huyó sin que las balas disparadas lo hirieran. Los alfas de rango medio ni se atrevían en atravesársele en el camino; era la leyenda viviente de Seamus Gorecki que renació para hacer temblar el trono.

Aisleyne logró escabullirse fuera de los muros de la fortaleza Nephin; la noche aún mantenía el firmamento en la peor de las cerrazones. Desgarró su bata y desnuda siguió lo más rápido que podía a Aidan. No se le iba a escapar de las manos, se dispuso que él sería su macho, el que la preñaría infinidad de veces hasta formar un escuadrón de semidioses que acabarían con su padre, el rey inútil que se folla a sus hijas ilegítimas. Sí… ¡Lo derrocarían! La excitación por ser tomada por Aidan, la hacía irracional. ¡Era el momento!, debía mostrarse como su aliada, su amiga incondicional; la que le brindaría toda clase de placeres carnales.

El bosque oscuro le sirvió para ella transformarse sin que los centinelas en las almenas o encaramados en los árboles la descubrieran a lo lejos. Le dolieron los huesos, aunque no tanto como las primeras veces en que el celo la impulsó a estar a cuatro patas y dejar que el macho más fuerte del grupo la follara. Emergió a la luz de la luna y echó un vistazo al fondo de la arboleda.

¿Por dónde se marchó?, la longitud del bosque era muy larga y densa como para ella poder divisarlo a kilómetros de distancia.

Emprendió la carrera en su forma animal, su pelaje castaño la ayudaba a no sobresalir de las sombras, no se topaba con ningún patrullero a su veloz paso, pese a que los centinelas tenían buen ojo para detectar todo lo que por ahí se movía. Oraba por hallar a Aidan, ¿qué ruta tomó? ¿Hacia Ballycroy o hacia el mar? Si la atrapaban y la llevaban de vuelta a la ciudadela, el castigo a sufrir sería brutal.

Las voces en su fuero interno la recriminaban por haber perdido el tiempo en cambiar su anatomía, pero tuvo que hacerlo, en sus dos piernas jamás habría alcanzado a Aidan, la hubiese dejado botada. Aun así, Aisleyne corría solitaria como perrita abandonada y a merced de los carroñeros. Tenía que dar con él y seguirlo a dónde sea que este se propuso perderse del mapa.

¡Allá va!, logró verlo cuando rodó los ojos hacia el sureste. Un destello fugaz del fuego de Aidan se alcanzó a vislumbrar en un punto que él cruzó, en lo que Aisleyne presumía, se dirigía a Kinnitty.

Las zancadas de la loba eran largas, pero iba bastante rezagada. Ya no había vuelta atrás, el arrepentimiento no tenía cabida, la considerarían traidora; dicho delito le acarrearía que le desprendieran la cabeza de los hombros, y si no lograba conquistar a Aidan Fitzgerald, ese sería su destino.

*¡Aidan! ¡Aidan, espérame! Soy tuya, llévame contigo*, pensaba desesperada por darle alcance. Él se introdujo por la parte más boscosa, sin reparar que ella lo abandonó todo para ser su compañera. ¿Qué finalidad tenía de urdir planes con otro macho, si con este habría mayores posibilidades de lograr sus objetivos? Syra y Rowena quedaron atrás, quién sabe si chillando como lobatas. Ni entre esas dos fueron capaces de retenerlo en la alcoba nupcial hasta cumplir con la tradición de permanecer juntos por una semana; eran tan inexpertas e inmaduras que un macho como Aidan fue demasiado para ellas.

El lomo blanco de Aisleyne se humedeció por la repentina lluvia que se desató a las afueras del bosque Nephin; sus patas salpicaban charcos de agua y lodo y del cual encontraba cada vez más durante el trayecto montañoso. Aidan se desvió por la parte más complicada para llegar a su destino; los guardias de su padre salieron en jaurías para cazarlo y, de paso, acabar con sus aliados. Las llamaradas en Aidan se extinguieron, meditando Aisleyne que debió hacerlo por razones de evitar lo vieran a la distancia. Mal para ella, cuya visión no era tan aguda como la de los centinelas; aunado a esto, la lluvia le complicaba percibir su olor que se disipaba entre el follaje y borraba las huellas plasmadas por él en el suelo. Así que, la opción que le quedaba a la loba era la de seguir su intuición; Aidan escapó de Nephin por algo que lo trastornó, y estaba segura que se debía a esa humana.

*****

El mundo comenzó a cambiar para Susana. La forma en cómo percibía el entorno ya no era el mismo; había aumentado desde su perspectiva. Su celda se estrechó, el techo casi le daba en su cabeza.

Golpe tras golpe, los lobos intentaban derribar las rejas; los zarpazos de la joven eran nimios para lo que ellos han soportado en enfrentamientos con otros mucho más grandes a esta. Lejos de estar paralizada por el temor, Susana no se explicaba qué era esa sensación calamitosa en su organismo. ¡Todo le dolía!, las encías, las extremidades, su espalda, sus ojos, sus orejas… Era como si un tren la hubiese arrollado, sufría un acceso de fiebre que desmadejaba sus huesos en mal momento en que empleaba sus fuerzas para contrarrestar a los que intentaban llegar a ella. Gritaba, imploraba por auxilio, llamaba al comisario…

El área de recepción era un campo de batalla entre los agentes transformados y los lobos rebeldes. Gruñidos, desgarramientos, sangre… Susana pensaba en Aidan y en lo triste que sería que él jamás se enterase de que ella esperaba un hijo suyo. ¡Oh, su bebé! ¿Qué será de él que no tendría oportunidad de crecer en su vientre materno porque otros no toleraban que fuese concebido entre un lobo y una humana?

Chilló. ¡Qué dolor en su cuerpo! ¿Qué le estaba pasando?, sentía que iba a sufrir una autocombustión por la elevada fiebre que cada vez aumentaba.

Miró sus manos…

Burbujeaban…

¿Era un delirio por la fiebre alta? Dolían, sus venas… La tonalidad de su piel cambia, cubriéndose de una capa de pelaje negro. ¡Oh, no!…

—Esto no está pasando. —Su voz gruesa. Ni cuenta se daba de que el comisario, *en su forma lobuna*, saltó sobre uno de los que golpeaban con su lomo las rejas. Susana apenas se percataba de sus manos que se volvían cada vez más animalescas y que sus piernas parecían estar cubiertas por un disfraz—. *¡Ayyyyy!* ¡¿Qué me pasa?! —Palpó sus dientes flojos y observó con mortificación que ahí mismo los perdería por lo que sea que la enfermaba. Sus labios se hincharon, sus pómulos se contraían y su mandíbula se quebraban como si la hubieran golpeado con un martillo, y del que esa misma «herramienta invisible» se abalanzaba en repetidas ocasiones sobre su cabeza para partirle el cráneo.

¡Dolor!

¡Cuánto dolor padecía!

Y cuánto calor la sofocaba, se quemaba bajo la densa capa de pelos, quería arrancárselos de

su piel y correr a la calle para recibir el aire fresco. Sus ropas eran jirones arremolinados en el piso; el catre voló al otro extremo de la celda por la patada que le dio Susana a causa del desespero. ¿Por qué?, se repetía para sus adentros, no era una mujer lobo, su familia no pertenecía a ese tipo de especie agresiva, por lo que no comprendía qué ocasionó dicha transformación.

El bebé…

¿Era por este o por aquella mística unión con Aidan y Xylon? ¿Será por esto último?, ¿qué otra posibilidad existía?, porque no le parecía… Más bien, le daba la impresión de que su bebé no-nato lo causaba. Ella estaba embarazada de un hombre lobo, y, por esto, la sangre del bebé la contagió.

—*¡Arrrrghhh!* —No era capaz de hablar, apenas se quejaba por el dolor; su brazos y piernas se retorcían, su boca se estiraba en una mueca monstruosa, sus uñas ennegrecieron y se volvían mucho más largas y gruesas a cómo hasta hacía un instante estuvieron cuando hirió a los que luchaban contra el comisario. Perdió la capacidad de mantenerse erguida en sus piernas, teniendo que verse obligada a postrarse en el piso para repartir el peso de su voluminoso cuerpo; sus manos eran igual de deformes al de los pies, ¡eran patas de lobo con mortíferas garras!

La llave de bronce aún permanecía consigo, pese a su metamorfosis. La cadena, que antes era larga, ahora lucía como gargantilla apretada entorno a su grueso cuello de loba; no intentó arrancársela, los pensamientos humanos le indicaban que tenía que aferrarse a esta así estuviese al borde de la muerte. Alzó su mirada y notó asombrada que las siluetas oscuras de los seres adquirían una tonalidad reflectante según la temperatura corporal que emanaban; el de las bestias que yacían muertas fuera de la celda, cada vez eran más azules, mientras que el de los vivos era roja.

Uno de estos la observaba con una determinación que le heló a Susana la sangre.

*****

*¡Adelante, sigue!*, Aisleyne jadeaba por el agotamiento, jamás empleó semejante esfuerzo para ir tras un macho. Por lo general, estos iban por ella para seducirla y luego se olvidaban que, por unas horas, se entregaron a las pasiones. Aidan era todo lo que ella deseaba para sí misma, así fuese como una de las amantes que el tuviese a lo largo de la vida.

Ordenó sus metas: sería suya y le daría un primogénito, cueste lo que le cueste, así tuviese que liquidar mil lobeznos de otras hembras con las que él estuviera. Las descendencias solo provendrían de su vientre preparado para la fecundación en masa.

Los relámpagos desgarraban las nubes que casi le paraliza el corazón. Los abetos eran como pararrayos y ella pasando como una bala perdida bajo las copas ramificadas. Si la alcanzaba uno de estos la dejaba tiesa.

Por otro lado, y, al siguiente tronar, la lluvia empeoró en una tormenta eléctrica.

Las ramas altas de los abetos se azotaban por la ventisca; el sendero apenas iluminado por la luna creciente. La lucha por la vida dependía de Aidan, la fuerza de la naturaleza fue invocada para que a él le permitieran vencer las leyes de la física, su poder se manifestaba con cada estela luminiscente que descendía vertiginosa desde el cielo a la tierra de los mortales.

Cada rayo caía en picada como flechas lanzadas por los dioses para destruir a los enemigos. Impactaban tan cerca de Aidan, que él tenía que vadearlos; aun así, seguía en su frenética

carrera hacia Kinnitty, faltaban miles de kilómetros por saldar y le tomaría el mismo tiempo en el que estuviera manejando un auto por la carretera. ¿Cómo haría para llegar al pueblo en menos de un minuto? ¡Ya quería estar allá!

Apretaba la velocidad en sus cuatro poderosas piernas; sus patas sangraban por el esfuerzo de llegar rápido, lo perseguían, dispuestos aquellos a matarlo, y él no permitiría marcharse de esa vida sin al menos salvar a su amada.

Tenía que llegar.

Malditos si a Susana le pasaba algo, no quedaría ni una columna erguida ni un lobo vivo si a pesar de su juramento de servir al Soberano se propusieron eliminarla.

El fuego de nuevo lo envolvió cuando otro rayo lo rozó; no percibió dolor ni se preocupó, la adrenalina lo impulsaba por el sendero de la locura, mataría a todos si a ella la lastimaron.

Entonces, halló la solución en su interior. Los dioses le estaban enviando los medios y él no se daba cuenta; tenía el modo de recorrer las distancias en una respiración, solo debía pensar en esa fuerza interna, abrazarla y aceptarla, de sus moléculas ha sido creado.

Y, en cuestión de un tronar de nubes, el rayo más potente rasgó el firmamento y atravesó a la bestia.

El impacto fue tan poderoso que desintegró a Aidan en un demoledor estallido de su ser.

¡NO!

Aisleyne derrapó en el lodo y se volcó aparatosa por la velocidad que llevaba.

*¡NOOOO!*

Rodaba por una pendiente hacia el caudal furioso del río. Ella misma no se preocupaba de morir ahogada, sino por lo acabado de contemplar. Sus planes… Todo quedó en ilusiones rotas de lobata tonta; el mejor lobo, el más brioso, el que le permitiría vengarse de los que la menospreciaron y abusaron de ella por años, quedó pulverizado frente a sus ojos.

*****

El comisario embistió las rejas, y, de allí, Susana –convertida en loba– emprendió la huida fuera de la garda. Un humano tuvo la desgracia de atravesarse en el camino, el golpe propinado a su costado lo catapultó contra el ventanal de una de las casas aledañas. El comisario y los gardaí corrieron tras ella para atraparla, era una metamorfa incipiente que causaría desmanes por su cuenta. Pero no la obligarían a volver al pueblo, allí las condiciones limitadas del entorno se prestaban a que otras jaurías los aniquilaran. En cambio, optaron por seguirla, se dirigían hacia las montañas; las probabilidades de refugiarse eran más amplias, dejaría que la loba corriese hasta agotar las fuerzas de sus patas, y, cuando ya tuviese la capacidad de razonar, la guiaría hacia otro condado.

Mientras tanto, en la mente de la joven metamorfa, existía un lugar del que nadie ha logrado ubicar. Hacia allá se dirigía, por ella y por su bebé, tenía que pedirle ayuda a Xylon, él no permitiría que nadie quisiera matarla.

# Capítulo 25

Tyrone arriesgaba su vida y la de sus hombres por salvaguardar a una hembra que tal vez sería repudiada por los regentes en Nephin, pero su deber como líder sustituto lo impulsaba a tomar esa decisión del cual oraba a los dioses no le causara arrepentimiento, porque su pueblo quedó desprotegido.

Ignoraba si había más sujetos por ahí que escaparon luego del asedio a la garda; no se iba a quedar a averiguar ni a esperar a que otra jauría más numerosa lograra liquidarlos. Sus patas lanzaban pisadas, casi volando al ras del suelo por la impulsividad motriz que conferían a sus cuartos traseros y delanteros, en dirección hacia las profundidades de Slieve Bloom. La loba, quizás motivada por salvar a su lobezno gestante, se esforzaba al máximo para no ser alcanzada por nadie. Era grato que esta no se quejara ni demostrara agotamiento. La lluvia complicaba el recorrido; el lodo los hacía resbalar, al vadear los árboles, del que uno que otro, estampaban sus costillas o caderas contra estos de manera dolorosa. Susana tenía como objetivo llegar al invernadero en la dirección opuesta hacia donde se dirigían los otros. Trataba de llevarlos por la senda correcta, pero estos la obligaban a encausar el camino, sin comprender la intención de la joven loba.

Se revolcó con uno de los gardaí y soportó las mordidas que le propinaban por la terquedad de ir por su cuenta para escapar de sus enemigos. Con su pelaje empapado, su visión a medias por la lluvia torrencial, les gruñía sin dejarse intimidar. Si bien, la escoltaban hacia la seguridad de un refugio, debía conducirlos hacia lo que, hasta ese momento, para estos era una leyenda.

De las veces en que Tyrone había seguido a la muchacha y al alfa pelirrojo, reconoció el sector arbóreo. Se mantenía atento a la menuda figura de la loba negra, procurando que no se le perdiera de vista como en aquellas otras ocasiones en la que, ella y su pareja, se esfumaban como si hubiesen atravesado un portal o existiera alguna cueva del que él no tenía conocimiento.

Así que, los lobos machos optaron por seguirla, intuyendo el comisario que estaban a punto de llevarse una sorpresa.

Desde la ladera más alta, el grupo era observado por un lobo que gruñía desde la lejanía.

Se lanzó cuesta abajo sin que Tyrone y sus hombres se dieran cuenta de que pronto serían embestidos por un ser mucho más poderoso. La lluvia disipaba los aromas, pero no ocultaba las formas que corrían hacia un mismo punto; el encuentro sería inevitable, el enfrentamiento desigual pero mortífero, por la disputa de una hembra recién nacida en el mundo de los metamorfos.

El lodo salpicó como si una granada hubiese sido arrojada desde alguna parte, ocasionando que Susana y sus protectores volaran por los aires. El relámpago casi los electrocuta al caer en medio de ellos; el dios del trueno apuntaba contra el bando equivocado; los relámpagos los enceguecían, la tierra lodosa se estremecía por ser blanco de la furia de las entidades superiores.

Las patas delanteras de Susana no hallaban asidero para sostenerse, su cuerpo lobuno rodaba y se golpeaba contra las rocas salientes que hallaba en la estrepitosa caída por la ladera; de nuevo padecía una situación en la que el mundo giraba y giraba descontrolado, en ese instante solo pensaba en su bebé que se lastimaba y ella sin poder cerrar sus patas en torno a

su vientre para protegerlo.

Los lobos se recuperaron de la descarga eléctrica sufrida, y, atontados, buscaron a Susana. El comisario fue el primero en divisarla, lanzándose hacia el fondo de la ladera. Pero cuando se dispuso a «humanizarse», levantó la mirada hacia donde los árboles se sacudían de forma violenta.

Su pelaje se erizó, los abetos caían derribados a los lados y otros apenas soportaban el paso de lo que sea que descendía la pendiente hacia ellos, amenazando con sepultarlos.

Dando golpes con el hocico, animaba a la joven loba a levantarse, tenían que escapar de allí antes de que fuese demasiado tarde. Pero esta no era capaz de hacerlo, por más que intentara huir de allí. Rayos impactaban, árboles caían, rocas rodaban… Una mirada bastó por parte de Tyrone para que sus gardaís comprendieran que debían salvarse, él se quedaría a morir junto a la hembra del Alfa de Fuego.

Se lanzó sobre ella para servir de escudo protector, esperando que de ese modo lograra darle la oportunidad de sobrevivir.

Sus gardaís huyeron y él cerró los ojos, entregándose a los designios de Licaón.

De inmediato sintió que unos colmillos se enterraban en su lomo y era levantado con tanta violencia, que no fue capaz de defenderse de su atacante.

Susana recobró la conciencia por los chillidos que emitía el comisario, viéndose este diminuto en comparación con el otro. Sus ojos se agrandaron y la emoción revitalizó sus extremidades, que, en un esfuerzo tembloroso, se puso en pie.

*¡NO!*, la exclamación en su fuero interno, ansiaba en brotar de sus fauces, pero ella había perdido la capacidad de hablar, al estar en esa forma en la que se sentía extrañamente cómoda. Tenía que hacerle ver a Aidan –que debió enterarse de lo ocurrido– de que el comisario la ha estado protegiendo. Pero ¿cómo lo hacía si él lucía enardecido por el malentendido y ella enmudecida?

Ladró, aunque no como un perro común, pero lo hizo de todas formas para que detuviese la paliza y se volviese hacia ella.

*«Aidan, lastimas al lobo equivocado»*, el ruego se expresaba en su mente, y él…

Se detuvo.

Aidan soltó el lomo de Tyrone, del cual cayó inconsciente con una gran herida sangrante en el lomo. Susana no podía determinar qué tan malherido estaba el comisario, pero alcanzaba a ver que requería atención médica. Volvió a ladrar, vaya que le parecía raro, prefería aullar hasta que la manada en el pueblo la escuchara, solo por querer ella desahogar ese yo-no-se-qué que tenía atorado en el fondo de su alma.

Desde la perspectiva del lobo rojizo, la atracción y el impacto por la hembra fue devastador. ¿Cómo es que ella ahora era uno de los suyos? Sus ojos ambarinos la escaneaban desconcertados: sus torneadas patas, su precioso pelaje azabache, su fino hocico, sus almendrados ojos, sus pequeñitas orejas puntiagudas, su esponjosa cola… ¡Qué curvas! Estaba embarrada por la lluvia, y, aun así, parecía una visión magnífica.

Era una bonita gamma.

Avanzó unos pasos hacia la loba negra, pero esta temió que, por estar cuadrúpeda, él le haría daño como al comisario. Los lobos eran territoriales y muy agresivos si consideraban que el nuevo miembro les causaba desconfianza. ¡Jamás se atrevería a albergarlo ni en pensamientos!, la belleza de la loba lo tenía cautivado.

Agachó su tamaño para indicarle que era su amigo, ¡más que amigo!, ¡su amante! Se puso

patas arriba para indicarle que no le temiera y se revolcó juguetón en el lodo, como expresándole: «soy bueno contigo, ¿recuerdas? La hemos pasado bien».

Luego con la lengua afuera y de muy buen humor, se atrevió a saldar la distancia que los separaba.

La alborozada acción de Aidan no convencía a Susana, quien se hizo bolita en el suelo. ¿La morderá? Algunos perros –no sabe de lobos– jugaban brusco; ella temía no ser capaz de resistir su rudeza, así que, echa un manojo de nervios, aguardó a que no le mordiera el culo.

Un lametón en la cara.

Otro en el lomo y por las orejas. Limpiaba su pelaje de la suciedad. La lluvia amainó y los relámpagos desaparecieron de súbito. Aidan notó una herida leve en la pata delantera de Susana, le prestó el mismo cariño que con su cara, la lamía con mucho cuidado. Esto a ella la llenaba de gozo, la hacía sentir segura y muy querida; le provocó llorar, sus ojos se humedecieron, pero si lloraba sería de felicidad. Él tuvo que haber escuchado sus audios cuando se los mandó estando en el apartamento.

Más confiada de no sufrir una reprimenda por pillarla bajo el comisario, irguió su cuerpo, apenas llegándole al pecho del pelirrojo.

Miró al comisario y se preocupó por este, cuya anatomía correspondía ahora a la de un hombre desnudo.

Aidan gruñó con intenciones de matarlo.

*«Ha sido un buen protector, no lo lastimes»*, quería expresarle. Pero ni siquiera sabía cómo ser la Susana de antes.

*«Si lo pides, así será».*

La joven loba casi se le tuerce la cabeza al volverse rápido hacia Aidan. ¡¿Acaso él le habló estando así?!

*«¿Los lobos pueden hablar?»*, lo pensó sin tener la capacidad de comunicárselo. Cada día se sorprendía de los hombres lobo.

*«No. Solo tú y yo»*, expresó. Sus fauces no se movieron.

Una gota de agua se deslizó de la hoja de un roble y cayó en picada justo en la cabeza de Susana. La sensación gélida le recorrió la espina dorsal; sacudió su cuerpo, saltando toda traza de humedad fuera de su pelaje hasta que consideró la sensación térmica se apoderaba de ella.

No obstante, al haber hecho esto, activó los aromas corporales adormecidos por la humedad. Aidan se paralizó un instante y luego su olfato comenzó a captar un olor particular.

Su nariz se pegó al vientre de Susana.

*«¡Eh, que hay lobos presentes!»*. Y además él está casado. Sobre todo, por eso.

*«Estás preñada»*, el descubrimiento lo hizo dividirse entre dos sentimientos: alegría y miedo. Tendría un cachorro con la mujer que ama, producto del amor que ambos compartían, siendo este el primero de su propio linaje y el que heredaría el cuidado del invernadero cuando él ya no tuviese fuerzas para hacerlo. Pero, si en Nephin se enteraban de la dulce espera de Susana, la matarían.

Corrección: por eso la atacaron.

*«A casa no puedes volver»*.

*«Iba a refugiarme en Síorai. El comisario y sus… lobos me escoltaban»*.

*«¡¿Los guiabas hasta allá?!»*.

*«¿Qué más podía hacer?, es el único refugio donde no me atacarían, sean quiénes sean»*.

*«Cierto»*. Se contuvo de revelar su conocimiento.

*«¿Hice mal?»*.

*«Hiciste lo posible para salvarte junto a nuestro hijo»*. Una lamida en el rostro, y ahí inició el retroceso de su cuerpo. Quería apretujar entre sus brazos a Susana y estamparle un beso apasionado en los labios.

El torso lobuno de Aidan volvió a ser el de un hombre bípedo y la capacidad para utilizar las cuerdas vocales en vez de la mental. Su corazón se regocijaba al notar el pequeño bulto en el vientre de su loba preciosa; con esta, él deseaba procrear una legión de cachorros fuertes, y, para esto, tendría que enfrentar un gran obstáculo.

Kane.

—Te amo, me has dado un precioso regalo, y te agradeceré siempre, porque fue engendrado desde el amor y no por conveniencia —expresó mientras observaba cómo Susana se «humanizaba»; el hecho de saber que nadie más la atacaría, aunque fuese por ese día, relajó sus músculos tensos. Ella ni supo cómo fue que lo logró, al sentir que se encogía era consciente que ya no era animal.

—Será un bebé bastardo. Las princesas no estarán contentas.

—A casa no puedes volver, ni al pueblo —se le borró la sonrisa—. Tendrás que pasar una temporada con Xylon.

—¿Hasta que nazca el bebé o hasta saber quiénes me quieren bajo tierra? ¿Sospechas de alguno? ¿Las princesas? Te dejé varios audios, ¿será que lo escucharon y por eso mandaron a asesinarme?

Aidan dudaba que fueran ellas.

Pero sí del padre de estas.

—Permanecerás allá hasta llegar a un acuerdo con el Soberano —dijo—. Llevaré todo lo necesario para que estés cómoda.

—¿Y la señora Adara?

—Nadie, que no sea tú y yo, puede permanecer en Síorai más de veinte minutos, moriría en el acto. Además, Adara es vulnerable a la hipnosis, podrían sacarle información. —Ante la evidente preocupación de la muchacha, agregó—: Estaré para ti hasta el día del parto.

—Y, mientras tanto, estaré sola por nueve meses… —Él esbozó un gesto de que ella ignoraba un aspecto importante—. ¿Qué?, ¿por qué pones esa cara?

—El parto ocurrirá más pronto de lo que crees.

Susana se llevó las manos al vientre. Ay, virgen santa… Algo le decía que su embarazo no iba bien.

—¿Es por lo que va rápido? Parezco de tres meses…

—Las metamorfas gestan en dos…

—¿Dos qué?

—Meses.

Palideció.

—¡¿DOS MESES?! ¡DOS! ¡¡DOS!! ¡¿Cómo que dos?! ¿Qué humana…? ¿Qué hu…? ¿Qué soy ahora? ¿Soy *c-como* ustedes? —Asintió—. ¿Por lo del bebé?

O por lo de la mordida.

Aidan, en su pasión, le había clavado los colmillos en el hombro mientras la follaba la primera vez que estuvieron juntos. Uno u otro tuvo que haberle cambiado los genes.

—Eres una hermosa loba —sonrió—, me he enamorado mucho más de ti. —Después de todo, logró lo que él quería: convertirla para hacerla más resistente a los que quisieran

lastimarla.

Hizo un mohín.

—¿De qué vale *que me ames* si estás casado con dos mujeres?

—Susana…

—Si te mandé aquellos audios es porque me aterroriza pasar por esto sola, pero no te ilusiones, no ansío convertirme en la tercera esposa o que abandones a las que dejaste en el condado de Mayo. Solo seas un padre para mi hijo.

—¡Lo seré! —Intentó abrazarla, pero ella se negó a recibir su cariño.

La cortina de hiedras se hallaba a la espalda de Aidan; el comisario no se daba cuenta de lo que sucedía a pocos metros de él, o eso les parecía a los dos jóvenes metamorfos que discutían por una responsabilidad paternal que causaría inconvenientes a más de una persona.

La llave de bronce descorrió el cerrojo de la arcaica puerta hacia un lugar que ni era casa ni castillo ni tenía forma de cuartel.

Las rendijas de los ojos avejentados del comisario se enfocaban con disimulo hacia la entrada de una «cueva», porque, carecía de otra explicación para lo que observaba; su corazón se aceleró y él procuró calmarse, o el alfa de fuego lo achicharraría por descubrir el secreto que ellos tanto guardaban con celo. Así que, controló el ritmo de su respiración, haciéndolo más lento para no alertar a los jóvenes de que él había recuperado la conciencia.

Era allí…

¡Por fin dio con el famoso invernadero!

# Capítulo 26

Los monos capuchinos que dormitaban por las escalinatas del templo, corrieron en todas direcciones hacia los árboles más altos para estar fuera del alcance de los recién llegados. Susana se arrebujó en sus propios brazos, apenada de que Xylon a ellos los viese desnudos; la vez anterior fue por una emergencia, ella se había fracturado el brazo, y las piernas no las sintió, al lastimarse la espalda, teniendo que unirse a un hombre lobo y un ser proveniente, *quién sabe de dónde*, que la envolvieron en una llamarada que no la quemó. Por ende, la urgencia por buscar refugio y el hecho de estar a unos pasos de la cortina de hiedras, los motivaron a no dejarse llevar por los pudores.

Un nuevo brote de rosas blancas resplandecía junto a las rojas que se ramificaban alrededor de las esculturas cercanas a la construcción de estilo griego. El perfume de sus pétalos aterciopelados se percibía desde que ingresaron a Síorai, allí la lluvia no arreció y la «primavera» jamás llegaba a su fin, pese a que, del otro lado de la puerta, el otoño estaba por iniciar.

Ignoraban la hora, pero un manchón naranja en el firmamento indicaba a los jóvenes metamorfos que en cuestión de una hora a más tardar amanecería.

La fauna silvestre comenzaba a desperezarse bajo el domo invisible a los ojos mortales fuera de ese mundo misterioso. Los pájaros iniciaban su alegre trinar y a levantar vuelo desde las copas de los árboles. Los pavorreales blancos fueron los que salieron a recibirlos, con su cantar y sus plumas esponjadas y colas en abanico. Allí todo era inalterable; las estaciones como en otras regiones geográficas, no ocurrían, solo era día y noche, lluvia y calor… Un día sí, un día no; un patrón que se repite de manera periódica y que, en ocasiones, como ese día, era un polo contrario a lo que sucedía en el exterior.

Los cuadros grandes de baldosa grisácea los guiaban por el camino. Aidan no condujo a Susana por la ruta de los manzanos ni por el atajo para llegar rápido al Arbusto Dragón; en vez de esto, la llevó directo al templo, cuyas puertas dobles, tanto de la parte norte como la del sur, permanecían abiertas.

Un calor abrasador estremeció a Susana en cuento atravesó el umbral, fue como si hubiese retornado a su hogar. Las lágrimas cristalizaron sus ojos y una sonrisa tonta se dibujó en su rostro; el interior del templo adquirió un sentido diferente para ella, antes no le dio la debida importancia, del cual apenas lo consideró una galería pintada por los primeros guardianes, dejando allí plasmado en los muros blancos un homenaje al pasado.

Ahora su bebé y ella formaban parte de ese legado.

—Dos meses… —¿Su barriga crecerá en unas horas o al atardecer? ¿O al siguiente día lucirá como de cuatro meses?

—Pasarán rápido —Aidan le sonrió en una errónea conjetura de que ella estaría hospedada allí durante ese tiempo y en malas condiciones.

—Eso es lo que temo: la rapidez…

Él comprendió.

—Estaré contigo.

—¡No digas pendejadas! ¿Cómo vas a excusar tu ausencia a tus esposas? Estás de Luna de Miel y estás aquí…

—Contigo. Con la mujer que amo.

—Con la que te va a dar hijos fuera del matrimonio. La que te metió en un lío…

—¿Y? —le daba igual—. ¡Aquí estoy!, ¿no? Te refresco la memoria: me obligaron a casarme, ¡no porque yo quisiera! ¡¡Nada siento por ellas!! —se enojó por la insistencia de Susana de sacarle en cara ese hecho que ocurrió contra su voluntad—. La «luna de miel» que se vaya al infierno. ¡Y el que se oponga lo extermino! De momento, *tú y nuestro bebé*, es lo que más me importa. Te dije que estaré para ti y cumpliré con mi palabra. Kane, mis esposas, Xylon, ¡quién sea!, que esperen. No trato de imponerte una carga que no deseas, solo quiero…

—Lo deseo —acarició su vientre—. Solo que temo…

A simple vista, el templo lucía vacío, pero se acabó de llenar con el regocijo que Aidan experimentaba, porque no tendría que vérselas para convencer a Susana de aceptar el hijo que pronto tendrían. No estarían juntos, como marido y mujer, ni harían gala de fidelidad; él bajó la cabeza a un rey y ella dio un paso atrás para evitar confrontaciones entre Offaly y Mayo. Aun así, se gestaba un lazo que los mantendría unidos hasta que sus restos reposaran en la tierra de Síorai o en las montañas de Slieve Bloom. ¡Qué incentivo tan grande tendría en adelante! Por ellos, él sacrificaría hasta su propia vida para salvarlos.

—Mientras estés aquí, nadie te tocará —le aseguró; sus manos se posaron en los hombros desnudos de Susana—. Haré que el mundo de afuera sea idóneo para los dos. Y, si nadie los acepta, lo moldearé a la fuerza.

—¿Tú contra un ejército de lobos? Prefiero marcharme con nuestro hijo a dónde sea, pero no me parece lo más cuerdo declarar una guerra de la que jamás podrás ganar.

—Yo creo que sí.

La fehaciente determinación cincelada en la expresión de Aidan, preocupó a Susana. ¿Sería capaz de mancharse las manos de sangre? Otra vez…

—¿Acaso un rayo te dio en la cabeza? —lo increpó endureciendo su mirada—. Nadie te apoyará si te levantas en armas contra aquel sujeto. Mi familia y la tuya serán los primeros en padecer tu locura. Aidan, no provoques el caos si esto implica que muchos morirán para que mi hijo y yo no seamos discriminados. Esto es algo común: el extranjero, el que se declara homosexual, el que no sigue las reglas de la sociedad, el soñador, el poeta… ¡Quién sea! Siempre han de soportar a imbéciles que se creen superiores a otros por nacer en mejores condiciones.

»Quédate quieto —agregó sin darle oportunidad de replicar—, sé un buen esposo para tus… esposas y un buen padre para los hijos que tendrás en adelante. Hay gente que espera más de ti, no los defraudes; esto que pretendes causar será por una humana… Eh… *Lo que sea que yo sea* y por un bebé bastardo. No me molesta pasar una temporada en Síorai, soy de las que me adapto rápido a las circunstancias, hallaremos el modo de vivir acá hasta que ese rey se olvide de mí.

—No lo hará. Pero tienes razón: muchos sufrirán… —Aunque Susana se equivocaba en un punto: sí había alguien. Y, si lo convencía, sus problemas acabarían.

*«No lo hagas»*.

La voz de Xylon retumbó en la cabeza de ambos jóvenes y su calor llameante se percibió allí dentro.

Aidan y Susana se volvieron hacia el torbellino que giraba en el círculo de arena ubicado en medio de la rotonda de columnas que sostenían la cúpula, y se tensaron como si hubiesen sido descubiertos en su plan maquiavélico.

La joven ni hallaba el modo de cruzar sus brazos para cubrir sus senos y su vello púbico, mientras que Aidan ni una pizca de vergüenza teñía por mostrar sus partes íntimas.

*«Si invitas a un vampiro, él querrá la mitad del reino. Y tú perderás el respeto entre los tuyos».*

—Ningún otro reino canidae querrá librar una guerra contra Kane.

*«Porque será insensato. ¿Sabes cuántos años duró la última?»*.

Las imágenes de los lobos representados en los frisos colindantes adquirían una luminosidad etérea por las lenguas de fuego que ondeaban suave en el centro del templo. Aidan apretó la mandíbula; por más que explicase el motivo perfecto para derrocar al Soberano, nadie se le mediría en la contienda.

—Cien… —respondió. Y Susana jadeó estupefacta; eso sí que fue mucho tiempo.

*«Y los lobos comunes de las montañas desaparecieron. ¿Deseas que otra especie sea exterminada, porque tu mujer e hijo no serán aceptados por los tuyos? Él no pertenecerá a tu mundo, sino al mío, como tú me perteneces»*.

—¡¿Y qué debo hacer?! —Se desesperó—. ¿Dejarlos aquí por siempre?

*«¿Para qué se erigió el templo? Es refugio para el guardián que lo necesite. Si retas a Kane, condenas a Susana y a tu hijo, a estar aislados de los demás. Los guardianes deben estar adentro y afuera, no me sirven fijos en una zona»*.

—Aidan, la conciliación es la mejor vía —Susana le hizo ver—. Pondrás en riesgo todo si te empeñas en darnos reconocimiento; no lo necesitamos, no a expensas de la vida de otros. Por favor, calma tus planes bélicos y piensa como un líder que se inclina más hacia la paz que hacia la guerra. Estaremos aquí por el tiempo que se requiera para llegar a un acuerdo con ese señor que está en el trono y con los que le meten ideas en la cabeza. Y después retornamos a nuestra rutina diaria.

—¿Sabes a lo que volveríamos? —Sus irises no solo reflejaban el torbellino de fuego frente a ellos, sino la reticencia de mantenerse en la incertidumbre.

—Sí, no lo he olvidado.

—No me gusta.

—La elección no depende de ti ni de mí. No fuimos escogidos para amarnos, sino para cuidar de Síorai.

Para amarse, para cuidar, para proteger, para mil cosas más, y siempre juntos… Aidan lo gritaría con todas las fuerzas de sus pulmones en la cima de la montaña más alta que se encuentre, para que todos se enterasen de lo que él sentía por Susana.

—¡Ese bebé que llevas en el vientre fue engendrado a través del amor! —exclamó como si librara la primera batalla—. ¿A eso quieres que renuncie? —Ella asintió—. ¡Pues, no!

—¡¡Ya estás casado!! Y con dos…

Sus ojos se tornaron diferentes.

No amarillos: infinitamente oscuros.

*«Las quemaré si de ese modo te recupero»*.

Ahí Susana lo vio como en realidad era:

Un asesino.

—Aidan… —su exnovio le puso la piel de gallina.

*«Tu deber es atraer ante mí a las princesas, no asesinarlas».*

El comentario de Xylon les dio a entender a los jóvenes metamorfos de que ni con telepatía podrían emitir sus más acaloradas opiniones, él se comunicaba a través de los pensamientos.

—¿Por qué no? —Aidan le replicó como si no lo hubiese afectado haberse dejado llevar por

el enojo, fue irrespetuoso de su parte excluirlo de ese modo de la discusión—. Ellas no han sido elegidas.

*«Lo fueron, se unieron a ti en matrimonio* —manifestó para sorpresa de Susana y Aidan—; *por extensión, debo estudiarlas para saber si sus almas son puras*.

—¿Qué pasa si no lo son? —Aidan lo dudaba.

*«Regresan a su mundo como las anteriores rechazadas. Nada recordarán».*

—¿Y si lo son? —Susana preguntó, motivada por la curiosidad.

El torbellino de fuego desaceleró su rotación, y, tras un breve silencio, contestó:

*«Convivirán juntos: guardián y guardianas. Sus hijos me pertenecerán. Tráelos aquí antes de que tu rey se niegue a soltar a las princesas. Si me aceptan, estarán destinas a perpetuar la vida».*

Aidan se imaginó romper sus cadenas y llevarse a Susan a otro país. Pero era un triste escape del cual deshonraría a su familia y estropearía el futuro de su progenie; lo nombraron alfa para guiar a los suyos, le otorgaron el poder de la piroquinesis para cuidar de Síorai y le concedieron a Susana para procrear la nueva generación de guardianes, y solo se quejaba… Estaba solo.

En ese preciso momento, un gruñido de frustración resonó del otro lado de la puerta del invernadero.

—¿Por qué no cede esta maldita cerradura? —Tyrone, experto en burlar los sistemas de seguridad que algunos delincuentes levantaban para ocultar sus fechorías, hurgaba con su garra alargada el mecanismo que mantenía la puerta trancada.

Sin embargo, la pareja que se hallaba, allí dentro, tenía un prontuario más limpio que el de un inmaculado santo. No pretendía atraparlos en una picardía que causara habladurías; más bien, como buen estudioso de los mitos y las leyendas de la isla, quería comprobar que ese era el lugar que por tantos siglos muchas manadas han buscado.

—¡*Argh*, ni los cerrojos de las celdas de la garda son tan difíciles de abrir! —Pegó el ojo en la abertura disponible para introducir una llave, a ver si algo lograba divisar de lo que podría estar del otro lado de la puerta mohosa.

—Le doy una patada, señor —Griffin sugirió, a punto de empujar a su jefe, para echar abajo dicha puerta. Él y sus compañeros retornaron tan pronto observaron que «la avalancha» no tapió al comisario y que los relámpagos se disiparon.

—Enojaría al alfa —respondió. Su mano posada en la madera. ¿Qué guarda adentro? La puerta fue anclada para impedir el paso, a lo que parecía, una cueva existente en plena montaña. Lo más sensato sería esperar a que estos salieran y les dieran explicaciones.

Sonrió despectivo.

—Primero nos borran la memoria.

—¿Señor? —el gardaí no comprendió lo que su jefe quiso decir, pero permanecería ahí, ansioso por descubrir si en realidad allí había tesoros.

El comisario suspiró, solo quedaba un camino: apoderarse de la llave.

Y la persona que la tenía en su poder era la extranjera.

Así como los dos hombres hacían lo posible por desentrañar los misterios de los Fitzgerald… A treinta metros de distancia, Aisleyne se ocultaba detrás de un roble, observando los infructuosos intentos de ese grupo de abrir la puerta.

—¿Quién coños fue tan loco de construir en medio de la nada? —se preguntó en voz baja, recién llegó allí, después de haber rastreado con mucho esfuerzo a Aidan.

Derramó lágrimas por una tragedia que no ocurrió.

Tras *lo del rayo*, ella se obligó a acercarse al punto del impacto para observar las cenizas o el manchón negruzco que haya quedado del cuerpo de Aidan. Pero su sexto sentido le expresaba que solo era brezal carbonizado; que se limpiara las mejillas húmedas por la lluvia amainada y por su chilladera cargada de desolación; que pensara… Era un lobo, del fuego, inmune al poder mortal de los rayos. Nada lo hería, ni las balas, ni las garras… Los dioses lo bendijeron, por lo tanto, Aidan solo aprovechó lo que el cielo le ofrecía.

—Tienes buen olfato, papá —pensó con ironía—, pero no buena vista. Lo emparejaste a tus hijas consentidas, y, la que has mantenido solo para tu lecho, es la que se beneficiará de tus convenios políticos. No lo viste venir…

De no ser, porque estaba por desmayarse, Aisleyne ya se habría largado en busca de su pelirrojo. Los pueblerinos solían construir búnkeres para guardar alimentos en épocas de hambruna; puede que aquellos –que se arrancaban las greñas por la frustración– hayan perdido la llave que les da acceso al interior. Ella tenía medios eficaces para facilitar la labor, pero no le daba la gana, ¡que se jodieran!, ¿qué ganaba con ser buena? ¿Sometimiento y palizas? Al demonio con ellos.

El barro le llegaba hasta los tobillos y el cansancio le hacía flaquear las piernas; aun así, Aisleyne cubrió su cuerpo con barro, desde los pies hasta su cabello, para que no la olfatearan. Se pegó algunas ramitas y hojas caídas del follaje amarillento; de ese modo, engañaba a esos sujetos, del cual también debía ser cuidadosa de ser escuchada. Un paso ruidoso, una rama que cruje bajo la planta de sus pies descalzos, alertaría de su presencia, y ella estaba en esos días en la que los machos se disputaban a las malas a las hembras.

No era a ellos lo que la loba quería.

Se alejó lo más lento posible, el aroma de Aidan se percibía fuerte, pero no lo vislumbraba por ningún lado. La desconcertaba que sus fosas nasales de bípeda le mandaban información errónea a su cerebro, al parecer, allá abajo él se hallaba, justo donde los sujetos trataban de ingresar al búnker.

¿Por qué no logran derribar la puerta? Se notaba que la madera era vieja, quizás de unos doscientos o trescientos años. Una simple patada habría bastado para echarla abajo.

Una puerta.

Un búnker.

Un Alfa de Fuego…

¿Es su guarida?

*¡Mierda!*

Se agachó cuando uno de los sujetos dio un vistazo en su dirección, aunque Aisleyne tuvo la fortuna de que un ave revoloteara entre los árboles, aligerando la tensión en el otro.

*¡Ten cuidado o te pillarán, espiándolos! Y no la vas a pasar bien*, pensó enojada consigo misma por haber bajado la guardia.

A través de las ramas de un arbusto, observó que el trío de pueblerinos se dispersó con rapidez para que no los descubrieran violentando la cerradura, pues la puerta vieja en ese momento se abría.

Acuclilló sus piernas, procurando mantenerse cubierta.

*¡Oh, dioses! ¡¡Aidan!!*

De brillar sus dientes blancos, habrían refulgido desde lejos. Su sonrisa se extendió de oreja a oreja, allí estaba él, tan magnífico y divino, que su corazón se alocó como el de una lobata.

Esto la hizo meditar de nuevo: ¿Será su casa? No es muy bonita que digamos, la fachada es…

¿silvestre?

Cayó en la cuenta de que los otros podrían seguir por ahí, acechándolo.

Al ponerse en pie y hacer el amague de aventar sus brazos para alertarle, este se envolvió de fuego.

*¡Huy!* Aisleyne se agachó, mejor esperar a que se le pase el cabreo, Aidan se había dado cuenta que otros intentaron invadir su «casa», al estudiar las huellas impresas en el suelo y olisquear los aromas fluctuantes en el aire.

*¡Síguelo!*, se ordenó, determinada a ser la compañera destinada. No podía permitirse dejarse llevar por el miedo, las reinas no albergaban dichos sentimientos, eran de sangre fría, y ella conquistaría a ese macho proveniente del cielo o del infierno. Los otros sujetos no lo confrontaron, eran ratas que deseaban liquidarlo o apropiarse de lo ajeno. Después de todo, ¿qué podría él guardar en ese búnker-casa? ¿Animales?, ¿humanos secuestrados?

Le dio hambre.

Daba vergüenza su aspecto y el hecho de que tropezó varias veces por ser incapaz de movilizarse por esos terrenos; los hábitos humanos la tornaron floja; las rodillas le sangraban, los tobillos los tenía hinchados y adoloridos, y un millar de arañazos que sanaban y volvían a aparecer, al ser rozada por las ramas.

*¡No lo pierdas, corre más rápido!*, ignoraba el cansancio y el maltrato físico. Él era más veloz que ella, pero su aroma masculino tan intenso se percibía a kilómetros de distancia. Sus pies no aguantaban una carrera más a través de la montaña, ni saltar matorrales que obstaculizaban su camino; aun así, Aisleyne se animaba a seguir corriendo sin tomar descanso, ¡él será suyo! ¡¡Suyo!! Y su padre, sus hermanos, sus tíos…, todos ellos se la habrían de pagar.

*¿Por dónde…?*, cuando creyó haber perdido el rastro de Aidan, lo vio ingresar –sin su fuego corporal– por la parte posterior de una mansión que se hallaba justo al cruzar los últimos abetos del bosque montañoso.

Procurando que nadie advirtiera de su presencia, Aisleyne se detuvo en el lindero arbóreo, e inspeccionó desde su escondite para averiguar dónde estaban los centinelas o los que protegían la propiedad. Pero a nadie vio y su nariz solo captaba el olor de la tierra húmeda.

Pese a que tampoco había cámaras de vigilancia, fue cauta en no correr hacia la puerta por donde él ingresó y anunciarse bien campante: «Aquí estoy yo, mi lobo hermoso», podrían considerarla una invasora y morir antes de dar explicaciones. Los años en que ella solía escabullirse por lugares donde no le tenían permitido ingresar, le enseñaron a que debía estudiar primero el número de residentes que allí pernoctaban, la seguridad del entorno, si hay perros o lobos comunes… Tenía algunas cicatrices que no desaparecieron de su espalda por la ferocidad del castigo.

Procuró untarse más de lodo, su piel tiesa y oscura, al igual que su cabello rubio, que ni los mosquitos se le pegaban. Se hallaba a unos metros de la mansión, pero aún no se aventuraba a presentarse ante Aidan. ¿Y si había centinelas ocultos? Los dueños de dichas propiedades se permitían pagar por uno de estos; si ella salía de su escondite y alguno de los que vigilaban el entorno, la descubría, la atraparía antes de posar su mano en la manija de la puerta posterior.

A pesar de su impaciencia, esperó.

Y esto le tomó media hora, porque, del interior de la mansión, Aidan emergió, ataviado con solo unos vaqueros desteñidos que le quedaban gloriosamente perfectos.

Sobre su espalda llevaba un morral de campamento bastante equipado y de su mano derecha sostenía el asa de una maleta que a Aisleyne le pareció muy femenina para los gustos de un

macho como Aidan. A menos que…

*Eres tan idiota,* se insultó a sí misma.

¿Para qué se tomaba la molestia de correr en sus piernas bípedas, a través de las montañas, con todo ese equipaje a cuesta, siendo él un metamorfo especial?

Lo hacía por una asquerosa hembra.

La humana.

# Capítulo 27

Corrió tras él, para darle alcance, pero de inmediato la frialdad se apoderó de su raciocinio y se detuvo en el acto. ¿Qué ganaba con perseguirlo? ¡Nada! Ya sabía la ruta hacia ese sitio secreto, solo lo pillaría en su idiotez de ocultar a esa humana, del cual, le ordenaron se deshiciera, según lo que Aisleyne averiguó de lo escuchado por uno de sus colaboradores cuando, su padre y él, hablaron en el despacho.

La rabia corroía su ser, ¿tanto la amaba que le construyó un búnker para protegerla?

Determinada en asentarse junto al Alfa de Offaly, Aisleyne se devolvió sobre sus pasos, y, en vez de camuflarse por un rato más entre el follaje, optó por devolverse y rodear la vivienda para asegurarse de no estar vigilada. Olfateó y olfateó… *Hum*… ¿Habrá alguien más allí o ella no era buena para rastrear? *¡Argh!* La condenada lluvia disipó los olores de la orina masculina que Aidan o sus centinelas hayan regado por ahí para marcar territorio.

*Aún no te expongas*…, se pidió prudencia por si alguno de estos se mantenía oculto para que un incauto delatara su ubicación.

Olfateaba y olfateaba… Y sus sentidos extrasensoriales se agudizaban para captar movimientos, vibraciones, energías calóricas, sensaciones…

Sonrió al darse cuenta de que no era un punto en donde convivía alguna manada.

Teniendo esta certeza, corrió hacia la puerta posterior, movió la manija e ingresó al área de la cocina. En un acto de no ser pillada por nadie, se paralizó un instante, barriendo el entorno con la mirada por si Aidan tenía servidumbre. Su sonrisa se dibujó de nuevo en el rostro, la mansión se percibía solitaria, a excepción del macho que, hasta hacía poco, había estado allí como si fuese el propietario.

Unos pasos furtivos más y atravesó el arco que da hacia la parte principal de la casa.

¡¿Y ese árbol?!

Le causó gracia el abeto que se alzaba en medio del vestíbulo, sus ramas superiores y dentadas atravesaban el techo sin causar daños a la propiedad. El que lo haya sembrado –lo más probable, Aidan– procuró hacerlo parte del decorado; no reducía los espacios ni entorpecía caminar de la sala al comedor, o de vuelta a la cocina, lo que le parecía original.

Contuvo la risa. ¿Cómo hará Aidan cuando llueve torrencial? Hasta la sala se le debe de inundar.

Observó que el piso de madera estaba seco, hasta hacía unos minutos había caído una tormenta eléctrica. La explicación radicaba en el pequeño cerco de ladrillos que dispusieron para contener la tierra y el agua que se colara a través del agujero en el techo; no era un diseño arquitectónico vanguardista, ni fuera de serie, pero sí que el abeto causaba impacto dentro de la casa.

A pesar de esto, le gustaba las estancias dispuestas en la mansión, aunque faltaban algunos arreglos y otro tipo de mobiliario que no fuese tan rústico, siendo más del tipo «cabaña» que la elegancia de una residencia tan amplia y soberbia como la que «visitaba».

—Aidan eres todo un caso… —Se dirigió hacia las escaleras, él debió haber estado allá arriba, quizás en su dormitorio que compartía con la humana, para sacar las mugrosas ropas que llevó en la maleta.

Olfateó e hizo un mohín. Todo olía a esa humana, y se hacía más intenso en la medida en que

subía los escalones.

*Mmmmm*, le dio más hambre, ¡¿cómo es que Aidan soportaba su aroma corporal?! Aisleyne se la habría devorado, de convivir juntas. El aroma de esta le hacía recordar un buen bistec a la parrilla, cuya carne jugosa se le escurría de entre sus comisuras al darle un buen mordisco. Suspiró…

Por eso sus amantes humanos nunca pasaron de la primera noche, ¡se los tragaba antes del amanecer!

En el pasillo del segundo piso se hallaban cinco puertas cerradas y una abierta; se fue directo a esta última, y enseguida aspiró profundo. Aidan recién estuvo allí, el armario abierto evidenciaba que hurgó entre sus ropas, por los vaqueros del que se atavió para tapar su gloriosa desnudez. La cama estaba tendida y la habitación organizada, provocándole a Aisleyne saltar allí y revolcarse sobre las sábanas para marcar su lugar favorito en esa casa. Sin embargo, no se dejó llevar por ese infantil deseo, de apropiarse de los espacios; pronto lo haría cuando estuviese follando con él. Lo que pretendía en ese instante era conocer a la otra, *su estorbo*, ¿por qué Aidan se aferraba a aquella, si tenía hembras mejores para escoger? ¿Será hermosa? No había portarretratos allí para observar cómo lucía. ¿Voluptuosa? Ni una prenda femenina reposaba en los sillones ni colgaba de las perchas en el armario que a Aisleyne le indicara cuál era la talla de esa hembra misteriosa; si la ropa es grande, la complexión de esta es rolliza. Si es menor, tendría problemas porque a Aidan le encantaban las larguiruchas.

¿Una puta al follar?

Eso habría que comprobarlo más adelante con las quejas de él en la cama.

—Aunque debe serlo… —masculló; de otro modo, carecía de sentido que Aidan se encaprichara con una humana, dado que son de corta longevidad.

Otro aroma la hizo volverse hacia la puerta que queda justo a su espalda, y cruzó el pasillo para curiosear en la habitación del frente.

El decorado era demasiado delicado hasta para sus propios gustos: cortinas sutiles, cobertores de motivos florales, alfombras de tono rosa… Sin duda: la habitación de una fémina.

—Conque dormían separados…

Estornudó. Apestaba mucho a desinfectante y a perfume de vieja. Lo que la hizo preguntarse si se trataba de una humana madura, ya que tampoco allí había una foto de esta. ¿Qué edad tendría? Apostaba a que pasaba de los cincuenta en su humanidad… Algunos hombres jóvenes les gusta ese tipo de hembra, tienen experiencia en las artes amatorias y no causan rollo, la relación suele ser más una aventura que una entrega amorosa.

—Qué gustos tan raros tienes, Aidan. —Se carcajeó—. Aunque, eres de mi tipo: te gusta probar de todo… —Ella lo ha hecho hasta con vejestorios de trescientos años cuando le convenía en sus aprietos.

Cruzó la habitación y abrió el armario que colinda con la mesita de noche, del lado izquierdo de la cama, y extrajo un vestido de tonos claros cuya talla pertenecía a una mujer delgada.

Torció el gesto, ¿la humana en realidad es una vieja?, el modelo del vestido es juvenil.

Lo olfateó.

*Mmmm*… ¡Qué aroma tan delicioso!, es el mismo que percibió en la otra habitación.

Si esa *humana* es de agradable fisonomía, le propondría a Aidan hacer un trío. Y luego cenarla.

Devolvió el vestido a su sitio y comenzó a inspeccionar el guardarropa, con una creciente preocupación que se alojaba en sus intestinos. ¿Qué clase de «vieja» usaba vaqueros

desteñidos, camisetas y vestidos acorde a la moda?

—Como que la pelea por el macho va a ser dura… Esta da la impresión de ser más joven. —Quizás treintañera.

En un sentido de posesión, buscó la prenda más bonita y la arrojó a la cama, luego hurgó las gavetas y extrajo un juego de ropa interior; no le daba asco probarse lo que no es suyo, a sabiendas de que su vagina estaría en contacto con las bragas que cubrió la intimidad de otra hembra. Las comezones, la gonorrea, lo que sea…, ni cosquillas le harían. En toda su vida ha gozado de buena salud, las asquerosas enfermedades venéreas eran propias de los humanos; los metamorfos podían acostarse hasta con el más *podrido* y no contaminarse. Así que, bien campante, en los siguientes minutos Aisleyne se duchó en el baño privado de la humana y usó todos los productos de higiene personal que esta poseía. ¡Hasta el cepillo de dientes!

—Es una enana… —el vestido le quedaba apretado y el ruedo del faldón más arriba de la rodilla. A parte del inconveniente, el sujetador tuvo que tirarlo por no ser capaz de contener sus tetas. Las bragas le apretaban las nalgas.

Sus manos se posaron en su cintura, fastidiada al observar los zapatos en el piso del armario.

—Qué horribles y baratos… —y pequeñitos. No podría calzarlos por más que engarruñara los dedos de sus pies, eran dos números menos de los finos calzados que Aisleyne suele usar. Le tocó estar descalza.

De la cómoda tomó un frasquito y lo olió.

—Perfume de niña. —No olía al que sofocaba el oxígeno en la habitación.

Atomizó detrás del lóbulo de sus orejas. Si eso era lo que le gustaba a Aidan, ella imitaría a la otra.

Permaneció un rato pensando en cómo distraerse mientras él volvía, porque tenía la seguridad de que lo haría. Y, cuando llegase, Aisleyne tendría que aprovechar la soledad de la casa para convencer a Aidan de permitirle hospedarse en la mansión, ya que «huía de su familia»; a ninguna hembra importunaría: la humana ya no estaba y sus medias hermanas aún no se reencontrarían con su *marido compartido*. Por lo tanto, solo tenía una oportunidad de seducirlo.

*¡Pum!*

Aisleyne se sobresaltó por el azote de una puerta, allí en el segundo piso.

Arregló su pelo, se aplicó otra atomizada del perfumito barato y luego acomodó su postura para erguir sus tetas y lucir más estilizada, pese a estar descalza.

De puntillas, caminó sensual hacia el pasillo.

—¿Aidan? —lo llamó a la vez en que sus fosas nasales trataban de percibir su aroma—. Soy Aisleyne, *tu concubina*, te seguí… —Avanzaba emocionada hacia las escaleras.

*¡Pum!*

La puerta de la habitación, de donde recién salió, se cerró de golpe.

—Es el viento —se dijo así misma para calmar sus nervios. Afiló sus sentidos y solo captaba una energía que erizaba su piel.

Las pisadas de las suelas de unos zapatos se aproximaban.

*Tac. Tac. Tac…*

El sonido era irregular y rítmico.

—¿Aidan? —No lo veía, ¿acaso era algún poder de invisibilidad del cual lo envolvía?—. *So-so-soy*… Soy *A-Aisleyne.* ¡Hola! —¿Dónde coños él está? Las pisadas avanzaban, lento y pesado, la claridad del día que se filtraba por los tragaluces, iluminaba bien el pasillo; alguien se acercaba,

sea Aidan o un espectro, le helaba el corazón—. ¿Eres…? —Las puertas… ¡todas! Se abrieron y cerraron al mismo tiempo varias veces, como si hubiesen sido programadas por algún mecanismo para espantarla—. ¡Ay, dioses! —Aisleyne chilló y emprendió la carrera para marcharse de la casa, allí no iba a permanecer hasta que llegase Aidan, espantaban más que en Nephin, donde han muerto miles de humanos y opositores al reino.

*¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!*

Las puertas continuaban azotándose a su paso, ella corría, se trastabillaba, casi cagada del susto. Las pisadas la perseguían a la misma velocidad, sentía que le respiraban en la nuca, tenía frío, ¡y ella no era friolenta!

—¡Santo padre de los lobos, cuida de mí! —Volaba escaleras abajo, agradeciendo que el vestido le quedaba corto, porque sus piernas lanzaban amplias zancadas hacia el vestíbulo.

Se estrelló contra un pecho masculino y gritó aterrada.

—¡¿Aisleyne?!

La loba levantó la mirada hacia el macho que había acabado de entrar a la casa, por el área de la cocina, y enseguida sintió un alivio tan esplendoroso que lo apretujó entre sus brazos para que no desapareciera.

—Dame una explicación para no torcerte el cuello —la separó con rudeza. A diferencia de ella, él no se alegraba de verla.

—Bue… Bueno, yo…

—¿Qué te pasa? Parece que te espantaron, se te fue el color de las mejillas.

Señaló hacia arriba.

—Las puertas… —Hizo la mímica con la mano, de abrir y cerrar con violencia—. Eh… Pasos… Escuché pasos.

Él sonrió mordaz.

Le dieron una dosis por meterse en propiedad ajena.

—Hay vigilantes —mintió pese a que la loba lo sabía—. ¿A qué has venido?

*¿Vigilantes o un sujeto del más allá?* Aisleyne quiso refutarle que no era ningún vigilante merodeador que casi la mata del susto, sino un espectro que caminaba por ahí como si estuviese vivo. Pero a Aidan le interesaba más que le explicara su presencia.

—Me escapé por ti.

Enarcó una ceja.

—¿Cómo que por mí? ¡Yo no te animé a seguirme!

—Fue porque no te hincaste ante nadie, dejaste a todos perplejos por tu gallardía. Y yo quiero —follar— servir a un amo legendario como tú.

—¿Me tomas por idiota?

—Soy tu concubina y tu amiga. ¡Ay, lo soy! —exclamó ante el gruñido de Aidan, él alargó las garras para cerrarle los ojos para siempre de un zarpazo—. Mi vida está en tus manos, *mi amo*, te la ofrezco para ser tu más benevolente –y pasional– servidora.

—No soy tu amo. ¡Y por qué usas la ropa de mi mujer!

Siendo evidente de que fue atrapada por estar hurgando donde no debía, se echó un vistazo y luego sonrió apenada.

—Me mojé con la lluvia. Discúlpame el atrevimiento, tenía frío —se frotó los brazos para expresarle mediante sus gestos la necesidad buscar abrigo en casa ajena—, las lobas de la monarquía somos más delicadas.

—Y lo hiciste sin mi permiso.

—¿Me lo quito? —Sin pudor, hizo el amague de quitarse el vestido por encima de los hombros, el faldón lo había elevado hasta los muslos.

—No, ya lo impregnaste con tu olor —se dirigió hacia una de las mesitas rinconeras del vestíbulo donde Adara dejó algunos sobres con membretes de Dublín para que él los revisara—. Susana lo quemará si se entera de que lo usaste.

*«Susana…»*, Aisleyne repitió el nombre para sus adentros como si fuese un insulto, *así se llama la maldita*.

—Me disculpo de nuevo, amo.

—¡No lo soy!

—¡¡Lo eres!! Te reconozco como tal, sé cuál macho debe estar a la cabeza de un clan y cuál no. Por eso estoy aquí, eres mi Soberano.

—Hablas en contra de tu padre, no eres de fiar.

—A veces la familia no es la que protege a los suyos, sino otros. Quiero ser parte de la tuya, sentirme protegida y amada… Yo luché por ti y gané para tener el privilegio de…

—En Nephin lo tenías todo —la interrumpió—. Acá serás una más. Regresa a donde soporten tus caprichos. ¡¿Qué haces?! —Aisleyne hizo el amague de hincarse, pero sus rodillas ni alcanzaron a posarse en el piso, cuando Aidan la tomó del brazo y la levantó de un tirón—. ¿Eres sorda?

—¡Regresar significará la muerte! —chilló—. Te escogí a ti por sobre el Soberano. Por favor, no me rechaces.

Aidan notó que el cabello y la piel de la loba olía al champú y al perfume de Susana, y meditó si lo siguió de cerca.

—¿Cómo diste con la casa? —Sus irises cambiaron de color para sacarle la verdad a la hija bastarda de Kane.

—Eh… —Se tensó y palideció mucho más, porque si la hipnotizaba descubría sus planes y lo que vio en las montañas—. La… *di-dirección* la obtuve en la ciudadela… —contestó a la vez en que fingía que sus ojos grises se tornaban vidriosos, ella también tenía sus trucos.

Caminó alrededor de esta, analizando el sutil *tic* nervioso en su ojo izquierdo y luego en las uñas que se clavaban en sus palmas como para no perderse así misma en la bruma de la hipnosis.

—Llegar hasta acá no es fácil —cuestionó en un endurecimiento de su voz—, se requiere de un mapa o de un guía. ¿Me seguiste a través de la montaña?

—No…

—¿Por dónde viniste?

—Desde Ballycroy tomé un taxi, fui cuidadosa de no ser descubierta por ningún centinela.

—¿Y por qué te mojaste?

Pasó saliva.

—El taxista no quiso avanzar más allá de las rejas y yo estaba apurada —respondió «adormilada»—. Me bajé del vehículo.

El nulo convencimiento de Aidan, endurecía su mirada, aún ponía en tela de juicio lo que ella le respondía, pero si la mandaba de vuelta a Nephin, la encerraban en un calabozo hasta que muriese de hambre. Kane era cruel sin importar si se trataba de sus propios hijos.

Soltó una increpación, la presencia de la loba complicaba retornar esa noche al invernadero.

—Te daré hospedaje hasta saber qué hacer contigo —expresó, luego de liberarla de la hipnosis—. ¡No me cauces problemas y no te echo a los lobos! —le advirtió en cuanto Aisleyne

intentó abrazarlo, pero él retrocedió unos pasos—. Escoge una habitación del tercer nivel, porque no dormirás cerca de mi… —iba a decir «mi mujer», en referencia a Susana, pero recordó para su desgracia que tenía otra dos que pronto traería a casa—. Mis esposas.

¡¿Tercer nivel?!

¿Y el espectro?

—Jamás comparto espacio con los matrimonios, les preocupan mi sensualidad… —A pesar de eso, Aisleyne procuró no demostrar su temor y también en que la hería que la mantuvieran alejada como los demás—. No saben de lo que se pierden.

Él sabía, ha probado muchas mujeres como ella hasta el hartazgo.

—No te esmeres en limpiar la habitación a fondo, será por poco tiempo —se hizo el desentendido con la insinuación de la loba—, habrá alguien que la atenderá, pero no será las veinticuatro horas a cómo ustedes están acostumbrados a que los atiendan en la fortaleza. Si la grita o la trata mal, te echo de aquí a patadas. —Tendría que sacarla de allí antes de traer de vuelta a Susana.

Maldita sea…

A su amada no podría traerla nunca más a Moninne por las princesas.

—Seré una excelente huésped; acepto tus condiciones, *mi amo*. —Ya se encargaría de que el tercer nivel sea la parte más visitada por el señor de la casa. Y en cuanto al espectro aquel…, tendría que hacer un pacto con ese, porque no iba a perder semejante oportunidad de estar con Aidan.

—Basta de llamarme de esa manera, me desagrada.

—¿Cómo deseas que te llame? ¿Amado?, ¿amor?, ¿cariño?, ¿mi señor? —le daba a entender su disposición a tenderse en la cama para recibir su miembro las veces que quisiera—. Soy tu concubina.

—Llámame por mi nombre y sin ronroneos. Y no eres mi concubina.

Aisleyne sonrió, él no se aprovechaba de su condición vulnerable como lo hicieron otros cuando ella se metía en problemas. Su tío fue uno de los precursores que le descargaron todo el semen en la boca por las veces en que se ganaba los azotes al quebrantar las reglas. Aquel sí que la puso de rodillas muchas veces… «Esto te lo ganas por puta», fueron sus palabras exactas.

—Gracias, Aidan. Te lo compenso como gus…

Se sobresaltó al mismo tiempo en que Aidan percibía el aroma de tres machos adultos fuera de la casa.

Él le ordenó de no salir y luego bordeó el abeto enano para cruzar el área de la cocina. Los recién llegados aguardaban por esas inmediaciones.

—Mi señor, debe saber a qué hemos venido —Tyrone expresó, sin mirarlo a los ojos. No hubo saludos cordiales ni reverencias, él y sus hombres se mostraban tensos manteniendo un pie apuntando al bosque y el otro reticente en la solitaria propiedad, temerosos de alguna reacción violenta del alfa.

—Sí —Aidan respondió con parquedad, evitaba agregar más para estudiar hasta dónde radicaban sus lealtades.

—¿La señorita Maldonado está a salvo en casa? La escoltamos a la montaña, tras el ataque, pero desapareció por…

—Lo está.

—Ella ahora es…

—Sé en lo que se ha convertido.

—¿Será un problema?

—¿Para quién? —Sus garras bastante afiladas.

—Para usted, mi señor.

—No. ¿Lo es para ustedes?

El comisario alzó la mirada un instante y se arrepintió, los irises del alfa irradiaban enojo. Mejor no hacer más preguntas.

—La protegimos como una de nosotros cuando nos asediaron —explicó—. Ignoramos quiénes son los atacantes, pero no son locales ni del condado. Ya estamos investigando las huellas dactilares.

—Olvídese de eso, ninguna información encontrará. —Kane no sería tan estúpido de enviar una jauría que después fuese fácil de identificar si los aniquilaban—. Ahora necesito a sus hombres de confianza apostados en mi casa. Hay una huésped adentro que requiere vigilancia. Está prohibido interactuar con ella; no se le permitirá salir, así sea a mear. Informen a la señora Adara para que la atienda en su horario habitual.

—Así será —Tyrone dio un asentamiento reverente, extrañado de haber confundido los aromas; creyó que la dama percibida dentro de la casa era Susana Maldonado, pero se trataba de otra mujer. Luego se irguió, con una pregunta pugnando en salir de sus labios cubiertos de su mostacho. Entonces…

¿La híbrida seguía en aquel lugar?

Se abstuvo de preguntarle, su memoria dependía de mantenerse intacta si no controlaba su curiosidad; la mirada del alfa indicaba que *sabía que él sabía*... La obviedad saltaba a la vista, allá este llevó a la incipiente híbrida mientras alojaba en la mansión a la amante o a una de las princesas con la que se casó.

# Capítulo 28

La petición telefónica de Aidan Fitzgerald fue trasmitida del jefe de Seguridad al jefe de Gabinete, y de este al Alfa Mayor.

Silas cruzó las puertas del despacho de Kane y le informó a regañadientes lo que el híbrido deseaba con respecto a sus esposas. El revuelo que hubo cuando aquel abandonó Nephin, aún no se ha asentado; el nerviosismo teñido con cierta emoción en los alfiles, preocupaba a los consejeros del Soberano y al mismo Silas que temía por su propio cargo, pues presenciaron un despliegue de poder en un sujeto que antes subestimaron y que ahora les hacía temblar las piernas de solo recordarlo.

—¿Cómo debemos proceder, mi señor? —Aguardaba a que el anciano decrépito contestara, pensativo de cara al ventanal que da hacia el patio de armas.

—Que hagan las maletas…

—¡¿Se las entregará?! Señor, no debe hacerlo, anule el matrimonio. Las princesas morirán si parten a Leinster. No sabemos qué les hará; tal vez las queme o…

—Ya estarían muertas si así él hubiese querido —replicó sin volverse hacia Silas. Afuera observaba a dos de sus destacados oficiales hablando airados, pero cuidándose de no ser escuchados. Lucían inquietos—. A pesar de todo, mantiene su palabra.

—¿Y si tiene planes siniestros para ellas? —Si lograba convencer a Kane, de anular el matrimonio, pediría desposar a la princesa Syra, por ser la mayor y la más próxima en la línea sucesora. El príncipe heredero y el «repuesto» no servían para nada, abandonaron la fortaleza en cuento tuvieron oportunidad de refugiarse en Siberia.

—¿Preñándolas? —Los labios del regente se curvaron en una sonrisa perversa; ojalá fuese así y en unos meses se jactara de sus nietos—. Quiero *sombras* apostadas por esas tierras para que vigilen cada minuto de ese alfa.

—Hay que eliminarlo.

La mirada hosca del anciano se posó en el segundo al mando en la isla.

—¿CÓMO PRETENDES QUE LO HAGAMOS? —lo gritó—. Sería luchar contra el mismo sol: calcinará todo lo que se le aproxime. Hasta no hallar el modo de matarlo, no podremos tenerlo de enemigo. La única alianza con él, son mis hijas, y ellas nos permitirán más adelante de tener un ejército con la misma capacidad de defensa que ese híbrido. Seremos indestructibles. «Aquél que domina el fuego, dominará el mundo».

Los planes para la Casa Saighead eran inviables para Silas, un ejército así de poderoso requería de un líder que inspirase obediencia, y el Soberano tenía una pata en el cementerio y sus hijos eran unos cobardes.

Hasta la bastarda huyó despavorida.

—Como usted mande, amo. Trasmitiré el pedido del consorte a las princesas para que estén listas a partir al atardecer.

*****

Frente a la casa, Aidan aguardaba a que la caravana se acercara. El pedido fue acatado contra todo pronóstico; las princesas fueron escoltadas por una veintena de alfiles, quienes se bajaron

de los respectivos vehículos para desplegarse por las inmediaciones de la propiedad.

El sargento hizo un leve asentamiento de cabeza hacia el pelirrojo y enseguida se puso a sus órdenes sin ninguna nota discordante en el tono de su voz. Los otros que lo acompañaban se mantenían a distancia y en actitud respetuosa por lo sucedido en Nephin, y porque el mismo Soberano le temía.

Una brisa helada barrió las hojarascas en torno a los pies descalzos de Aidan; el día transcurrió en un correr acelerado de las horas; el atardecer estaba por teñir de naranja el cielo de Kinnitty; el Alfa de Offaly no ha tenido descanso desde que fue nombrado como tal, ni ha pasado tiempo de calidad con Susana, dejándola al cuidado de Xylon, hasta que él resolviera los asuntos pendientes. Debía hacerlo antes de que el embarazo le impidiese separarse de ella; él tendría que ocuparse solo al momento del parto.

Lo menos que pudo hacer por las princesas, fue la de cubrirse el torso con una camisa y salir a recibirlas.

Las dos jóvenes no pudieron ocultar el descontento al observar la mansión que tenía partes ruinosas y desconchadas. El comisario se reverenció para saludarlas, evidenciando la admiración por la suerte del muchacho, quien ya contaba con dos esposas de linaje real, una concubina y una amante de origen extranjero que pasaba por el proceso de la conversión. Les dio la bienvenida, al nuevo hogar, y estas lo ignoraron. Su atención se centraba en el poderoso lobo erguido en el pórtico. Los pasos entre las hembras y el macho se acortaron; Syra y Rowena lo abrazaron emocionadas porque, a partir de ese día, convivirían sin la inspección rigurosa de sus niñeras.

*Pendejas*, pensó Aisleyne, espiando desde el ventanal de la habitación al cual fue confinada en la tercera planta, pese a que aún no se ha hecho la limpieza. Desde arriba lanzaba mil maldiciones a sus media hermanas, que todo se les ponía a los pies y al pedido de sus exigencias. Nada le salía como lo había planeado: Aidan no volvió a entrar a la casa, el ama de llaves llegó una hora después, encargándose de algunos oficios que a él lo liberaban de tener que atender a la hija bastarda de Kane.

Aguzó el oído, curiosa por lo que estos charlaban, pero le costaba escuchar desde donde se hallaba; las voces le llegaban de manera amortiguada e incoherente. Aun así, advirtió que Aidan despachó a los alfiles y que los suyos permanecieron allí apostados, cuidando de la huésped indeseable. Los vehículos se alejaron enfilados por el camino de grava, y Aisleyne respiró aliviada de no ser devuelta a Nephin contra su voluntad. Su padre la habría vendido como esclava o decapitado frente a todos los plebeyos por traicionera.

—¿Qué dijo esa tonta que pones esa cara? —se preguntó luego de fijarse en el desagrado de Syra y la decepción de Rowena; al parecer, no era lo que estas esperaban de lo dicho por Aidan —. Seguro harán un trío… Como si antes no lo han hecho con él, qué tontas. ¿A dónde van? — Pegó la cara al vidrio de la ventana; no entraban por la puerta principal; más bien, Aidan las conducía por un costado de la casa. La puerta de la cocina—. ¡Esto lo tengo que ver! —Aisleyne voló hacia la ventana este, carcajeándose de la trastada que se llevarían sus media hermanas; querían pétalos de rosas en su camino, y hallaron lodo. O una pila de platos sucios.

—¿Por qué se desvían? —La cabellera rojiza de Aidan se vislumbraba entre los arbustos—. ¿Van hacia las montañas? —Lo iban a hacer en cuatro patas.

Luchó por abrir los postigos. Qué ganas de querer unírseles.

—¡Ay, dioses! —Se echó atrás cuando un rostro serio la intimidó; era uno de los tres guardias de Aidan, encaramados en el techo y los balcones, la tenían muy vigilada.

Sin que le quedara más remedio de permanecer allí plantada, observaba cómo Aidan y sus tontas media hermanas se perdían por la arboleda y sin guardias que los protegieran durante el recorrido. Lamentó que aquellas tuviesen el privilegio, pero recordó lo del búnker.

—Van a una orgía o a un banquete. —Por eso Aidan estaba equipado con el morral de campamento y la maleta de la humana: tras el disfrute carnal, desaparecería sus pertenecías—. Qué mala suerte la mía, esa vieja debe ser deliciosa, me quedaré con ganas de probar un brazo o un pie…

Suspiró. Y ella encerrada en esa polvorienta habitación que ni tenía cama.

¿Y si le muestra las tetas al guardia para que la deje dar un «paseíto»? Tal vez le permitiría que le reviente el culo un rato; de ese modo, conseguiría ir hasta ese lugar a que la sumen como una de las comensales.

—Aguarda tu turno, Aisleyne, *ese lobito* tiene pinta de ser insaciable. En cuanto satisfaga a sus *esposita*s, vendrá por ti que siempre has sido *el postre* de tus cuñados y tíos.

*****

De camino por la montaña, las jóvenes princesas no sabían hacia dónde se dirigían, tuvieron que despojarse de los zapatos y de las joyas, que dejaron con su equipaje y al resguardo de los guardias de ese pueblo. La expectativa de lo que pudieran hallar más adelante les causaba aprensión; Aidan no les informaba, yendo él unos pasos más adelante que ellas e ignorando sus preguntas. Estuvieron a punto de desnudarse, pero él les ordenó de mantener las ropas puestas, fue enfático al decirlo, su ceño fruncido las intimidó, por lo que, gozar en los matorrales no estaba previsto.

Para cuando se detuvieron frente a una puerta desvencijada, ya había anochecido.

Mostrando su desconfianza habitual, Syra echó un vistazo por su rededor. Ni una vivienda ni un puesto de vigilancia, solo percibía el olor de las plantas húmedas por la lluvia y el lodo que a ellas las enterraban hasta los tobillos.

—¿Es un spa o un hotel? —Rowena preguntó cuando él tocaba a la puerta, conocía de algunos establecimientos paradisíacos apartados de las ciudades para brindar relax a sus clientes. Aunque para ellas sería como algo más de lo mismo: encerradas en cuartos tétricos y ocultos bajo el follaje.

—Ninguno de los dos —Aidan estaba inquieto, ¿qué cara pondrá Susana: se entristecerá o se enojará más? De por sí ya estaba cabreada.

La falta de recibimiento por esa área, de las que, en otras locaciones, a las dos princesas suelen tenderles alfombras rojas en el suelo o colmarlas de halagos por su belleza, las mantenía con la nariz y el ceño fruncido por la apatía. ¿Por qué no había una comitiva que estuviese allí aguardando por ellos, si la respuesta desde Nephin fue inmediata? Ellas venían en camino.

—¿Qué es, entonces?, está muy apartado… —Rowena hacía gestos como niña fastidiada al observar la cerradura y las bisagras oxidadas y la madera de la puerta, desgastada por los años y cubierta por grandes manchas de moho. Las hiedras que colgaban sobre ésta cumplían con su trabajo de ocultarla hasta de los animales que podrían derribarla o agrietar las tablas, al afilar las garras.

El marido compartido volvió a tocar suave y aguardó a que, desde adentro, un sirviente o portero les abriera la puerta.

—¿Para qué nos has traído acá, no nos vamos a hospedar?

—Primero deben conocer a alguien.

—¿A quién? ¿El suegro? —Tenía entendido este abandonó el país junto con su esposa y demás miembros de la familia en un vuelo nocturno hasta Alaska.

—Es más importante, sean respetuosas y mantengan la boca cerrada, a menos que les haga preguntas.

Las jóvenes asintieron preocupadas por el hermetismo que Aidan confería a la visita que realizarían.

Al momento en que Syra pretendía preguntar de quién se trataba, para estar más preparadas, la puerta se abrió y de allí asomó el rostro de una mujer de tez morena.

Se hizo a un lado para permitir el paso a las princesas, que de inmediato sentían que de esta debían cuidarse, era hermosa y exótica, menuda y de una expresión que indicaba no era de las que se quedan calladas si les vuelan el genio.

—Susana, te… ¡Susana!

—¡¡Qué falta de educación!! —Syra se escandalizó cuando el esposo compartido pretendió presentarlas con la morena que olía a sangre mezclada, dándole la espalda para devolverse por su camino.

Aidan no esbozó molestia o indignación, como las princesas; en vez de esto, ingresó con Syra y Rowena al invernadero, comprendiendo que le pedía mucho a Susana con ser testigo de lo que acontecería esa noche. Tras llevarle la ropa y la colchoneta, y algo de víveres, le advirtió que el pedido de Xylon debía acatarse cuanto antes, si las princesas no eran dignas, las regresaría a Nephin. Y oraba para que así fuese.

—¿Qué es este lugar?, ¡qué bonito!

—Es un spa…

—¡Él dijo que no lo es! —Rowena replicó de mala manera a Syra—, tampoco un hotel.

—¿A dónde fue esa antipática?

—Silencio, aquí no se tolera las discusiones.

—Pero la mujer se…

—*Shitt*, ¿qué les dije? —Aidan las increpó, cruzando por los rosales.

A pesar de la escasa luz lunar, las jóvenes se maravillaban de los aromas y de las preciosas rosas aterciopeladas que había por todas partes. Rowena jadeó incrédula del templo de altas columnas, e intercambió miradas asombradas con su hermana. Sonrieron, si no se trataba de un hotel de cinco estrellas, con servicio de spa y un sinfín de magníficas comodidades, entonces alucinaban. Saltaron de alegría y se pegaron a Aidan, emocionadas por el regalo que les daba. Al parecer, era su casa. La otra quizás se trataba de una fachada para no levantar sospechas, esta permanecía oculta de los que no serían bienvenidos.

—Hay monitos y pavorreales, qué bonitos —Rowena deseaba agarrar uno—, se ven tan apetitosos…

—No son para comer. —Los ojos de Aidan rodaban en busca de Susana, no la venía ni la percibía cerca, debió encerrarse en el templo.

—¿Son mascotas?, qué curioso… Nunca he tenido uno.

—Porque te los tragas al final del día —Syra sacó en cara los caprichos de su hermana menor, torciendo el gesto en un, «cuando te aburres, terminan en tu panza». El rottweiler de tres meses de nacido que le regalaron terminó como bocadillo antes de la cena.

—No critiques, te has comido siete perros y dos gatos.

—¡Y tú el doble que yo!

—¡¡Cállense!! ¿Nunca dejan de discutir?

—Pero, ¡no soy así, Aidan! Me encantan los animalitos —Syra enrojeció de la rabia por tener que defender su imagen de chica buena.

—¿Hacia dónde vamos, no es por allá? —A Rowena le llamó la atención que se desviaran por un sendero que los alejaba de la imponente residencia griega.

—Primero las presentaciones.

—Lo dijiste, pero no sobre quién es la persona. ¿Es algún alfa de provincia?

—Te apuesto a que es el papá…

Un «ya se largó del país» brotó silencioso de los labios de Rowena a Syra, recordándole sobre ese hecho que se comenta en la Corte.

Los ojos claros de las lobas se alzaron hacia lo que sobresalía de las copas de los árboles.

—¿Y ese humo? —La nariz de Syra aspiraba para determinar si asistirían a una barbacoa.

—No se asusten —Aidan expresó tras detenerse.

Ambas arquearon las cejas.

—¿Por qué?, ¿a quién nos vas a presentar?

—Lo que verán no es natural y requerirá de su valentía; si a él les agrada, esto también les pertenecerá.

La aprensión se apoderó de las dos metamorfas, pensando a quién rayos tendrían que saludar que desde ya las preparaban a no dejarse llevar por los temores. Rowena conjeturaba que dicho personaje era un vampiro, se conoce de muchas fuentes las colaboraciones con estos para resguardar lugares de interés; en cambio, Syra tenía la seguridad de que el papá de Aidan era una especie de brujo y que era puro cuento lo del viaje a Alaska. En la ciudadela había unos cuántos al servicio del Soberano.

*****

El cristal de la ventana se deslizó hacia arriba para permitir que los labios avariciosos del vigilante se posaran sobre los de Aisleyne, quien ya no aguantaba mantenerse allí de brazos cruzados.

La huésped estuvo coqueteando como si el sujeto fuese muy atractivo y ella no fuese capaz de controlar su desenfreno; se contoneaba mientras se tocaba los senos y lamía sus labios para indicarle al otro lo que le haría a su hombría.

La colación a la habitación atestada de trastes viejos fue tan furtiva como urgida por parte del vigilante; echó un vistazo a sus compañeros por si lo detenían, pero estos no se daban cuenta por estar más atentos al entorno que a las acciones libidinosas de una hembra con las pulgas alborotadas.

El manoseo y los besos fueron demandantes para este como nauseabundos para Aisleyne que fingía disfrutarlo. Él estaba erecto y *sobresaliendo* de entre la cremallera abierta; no más la hembra se pusiera sobre sus palmas y rodillas para *enchufarla* por atrás.

—Me gustaría que me ataras los tobillos y luego me acomodaras en el piso —sugirió Aisleyne, y el vigilante aceptó de buena gana.

—¿Con qué te ato? —Sus ojos brillaban por la expectativa. La hembra sería buen entretenimiento para él y para el alfa.

—En el armario me pareció ver unas corbatas enrolladas —señaló hacia las puertas polvorientas y agrietadas, empotradas en la pared—, eso podría servir… —Su otra mano

empuñando a la espalda una barra de la que antes formó parte de algún mobiliario.

Dos pisadas la acercaron sigilosa y cuando el hombre hurgaba apurado las perchas atestadas de ropa en el armario, Aisleyne le asestó un golpe con tanta fuerza que el vigilante ni supo qué fue lo que le pasó.

La barra depositada en el piso, sin hacer ruido.

Miradas precavidas al exterior. Nadie se acercaba; si se daba el caso, diría que se defendió por un intento de violación. Esto ocurría a diario entre las manadas alejadas.

Por la ventana salió y casi se entierra las espinas al caer a centímetros de los rosales; la maraña de los tallos verdosos le servía de escondite, pero no aprovechó de cubrirse de lodo en los minutos que tendría disponible antes de que el otro recuperara la conciencia y diera aviso a sus compañeros de su escape.

El bosque estaba a unas zancadas de ser cruzado para ir hasta el búnker, donde Aidan llevó a sus esposas-lobatas.

# Capítulo 29

La puerta del templo se abrió un resquicio, y, a través de ahí, Susana observó al trío hasta que ya no los pudo ver más.

Se pedía a sí misma, de no salir, sufriría por lo que presenciaría. Aun así, los siguió pese a que luego se arrepentiría. Eran las esposas solicitadas por Xylon para evaluarlas y del que Susana le preocupaba que estas la desplazarán en lo único que tenía sentido en su vida. Trataba de mantener su mente en blanco; si lo hacía, tanto Aidan como Xylon sabrían lo que pensaba, y no quería increpaciones o palabras cargadas de lástima.

Solo quería ver.

No por morbo, sino presenciar el momento en que Aidan les jurara el mismo amor que a ella le profesó.

Se ocultó entre el follaje, a unos metros del camino de los manzanos. Una de las jóvenes se paralizó y la otra gruñó al Arbusto Dragón. Aidan no fue delicado, las haló con rudeza del brazo mientras las increpaba. Xylon saludó; sus hojas se sacudieron y las flamas que emanaba por poco alcanza a las lobas.

Las jóvenes sacudieron la cabeza, retrocedían atemorizadas; lloraban, suplicaban a Aidan de alejarlas de allí, le temían al demonio que poseía al arbusto.

*«Acércate, Susana»* —Xylon le pidió, había captado su presencia, para vergüenza de la muchacha.

En vez de obedecer a la orden de la entidad, a Susana le ganó la cobardía por tener que interactuar como si fuese la anfitriona o una espectadora. El saludo no le saldría de la boca, menos disculparse por demostrar desinterés con las presentaciones. Por ese motivo, corrió hacia la puerta, no podía permanecer en Síorai mientras las otras demostraban cariñitos a Aidan y asumían también el cargo como guardianas.

—¡Susana! —Aidan fue tras ella, pero la distancia entre los dos le permitió a Susana alcanzar la salida antes de que la detuviera y la llevara de regreso contra su voluntad—. ¡Susana! —Los aporreos en la mohosa madera se hacían sentir desde el otro lado del bosque montañoso—. ¡Abre! ¡Abre! —exigía salir, solo la persona que portaba la llave tenía el privilegio de cruzar el umbral las veces que quisiera, los demás se atenían a que el portador les concediese el paso.

—¡Denme un minuto, necesito respirar aire fresco! —Como si no hubiese en el invernadero. Susana elevó la voz para que la escuchara, sintiendo que respiraba toxicidad. Pero ambos olvidaban que, una vez pasado el cerrojo, los dos mundos: el de adentro y el de afuera, quedaban incomunicados.

De repente, el bosque se tornó inmenso o Susana se encogió hasta volverse diminuta, los abetos parecían rozar el cielo anaranjado, la montaña se elevaba más de lo que suele ser su topografía; el terreno que se extendía ladera abajo no tenía fin como si llegara hasta un abismo. Sufría otro ataque de pánico, le costaba respirar; el pecho lo tenía duro y agitado por tener el corazón con fuertes palpitaciones.

Tosió fuerte para tomar el control de la errática respiración, no era capaz de llevar oxígeno puro a sus pulmones. Aidan ya estaba con sus esposas. ¡Con sus dos esposas que en ocasiones portaban tiaras! Princesas inmaduras y hermosas…

Volvió a toser y toser y toser… Sentía la cara arder por el esfuerzo de crear un choque en su

caja toráxica para facilitar la respiración. Tosió y tosió…, y luego inhaló profundo el aire y expulsó lento. Inhaló, expulsó…

Los aporreos no volvieron a retumbar por la brusquedad de Aidan para que le abrieran, siendo obvio que el esfuerzo era en vano. Las bisagras y cerrojos aparentaban que se saldrían de sus bases «podridas» si la echaban abajo de una patada. Pero ambos se dieron cuenta de que la puerta era mucho más sólida de lo que aparentaba.

No tenía intenciones de ir hasta Moninne, tendría que regresar para abrirles, y el ir y venir no le apetecía.

Se tomó dos profundas respiraciones más, y, al hacer el amague de sentarse a los pies de la puerta para que los minutos avanzaran…

—¡Zeus! —se sorprendió al descubrir que su mascota logró darle alcance y salir justo en el instante en que se alejó de todos. Zeus la miraba desde su pequeña y robusta estatura, y con sus ojitos dilatados por la penumbra del anochecer—. Oh, mi niño… ¡Mi bello niño! —Lo tomó en brazos y lo apretujó como un osito de felpa, mientras se sentaba y recostaba su espalda en la madera que resguarda lo que está vetado para los no elegidos. Él siempre estaba ahí cuando ella se desmoronaba.

Tal como lo hacía en ese momento. Sus ojitos, grandes y expresivos, parecían expresarle de manera silente: «¿Qué te pasa, mamá?, ¿te sientes bien? Yo estoy aquí, acompañándote. Aférrate a mí».

Sollozó en una triste y amorosa sonrisa para su gato. Le repartió besos por sus mejillas y cabecita; la mortificación por tener que hablarles a las princesas dejaba de estrangularle la tráquea, permitiendo el libre flujo de aire a sus pulmones.

La calma mermó su tormento, las lágrimas cesaron y las nubes negras en sus pensamientos se despejaban; tendría que aceptar que, los que quedaron del otro lado, seguirían por su rombo y sin ella. Pero no estaba dispuesta a acompañarlos en ese transitar turbio.

Los largos bigotes de Zeus, la trajeron de vuelta, le habían hecho cosquillas por las comisuras de sus labios. Hacía lo posible por captar su atención, le ronroneaba; su cabecita se frotaba suave en su mejilla, sin el interés habitual de darle de comer; más bien, para expresarle que la quería.

—¡Yo también te quiero mucho, *mi muñeco*! —Repartió otra tanda de besos al animalito, acompañados de una sonrisa agradecida.

Luego ella echó su cabeza hacia atrás y elevó la mirada hacia el exiguo espacio del que las copas de los árboles le permitían apreciar las primeras estrellas titilantes del firmamento. Lo aceptaba… Trabajaría codo a codo con esas chicas en lo referente al cuidado del invernadero, y procuraría ganarse su amistad.

Los sentimientos que albergaba por Aidan: el amor y la pasión…, los guardaría en lo más profundo de su corazón, y le ofrecería lo mismo que a las otras; aunque con él se permitiría sostener una buena charla, un abrazo amistoso, una felicitación por un logro o por el hijo que ha nacido. Ella misma gestaba el suyo –segura de que sería varón– y necesitaría el apoyo de Aidan. Además, su propio hijo debía contar con la constante y buena relación de sus progenitores, dispuesta a ofrecerle un hogar estable y armonioso. No con un padre, día a día a su lado, pero sí teniéndolo cerca cada vez que lo necesitara. Haría de su pequeño, un niño feliz, con su mamá y su papá velando por él, y con sus madrastras que tal vez…

A su olfato llegó un aroma.

Del cielo, sus ojos descendieron lento hacia la oscuridad que ahora reinaba en la montaña, y

enseguida los enfocó más allá de la arboleda. Durante los primeros segundos, lo que parecían ser sombras informes e inmóviles, poco a poco adquirían volumen.

Sin dejar de sostener a Zeus, Susana se puso en pie y luego se apresuró en meter la llave al cerrojo, lo que veía parecía corromper la naturaleza.

—¡Auxilio, estoy herida! Auxilio…

Los brazos y la nuca de la joven gestante se erizaron por la voz de una mujer en problemas, se escuchó de alguna parte del bosque que trataba de vislumbrar en un matiz diferente a lo acostumbrado.

Colgó la cadena de la llave al cuello y luego acomodó la cortina de hiedras, mientras seguía sosteniendo a Zeus con un brazo. Nadie debía saber lo que había bajo estas, era mucho lo que estaba en riesgo.

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Zeus bufó y su ama se preocupó, siempre era mala señal.

—Quédate quieto —increpó susurrante a su gato, al removerse inquieto entre sus brazos.

Siendo en extremo cautelosa, se alejó unos metros, rodeando unos abetos para ubicar el origen de la voz femenina. Si era humana y estaba herida, le brindaba ayuda, pero si era una treta para engañarla, de allí volaba hasta Moninne para que los hombres de Aidan la protegieran. La puerta de Síorai no debía abrirse.

—¿Dónde estás? ¡Vuelve a gritar! —pidió a la mujer a la vez en que olfateaba el perímetro para rastrearla. ¿Habrá caído en alguna trampa?, desconocía de tales medidas de seguridad por esa zona. Y, si es así, Aidan la iba a oír por no alertarla. En lugar de aquella mujer, Susana pudo haber sido la que estuviese en peligro.

—¡Aquí! ¡Aquí! Estoy herida, me torcí el tobillo… —la exclamación cada vez era más inaudible como si la que lo expresaba agónica estuviese perdiendo la batalla por permanecer consciente.

Al oeste de su ubicación, Susana captó por donde provenía el pedido de auxilio.

El aroma que expelía la senderista se le hizo familiar y no supo por qué lo pensaba: olía como a ella… Esto no era para que la inquietara, se supone que, con escucharla, bastaba para tener la certeza de que se aventuró sola por la montaña y tuvo un accidente. Pero sentía que debía saber más. ¿Especie?, ¿edad? Su nueva condición la hacía dudar de hasta de sí misma. ¿Hacía bien con acercarse o alejarse y que se joda por idiota?, ¿quién la manda en aventurarse sola por esos parajes?

—Auxilio…

El lastimero pedido la hizo pensar en sus hermanas; al igual que ella, les encantaba ese tipo de exploraciones, y siguió el sonido de la voz de la debilitada mujer.

—¡Zeus! —De pronto se vio envuelta en un gran predicamento cuando su gato negro saltó de sus brazos y corrió a las profundidades del bosque, donde allá se mimetizó con las sombras. ¡Mierda!, ¡¿qué debía hacer?!, Zeus se perdería.

—¡Auxilio! ¡Aquí! ¡Estoy aquí!

Tras una plegaria invocada, para que su gato volviese, Susana logró vislumbrar una silueta aovillada unos metros más adelante.

—Tranquila, ya te voy a ayudar —le expresó pese a la angustia que sentía por la despavorida huida de Zeus; oraba para que él hallara el camino a casa o tendría que rastrearlo junto con Aidan en cuanto… terminaran las presentaciones de las princesas a Xylon.

Las hojarascas y ramitas en el suelo fangoso crujían suave bajo los pies descalzos de Susana; el lodo hacia casi inaudible sus pisadas que se desplazaban solícitas hacia la infortunada. Su

aprensión crecía conforme se alejaba del punto donde perdió de vista a su mascota, debatiéndose en lo que debía realizar primero. Zeus era como un hijo, ¡su gato-hijo!, cada segundo contaba para hallarlo rápido y en buenas condiciones. Pero ¿cómo hacerlo sin abandonar a una persona que la necesitaba ni delatar la ubicación del invernadero?

Una blanquísima mano se abanicó debilitada en el aire, indicando que se aproximara.

—Aquí…

—Ya estoy por…

—*¡Arghh!*

La silueta diminuta y del que Susana supo de inmediato de quién se trataba, saltó para atacar a la senderista.

Los gruñidos feroces de su animalito se asemejaban a las veces en que se agarraba a piñazos con los gatos en Dublín, en las temporadas de celo. Estaba erizado y enloquecido, rasguñando el rostro y las manos de la mujer que intentaba protegerse del ataque. Le producía severas marcas en la piel que luego serían dolorosas de sanar. Chillaba aterrada mientras Susana le ordenaba a Zeus de alejarse, temiendo que las autoridades lo pusieran a dormir por considerarlo peligroso para la gente y, a ella, le endosarían una demanda costosa por los gastos médicos y el trauma ocasionado por no mantenerle la correa a su gato.

En un cambio no previsto, los chillidos agudos de la mujer cambiaron a los gruñidos de un animal salvaje.

No era humana, como Susana creyó de manera errónea o no atinó a identificar lo que percibía.

Lanzó un zarpazo a Zeus y por poco sus colmillos casi se cierran en su cuerpecito cuando él logró escapar de sus garras.

Esto ocasionó que Susana se paralizara.

Era una metamorfa y su pedido de ayuda fue una actuación para atraer a su presa.

—¡Zeus, vamos! —Lo convidó a correr de vuelta hacia la puerta, siendo seguida por el gato que una vez más evadió otro zarpazo.

A punto estuvo de alcanzar el pomo, cuando un golpe que recibió por el costado izquierdo la mandó lejos de su salvación.

Su espalda y cabeza recibió la contundencia de la caída.

Hubo una breve oscuridad, y, al pestañear desesperada para mantenerse consciente, el campo visual de Susana fue invadido por unos ojos grises feroces enmarcados por una melena clara que caía hacia su propio rostro.

—¿Quién carajos eres tú? Hueles a híbrida —la atacante le preguntó, con sus colmillos cerca de su garganta; la encerraba con sus brazos y piernas para no darle escapatoria.

—Nadie —Susana apenas tenía valor de hablar, temblaba de miedo por lo que esa loba bípeda le pudiese hacer, recordando lo que hacía unas semanas Erin casi la mata al volcar el Hummer.

La otra esbozó un gesto de «no te creo» y sonrió como lunática.

—Nadie… —repitió y olfateó a Susana, quien se tensó—. Me parece que eres «más que eso», porque hueles al perfumito barato que hallé en casa de Aidan. ¿Eres una de sus amantes o…? *¡Argggh!* ¡¡Maldito gato!! —Esta vez sus largas garras lo hirieron en las costillas.

—¡ZEUS! —Su mascota cayó cerca, no reaccionaba.

Afligida por lastimar al animalito, dirigió sus ojos severos hacia la mujer que volvía a enfocarse sobre ella.

Le clavó las uñas en el rostro, abriéndole la piel en varios surcos sangrantes.

Aisleyne chilló adolorida y esto le permitió a Susana de sacarla de encima con un fuerte empujón.

La sorprendió su propia fuerza.

Por desgracia, no fue lo suficientemente rápida para recoger a Zeus y ponerse a salvo en el invernadero; la metamorfa la atrapó del tobillo, haciéndola caer.

Sus muñecas se lastimaron al recibir el peso de su cuerpo para evitar que su vientre recibiera el golpe en el suelo.

Quedó sin aliento y adolorida.

*«¡AIDAN!* —lo llamó sin tener la certeza de si él la escuchaba, pues, mientras estuvo ahí afuera, no hubo una conexión telepática con él—. *¡AIDAN!».*

—Eres Susana, ¿cierto? —Aisleyne comentó mientras se trepaba por encima del cuerpo de la muchacha. Su mejilla sangrándole y ardiéndole demasiado—. La humana… —casi escupió su antigua especie—. La compañera de la cual, Aidan tanto piensa, la que abandonó todo por ti. Vaya… —la observó, sus ojos asesinos mirando directo a los de la joven atemorizada y herida—, eres más joven de lo que pensé.

—¿Y tú piensas? —Susana le espetó—. Porque, si conoces *cómo* es Aidan, sabrás que nadie debe lastimar a sus mujeres. —La avinagraba tal afirmación, pero salvaría su garganta de ser desgarrada.

La puerta retumbaba por los golpes que alguien profería desde el interior.

Y la morena supo que era Aidan.

Lo llamó en un grito mental.

Golpes demoledores en la madera desvencijada como si él estuviese a punto de derribarla.

La vacilación se leyó en los ojos de la rubia, percatándose que la híbrida tenía razón: si la liquidaba, tendría que deshacerse de toda evidencia que la implicara, porque sus huellas dactilares y aroma corporal estarían grabados en ambos cadáveres.

—Él te olvidará porque no eres importante —quería que supiera eso antes de liquidarla—. Soy su concubina: ganadora por derecho para darle cachorros en línea alterna a las esposas. ¿No te lo dijo? —Se carcajeó mientras negaba con la cabeza, y la puerta retumbó.

Levantó los ojos hacia esta y luego reparó en la llave que colgaba del cuello de la híbrida.

—Esto es lo que necesitaban aquellos idiotas —se refirió a los sujetos que intentaron violentar la cerradura—. ¿Qué esconden allí?, ¿es un búnker o un almacén de suministros? No… —se corrigió al instante—, debe ser algo más, ¿cierto? Y te dejaron afuera, mientras él y sus *espositas* deben estar follando rico allá adentro. ¿No te convidaron? Claro que no, mis hermanitas odian compartir con las que no son de su casta. Y la tuya, querida, da pena…

Reparó en su barriga.

—¿Estás…?

Ni lo vio venir.

Los irises de Susana cambiaron de color; la ferocidad de inmediato la impulsó en arrancarle de un mordisco la piel de su cuello.

El grito de Aisleyne debieron escucharlo desde el otro lado de la isla.

Sus garras se alargaron para arremeter a la muchacha, pero Susana, que hacía todo por proteger a su bebé no-nato, detuvo el descenso de las manos crispadas de la metamorfa.

*¡Es muy fuerte!,* Aisleyne no fue capaz de herirla, perdía sangre; sus movimientos eran torpes y entumecidos, estaba por perder la conciencia, la hirió justo en la parte más vulnerable del

cuerpo.

Se incorporó de un brinco y el mareo la hizo trastabillar. Luchó para sostenerse de las ramas de un arbusto mientras su otra mano temblorosa tapaba el hueco desgarrado. Su mente albergaba un pensamiento: ¡escapar!, y debía hacerlo de inmediato, perdía sangre por cantidades, tiñendo de rojo el vestido que tomó «prestado» del armario de la híbrida.

Dicha joven apenas recuperó el control de sus extremidades inferiores, y, entre trastabilles, llegó hasta la puerta.

La llave en la cerradura.

La recibió un Aidan envuelto en fuego y letalmente furioso.

Su dura expresión cambió a una consternada al observar cómo lucía Susana: arañada, con señales de golpes y la boca borboteando sangre.

—Susana… —Tuvo que apaciguar primero su brutal elemento para poder socorrerla. Su piel humeaba y brillaba con una mezcla de sudor y restos de ropa chamuscada que le colgaban en jirones. A medida en que su cuerpo se enfriaba, sus manos se alzaban hacia Susana que apenas se sostenía del marco de la puerta. Jadeaba agotada y pálida de haber sobrevivido a lo que sea que se haya enfrentado afuera.

El feto…

Su mirada interrogante debió ser evidente, que la joven negó con la cabeza y luego señaló hacia dónde la loba huía.

La brisa causada por la velocidad de Aidan, sacudió mechones del cabello de Susana, se volvió hacia ellos y solo sintió pesar por lo que le pasaría a esa mujer.

—Soy la… *¡Argh!* —Aisleyne no tuvo oportunidad de expresarle a Aidan que recordara que ella era la hija del Soberano y la concubina que luchó por él para una generación de cachorros fuertes. No le dio tiempo de pedir clemencia ni disculparse por atentar contra su compañera favorita, menos mentir para que la soltara. Sus pies se sacudían en el aire por encontrar asidero. Aidan la había tomado del cuello, con una mano y levantado a la altura de sus ojos fieros, le costaba respirar o gritar, apenas eran gorgoteos que trataban de clamar por su vida.

Ni siquiera era capaz de pestañear, sus ojos lagrimeaban y se desenfocaban, sus cejas arqueadas indicaban terror. Él la iba a matar y lo peor de todo era la percepción que tenía de este. No estaría para verlo.

Del centro del pecho de Aidan, emergió una lengua de fuego que luego se estiró para envolver el brazo que sostenía a la bastarda de Kane. Él no parecía sufrir por esto, pero Aisleyne chillaba al ver que esa ráfaga ardiente pronto la consumiría. Se sacudió en su desesperación, implorándole silenciosa a que la soltara, «por favor, perdóname», le expresaba con su mirada angustiada, pero Aidan estaba determinado en liquidarla.

Los primeros indicios de ser quemada, los recibió justo en la cara. El calor fue tan lastimero como las uñas de Aidan enterradas en su cuello. A causa del terrible padecimiento fue capaz de exteriorizar su dolor, sus mejillas se ampollaban y explotaban en sangre; la carne interna de su boca abierta por los gritos y las ganas de respirar, comenzaba a tornarse oscura y los dientes blancos, ennegrecidos. Su lengua que ha sido tan embaucadora y zalamera se redujo a un pedazo de órgano muscular carbonizado. Perdió la visión al derretirse sus orbes sobre sus pómulos quemados, todo era oscuro y terrorífico… Cada milímetro de su cuerpo le mandaba oleadas de un tormento indescriptible. Quiso ser su hembra y a cambio obtuvo el peor desprecio.

La breve iluminación por las llamaradas en la metamorfa y en el mismo Aidan se apagó

abrupto.

La pestilencia a carne chamuscada y humo rancio contaminó el bosque nocturno y provocó que Susana vomitara en dos arcadas.

De la mano de Aidan –aún extendida en alto– nada pataleaba ni colgaba. Las cenizas caían de sus palmas, de lo que una vez Aisleyne fue una loba arrogante y hermosa.

—Mi Dios… —Susana solo tuvo ojos para un ser…

Dejó la puerta abierta y la llave aún metida en el cerrojo. La tristeza perforaba un gran hueco en su pecho.

Los sonidos fuertes y distintivos de los pavorreales se escucharon como un lamento, a espaldas de Susana. La joven bañada en lágrimas no se volvió hacia las hermosas aves para observarlas ni se percató de que los monitos capuchinos se agruparon cerca del umbral, entristecidos por el amigo. Sus pies descalzos y embarrados se movieron por inercia hacia el lugar donde yacía su mascota; no había pataleos ni indicios de respiración, la conmovía verlo allí, tiradito de costado, con sus patitas extendidas hacia adelante como si estuviese dormido.

—Ay, Zeus… Mi Zeus…

Ningún ruido distraía la atención de los ojos llorosos de la muchacha. Zeus…, su precioso gato goloso, su compañero desde el pasado invierno, dio la vida por ella.

Teniendo el alma hecha pedazos, se agachó para recogerlo del suelo, pero sus piernas debilitadas la hicieron caer de rodillas. ¿Cómo superar su muerte?, no tendría otro gato en mucho tiempo, lo quería a él y ya no estaba.

Lo apurruñó en su pecho, como si fuera un bebé. Sus lágrimas eran torrentes por haber sido imprudente al salir, la muerte estuvo acechando afuera.

De los jirones de ropa chamuscada que lograron conservar parte de los tejidos de la camisa y de los vaqueros, en esta ocasión ni las fibras más diminutas quedaron intactas. La desnudez de Aidan no perturbaba a Susana, él se acuclilló para estar a su altura, no la abrazó ni le masajeó la espalda para consolarla, sus manos acabaron de matar a una metamorfa y no deseaba ensuciarla. En cambio, permanecía a su lado y en silencio, pues lo que él a ella le dijera serían palabras vanas.

Lo miró como si de repente hubiese recordado algo importante.

—Xylon, él…

—No, Susana —se odió por tener que acabar con sus esperanzas—. Una vez se cruza la línea al más allá, no hay vuelta.

—Mi brazo fracturado, mi columna… ¡Él las curó! Pueden hacer lo mismo con Zeus…

Sacudió la cabeza.

—Xylon no es un dios, él no posee tal poder, es solo una entidad que cuida el invernadero.

—Él hace que brote plantas y árboles de la nada. —Si era capaz de hacer esto, podía devolverle la vida a Zeus.

—Es magia antigua —explicó sin ser rudo—. La concerniente a la muerte, es nigromancia: magia negra, y Xylon no es un brujo de ese calibre. Él solo es un latido en la tierra.

—¿Y las hierbas sanadoras? —insistía en salvar a su gatico—. ¡Hay unas que son muy buenas!, si le damos un…

—Una criatura debe estar viva para que la regeneración sea efectiva. Las hierbas sanan: no reviven. Lo siento, Susana…

—¡No! —lo gritó—. ¡No lo sientas, tú lo odiabas!

Rompió en llanto mientras acariciaba a Zeus y repartía besitos en su cabecita inerte.

Sollozaba por la perdida. ¿Cómo podía doler tanto la muerte de un animalito? ¿Cómo despertar en las mañanas y no escuchar más sus ruegos para que le den de comer? Sus mimos, sus maullidos, la persecución por la casa para que no lo dejen solo, sus cacerías, los regalitos que le dejaba a los pies de la cama…

La sola idea de que su cuerpecito se pudriese bajo la tierra, la hacía llorar a mares. Lo acariciaba y acariciaba…

Ahí notó que el suave pelaje de su gato parecía intacto como si no hubiese sufrido la furia de una desquiciada.

Un leve maullido…

Se removió.

—Puta pantera gorda, qué susto nos dio.

Susana se le quedó viendo a Aidan para confirmar si en realidad ella no alucinaba. Zeus se movía

Maulló, lo sofocaban.

—¡Oh, Dios! —Para fastidio de su mascota, Susana lo apretujó contenta—. Sí, sí… ¡ya te suelto, fue solo un susto!... —Miró a Aidan y este correspondió a su sonrisa llorosa.

# Capítulo 30

La inspección por el entorno fue rápida, mientras Susana esperaba por Aidan en el umbral de la puerta. Zeus había entrado al invernadero y correteó a los pavorreales y a los monitos, más por juego que por clavarles las garras. Ella no se atrevió a mirar hacia donde la metamorfa fue calcinada, allí aún apestaba a grasa chamuscada; la neblina se concentraba en ese punto y esto a Susana le ponía los pelos de punta; las veces en que ella entrase o saliese del hogar de Xylon, recordaría a esa mujer.

La concubina.

La que luchó por Aidan para darle hijos.

Una leve contracción en sus intestinos, la preocupó, porque, cada vez que se enteraba de las costumbres de los hombres lobo, la asqueaba. Las mujeres eran un número para estos, en atención a sus propias necesidades; una esposa no les bastaba, sino que dispondrían de un harem. ¿Hasta cuántas les permitían tener en total?

Esposas, concubinas, amantes, novias de turno, amiguitas con derecho, levantes…

A muchos hombres les gustaba tener más de una mujer para alimentarse el ego y divertirse fuera del matrimonio.

—Como los sultanes.

—¿Sultanes? —Aidan preguntó tras aparecer en un pestañeo frente a Susana, quien enseguida se sobresaltó por tomarla desprevenida. Nada de sus ropas logró salvarse de su fuego interno, ni bajó a Moninne a vestirse, sino que, estando desnudo peinó la zona por si el comisario o cualquiera de los hombres que a ambos servían estaba por ahí espiando.

—Creo haberte dicho una vez que te pongas cascabeles en los pies: no se sienten tus pisadas.

Sus labios se torcieron en una sonrisa pícara, y Susana juró que fue como si el dios del sexo a ella le hubiese sonreído.

—Ese es el punto —replicó con tanta desfachatez que casi se gana un pellizco—. Así la cacería más es efectiva.

Entraron juntos al invernadero y la llave oxidada que la joven sostenía a continuación pasó el cerrojo de la puerta. Zeus echó un vistazo hacia ellos, y, como no pretendían aún moverse de allí porque deseaban aclarar las cuentas antes de atender lo que dejaron pendiente, siguió correteando a los pavorreales. El alivio se posó sobre Susana, disfrutando de la seguridad de ese pedazo de tierra abovedada impenetrable, que hasta se sintió livianita, nadie los acecharía ni les dispararían desde lejos.

—Tu concubina no tuvo esa intención —espetó sin una pizca de socarronería, pues aún tenía clavada la espina en su pecho—. Pidió ayuda a los gritos.

—Te tendió una trampa. Y no era mi concubina.

La respuesta que obtuvo fue una sonrisa incrédula por parte de Susana. Ella no era un detector de mentiras andante ni leía la mente de los demás, pero lo expresado por la metamorfa fue sincero.

—Esa mujer luchó por ti, *en algo que le dio el derecho* a llamarse de esa manera. ¡Y no me digas que no es así, porque me regreso a la casa! —Después se aguantaría otra increpada de Xylon por haberlo ignorado.

Se pasó la mano por la cara, la paciencia bordeando el abismo.

—Lo ganó en un combate tradicional para la realeza, eso escapó de mis manos.

—Entonces, sí era tu concubina… ¿Cuántas te asignaron?

—¡No me la follé!

—¿Cuántas te asignaron? —repitió la pregunta con rudeza. Así él, no la haya tocado, tendría varias para escoger.

Mientras las voces airadas de Susana y Aidan resonaban allí dentro, una inquietante transformación comenzó a desplegarse a su alrededor. El aire se volvió denso y cargado. Los capullos de los rosales empezaron a marchitarse lentamente, los pétalos cerrados por las horas nocturnas caían uno a uno, como lágrimas silenciosas que se posaban sobre las losas mohosas, y las hojas de la planta en sí se encorvaron. Una fina capa de niebla emergió de todas partes, como si el invernadero mismo suspirara con tristeza. Las grandes mariposas que aún revoloteaban entre las flores, cayeron al suelo en una muestra repentina de cansancio extremo; parecía que la discordia de los guardianes les hubiese robado la energía. Zeus bufó cuando los pavorreales emitieron lastimero, retirándose estos hacia los rincones más apartados del área del templo para buscar refugio del ambiente tenso que ahora dominaba el lugar.

Al percatarse del cambio ominoso en el entorno, Aidan estuvo a punto de expresarle a Susana: «No podemos discutir aquí». Las emociones no eran meros sentimientos pasajeros, sino fuerzas que alimentaban la vida o la drenaba. Dejarse llevar por lo que les removía por dentro alteraba el delicado equilibrio del invernadero, cada acto, cada palabra, tenía un impacto profundo en todo lo que habitaba en ese paraíso oculto. Pero, si zanjaba la discusión, no habría otra oportunidad de él apaciguar los conflictos e inseguridades en su amada. Susana era tajante, y, si tomaba la decisión de no volverle a hablar, lo haría.

—Me permiten todas las que desee. ¡Pero solo acepté a las que están allá! —Señaló hacia el sendero que da hacia los hayedos—, porque no tengo otra opción. Aisleyne, la… mujer que te atacó, se empeñó en seguirme.

—Y la llevaste a casa. Usó mi ropa, ¿crees que no me di cuenta?, tenía puesto uno de mis vestidos y hasta se aplicó mi perfume…

—¡Escapó del Soberano! —explicó—. Volver, le habría acarreado la muerte.

—Igual le pasó…

—¡Porque te atacó! —la exasperación que sentía le hacía ignorar que las plantas perdían su lozanía a una velocidad alarmante. Así que, motivado en hacerle entrar en razón, acunó el rostro a Susana—. Tuve intenciones de ayudarla, pero fue malagradecida. —Si Aisleyne no hubiese sido tan estúpida de empeñarse en ganar su favor a expensas de su principal rival, él la habría mandado a América para que iniciara una nueva vida.

Las acciones que vendría después con el reino le harían plantearse de recurrir a ciertas alianzas para proteger todo lo que él ama.

Susana se removió ágil para liberarse.

—Ella quería más de ti. Y lo mismo pasará con las que están allá… —igual señaló hacia donde se alcanzaba a ver la estela de humo gris—. ¿Ahora eres consciente de este hecho? No solo temo por mí, sino también por mi hijo; si me defiendo, y créeme que lo haré cuando *tus espositas* intenten lastimarnos y yo *les saque* los ojos con las uñas —se las mostró, las tenía mucho más largas que antes—. ¿Sabes qué va a pasar? Tu rey vendrá por mí para borrarme del mapa. Así que, estoy dispuesta a tomar el camino de la paz, no les fregaré la paciencia por celos, pero sí pediré el mismo trato para mi hijo. Nada de «yo a este lo quiero más porque son de sangre azul y a este no tanto porque es de sangre común». De lo contrario, ni Xylon podrá

detenerme cuando haga las maletas.

—A todos los querré —expresó a la vez en que se atrevía a tomarla de los brazos para que no se alejara—, pero no podré evitar inclinar mi amor hacia el que engendras, porque es parte de ti y de mí. Será mi favorito.

—Solo pido la misma consideración, no que lo impongas por sobre los otros, sería mu… muy doble moral de mi parte. —Casi se le enredan las palabras por el masaje que Aidan le daba con sus pulgares en la piel, siendo ella cada vez más consciente de la desnudez de este, del que, por fortuna, no estaba para empotrar a nadie, a menos que alguna de las princesas quisiera retozar.

—Nuestro hijo tendrá todas las consideraciones y amor que merece, al igual que tú, Susana. Yo te…

—No lo quiero oír. —Se encaminó hacia el sendero que los llevaría rápido hacia la línea fronteriza del bosque prohibido—. No seré tu nueva «concubina» ni tu «novia con derecho a todo». Confórmate con la amistad que habrá entre los dos, por el bien de nuestro hijo y el invernadero. ¡Solo por eso no me marcharé!

—Eso no es lo que deseo para ti.

—Tampoco pretendo convertirme en tu tercera esposa —lo miró con el ceño fruncido, yendo ya por el desvío—. No me van *los cuartetos.*

—Susana…

—Vamos, Xylon debe estar impaciente. Mira el humo: se está poniendo oscuro, señal de que está molesto porque lo hacemos esperar.

—Susana… —la retuvo sin importarle quiénes los esperaban.

Ella posó su mano pequeña sobre la de él que mantenía aferrada sobre su brazo, y le esbozó una sonrisa entristecida.

—Sé que tus sentimientos son sinceros, pero yo no tengo la misma fortaleza que tienes para sobrellevar un matrimonio múltiple. No soy como las princesas que todo lo comparten ni esa rubia que casi me mata, o como las del pueblo que, al parecer, aceptan lo que les impongan. ¡No soy así! ¡¡Soy egoísta!! Y si me hacen cabrear, a más de uno lo mando al carajo.

—Me conformo con lo que me des —jamás ha rogado nada por nadie y ahí estaba él a punto de ponerse de rodillas.

Asintió y bajó la mirada.

—Supongo que sí lo harías, tienes otras para satisfacerte…

Llevaban varios minutos plantados en ese sitio, y él aún no conseguía en hacerla razonar. La amaba, pero ¿cómo se lo hacía ver sin que Susana dudara?

—Cuando esté con ellas, pensaré en ti.

—Por Dios… —fue como una bofetada—. ¡Qué manera de hablar!

—Pues, vas a tener que saber cómo serán las cosas con mis esposas y contigo —gruñó—: Cuando las folle, tú estarás en mis pensamientos. Cuando me masturbe por las mañanas, serás mi fantasía. Cuando…

—¡Basta! —le dio calor.

—¡¡No!! Odio estar en esta posición: no hallo la manera de salir de esto sin que le corten la cabeza a ti y a mi familia. Esto ya no se trata de nosotros dos, Susana, sino de mucho más… —como si ya no aguantara su impotencia, extendió sus brazos para hacer un paneo a lo que los rodeaba—. Nos obligan a ser fichas en una partida que no deseamos jugar. Y, si no estamos juntos, nos convertirán en adversarios. Susana, no te apartes de mí lado, te amo; dame poco o una miseria, pero no me niegues tu cariño. Te necesito.

*«Acérquense o acabarán con todo»* —Xylon prorrumpió en el instante en que Susana estuvo a punto de romperle el corazón a Aidan, porque, a pesar de adorarlo, desde hacía días se había preparado para dejarlo de amar.

El llamado fue oportuno. Y fue ella la que primero reanudó el camino de vuelta hacia los hayedos.

En cuanto sus siluetas se dejaron ver, las expresiones hoscas de las princesas los recibieron. Syra lanzaba dagas a la extranjera por ser la causante de la demora y Rowena miraba *lo que le colgaba* a Aidan de entre las piernas. Tragó saliva y su corazón palpitó alocado. ¿Por qué tenía la sensación de verlo por primera vez? ¡Ah!, pero le gustaba lo que veía.

*«Ahí estaré sobrando»* —Susana utilizó el lazo telepático en vez de las cuerdas vocales para evitar ser escuchada. Los celos le revolvían la bilis, las princesas la escaneaban con desdén y también con curiosidad, como si se preguntaran por qué requerían de su presencia.

*«No lo pedí, fue decisión de Xylon.* —Aidan la miró, las palabras sobraban para la incomodidad que todos soportaban—. *Discúlpenos, Xylon, por nuestra tardanza»* —Dio una leve reverencia al torbellino, sin explicar lo sucedido con Aisleyne y la conversación que sostuvo con Susana. Hicieron esperar al alma de Síorai.

*«Perdón, yo…»* —Susana se acercó reticente, aprensiva de que la increpara por idiota.

*«Enfrentas más de lo que una criatura ha enfrentado en la vida, y aquí estás obediente»* —la voz de Xylon rezumaba pasividad.

—Dile que se marche, es grosera —Syra se colgó de inmediato del brazo de Aidan para exigirle que la otra se girase sobre los talones y de allí desapareciera. Qué mal momento ella y su hermana pasaron al quedarse a solas con ese demonio-arbusto que parecía querer quemarlas, no correspondió al saludo ni respondió a ninguna de las preguntas que ellas le formularon.

Un gruñido bajo brotó de la garganta de Susana y del que tuvo como eco, el de las dos lobas, al aventurarse en dar un paso amenazante hacia Syra. ¡Los celos le estaban jugando una trastada!

*«¡Susana!»* —Aidan la hizo reaccionar y la joven comprendió de inmediato que no era el lugar para una pelea.

—¿Para qué me necesitan? —Seguro que para entregar la llave.

—¡A ti nadie te llamó!

—Calla —Aidan le ordenó a Syra, y esta apretó los dientes de la rabia que sentía. El brazo como anaconda enrollada entorno al suyo—. Susana es la mujer que amo —expresó mientras se zafaba del agarre posesivo y les hacía ver a sus estupefactas esposas de que hablaba en serio al marcar distancia con ellas—. Ante Xylon y ante ustedes, lo manifiesto. La respetarán y se tratarán como amigas.

*«De mí no lo esperes, Aidan. Estoy que les arranco las greñas»*. —Al parecer, les iba a costar llevarse bien. Desde ya no se soportaban.

—¡Jamás seremos amigas de una híbrida! Huele a humana recién conversa y a…

—Deben serlo —Aidan interrumpió a Syra—, por el bien del invernadero. —Esta vez utilizó las palabras de Susana.

La loba hizo un mohín.

—¿Invernadero? —inquirió extrañada—. ¿Es esto lo que es? Parece un jardín o un bosque, lo de allá es un bosque —señaló hacia los hayedos detrás del torbellino de fuego, no lo que dices…

*«¿Qué piensas de ellas, Xylon?* —Aidan dejó a las princesas fuera de la discusión al dirigirse a

la entidad sin que estas supiesen lo que él le preguntaba de manera silente—*. ¿Han pasado la prueba?»*.

*«Aún no»*.

¡Sálvanos, guerrera de los cinco reinos! Las princesas se abrazaron, aterradas al descubrir que las llamaradas dejaron de quemar el arbusto y que parecían querer a ellas devorarlas.

Como escudo protector, Aidan se interpuso entre estas y el torbellino, sin comprender qué se proponía. Pero cuando las jóvenes estuvieron a punto de correr, Xylon les habló en esa especie de telepatía.

Quedaron estáticas.

Después de tanta espera, él se presentó. Les comentó sobre la belleza del invernadero y su función. Habló un instante de Susana y del hijo que concebía con Aidan, a lo que Syra y Rowena ya medían a la híbrida como una rival a eliminar con todo y cría. Se dieron cuenta que, si deseaban vencer, tendrían que agradarle al demonio. Aidan lo veneraba como a un dios; tal vez era su hijo, fuego procedente del fuego. Así que, ellas serían elevadas a diosas, el poder sería arrollador.

Escucharon y asintieron reverentes, aún estaban aprensivas, el calor que el demonio expelía era sofocante, tosían y sudaban como si hubiesen corrido kilómetros de distancia.

# Capítulo 31

A través del sendero de losas mohosas, Xylon los guiaba. Susana ya sabía hacia dónde se dirigían, él la había llevado antes allá, hacia la rotonda de los cuatro sabios. Descendieron la verdosa colina y ascendieron otra un poco más alta que la anterior. Los crisantemos no sufrían por las llamaradas de ese mini sol que circulaba por la zona sin causar estragos; las princesas también se fijaron en este hecho, y la más joven arrancó unas flores para disfrutar de sus aromas, ganándose las malas caras de Susana. Cinco minutos en Síorai y ya comenzaron a dañar la naturaleza para adornar sus cabelleras.

—Ay, qué bonito… —Rowena lucía encantada por la forma en cómo sembraron los abetos a ambos lados del sendero para que dieran la forma de una espiral que descendía hacía un lugar determinado.

*«¿Qué pretende, Xylon?»*.

*«Un ritual de unión»*, contestó él mientras encabezaba la marcha, y Susana enrojeció avergonzada, porque la pregunta telepática fue para Aidan. Al parecer, *habló* en voz alta. Todos la escucharon, hasta las princesas.

Aidan la miró. En sus ojos: «lo siento».

Ella esbozó un: «Está bien, no es tu culpa. Era una charla proveniente del corazón, sin telepatía ni palabras de por medio para que nadie más supiera.

Los cuatro sabios de piedra los recibieron al llegar al punto central de la espiral. Las jóvenes jadearon y alzaron sus miradas unos veinte metros de alto, impresionadas por desconocer de la existencia de esas esculturas en la isla. Sus ojos cargados de interrogantes se dirigieron a Aidan, pues él era oriundo de la zona, pero no obtuvieron respuesta a cambio, porque en ese instante parecía atender a una pregunta interrogante de la híbrida.

*¿Has estado antes aquí?*, Susana no lo expresó en su lazo telepático a Aidan, porque no le daba la gana de que las otras supiesen que él también tenía secretos con ella o que Xylon, que en ese momento se deslizaba hacia el centro de la rotonda de los colosos, la sermoneara por no haber charlado con anterioridad con su compañero guardián.

Un asentamiento de cabeza.

Sí ha estado.

La confirmación fue como una de las tantas bofetadas mentales que Susana ha recibido desde que lo conocía. Tragó saliva para no tener que escupir una palabrota y repercutió en que el esfuerzo casi la hace esbozar una mueca por el ácido acumulado en su garganta. Ella también estuvo ahí antes y no se lo comentó, sería injusto que se enojara con Aidan. Aun sí, lo suyo ocurrió después de que él se marchara a atender al llamado del rey, y, al volver, apenas han tenido tiempo de discutir. Los conocimientos de Aidan con respecto a Síorai eran más extensos de lo que ella podría saber de los orígenes, de la magia, de las construcciones, de los colosos… De todo…

Y nunca le dijo nada.

La mano masculina se extendió en su dirección, pero Susana se cruzó de brazos. Ahí estaban las otras dos, que no buscara su apoyo porque la rabia, el agotamiento y los estúpidos celos la tenían al borde de las lágrimas.

*«Ubíquense alrededor del disco»* —Xylon les ordenó a todos. Sus lenguas de fuego ondeaban

como una cálida fogata en la chimenea, invitando a que se acercaran y disfrutaran de su calor.

—¿Para qué? —Syra temía obedecer, como que el paseíto por las colinas les iba a salir caro.

*«Susana* —Xylon ignoró a la joven para dirigirse a la que se mantenía calmada—: *por ser el ancla y la veleta, del alfa de fuego, te ubicarás al norte»*.

—¿Y eso para qué?, ¿qué haremos?

—¿Nos van a sacar la sangre?

Un «aguarden, no es nada malo», se leyó en los labios de Aidan para que Syra y Rowena no entraran en pánico.

En una demostración de confianza y a la vez para demostrarle valentía a ese par de tontorronas, Susana fue la primera en ubicarse en el punto indicado. Sus pies descalzos bordeaban la parte externa del disco tallado en el suelo. Las esculturas del noreste y noroeste la flanqueaban a los lados y a escasos pasos detrás de ella como si fuesen sus pétreos guardaespaldas.

*«Las hermanas* —Xylon las llamó, ocasionado que estas palidecieran—*: siempre juntas, siempre compartiendo… Serán, este y oeste».*

—Pero… ¿qué es exactamente lo que vamos a hacer? —Un gas producto de los nervios se le escapó a Syra. Los retortijones hacían de las suyas.

—Si nos van a cortar que no sea muy grande la herida… —Rowena comentó mientras se tapaba la nariz por el olorcillo expulsado por su hermana.

*«Aidan* —la voz mental de Xylon sonaba tensa por la desconfianza de las princesas—: *eres balanza, serás el sur».*

Bajo la luz filtrada del domo, Aidan animó a las jóvenes esposas a seguirlo y luego él se hizo en el punto contrario a Susana. Xylon no aupaba a que las princesas se diesen prisas, pero el humo emergente de su torbellino se tornaba gris oscuro, lo que indicaba que, si las jóvenes no dominaban los nervios, las correteaba hasta ponerlas en su respectivo lugar.

—¿Y ahora qué haremos? —Syra se abrazaba a sí misma, meditando aprensiva qué tipo de «ritual de unión» harían y si esto requería de un sacrificio mortal. O a quién sacrificarían…

Ojalá a la híbrida. Era la que menos linaje tenía.

—¿Una rotonda? —Susana consultó a Xylon, y este aclaró la estela de humo oscura a una muy clara.

*«Acérquense hasta que puedan tomarse de las manos»*.

—¡¿Hacia usted?! —Gases y más gases pestilentes…

—*¡Fo!* ¡Controla tu trasero o aquí explotaremos por tu culpa! —Rowena increpó a Syra. Tirar ese tipo de gases cerca de una emanación incandescente como el que rodeaban les garantizaba que pronto volarían a las estrellas.

Ante la apacible actitud del torbellino, fue Susana la que ahora extendió las manos para que Rowena y Syra se las tomara. Aidan sujetó las suyas con las de sus esposas, y así juntos formaron una rotonda muchísimo más pequeña a la que se formaba detrás de ellos. Por desgracia, se dispuso de que las tres mujeres del alfa debían permanecer juntas.

—¿Para qué, Xylon? —Aidan ignoraba lo que este pretendía.

*«Los cinco se unirán»*.

—¿Cinco? —Apartando al torbellino parlante, Syra contaba que ellos eran cuatro.

—El bebé —Aidan respondió—. Lo cuenta a él.

—¿Por qué? —El estómago de Susana se contrajo y sintió una quemazón que ascendía por su garganta, temiendo por su hijo.

—Es un ser que está en formación —expresó lo obvio, y el silencio de Xylon lo confirmó.

Guardaron silencio al escuchar susurros ininteligibles que provenían de las estatuas. El matiz de sus profundas voces era inquietante para Aidan y Susana, y terroríficas para las princesas poco dispuestas a mantenerse en torno al torbellino, pues a ellas le dolían la piel a causa de las llamaradas. Temían a todo: a los feos árboles que no vieron antes cuando llegaron, al zumbido de abejas que no sabían de dónde provenía pero que se escuchaba de todas partes, a las estatuas gigantes que cambiaban su tonalidad blanquecina a un resplandor azulado, luego la estela zafírea se volcaba sobre ellos, sin determinar la causa, y a ese demonio que parecía tener intenciones de quemarlos...

Sin embargo, Aidan lucía inmune, sus ojos centrados en la hembra del frente que lo miraba como hipnotizada.

—Me estoy quemando. —Las manos de Rowena ardían por el contacto de la híbrida.

—Relájense y confíen —Aidan les expresó con voz neutra—. Han sido escogidas para… —lo que percibió, lo inquietó. Era demasiado oscuro, denso…

—No me puedo soltar —Syra tironeaba el brazo para zafarse de Susana, quien enseguida salió del trance y se percató que estaba solidificada a las princesas.

—Aidan…

—Xylon, ¿qué pretendes?

El aludido desoyó al alfa. De su ser emergió los tentáculos de fuego y sujetó del cuello a cada uno de los integrantes de la rotonda. Aidan se tensó, Susana agrandó los ojos, las princesas gritaron adoloridas.

—Xylon… —Aidan lo llamaba, el fuego se extendía a través de su brazo y lo envolvió por completo sin que el joven lo invocara. Lo mismo sucedió con las hembras; no hubo preparación ni discusiones ni nada, fueron tomados por sorpresa.

La comprensión llegó de inmediato en el alfa, el ritual sería sangriento y no podía permitir que Susana, su hijo no-nato y las princesas muriesen por su culpa.

Fue capaz de romper el lazo y se abalanzó primero hacia el tentáculo que sostenía a Susana, logrando liberarla. Más de estos emergieron del torbellino y fustigaron a Aidan. Las princesas gritaban, sus cuellos presentaban graves quemaduras. Susana cayó de espaldas y chilló al ser golpeada por las ramas de un hayedo errante que se coló bajo los brazos extendidos de los colosos.

—¡Suéltalas! —Aidan le gruñó a Xylon. Su voz gruesa, furiosa.

La flama en su ser fue más intensa que el del mismo torbellino. Xylon lo tomó como un reto, el alfa era desobediente, se interponía, no le servía. Tendría que eliminarlo.

*«¿Cómo te atreves a darme órdenes?»* —Los latigazos caían sobre su cuerpo informe por las llamaradas. La supremacía de Xylon era absoluta, no tenía rival. Aidan era una criatura, cuyo poder, él se lo había otorgado. Así qué, lo despojaría de este y lo calcinaría por entorpecer el ritual.

—¡No! —Susana se angustió.

Pidió ayuda a las lobas que fueron liberadas por Aidan, pero estas optaron por correr lejos de allí.

Por desgracia para estas, Xylon logró atraparlas con sus tentáculos. Le extraería la vida; los ojos de las jóvenes se tornaron blancos y sus mejillas sonrosadas, palidecieron, quedando sin fuerzas para luchar contra lo que las lastimaban. Xylon volvió a conectarse con todos. A Susana la levantó con ferocidad del cuello; un látigo le rodeó la cintura. Aidan luchaba por respirar, los

grilletes llameantes quemaban su piel.

*«¡¿Por qué lo haces?, creímos en ti!»* —le dolía que los hayan utilizados como marionetas.

*«Ustedes son el medio para volver»*.

*«¿Volver a dónde?»*.

*«A casa»*.

El cielo tronó sobre el domo que antes fue invisible. En ese instante, la estela azulada que a ratos recorría como flashes la capa «cristalina», se hizo más nítida, y, cuando lo cubrió todo, comenzó a decolorarse. La tierra tembló, los monos capuchinos chillaban y aullaban, los halcones y los cuervos levantaban vuelo y se desintegraban cuando pretendían alejarse más de lo que antes le permitía el domo.

Los metamorfos estaban atrapados en los tentáculos del torbellino y, aun así, observaban mortificados que las ramas de los abetos caían en cascadas como si las estuviesen podando a las malas; la grama que circunda el disco y los pies de los colosos, se secaban en un recorrido que indicaba lo mismo sucedería con el resto del santuario vegetal. Escuchaban lamentos de animales que perecían. Los monitos a lo lejos, los cantos aterrados de los pavorreales; los mirlos, los gorriones, las aves cazadoras, caían en picada al no poder escapar de su celda mágica.

Torrentes de lágrimas caían sobre las mejillas pálidas de Susana, nada podía hacer por detener la destrucción, el invernadero se marchitaba, ¡moría frente a sus ojos! Y lo hacía mucho más rápido a cuando ella discutió con Aidan en los rosales.

Todo fue una ilusión:

El deber adquirido.

Las exploraciones.

El inventario que hacían para recabar información de las hierbas medicinales, de las especies de mariposas únicas en el mundo, de las flores de gran tamaño, de los árboles de fruta perenne y los que tenían la capacidad de moverse por sí mismos…

Y a causa de esto gritaron de dolor. Susana padecía más que los otros, su bebé moría en su vientre. Las llamaradas los recorría y la energía vital que absorbían de ellos…, en el torbellino daba forma a algo más.

De un ser informe, se volvió una silueta masculina.

Las flamas en este se apagaron y enseguida fueron expulsados en diferentes direcciones por la explosión que el ser produjo.

La silueta era ahora un hombre de carne y hueso.

—¡¿Quién es usted?! —El rostro severo que Susana miraba no correspondía a una persona que les haya sido sincera en el pasado. Era hermoso, de cabellos largos y rubios; alto y de porte elegante, del que emanaba una vibra celestial o de realeza.

—¿Acaso no lo sabes, niña tonta? —Sonrió, porque, en efecto, así como se sentía la joven híbrida, él lo tomaba como un hecho literal—. Soy la magnanimidad en persona.

—El invernadero… —Aidan se puso en pie, tembloroso por la debilidad—, lo has destruido. ¿Por qué?, era tu hogar. A través de este… se supone que…

—Era mi cárcel —respondió, y de un golpe casi manda al alfa al más allá.

Aidan vio estrellas cuando su cabeza impactó contra los pies de uno de los colosos, del cual se resquebrajó como todo lo demás en Síorai.

Una luz emitía de entre las grietas del disco, destellaba como si de un momento a otro se produjera otra explosión. Las princesas no reaccionaban, tal vez muertas por el impacto o por

los tentáculos que les absorbieron la vida. Aidan perdió la conciencia por un instante, y, cuando abrió los ojos, Xylon lo tenía sujeto de una mano, con una fuerza tan brutal como la suya, que, de un tirón lo tenía colgado.

La invocación de las llamas fue infructuosa, el agarre robaba su respiración, ese don piroquinético tan temido por otros, dejó de ser su arma más preciada. Así que tenía que valerse con sus sólidos músculos. Se sostuvo de las muñecas de Xylon que apretaba su cuello, e impulsó sus piernas contra el estómago de su contrincante.

Logró liberarse.

La poderosa silueta de Xylon cayó contra los abetos a metros de ellos. La acción se escuchó como rocas que caen desde la cima de la montaña, la réplica vibró hasta debajo de las plantas de los pies de los jóvenes. La patada de un inferior no lo iban a derribar.

—¿Quién es ese sujeto? —Syra inquirió a Susana, porque ciertas partes anatómicas en este no eran humanas, menos metamorfas.

Si lo contaban, nadie les creería. Se suponía que esos seres solo eran personajes irreales de cuentos infantiles.

Una posible respuesta se filtraba en los pensamientos de Susana y esta no aplacaría la estupefacción de las princesas.

¿Qué era Xylon?

No era vampiro porque carecía de colmillos, no se convertía en lobo como para ser metamorfo como ellos, menos un humano… Su elegante corpulencia, su eternidad, su habilidad para romper hechizos antiguos y esas orejas… El nombre de la especie bailaba en sus labios, pero no se atrevía a mencionarlo en voz alta para no ser objeto de burla por las princesas.

Le llamó la atención que no estaba desnudo por haber estado antes atrapado en el elemento más poderoso de la naturaleza. Sus ropas intactas por el fuego extinto de su ser, lo hacía lucir como un príncipe medieval: pantalón marrón a juego con unas botas de cuero lustroso que nunca han pisado lodo. Túnica de una tonalidad dorada como su sedoso cabello largo hasta mitad de espalda, abotonada de la clavícula a la cintura y dejando ver en torno a sus caderas, una serie de cinturones en pedrería y oro, del que antes sostuvo una espada que le fue arrebatada en una batalla pasada.

En un único propósito de vencer a su oponente, Xylon corrió de vuelta hacia Aidan, este se preparó para contrarrestarlo en su forma bípeda.

La transformación no era posible, porque no ocurriría como en las películas, en las que a los hombres lobo les tomaba segundos. Esto suele tardar más tiempo y ser tan doloroso que les merma las fuerzas hasta devorar una presa. Aidan sopesaba despedazar a Xylon y compartirlo con sus compañeras para tragárselo, luego cagarían sus restos por el valle y dejarían las heces expuestas para que las moscas se alimentaran también. Si algo malo hizo en «su mundo», Aidan se lo haría pagar en nombre de los otros. La muerte de este no sería digna.

Ninguno de los dos convocó al fuego, pero se daban de puñetazos y zarpazos demoledores que se reventaban la boca y se amorataban el rostro, dejándolos casi irreconocibles.

Las hembras no intervenían; un golpe mal dirigido, las noquearía por horas. Susana oraba para que Aidan lo venciera, aunque ignoraba el modo en cómo después aprisionarían a Xylon. Ya no existía el domo que lo contuviera, no fue más que para mantener apartados a los humanos; el tesoro que tanta gente ha buscado nunca ha existido, una invención que con los años se coló entre los creyentes y del que Xylon se aprovechó.

Los gritos de las princesas y los de Susana, resonaban por la montaña, Aidan sufrió fracturas

de brazos y columna. Xylon no tenía rival en el combate, era feroz, las extremidades de Aidan se torcieron en posiciones que estremecían.

—¡No! —Susana gritó presa de la desesperación. Xylon lo había tomado de la cabeza para arrancársela con sus propias manos, pero ella se abalanzó sobre él, sin pensar en las acciones, solo el de otorgarle a Aidan tiempo de recuperarse, pues ha pasado por luchas semejantes y contra varios sujetos a la vez, tenía que sobreponerse para sobrevivir todos.

Xylon hizo un movimiento que permitió sacarse de encima a la joven y tenerla frente a él, al sujetarla de la camiseta.

—No golpeo mujeres embarazadas. No me provoques…

La apartó con rudeza, la pelea no era con ella. De haberlo querido, ya estaría muerta.

Ni siquiera se propuso enfrentarse al joven Fitzgerald, pero se empeñaba en detenerlo.

El vientre de Susana sufrió un vuelco, al caer ella sobre su trasero. No se lastimó, pero el feto se estremeció por las tensiones que la madre padecía.

—¡No lo mates, sabes que él es bueno y que protege a todo ser viviente! —sollozó en cuanto Xylon hizo el amague de ejecutar su cruel acción de decapitar—. Eres libre de marcharte; por favor… Lo amo. Es el mejor guardián…

Más bien, su carcelero. Al igual que ella.

Se detuvo.

—Y tú eres la guardiana del guardián. La protectora de los protectores… ¿Cómo desoír tu súplica?

El cuerpo desmadejado de Aidan, se extendió en el suelo, debilitado de los golpes recibidos. Ni aliento tenía para respirar o pestañear; su vista era turbia, escuchaba a Susana, pero no lograba verla con claridad. Buscaba fuerzas de donde no las tenía, debía ayudarla, estaba a merced de Xylon. La lastimaría, y, si lo hacía, entonces que también acabara con él.

Trataba de hablar, no podía, solo balbuceos que ni alcanzaba a expresar algo coherente.

# Capítulo 32

Xylon caminó hacia el resquebrajado disco; se movía con una gracilidad, pese a la brutalidad de sus actos, al defenderse de los ataques de su guardián para devolverlo a la cárcel al cual los ancestros lo confinaron por algún delito cometido.

Pasó por el lado de las princesas, quienes palidecieron y temieron por lo que este pensaba hacer ahora: ¿las sacrificarían en ese ritual que quedó inconcluso o ya había terminado y solo se quería divertir? ¿Qué era peor: morir rápido como ofrenda a los dioses o ser objeto de las perversiones de un sádico?

—Gracias por tus servicios, honorable guardiana —se dirigió a Susana, parado él frente al coloso del noreste—. Y gracias por tus servicios, *mi buen guardián*, que has sabido cuidar el lugar que me mantuvo aprisionado. —Echó atrás el faldón de la túnica dorada y dio unos pasos adelante, bañándose desde abajo con los haces de luces que brotaban de lo tallado en el disco.

—Creíamos que protegíamos el invernadero… No lo salvamos. —A Susana la afligía la fauna y flora desvanecida frente a sus ojos.

—Los primeros guardianes estaban al conocimiento, pero con el tiempo los descendientes olvidaron —dijo—. Aprendí a ganarme su confianza.

—¿Por qué te encerraron?

—Por estar en desacuerdo con mis hermanos. Es hora de volver para reclamar lo que me pertenece.

Acto seguido, habló en un idioma que las metamorfos no entendieron, eran las palabras concluyentes para que se abriera el portal que, por tantos siglos, estuvo vetado a él.

De la boca de este emergió un vaho negro que se expandió por el aire y buscó a un nuevo huésped.

¡¿Qué era eso?! Susana se aovilló en su sitio, cerrando fuerte los ojos y la boca y protegiendo su vientre. Escuchó gorgojeos como si alguien se estuviese ahogando con su propia saliva; enseguida entabló contacto visual con Aidan, el vaho se apoderó de él, introduciéndose en su organismo, provocándole que su rostro enrojeciera y luego tosiera estentóreo en su lucha por recuperar la respiración.

¿Qué fue lo que le lanzó? Temblaba entre convulsiones que presagiaban su muerte. Las princesas chillaron, Susana trataba de golpearle la espalda a Aidan, parecía estar atragantado.

Él la miró y Susana jadeó. Sus ojos se habían oscurecido, no tenía retinas ni pupilas, la esclerótica cambio de blanco a negro en un parpadeo.

—¡¿Qué le hiciste?! —le inquirió enojada a Xylon, preocupada de que le haya lanzado veneno.

—Lo maldijo… —Syra comentó y temió que el demonio hiciera lo mismo con ellas. ¿Qué enemigo es más mortífero que aquel capaz de atacar desde dentro?

—Le di un regalo.

—¿Envenenándolo?

—Mejorándolo.

Ante la respuesta, Susana quiso una mayor explicación, pero Xylon la dejó con la pregunta a punto de fluir de sus labios.

Volvió a recitar un conjunto de palabras en su extraño idioma, que daba la impresión causaba

un nuevo remezón en la corteza terrestre; sus cabellos dorados se mecían suave pese a la vertiginosa brisa que provenía de todas direcciones; ni un mechón se desordenaba, lo contrario a Susana y las princesas que lucían greñudas y sucias.

El movimiento telúrico desbalanceaba a los colosos. Los cuatro metamorfos tuvieron que alejarse más por si eran aplastados; las cabezas y los brazos extendidos de los silenciosos sabios caían con todas sus toneladas de peso desde las alturas, levantando metros de tierra y un sonido de impacto ensordecedor. Era como el derrumbe de edificios por un terremoto, reduciéndose a montañas de escombros. Las puntas de los abetos chocaban entre ellos por la sacudida de la magia ancestral invocada por Xylon; así como antes fue un ferviente cuidador, ahora lo destruía.

Aidan trataba de ponerse en pie para detenerlo, pero Susana, temiendo que ese sujeto extraño, lo matara, sacudía la cabeza en una negativa para que lo dejara partir. Xylon no pertenecía a este mundo, enfrentarlo era pésima idea, jugó con todos, siendo el jugador más hábil. Siglos en la que estuvo atrapado en lenguas de fuego y sostenido por un arbusto que ya debía estar desintegrado.

El promontorio de escombros de las esculturas comenzaba a disminuir en volumen; poco a poco se reducía su tamaño hasta solo ser partículas en la tierra.

De repente, un aplastante silencio se instaló en la montaña.

Tras desvanecerse en medio de los haces de luces, Xylon no perdió tiempo en dar discursos grandilocuentes o de liquidar a los testigos. No lo necesitaba, nadie lo iba a detener ni le importó que otros se enterasen de sus artimañas. Aidan intercambió miradas con Susana, preguntándose ambos y de manera silente de ¿qué ha pasado?, aún sin creerse lo sucedió. Luego se enfocaron en las princesas, estas lucían petrificadas, respiraban, sus ojos rodaban del alfa a la híbrida; también formulándose para sus adentros la misma pregunta. Susana las detestaba, pero se alegraba que sobrevivieran, porque hubiesen sido culpados por un delito que no cometieron, y carecían de pruebas para demostrar lo contrario.

Xylon requirió de sangre azul, sangre de fuego y sangre gestante…

La mezcla perfecta para abrir portales.

—Maldito… —Aidan gruñó, él más lastimado en su orgullo que las hembras que aceptaron la situación. En su caso era peor, sus ancestros, mucho antes de sus tatarabuelos, sirvieron bajo engaño a un sujeto sentenciado por su propia gente—. ¡Maldito! ¡MALDITO! —Lanzaba zarpazos al suelo, a las rocas, a los troncos caídos, a lo que fuese que le sirviese para desahogar la frustración—. ¡MALDITO! —El poder estuvo en sus manos y en su mente, y esto no lo condujo a ser despiadado; actuaba en pro de los suyos y de la humanidad. El deber que debió prevalecer fue impuesto de generación en generación, y, de esto, ¿qué le quedaba? La certeza de haber sido manipulados.

En vez de ser los cuidadores de Slieve Bloom y de Síorai, los guardianes fueron los carceleros de un sujeto de orejas puntiagudas.

—Se burló, escupió en cada uno de mis antepasados y de nosotros. —El abuelo Dugan se estará revolcando en su tumba, fue el más abnegado de los servidores del Arbusto Dragón.

—Aidan… —Susana se conmovía por la tristeza y la rabia reflejada en sus ojos verdes; las princesas no eran capaces de consolarlo, él gruñía y aporreaba la tierra en lo que antes estuvo posado el disco en el suelo. Su familia fue la burla hasta para los dioses—. No, Aidan, no es así. —Lo rodeó en sus brazos, al caer él de rodillas y sacarse lo que le oprimía el corazón. Creyó que Xylon fue su amigo, su mentor, y le había mentido—. No te culpes, ¿cómo ibas a saber?...

Estuvimos conectados con su mente y no lo descubrimos, estuvo siempre por sobre nosotros.

—Me siento como un idiota.

—Engañó a tus abuelos y a los que estuvieron antes que ellos. Fue astuto al ofrecer una imagen de ser de luz…

—Escapó para causar daño a los que lo encerraron, y no tengo manera de impedirlo.

—Roguemos para que *aquellos* puedan detenerlo. —Y que el rey de este mundo, a ellos no los castiguen.

Aidan notó que las quemaduras en el cuello de Susana seguían visibles y, en las princesas, ya tenían la piel cicatrizada.

Reuniendo valor para enfrentar lo que vendría, se levantó, ya no tenía caso gruñir mil improperios por su negligencia, debía enfrentar el lío que les dejó Xylon, en referencia al hecho de haber aceptado el matrimonio con las hijas de Kane. No soportaba tenerlas cerca ni que lo tocaran; con todo lo que ha pasado, quería mandar a más de uno al carajo.

Fue inevitable la pérdida sufrida, ya no existía un refugio para sus amados, ni el Edén donde él y Susana se amarían con libertad; la pureza del entorno, las especies únicas, las plantas curativas, los árboles frutales, nada de esto quedaba para volver a visitarlo.

—¿Por qué no desaparecimos? —Susana meditó—. Si todo fue obra de los dioses provenientes del *otro lado*, no deberíamos existir por ser sobrenaturales.

—Tal vez —Aidan se encogió de hombros—, porque aquí existen otras especies ajenas a las creaciones de esos dioses. Somos como ellos.

—Vampiros, metamorfos… —Susana completó y él asintió.

Una criaturita vino a la mente de la joven gestante.

La expresión de desconsuelo se reflejaba en sus ojos negros. No… ¿Será que…?

—Zeus… —Se giró para buscarlo—. ¡Zeus! —Su gato murió por el zarpazo de esa mujer y volvió a la vida estando en sus brazos. Hasta Aidan se sorprendió, ya no era un gato normal o nunca lo fue—. ¡Aidan, ¿dónde está Zeus?! Yo lo vi hace unos minutos… —cuando cruzó el umbral de la puerta mohosa.

Él barrió con la mirada el terreno baldío y ahí midió la amplitud de la destrucción: las estatuas y el disco, la espiral de abetos, los hayedos caminantes con sus ramas torcidas… Todo desapareció.

El felino negro de patas cortas y mullidas sobresaltó a las princesas cuando este saltó de repente hacia los brazos de su ama, para confirmarle de que estaba bien. El gritito de felicidad de Susana fue el único consuelo que Aidan obtuvo a cambio, esbozando una sonrisa que oscilaba entre la alegría y la tristeza acumulada. Dio leves golpecitos en la cabeza del gato en señal de darle gusto de hallarlo una vez más con vida; Zeus no le bufó y permitió que el alfa demostrara su cariño de esa manera. Ronroneó al oído de Susana, en el apapacho que ella le daba. Cumplió con su misión.

—Papá debe saber esto —Rowena tenía la determinación de contar lo que vivió hasta con el que lava los retretes en la ciudadela.

—Si le cuentan, las incinero —Aidan les gruñó y las jóvenes palidecieron—. Mantengan la lengua controlada y olvídense de lo que acá vieron. —Ellas asintieron atemorizadas, ese tipo de muerte no pensaban sufrirla.

De vuelta al área de los rosales, otro espacio vacío quedó donde alguna vez estuvo el templo. No había columnas caídas ni el techo ni las paredes derrumbadas, la tierra negra formaba un enorme rectángulo; los cerezos, los manzanos, los naranjales, el bosque prohibido no se

vislumbraba a lo lejos, desaparecieron como lo demás. A Aidan se le encogía el corazón; en la parte donde reposaban las cenizas de su abuelo, las mariposas alas de pájaro ya no sobrevolarían su eterna morada. La desolación cristalizaba sus ojos y los de Susana, que por meses adoptaron el invernadero como su hogar; quedó como un sueño del cual ya no deseaban recordar, les traía amarga tristeza y decepción. Ni la puerta existía…

Un jadeo. La mano en el pecho.

—Oh, no…

*La llave*… Susana trató de aferrarse a esta, pero ya no colgaba de su cuello, solo la cadena en sí como si hubiese perdido un apreciado «dije» que fue obsequiado por una gran persona.

Encontró consuelo en los brazos de Aidan, porque este hecho era el punto culminante de una misión que fue interrumpida abrupta por un manipulador.

Descendieron la montaña en sentido hacia Moninne, Aidan cargaba en brazos a Susana para que no se agotara, mientras que Syra y Rowena los seguían unos pasos rezagados y con los ceños fruncidos, cabreadas porque él las ignoraba para darle más atención a la híbrida.

Faltando dos kilómetros para llegar a la vieja mansión, se toparon con el comisario y tres de sus hombres.

—¿Qué pasó? Vimos luces extrañas provenir de arriba y luego se apagaron.

—No vimos nada.

—¿Nada? —El comisario estudiaba la expresión del alfa, que era la misma que antes observó: «yo sé, que tú sabes, que yo sé». El conocimiento estuvo frente a sus ojos, la puerta del búnker se resquebrajó y se pudrió. Cuando creyeron que por fin podían entrar a ese lugar secreto, no alcanzaron a dar un paso al interior, los rosales que vieron se marchitaron con tanta velocidad que no fueron capaces de moverse de su sitio. Allá residía la muerte.

Aceptó la respuesta del alfa y luego los escoltó por el resto del trayecto. Qué pesar sentía, si en aquel lugar hubo algún tesoro, dudaba que en la planicie quedase siquiera una moneda de oro, todo fue arrasado por el fuego demoníaco del joven Fitzgerald.

Los pies descalzos de las princesas se enterraban en el lodo, y las hojas húmedas por las recientes lluvias se pegaban en sus piernas; ni las chicharras ni los venados chillaban en las arboledas; el silencio tragó los sonidos de las montañas, la pesadumbre los perseguía; Síorai fue una ilusión, una cárcel verdosa para un grandísimo mentiroso.

Sin embargo, otros sonidos reemplazaron los que ellos esperaban escuchar, estos se producían a causa de las pisadas sigilosas de los lobos que no eran de la región, pero que serían capaces de dar una buena contienda.

Con la mayor de las consideraciones, Aidan depositó a Susana sobre sus propios pies, y la cubrió con su espalda, de quien, a su vez, pedía a las princesas estar detrás de ella, ya que si alguna era atrapada por estos no podrían salvarla. La mansión estaría visible tras cruzar la línea fronteriza de los últimos árboles del bosque; los aromas de los machos invasores indicaban que los superaban en número. Aidan, el comisario y los tres gardaís en sus formas bípedas, tendrían que medírseles con toda la fuerza de sus garras y colmillos, porque las hembras caerían muertas al primer enfrentamiento.

—Les permitiré marcharse por su propia voluntad —Aidan se envaró, mirando hacia la arboleda, estos aún no daban la cara—. Háganlo o tendré que liquidarlos.

Risas por los alrededores, ponían en duda que unos pueblerinos los vencieran.

—Nos marcharemos hasta después de completar lo que nos encomendaron —respondió un sujeto que aún se mantenía oculto, pero que Aidan captaba se hallaba a poca distancia.

—Las únicas presas serán ustedes.

—¿Eso cree? —Se carcajeó y ahí su rostro tosco se hizo visible—. Solo vemos a tres imbéciles y tres putillas que luego follaremos.

La estatura de Aidan aumentó considerablemente tras su estruendoso gruñido.

—Si dan un paso más en mi propiedad, los despedazaré —amenazó. Su piel roja, sus cabellos comenzando a ser lenguas de fuego—. ¿Qué desean entonces?

Los invasores vacilaron en proceder. ¡¿Qué era lo que contemplaban?! ¿Un demonio? ¿Era eso lo que tanto rumoraban los clanes?

—¡Somos más y él es uno! ¡UNO! —el líder animó enérgico a sus hombres bípedos y conversos. Por más poderoso que fuese ese greñas-rojas no podría contrarrestar a una docena de mercenarios; les dieron un jugoso adelante en efectivo y tendrían el resto si llevaban las cabezas de los que figuraban en su lista.

Sopesaron las probabilidades de ganar, superaban en número a esos locales, estaban armados y también eran diestros al matar. Corrieron a la voz de ataque del líder. Todos contra el alfa; les arrancarían las extremidades y se mearían sobre sus restos mientras que las hembras se posaban ante ellos como sus esclavas. Esa noche les reventarían el culo y luego sufrían el mismo destino que los machos.

Aun así, la jauría tuvo que enterrar las patas en el suelo para ser capaces de dar media vuelta y huir por donde vinieron.

Desde el cabello, las lenguas de fuego se deslizaron en cascadas por sobre el cuerpo de Aidan, hasta envolverlo por completo en cuestión de segundos.

La espalda de Susana chocó con las princesas, quienes cayeron por ella tratar de retroceder. Aidan era ahora una masa ardiente, tan parecida al torbellino. Giraba y giraba, se expandía y se encogía; tentáculos llameantes azotaban a los invasores; los que eran azotados morían calcinados en el acto, criaturas insignificantes ante el demonio.

Aidan probó varias formas en la que estuviese cómodo. Se convirtió en un águila y voló por sobre sus enemigos, lanzando su aliento de fuego como si fuese un dragón. Luego aterrizó, se acomodó en sus piernas bípedas llameantes, y, siendo una «antorcha humana» dio de puñetazos a los que se aventuraban en atacarle. Pero la forma que más le gustó es en la que su especie se ha postrado desde hacía milenios, la mística, la más feroz…

El lobo aulló –siendo fuego puro– y erizó la piel de los metamorfas y la de los invasores, quienes se congelaron de miedo. No había manera de morderlo y despedazarlo entre todos, desaprovecharon la advertencia de marcharse por sus propios medios, ahora enfrentarían a ese ser de ojos huecos y lava.

El líder instaba de atacarlo, pero su jauría metió la cola entre las patas, y sus orejas, que estuvieron apuntando hacia atrás en una muestra de ferocidad, las tenían hacia los lados por su cobardía. El beta renegado ignoró a su alfa y ladró a sus compañeros, debían huir o morirían carbonizados como los otros. Pero, al darse la vuelta para perderse por el bosque, de este emergió un centenar de lobos negros y de pelaje gris oscuro, del que de inmediato Aidan y las princesas reconocieron como los Alfiles del Soberano.

Los invasores se acurrucaron, rindiéndose ante el ejército que los rodeaban. Más abajo de la colina, venían los lugareños, algunos caminando en sus piernas bípedas, otros cuadrúpedos, dispuestos a enfrentarse con los que amenazaban a su Alfa de Fuego.

Susana observó que los lobos más grandes hincaban su cabeza en señal de respeto hacia Aidan, pero este no se daba cuenta, medía a todos por igual; su poder piroquinético aumentó

de intensidad, su periferia abarcaba a los que exterminaría de un fogonazo.

—¡Aidan, se están postrando! —le gritó fuerte para que la escuchara. Al igual que la gente de los poblados cercanos que, una vez más, atendían al llamado del alfa, el pelotón no venía a pelear contra él. Más bien, sometieron a los invasores,

Tras dominar la situación, Aidan se «humanizó». El fuego seguía cubriendo su piel desnuda.

—Señor, hónrenos en aceptarnos como sus servidores.

—¿Y Kane?, ¿qué fue de él?

—Decidimos que solo debe existir un amo, y ese es usted, lo reconocimos en cuanto se enfrentó a todo un ejército sin inmutarse. Kane y su progenie ya no tienen capacidad de liderazgo. La tiene usted, mi señor.

—¡¿Derrocaron a nuestro padre?! —Syra les inquirió y Rowena lloró—, ¿qué hicieron con él?

—Abandonado.

—¡Es su Soberano!

—Ya no, ahora le pertenecemos al más poderoso.

—No me interesa ser el nuevo Soberano. Solo soy un guardián, mi entrono es este, mi alma reside aquí, mi sangre corre por las arterias de los caudales.

—Estaremos bajo su mando donde decida erigir su reino.

—Los elementos son mi ejército. Regresen a su rey y llévense a las princesas, no son mis mujeres, tengo una. Les devuelvo la libertad, no han sido tocadas en el lecho conyugal, su pureza aún se conserva. Desde ahora declaro a Susana Maldonado como mi compañera y futura madre de mis hijos, ella es la Guardiana del Guardián. Hónrela y respétenla.

La revelación conmovió a la joven y sonrió de alegría. Él no las tocó…

Sus mejillas enrojecieron en el instante en que los lobos y los bípedos se reverenciaron como muestra de respeto. Todos eran conscientes de que se trataba de una híbrida, pero ¿qué razones tenían ellos de menospreciarla si el venerable lobo rojo emergió de una casta parecida?

El momento solemne fue interrumpido cuando un lobo negro arrastraba a un renegado casi moribundo.

Resultó ser el líder del grupo de invasores. Aidan se acercó a este, cada paso que daba quemaba la grama, tenía que informarle el motivo de querer asesinarlos, sobre todo a Susana que a nadie ha molestado.

—Se les había escapado unos de sus perros.

—No son nuestros, mi señor.

Lo miró desde su postura imponente.

—¿De quién recibirían la otra mitad del dinero si completaban el trabajo? —No empleaba la hipnosis, su presencia bastaba para que el líder razonara en que era mejor delatar al que fraguó el ataque o morir peor que sus hombres.

—Garantízame la vida y le diré.

Él gruñó.

—¡Hable! —Lo agarró del cuello, mientras seguía en su fase de fuego.

—¡¡Su padre!! —chilló adolorido por las quemaduras que la mano del alfa le producía—. Él los quería muerto.

*¡¿Qué?!,* Susana jadeó, incrédula de lo escuchado, y Aidan soltó al líder en el acto.

Su fuego se apagó.

Su corazón se heló.

La estupefacción dominaba sus pensamientos.  La persona que lo engendró fue el que

planificó eliminarlos.

Su propio padre.

# Capítulo 33

—Piensa lo que vas a hacer, porque te vas a arrepentir —Susana aconsejó a Aidan luego de que él entregara a las reticentes princesas al teniente, para que volvieran al refugio del padre. El batallón se había marchado tras una venia respetuosa al alfa, permaneciendo allí los pobladores, quienes, ante la mirada severa de este, retornaron a sus respectivos hogares. Cantaban alegres, aullaban y vitoreaban, colina abajo, por ser ahora el condado sede del nuevo reino canidae: La Casa Fitzgerald.

—Dejo en tus manos a mi mujer. Tardaré unos minutos en volver —Aidan ignoró a Susana mientras se dirigía al comisario que lideraba a la única manada permitida en permanecer por las inmediaciones de la casa.

—Una vez más, honraremos su orden, mi señor. La protegeremos hasta con nuestras vidas.

—Trata de razonar —Susana se interpuso en el camino de Aidan, plantándole sus manos en el torso—. Vengarte hará que después el recuerdo de lo que hiciste te persiga por siempre.

—Tu muerte habría sido el peor de mis recuerdos —le contestó con la promesa interna de acabar con el que planificó todo.

—Está bien que quieras confrontarlo, pero hazlo estando más calmado. Si te marchas en esas condiciones –y no se refería a que sus partes pudendas aún seguían a la vista– harás lo impensable de un hijo hacia su padre.

—Él no se ha comportado precisamente como un «buen padre».

—No, no lo hizo —concedió—, merece un castigo ejemplar. No sé cuáles fueron sus motivos o… tal vez sí, siempre estuvo detrás de la llave. —Palpó el espacio vacío en el que debió estar colgado lo que Dugan dispuso para ella antes de fallecer—. Sin embargo, no formes una familia sobre un charco de sangre. Es aterrador.

—Debo procurarles protección, de hasta los míos.

—¡Y lo harás! —Sonrió a medias, sus manos aún posadas en sus músculos abdominales, viéndose ella pequeñita—. Solo que no quiero que el padre de mi hijo se convierta más adelante en alguien que yo desconozca. Esto te amargará, te causará infinito dolor, y yo sufriré por ti.

Los primeros rayos del alba incidieron sobre la cabellera de Aidan, acentuando su dualidad ente lo humano y lo salvaje. La tonalidad rojiza de cada desordenada hebra cambiaba ligeramente a una entre lo cobrizo y lo dorado, y contrastando de manera fascinante con el verde esmeralda de sus ojos insondables.

Atrapó los labios de Susana con los suyos y le obsequió un apasionado beso, del que el comisario, que los observaba desde el cobertizo, agradecía haberse alejado cuando la hembra insistía en capturar la atención del alfa. La pareja se demostraba afecto, eran leales y tan parecidos en su modo de ser, que muy seguro la unión de estos sería prolongada.

Las pulsaciones en el glande, lanzaba choques eléctricos al cerebro de Aidan. «¡Detente, no puedes continuar con esos besos excitantes!» Las lenguas de ambos se enredaban entre sí y sus manos cada vez se aventuraban en acariciar más abajo. Susana estaba embarazada, y él con muchas ganas de hacerla gemir.

—Te prometo que solo será un tirón de orejas —expresó tras apartar sus labios de los de su amada, su respiración agitada, al igual que ella que deseaba más de él.

—Quiero tu fuego… —Aún no le permitiría partir, hasta que la complaciera. El sexo era una excelente descarga de energía negativa.

Estando dura, la hombría de Aidan se recostó en el vientre ligeramente abultado de su compañera.

—Estás… —sacudió la cabeza—. Aún no.

—Tengo ganas. —¡Muchas ganas!

Las veces anteriores no fueron buenas experiencias en lo referente a ese «fuego» que él no ha sabido controlar cuando están juntos. Le preocupaba lastimarla, y, no solo a ella, también al bebé que gestaba.

—Cariño, te amo, y sabes que te deseo. Pero es imprudente dejarnos llevar…

Se enfurruñó en sus propios brazos.

—Aún no estoy tan avanzada y no es un embarazo de riesgo.

—¿Y lo de arriba? Te golpearon varias veces.

Susana mostró sus brazos, su rostro, el cuello; alzó la camiseta: ni un rasguño o moretón. A pesar de no haberse alimentado para recuperar sus fuerzas, su cuerpo sanó.

—Te quiero en mi cama, con este mástil dentro de mí. ¡Ahora!

Sonrió perverso.

—En tu dormitorio o en el mío.

—En el que la cama esté más cerca. Siento el clítoris hinchado…

Entregarse a los instintos primarios requería que ambos se anduvieran con cautela, y más ahora que un tercero estaba de por medio. Aidan depositó en su cama a Susana y la cubrió con su peso sin aplastarla. Las caricias eran suaves, pese al tiempo que han tenido desde que intentaron hacerlo hacía unas semanas. El esfuerzo por contenerse era demasiado, temblaban por la preocupación de no lograr satisfacción y de confirmar que la naturaleza los hacía incompatibles. Los besos oscilaban entre lo casto y lo impúdico, el ritmo de los labios aumentaba y disminuía en las veces en que creían perderse en las deliciosas sensaciones y luego les ganaba el raciocinio. Debían ser lentos, prudentes… Procuraban no desbordar sus pasiones, aunque de ese modo aplacaban el ardor que sentían con penetraciones lentas y profundas.

—Si sientes molestias…

—Sigue así, me gusta —Susana disfrutaba cada fricción que sentía entre sus labios vaginales; su humedad lo recibía íntegro, sin ocasionar incomodidad. Arqueaba la espalda, sus pulsaciones pedían que se desbocaran.

Tragó saliva y comenzó a mover sus caderas contra las de él, desconectándose a ratos de la realidad.

Aidan gruñó enronquecido por el pedido silente de su compañera, y enterró sus garras en el colchón, a los costados del rostro contraído por el placer de Susana. La miró a los ojos y consultó de ese modo si aumentaba las embestidas, pues temía lastimarla. Susana le esbozó una sonrisa jadeante.

«Adelante, quémame».

Un empujón duro, seguido de tres más rápidos. Luego otro demoledor, y repitió el proceso hasta que la aceleración fueron cortas y continuas.

Notó que Susana enrojeció y que de sus labios entreabiertos emitía espasmos como si se estuviese quedando sin aire. Estuvo a punto de ralentizar sus movimientos y hacerlo como un par de primerizos, cuando Susana lo animó al mover sus caderas, en busca de lo que la

abandonaba a momentos de entre sus piernas.

El sonoro gemido que ella soltó a él lo calentó mucho más. Aidan no le preguntaba cómo soportaba las embestidas o si percibía un aumento de temperatura en su piel, ya que el apareamiento a él lo llevaba al límite de la cordura; con su hombría quería tocarle lo más profundo de sus entrañas y estar allí hasta que de nuevo se ocultara el sol. Por desgracia, debía soltarla antes de ser incapaz de frenar su fuego interno.

*«¡No!* —Susana se abrió paso en su mente, y sus piernas se solidificaron en torno a las caderas masculinas—. *Aún no, puedo resistir un poco más».*

*«Estoy a punto de abrir las puertas al infierno».*

*«Al cielo, ya estamos en él. Te amo».*

*«Susana…»* —Se pegó más a ella y desgarró las sábanas y el colchón por la fuerza interior que amenazaba con emerger a través de sus brazos que se tornaron rojo lava. Por un segundo pensó que ocurriría una desgracia; sin embargo, contener la impulsividad de sus actos acarreó en una explosión dentro de su amada.

No hubo alarma por incendio en el dormitorio ni evidencias de dolor en Susana, pero sí que ambos sintieron que sus frenéticos corazones se derritieron.

*****

La cordillera nevada causaba nostalgia en el poco tiempo en que Desmond ha permanecido en la ciudad de Anchorage. Melva y Niall se han resignado a formar parte del clan regente de Alaska. El Alfa Regional les dio la bienvenida y también les explicó las reglas a acatar si no deseaban que los mandaran de vuelta a Irlanda. Desmond era el único de los tres que no aceptaba el destierro, provocado –según él– por Aidan, que fue un inútil como macho alfa; en vez de preñar lobas de buen linaje, prefirió a una humana que le pariría otro híbrido que sería marginado por todas las castas del mundo. Si ella dejase de existir, Aidan se enfocaba en lo que más le debería importar.

El poder.

Sorbió de su wiski, paladeando el líquido con gusto, pues le sabía a triunfo. Él tuvo que hacerse cargo de sacar a esa tipa del camino; de otro modo, de ese poblado americano jamás saldrían.

El líquido aromático se vertió una vez más en el vaso de cristal, mientras Desmond –vestido en un traje sencillo y elegante de fino algodón– le daba la espalda al balcón del área de la sala. Las puertas ventanales estaban abiertas por el cálido clima de mediados de septiembre; de momento, no padecía del gélido invierno de Alaska, poca tolerancia tenía a las bajas temperaturas, esperaba cazar lo suficiente para abastecerse y soportar esos meses que lo hacían confinarse bajo una manta gruesa. Pero no le permitían cazar por esos parajes sin la debida vigilancia de la gobernación alasqueña. Esa mañana desayunó un bistec de alce, algo seca la carne y no tan fresca desde que cazaron al animal. Su móvil reposaba en la mesa del comedor, pendiente del mensaje de texto que esperaba leer con anhelo. Se zampó la bebida de un impulso; el trabajo ya debía estar hecho, estos eran más aguerridos con un prontuario que indicaba que de cien: cien ejecutaban sin dejar pruebas que delataran. Los anteriores casi le cuestan a él, el anonimato, aprendió a moverse bien para no ser descubierto.

De repente sintió calor; vaya que el licor hizo lo suyo. Se quitó la chaqueta sastre y lo arrojó sobre el sillón más cercano; sacudió la tela frontal de su camisa, ¿acaso el termostato lo

encendieron a su máxima capacidad? La espalda le sudaba, y Desmond ya pensaba en darse una ducha.

—Melva —llamó a su mujer para que apagara el aparato, la sala parecía un horno—. Melva, apaga el… ¡Por los dioses, Aidan! —Chocó con el minibar esquinero cuando retrocedió por el susto que su hijo le dio al presentarse de esa manera tan inusual.

—¿Sorprendido de verme? —Estaba desnudo, siendo evidente que entró convertido a través del balcón.

El hombre estiró con rabia su camisa mientras recuperaba su compostura e increpó al joven con la mirada.

—¿Deseas que nos echen de esta condenada región?, no se nos permite transformarnos sin inspección—. Melva. —El enojo endurecía sus facciones maduras—. ¿Dónde está esa mujer? ¡Melva!

—Duerme.

—Como que «duerme», si acabo de… —Escaneó a Aidan y esto lo hizo levantar sospechas—. ¿Y tú cómo sabes?

—Porque así lo quise: ella y Niall...

Desmond se inquietó.

—¿Por qué?

—Para que no escuchen lo que hablaremos.

Un corrientazo helado recorrió la espalda del hombre que una vez dirigió una gran ciudad.

—No hemos causado inconvenientes con el alfa de esta zona ni hemos sido indiscretos al contar *lo que sucede* en Nephin.

Aidan dio un paso hacia el progenitor, al hacerlo fue como si calculara sus movimientos en plan depredador.

—Y ¿qué es lo que «sucede»?

—Kane… Me enteré que sufriste un altercado con él.

—Con todos en la fortaleza.

—¿Por qué me miras de esa manera tan altiva? ¡Melva! ¡MELVA! Por Licaón, ¿dónde está ese dichoso termostato? —Se alejaba para enfocarse en algo y no en la mirada severa de su hijo; han pasado horas en que aquel no se comunicaba, y Aidan allí…. queriendo hablar con él y no de forma amena.

—De nada servirá llamarla a los gritos, no despertará hasta que me marche.

—¿Y qué es lo que quieres hablar que tu madre y tu hermano no pueden escuchar? —Halló el aparato e hizo que descendía la temperatura ambiental. Estaba apagado.

—Planeaste la muerte de Susana y la mía.

Su jadeo fue teatral.

—¡¿Eso te dijo esa humana?! —Se volvió bastante ofendido—. Está loca.

—Atentaste contra ella en la garda y luego en los terrenos de Moninne.

—¡Yo no fui! ¡Acusen a otro!

—¡¡Te acuso a ti!! —Estando cerca del minibar, las botellas y las copas de cristal reposadas allí, estallaron ante el enojo de Aidan—. Te señalaron, papá. El sujeto al que le pagaste, te delató como el autor intelectual.

—Pues, te mintió —procuraba mantener las distancias—. Yo *jamás* lastimaría a las hembras que amas. ¿Acaso me ha importado con las que te has revolcado? Esa humana se puede largar al…

—Es ahora una híbrida y lo sabes. Va a tener mi hijo, ¡y lo sabes! ¡MI HIJO! ¿Qué beneficios obtenías si nos liquidaban?

—¡Nada! Te amo, no sería capaz de hacerte daño —lo que era cierto—. Me acusas injustamente.

—¡Eres culpable! —Quizás a él, no. Pero sí a Susana.

—No hijo… Ese sujeto me culpó para salvar su pellejo, quién sabe por qué quiso lastimarlos.

¡Bravo, aplausos para el hombre que mantiene su fachada a toda costa! Le mentía a la cara con tal descaro, que a cualquiera haría dudar de tal señalamiento.

—¿Qué razón tendría?, igual iba a morir.

—Para joderte la paciencia, por lo visto…

El sudor empapaba por completo la camisa de Desmond, el calor en la sala le hacía querer salir al balcón para recibir aire fresco, pero ni se atrevía a dar un paso en esa dirección, Aidan lo miraba con tanta severidad y su piel presentaba esa amenazante coloración de cuando le daba por acabar con todo lo que había a su alrededor, que optó por mantenerse al lado de la puerta principal por si debía huir por ahí a toda carrera.

—Admítelo: pagaste para que nos mataran.

—Te juro por las cenizas de tu abuelo que…

—No te atrevas a jurar en su nombre, en vano, ¡lo hiciste!

—¡¿Cómo crees que sería capaz de obrar en contra de mi propio hijo?!

—Pero sí contra mi mujer y el lobezno que ella engendra. ¿Por qué atentaste contra ellos?

—Aidan…

—Admítelo.

—Aidan, hijo…

—Admítelo o te saco las tripas. —La lámpara del techo titiló y el mobiliario más próximo a Aidan, crujió por el excesivo calor.

—¡Bien! Lo… —Cerró los ojos y se tomó un respiro para calmarse—. Fue una equivocación. Le dije que le dieran a la humana, un escarmiento, pero jamás que la lastimaran. —Aidan se envolvió en fuego y Desmond palideció—. ¡Soy tu padre!, ¡piensa en tu madre, en Niall! —chilló —. Por los dioses, ¡¿qué piensas hacer?!

—Qué ganas tengo de rostizarte…, pero por mamá no lo haré. Agradécele que te perdone la vida. Solo tú tienes prohibido volver a Irlanda, así Kane te invite a vivir en su propia morada. Los demás podrán entrar y salir de la isla, las veces que quieran. Aunque Niall estará vigilado, aún falta por averiguar si estuvo involucrado. Si planifican otro ataque contra Susana y mi progenie, no me importará la tristeza que le ocasione a mamá, te quemaré delante de todo el reino, para que sepan que, las personas que amo, son intocables.

—¡¿Me estás desterrando?! No tienes la autoridad, el Soberano…

—¡EL SOBERANO SE HINCA ANTE MÍ! —lo gritó—. Si a él le pido que te cace como a un jabalí, lo hará. Si le pido al Soberano de estas tierras, a que te despedace, lo hará. No me pongas a prueba, porque cumpliré con mi palabra.

Cuando Desmond hizo el amague de replicar, Aidan cambió su anatomía a la de un águila de fuego.

¡Oh, dioses! El hombre intentó abrir la puerta, pero su nerviosismo lo hizo actuar con torpeza. Así que, corrió hasta el extremo más lateral de la sala, ¿qué estaba sucediendo? El poder metamórfico en la que ellos han tenido la capacidad de cambiar en otra especie, Aidan abarcaba más. ¡¿Un águila?! Así fue cómo se presentó tan rápido, había cruzado los cielos,

como un meteorito con alas de enorme tamaño.

—Esa… Esa hembra será la que ocasione que tu gente te odie.

—Me aman por ella. —Desafió a todos para salvarla—. Pórtese bien, papá, el reino Brankovic no es tolerante con los traidores. A diferencia de mí, ellos decapitan hasta su propia familia.

—Aidan… ¡Aidan! ¡AIDAN!

Y salió por el balcón, visitando por última vez en la vida a su padre.

# Epílogo

Desde la rama altas, Zeus bostezaba aburrido mientras que, a las faldas del roble, el lobezno trataba de treparse al tronco, para darle alcance al gato, a quien ha estado correteando por el valle desde hacía rato. Los ciervos y los zorros procuraban esconderse del pequeño cazador de cabellos rojizos como los del padre y de ojos oscuros como los de la madre. Era curioso, todo lo olisqueaba y mordisqueaba, aún torpe al correr como los adultos que, por fortuna, ese día solo deseaban explorar el entorno. El lobezno era temperamental para ser una cría de tres años, clavaba sus uñas en la corteza del árbol, decidido a jugar con el robusto british shorthair.

—¡Cashell! —Susana lo llamó, sentada ella junto con Aidan en la grama para disfrutar de los rayos solares matutinos—. Deja en paz a Zeus, que te va a arañar si lo sigues molestando.

Este la ignoró; un pie descalzo en el tronco, el otro dando el impulso en el suelo para treparse al árbol.

—¡CASHELL! —El segundo llamado fue enérgico, y el infante hizo el berrinche por no permitirle atrapar a su mascota favorita, era muy gordito y peludito, lo quería apretujar como a sus peluches en el dormitorio—. ¡Vamos! —Amenazante se levantó y le mostró la mano tensa para indicarle que hablaba en serio, le iba a dar una nalgada si no obedecía; pocas veces lo ha reprendido, pero tenía que aprender a tratar bien a los animalitos—. Uno…. —le advirtió, la cuenta vaticinaba lo que le esperaría si insistía en llevarle la contraria—, dos… —Susana hizo el amague de levantarse y el lobezno corrió enseguida hacia los brazos del padre—. Eso, ¡malcríalo!, luego te quejas por que no obedece.

—Estoy quieto, no he dicho nada —Aidan no tomaba partido en el choque de caracteres entre madre e hijo.

—No lo regañas. —Se sentó de nuevo en la extensa alfombra de grama, cruzándose de brazos airada.

—Estaba jugando, mamá —respondió el lobezno y Aidan rio.

—Ya lo oyó: jugaba con la panterita obesa.

—Los dos son tan parecidos… Zeus no es juguete, Cashell, el pobre no tiene respiro contigo.

—Quería abrazarlo.

—La última vez, te agarró de las greñas, y te ganaste que yo te sonara el trasero. Así que, deja el gato en paz, ¿entendido?

Asintió y Aidan le dio un beso en la cien para consolarlo.

Un pitido por parte de Susana, llamó a la mascota, regresarían a la casa. Zeus dio un salto al suelo y cayó con gracia sobre sus mullidas patitas negras; atravesó el valle a toda velocidad, no vaya a ser que un lobo lo devore. Aunque esto era improbable que sucediera por estar en compañía de los amos, pero tomaba sus precauciones.

Susana lo recogió y, juntos, subieron la pendiente a paso lento; el lobezno posó su cabecita en el hombro del progenitor, y cerró los ojitos para dormir mientras llegaban a casa.

Cuando la partera anunció que nació un varón, el grito de júbilo de Aidan se escuchó hasta más allá de los portones de la propiedad; el rumor voló y la celebración se efectuó en cada pueblo, aldea y ciudad de Irlanda. Ya tenían un heredero, el último descendiente de una línea generacional que ha sido bendecida por los dioses.

—Allá está tío Tyrone —Cashell percibió la presencia del comisario; su dedito apuntando

hacia la lejanía donde se alcanzaba a vislumbrar la silueta de un viejo lobo gris.

—Salúdelo, hijo.

El pequeño movió la mano en alto y el lobo aulló en respuesta.

Poco a poco el comisario se ganó la confianza del joven matrimonio, quienes tuvieron que desenvolverse como padres sin la orientación de los abuelos paternos y maternos. La familia de Aidan no volvió a pisar la isla, la señora Fitzgerald apenas telefoneaba cada vez menos, y, los de Susana, por su condición humana, se les ordenó mantenerse apartados hasta que Cashell controlara las ganas de morder carnes blandas. A estos parientes se les propuso cambiar de especie; Susana tenía la certeza que su abuela se negaría; además, su mamá no soportaría las transformaciones por la poca tolerancia al dolor, y sus hermanas –siendo las únicas que se enteraron de lo que era Susana y Aidan– prefirieron seguir humanas. No hubo manera de convencerlas sin usar la hipnosis, eso de nada serviría si se hacía contra su voluntad, sería un problema que luego no podrían sobrellevar. Por lo tanto, Dublín era la solución. En vez de estar separados por el océano, su familia vivía relativamente cerca. Las penurias, la escasez en sus vidas… acabaron.

Cashell pidió a Aidan que lo bajara, en cuanto Susana le permitió a Zeus entrar a la casa por su propia cuenta; los dos cruzaron la puerta principal, previamente abierta por la señora Adara, que los vio llegar desde el ventanal de la sala. Moninne jamás estaba sin vigilancia; los lobos locales o los espíritus de la montaña merodeaban los terrenos del alfa. Los cuidaban como estos hacían con ellos, era mutuo.

# Fin

---

*Del otro lado.*
*En un mundo alterno al que conocemos.*

La nieve se derrite con cada pisada llameante que Xylon daba hacia la ciudad que se hallaba en lo alto de la cresta de la montaña. Las sombras lo seguían y la oscuridad engullía todo lo que rebosaba color y fulgor, traía consigo la muerte que caería de inmediato sobre los que lo traicionaron: sus hermanos, sus amigos, la mujer que amó… Haría rodar cabezas y obligaría al resto de la gente a hincarse ante él, como el temido amo y señor que siempre ha sido y siempre será de su reino.

---

# Sobre la Autora

Síguela por sus redes

**Facebook:** Martha Molina (Autora)
**Goodreads:** Martha Molina (También buscar por títulos)
**Instagram:** @marthamolinaautora
**Pinterest:** MarthaMolina07

# Índice


Sinopsis
Derechos de Autor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Sobre la Autora